

CÉSAR CALVO



LAS TRES MITADES DE INO MOXO



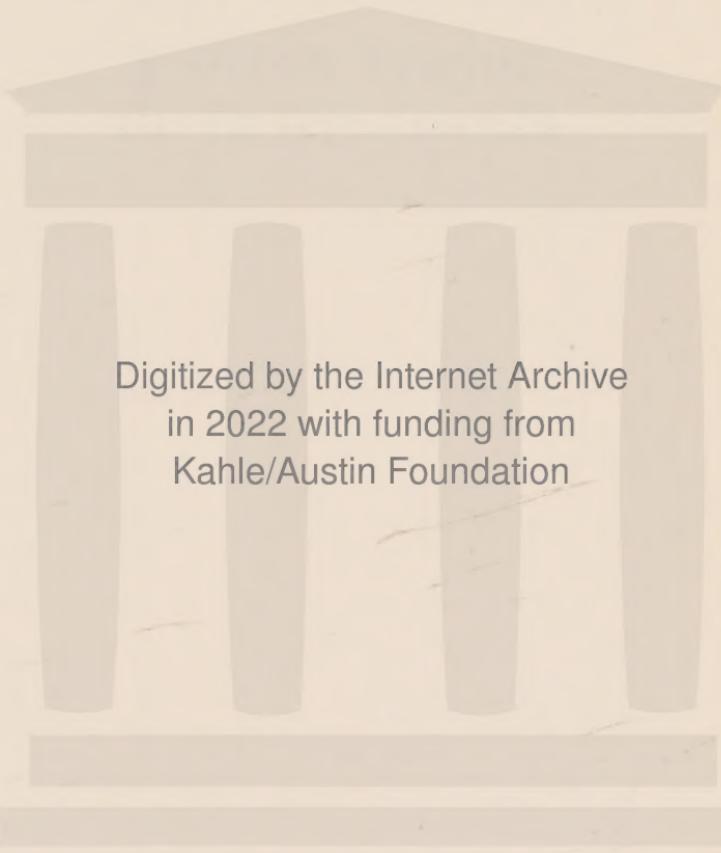
y otros brujos de la Amazonía



PEISA



CÉSAR CALVO (Iquitos, 1940-Lima, 2000): poeta, narrador, ensayista, periodista, compositor de canciones, guionista. Publicó: *Poemas bajo tierra* (poemas, 1961), *Ausencias y retardos* (poemas, 1963), *Ensayo a dos voces* (poemas con Javier Heraud, 1967), *El cetro de los jóvenes* (poemas, 1967), *Poemas de César Calvo y Pablo Vitali* (poemas, 1972), *Pedestal para nadie* (antología poética, 1975), *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía* (novela, 1981), *Como tatuajes en la piel de un río* (poemas, 1985), *Los lobos grises aúllan en inglés* (periodismo, 1985), *La verdad y solamente la verdad* (periodismo, 1985), *Campana de palo* (periodismo, 1986), *Puerta de viaje* (poemas con José Pavletich, 1989), *Los lobos aúllan contra Bulgaria* (periodismo, 1990), *Edipo entre los inkas* (ensayo, 2001) y *Variaciones rumanas* (traducciones, 2005). Calvo fue distinguido con el Premio Poeta Joven del Perú, en 1960; Mención Honrosa en el Premio Casa de las Américas, en 1966; Premio Nacional de Fomento a la Cultura, en 1970; Premio Hispanoamericano de Literatura, en 1974; y Premio Nacional de Poesía José Santos Chocano, en 1975.



Digitized by the Internet Archive
in 2022 with funding from
Kahle/Austin Foundation

<https://archive.org/details/lastresmitadesde0000calv>

CÉSAR CALVO

LAS TRES MITADES
DE INO MOXO

y otros brujos
de la Amazonía



L I M A

Primera edición: Proceso Editores, Iquitos, y Editorial Gráfica Labor, Lima, junio de 1981.

Segunda edición: Casa de las Américas, La Habana, febrero de 2010.

Tercera edición: Grupo Editorial PEISA S.A.C., Lima, julio de 2011.

LAS TRES MITADES DE INO MOXO

© César Calvo Soriano, 1981

© Herederos de César Calvo Soriano, 2000

© Grupo Editorial PEISA S.A.C., 2011

Av. Las Camelias 710, piso 9, San Isidro

Lima 27, Perú

editor@peisa.com.pe

Diseño y diagramación:

PEISA

Carátula:

Ayúmpari, serigrafía a color de Francesco Mariotti

Ilustraciones:

Xilografías de Francesco Mariotti, creadas especialmente para este libro

Fotografías:

Augusto Falconí, Iván Calvo, Erick Brondar, Renzo Rabanal

Tiraje: 1,500 ejemplares

ISBN: 978-612-305-015-3

Registro de Proyecto Editorial N.º 31501311101464

Hecho el Depósito Legal

en la Biblioteca Nacional del Perú N.º 2011-07754

Impresión:

Metrocolor s.a.

Av. Los Gorriones 350 - La Campiña, Chorrillos

Lima 9, Perú

Prohibida la reproducción parcial o total del texto
y las características gráficas de este libro. Ningún párrafo
de esta edición puede ser reproducido, copiado
o transmitido sin autorización expresa de los editores.

Cualquier acto ilícito cometido contra los derechos de propiedad
intelectual que corresponden a esta publicación será denunciado
de acuerdo con el D.L. 822 (Ley sobre el Derecho de Autor)
y las leyes internacionales que protegen la propiedad intelectual.
Este libro es vendido bajo la condición de que por ningún motivo,
sin mediar expresa autorización de los editores, será objeto
de utilización económica alguna, como ser alquilado o revendido.

Nota del editor

Treinta años después de su publicación nos satisface poner en circulación, nuevamente, *Las tres mitades de Ino Moxo y otros brujos de la Amazonía*, novela que César Calvo diera a conocer en 1981.

La crítica literaria de la época reconoció la alta calidad de esta obra y la originalidad de sus aportes. *Las tres mitades de Ino Moxo...* apareció también en traducciones al italiano (1982) y al inglés (1995).

Debemos señalar algunas particularidades que caracterizan este texto. En primer lugar advertimos el hecho de que el autor hace un muy personal uso de los criterios de acentuación ortográfica. Este es el caso de algunas palabras llanas en las que Calvo, contrariando las normas que rigen la lengua, opta por usar tilde no obstante terminar estas en vocal o en *n o s*. Creemos que esta fue una elección del autor para enfatizar de modo inequívoco el acento prosódico de ciertas palabras que a su juicio así lo requerían. Se debe tener presente que Calvo, en tanto que artífice de la palabra, conocía perfectamente las normas que rigen nuestra lengua, así como también, y especialmente, las posibilidades estéticas que la transgresión del citado marco normativo puede ofrecer.

Advertimos, asimismo, que el autor utiliza los gentilicios en su forma singular, incluso cuando el artículo indica plural.

En ambos casos hemos respetado el criterio del autor.

Expresamos nuestro agradecimiento a quienes nos han brindado su apoyo en la preparación de esta edición. Especial mención merecen, en este sentido, el profesor Antonio Melis, quien ha autorizado la reproducción del prólogo que escribiera para la edición

italiana de la obra, y el artista plástico Francesco Mariotti, quien concibió y realizó las seis xilografías que ilustran las páginas de este volumen y la serigrafía a color que ilustra la carátula.

G.C.V. / PEISA

Lima, julio de 2011

AGRADECIMIENTO

Al maestro Ino Moxo, dos de cuyos tres
cuerpos desaparecieron echando humo.

A los brujos don Javier, don Hildebrando,
don Juan Tuesta y Juan González.

A Manuel de Bernardi, en lo alto del Cusco,
Ombligo del Mundo.

A Esteban Pavletich, quien nos enseñó
el coraje y la alegría de vivir y escribir
libros y libres.

PRÓLOGO A LA EDICIÓN ITALIANA

Las cuatro mitades de César Calvo (y del Perú)

En sus célebres *Tesis de Filosofía de la Historia*, Walter Benjamin define cabalmente la actitud correcta del *materialista histórico* frente al pasado. Sabido es que Benjamin rechaza todo proceso de identificación y que, al contrario, aboga por una distancia crítica:

“Porque el patrimonio cultural que él abraza con la mirada tiene inevitablemente un origen en el cual no puede pensar sin horror. Debe su existencia no sólo a la fatiga de los grandes genios que lo crearon sino también a la esclavitud sin nombre de sus contemporáneos. No es nunca documento de cultura sin ser al mismo tiempo documento de barbarie».

Esta afirmación, que Walter Benjamin refería a la civilización occidental y sus contrastes de clases, puede proyectarse legítimamente a nivel mundial. En nuestra época, signada por el imperialismo y su devastación económica y cultural, cabe tomar la propuesta del filósofo alemán como una incitación a investigar lo que subyace realmente tras un proceso en apariencia deslumbrante. Respecto a la selva amazónica, por ejemplo, no es una paradoja sostener que el intérprete más auténtico de la intuición de Benjamin es el brujo Ino Moxo: «Cuando pienso en Fitzcarrald y en sus mercenarios», dijo Ino Moxo, «cuando pienso que esos genocidas eran hombres me dan ganas de nacionalizarme culebra».

Es la manifestación excedida pero coherente de un mundo ignorado o, peor, agredido. Insurge en estas páginas esa parte del Perú

que sólo en los últimos años ha empezado a ser visualizada al menos por un sector de la cultura nacional. Por ello es elocuente el homenaje que el texto aquí presentado dirige a Stefano Varese y a su libro fundador *La sal de los cerros*.

Las distintas mitades del Perú que, como las de Ino Moxo, rebasan la matemática convencional, aparecen dentro de este relato en su forma más cumplida. Primeramente, por supuesto, el Perú de la selva, que resistió a los incas, a los españoles, al Perú republicano. La Amazonía: ese mundo que aún hoy sigue oponiendo su dimensión mágica contra el asalto de las transnacionales.

El autor no se permite ninguna complacencia anacrónica por la visión idílica del *estado natural*. No hay aquí la menor evocación mítica del *buen salvaje*. Lo que se nos plantea, en cambio, lo que sí va aflorando a lo largo del libro es el propósito de reivindicar la dignidad y autonomía de una cultura.

Dentro de este marco debe también interpretarse la presencia de la droga. Encontramos en el texto una expresión sumamente reveladora de la postura del autor y protagonista respecto al ayawaskha: «Probablemente allí, al beber los jugos del ayawaskha, droga sagrada que los hechiceros extraen de la liana-del-muerto, yo haya también bebido la inquietud que tiempo después me llevaría...». La droga no implica, por lo tanto, ninguna forma de evasión ni, mucho menos, de apaciguamiento, sino que es instrumento para conocer en forma más profunda una realidad otra. Al mismo tiempo propicia la identificación con una cultura distinta, el apropiarnos de ella, es decir asumirla y sentirla como propia, a través de sus formas específicas de expresión.

Curiosamente, otra vez recurrimos al ejemplo de Walter Benjamin, a su proyecto de escribir un trabajo teórico acerca de los efectos de las drogas. De aquel diseño inconcluso nos quedan los extraordinarios apuntes y las versiones verbales de las experiencias que Benjamin compartió con algunos amigos, entre ellos Ernst Bloch. A pesar de la distancia inevitable entre contextos culturales tan dispares, existe una idéntica voluntad de lucidez y profundización. Pero

lo que en el pensador alemán es sobre todo una exploración de los límites de la conciencia y la sensibilidad, en *Las tres mitades...* permanece vinculado a una realidad peculiar.

La droga y los sueños que ayuda a producir son el medio para acercarse a las otras dimensiones del Perú. Se trata, en primer lugar, del Perú incaico, evocado aquí en sus símbolos más representativos. También en este caso la visión originaria es sustituida prontamente por su «dolido reverso». A través de los poemas quechua de Isidro Kondori emerge la condición alienada de los antiguos dueños y señores del país. Ya se han vuelto extranjeros en su patria, expropiados de su propia cultura.

Y asoma simultáneamente la tercera mitad del Perú, el olvidado y removido mundo negro. Esa raza «que pasó sobre el mar / entre cadenas, que pasó entre cadenas sobre el mar» (Nicolás Guillén), ha sido desde siempre asociada a otros países de América Latina, en particular a las Antillas y al Brasil. Sólo recientemente su presencia en la realidad peruana viene reclamando con energía creciente sus derechos. Lo hizo, una vez más, con la intervención de César Calvo, director artístico del Ballet Perú Negro, mediante los ritmos afroperuanos que obtuvieron el primer premio del Festival Iberoamericano de la Danza efectuado hace algunos años en Argentina. Y más tarde, bajo forma distinta, se ha manifestado en la violenta *visión al revés* del mundo de los amos blancos, con el *Canto de sirena* de Gregorio Martínez.

Resta, por último, el componente blanco del país, pero éste se halla precisado ya en las palabras despectivas de Ino Moxo que citamos unos párrafos antes. El propio González Prada, por lo demás, hace poco más de un siglo, negó a los blancos de la costa peruana la legítima representación de su país. Pero este libro intenta proporcionarnos una visión integral, donde cada elemento posee su especificidad.

La prosa del autor es eminentemente poética, visionaria, y no hay que buscar en ella los rasgos de un tratado analítico o pseudocientífico, por más que a través del juego deslumbrante de las

metamorfosis y los desdoblamientos se perciba una variada y profunda unidad. Adviértese en *Las tres mitades...* una tensión subterránea dirigida a la integración, como factor dinámico, como punto de llegada, no como resultado preconstituido. La creación de un doble, manifestada en la alternancia de los dos Césares (Calvo y Soriano), pero también en la sensación de tener dos cuerpos, producida por la droga, simboliza en gran parte aquella condición de desgarramiento que se pretende vencer.

En realidad, lo que está en juego es un concepto distinto y superior de la unidad y la integración. El autor ofrece una visión lúcida y despiadada de cómo se han perseguido tales objetivos. La unidad a triunfar ha sido una unidad allanadora, niveladora, impuesta desde el poder, que ha ido sacrificando y borrando las riquezas de la variedad, tratando de concretar una imposible uniformación.

En esta intuición se nota la presencia profunda de José María Arguedas, a veces latente en algunas citas indirectas (por ejemplo esos cóndores que no pueden vivir en «los arenales de la costa», reminiscencia de «los arenales cándentes y extraños» de «Warma Kuyay») y a veces, como al final, bajo el aspecto de un personaje evocado por el sueño. No es solamente el Arguedas cantor e intérprete del mundo andino. Es también el escritor que contempla con mirada lúcida y desesperada, en el espejo infernal de Chimbote, el reflejo de un proceso de homologación que tiende a suprimir lo específico y lo individual en nombre de una *civilización* y una *modernización* cada día más crueles y siniestras.

El mundo de la selva olvidada y marginada se transforma así en un observatorio inédito y privilegiado, imprescindible para comprender el todo del país, todo el país. Justamente porque se trata de un caso límite, de una forma extremada de opresión y negación, es posible reconstruir a partir de allí todas las mitades del Perú.

En este mundo que se niega a doblar la cabeza, la dimensión mágica proclama con mayor fuerza su presencia. La cercanía de la vida animal (otro elemento que nos remite a Arguedas) permite la circulación continua entre su esfera y la de los hombres. Las meta-

morfosis forman parte de un contexto aún más general, dentro del cual la brujería cumple un papel notable. Los brujos obligan bruscamente al lector a enfrentarse con mecanismos diametralmente distintos de los acostumbrados. El mismo protagonista-narrador parece forzado a una especie de rendición de cuentas frente a esos nuevos puntos de referencia, frente a esas insólitas unidades de medida. Esto se percibe con mejor claridad en la relación de las visiones, donde el clásico estilo anafórico (Vi... vi... vi..., etcétera) se ayunta con lo que podríamos llamar un arreglo progresivo del enfoque, inspirado en la exigencia de una restitución integral. La voluntad de permanecer lo más apegado posible y fiel a la visión revela un aspecto fundamental que generalmente suele descuidarse. El subjetivismo excesivo, en efecto, es sólo la apariencia de la actividad visionaria. Lo sustantivo es la aspiración a transformar en patrimonio colectivo la vivencia personal.

Regresar a la selva es uno de los síntomas de cierta crisis de perspectiva que ataña directamente al gusto de vivir. Pero en el mundo de los asháninka el autor no rastrea exclusivamente una solución personal a esta crisis. Entre los denominados *primitivos* y *salvajes* él encuentra una visión del mundo y un sistema de valores que desmienten tales epítetos y nos fuerzan a una revisión radical. Todo esto no es más que el eco vigente de una antigua querella, de un deslinde que empezó a erupcionar en el primer siglo de la conquista y la colonización, cuando Michel de Montaigne se preguntaba quiénes eran los verdaderos salvajes. En el capítulo xxxi del Libro Primero de sus *Ensayos*, Montaigne concluía que «en aquel mundo no hay nada de bárbaro ni de salvaje, por lo que se me ha dicho de él, sino que cada cual llama barbarie a lo que no cabe dentro de sus costumbres».

La conciencia ecológica, por ejemplo, es un fenómeno relativamente reciente en el mundo *civilizado*, por lo menos a nivel de masas. Y se ha ido desarrollando solamente frente a una situación catastrófica, empapándose por ello de una ideología verdaderamente catastrofista, muchas veces disfrutada por el sensacionalismo de los

mass-media. Entre los indios del Perú amazónico, que desconocen la ecología como ideología o moda, existe una relación normal y espontánea de respeto a la naturaleza, vinculada con exigencias muy precisas de sobrevivencia.

En nuestro mundo *occidental*, asimismo, en los últimos tiempos viene imponiéndose la moda de la «medicina natural», aceleradamente trastocada en nueva fuente de negocios y de explotación. La sabiduría de los indios, en cambio, conserva una relación orgánica y armoniosa con las plantas, buscando la salud y la felicidad del hombre, sin rebajarse, rechazando cualesquiera forma de comercialización. E, inclusive, advierte la imperiosidad de poner sus conocimientos, su *magia verde*, como la llama el autor, al alcance de los blancos, esos humanos cada día más y más envenenados por una medicina que se ha vuelto enemiga de la humanidad.

Cedemos nuevamente la palabra al viejo Montaigne, en aquel capítulo significativamente titulado «Sobre los caníbales»:

«Ellos son salvajes de la misma manera en que nosotros consideramos salvajes los frutos que la naturaleza produjo por sí misma en su desarrollo natural: mientras que, en realidad, deberíamos señalar como salvajes a los que con nuestro artificio hemos adulterado y desviado del orden general. En aquellos son vivas y vigentes las virtudes y propiedades auténticas y más útiles y naturales, que nosotros en cambio hemos hecho bastardear en éstos, solamente para adaptarlos al gozo de nuestro gusto corrompido».

Pero estas intuiciones, en el libro que aquí presentamos, no se expresan con los términos de un tratado ni mucho menos de un panfleto. En todas las páginas de *Las tres mitades...* encontramos el inequívoco lenguaje del poeta que es, ante todo, César Calvo. Los recursos característicos de la fábula asoman a veces, como en la figura de la viejita que alerta al protagonista acerca del peligro representado por las anguilas electrizadas. Sobre todo domina una continua mezcla y alternancia de los distintos planos narrativos, que contribu-

yen a crear toda una atmósfera suspendida entre la realidad y el sueño.

En efecto, la lógica del mundo corriente es sustituida por una lógica visionaria que confiere inesperada unidad a los términos y motivos aparentemente más lejanos. La evocación de la auténtica, reciente y malograda guerrilla del MIR, dirigida por Luis de la Puente Uceda, se relaciona con el tema central del libro. Los guerrilleros, dramáticamente, no consiguen el apoyo de la población autóctona: no saben hablar su lenguaje, no saben penetrar su sistema simbólico. Las palabras de quienes inmolan generosamente sus vidas en nombre de la revolución siguen siendo caracterizadas por una visión del mundo que resulta extraña a los indios. Ellos se expresan en el lenguaje profético del milenarismo que los lleva, hasta hoy, a esperar el regreso mítico de Juan Santos Atao Wallpa. Tiempo lineal y tiempo cíclico se contraponen sin posibilidad de comunicación, estableciendo entre unos y otros una barrera infranqueable, a menos de cuestionar los acostumbrados esquemas realistas. En la década de 1920 José Carlos Mariátegui intuyó este hecho fundamental cuando se puso a investigar sin prejuicios «El factor religioso» apelando a *La rama dorada* de James George Frazer para intentar comprender las raíces de la religiosidad andina.

Otra característica importante de este mundo, como ya se ha dicho, es la ruptura sistemática de las nociones tradicionales del tiempo. Como en los antiguos relatos, vueltos a descubrir por la narrativa latinoamericana contemporánea, la anticipación y el presentimiento juegan aquí un papel primordial. El mundo de la selva, en realidad, no es propiamente ni un antes ni un después con respecto al mundo *civilizado*. Es, básicamente, un mundo otro.

Y precisamente por esta situación ajena, extraña, la selva no sólo se convierte, como dijimos antes, en un observatorio privilegiado, sino también en una perspectiva que, repitiendo a los formalistas rusos, podríamos llamar de extrañamiento, puesto que nos permite mirar y juzgar el mundo nuestro en forma totalmente novedosa.

Como todo viaje, éste también concluye en un regreso, que por supuesto no es ni puede ser neutral. Las visiones vividas y asimiladas durante este recorrido, al mismo tiempo simbólico y real, acompañarán desde ahora el itinerario del protagonista, obligándolo a una incesante confrontación entre dos dimensiones distintas y a veces opuestas. Su tarea será entonces la de comunicar, socializar lo visto y aprendido. Es la situación, sagrada y dolorosa, de todos los que tienen la misión de relatar una historia.

Esta narración es el último episodio de una larga vicisitud que arranca desde los primerísimos años de la conquista y la colonización. Estamos pensando en Gonzalo Guerrero, el español capturado por los indios maya después de un naufragio, y en su compañero de fortuna, ese otro supérstite llamado Jerónimo de Aguilar. Ocho años más tarde, ni bien fue informado de sus dos paisanos, el *conquistador* Hernán Cortés envió mensajeros para rescatarlos. Se supo entonces que los dos cautivos no eran dos sino uno. Mientras Jerónimo de Aguilar se reintegra a la tropa de Cortés, y cumplirá descollante trabajo como intérprete, Gonzalo Guerrero se niega a volver a la *civilización*. Otras fuentes nos enteran de su muerte en batalla. ¡Gonzalo Guerrero combatiendo en las filas de los indios maya! ¡Gonzalo Guerrero sucumbiendo por ellos! ¡Gonzalo Guerrero oponiéndose a la conquista española de Yucatán!

Es el primer ejemplo de «aculturación al revés» que hallamos en las tierras de América. Pero esta situación se repite y repite, de maneras distintas, aun hasta nuestros días, a lo largo de toda la historia de las relaciones entre *civilizados* y *salvajes*. A través de la narración de estos encuentros entramos cada vez más en contacto con una realidad que provoca una crisis dentro de nuestros instrumentos diarios de juicio. La lectura de *Las tres mitades...*, además, nos permite acercarnos a lo real con una nueva disponibilidad para comprenderlo en toda su complejidad.

Vivimos un período de crisis en el cual se habla cada día más de *calidad de la vida*, porque advertimos justamente una insatisfacción profunda y oscura. La selva amazónica y sus habitantes nos ofrecen

una fuente insospechada de reflexión problemática. Las mitades de Ino Moxo (de César Calvo, del Perú), precisamente porque su suma no llega a la redondez de la cifra entera, siguen representando un impulso hacia una inquietud permanente y fecunda.

ANTONIO MELIS

Envío

Hace no tantos años, cuando los nativos de la selva amazónica estaban siendo exterminados por los caucheros, el jefe de la nación amawaka, brujo que alcanzó fama de todopoderoso bajo el nombre de Ximu, supo que su pueblo sobreviviría únicamente si enfrentaba con armas de fuego, no sólo con lanzas y flechas, a los mercenarios blancos. Como también en aquel tiempo era prohibido vender fusiles a los aborígenes, el jefe amawaka Ximu hizo raptar al hijo de un cauchero y lo designó sucesor suyo rebautizándolo Ino Moxo, en idioma amawaka: ‘Pantera Negra’. Fue así que tan temidos antropófagos llegaron a ser jefaturados por un hombre blanco y consiguieron subsistir. Ino Moxo, disfrazándose con su anterior identidad, sustituyendo la vestimenta indígena con pantalón y camisa de algún foráneo muerto, se infiltró en las ciudades, obtuvo armas de fuego y enseñó su manejo a los varones amawaka.

Al confiarle esta historia, mi primo César Calvo, nacido en esos lares, me volvió parte de ella, no sólo inauguró mi curiosidad y acrecentó la suya sino que fuimos presa de una misma obsesión: lograr lo que nadie había alcanzado en más de dos décadas: entrevistar a Ino Moxo, legendario jefe de los amawaka. Con César viajé de Lima a Pucallpa, de Pucallpa a Atalaya, de Atalaya al capricho del clima y de los ríos, a lomo de piragua, hasta ese territorio agazapado tras el río Mishawa. En el trayecto conocimos a otros brujos, don Javier, don Juan Tuesta, don Hildebrando, Juan González, y recopilamos otras historias, hechos y personajes que fueron desbordando las intenciones de nuestro reportaje.

Aun así, si alguien supone ver en estas páginas algo más que unas páginas, repitiendo a Ino Moxo debo decir que «el milagro está en los ojos que miran, no en lo mirado». Porque en verdad este libro no es un libro. Ni una novela ni una crónica. Apenas un retrato: la memoria del viaje que yo cumplí sonámbulo, imantado por indomables presagios y por el ayawaskha, droga sagrada de los hechiceros amazónicos. Debido a ello, acaso, esta relación se inicia con mis primeras visiones de ayawaskha, aquellas imágenes que nos despejaron la ruta del viaje, los senderos que Ino Moxo había dispuesto revelarnos.

—No es justo que las gentes padecan daños como la diabetes, varios tipos de cáncer, males que aquí sabemos ahuyentar —me diría Ino Moxo cuando nos despedimos—. Todo lo que te he dicho de mí, de tantas cosas —me diría—, te lo he dicho pensando en esas gentes. Acaso alguien que está por ahí sin remedio, víctima de una enfermedad que los médicos diplomados creen incurable, alcance a leer lo que tú escribas y venga donde nosotros y recupere acaso los contentos de su existencia. Para eso te he contado lo que te he contado...

Y para eso he juntado aquí LAS TRES MITADES. Lo que en ellas hay de valedero, si es que en ellas hay algo, me fue dictado por Ino Moxo, más mediante visiones que mediante palabras, a lo largo de una sesión de ayawaskha mezclada con tohé, ese otro alucinógeno quizá tan desconcertante y poderoso.

—Pero no te lo he dictado a ti sino a tu otra persona, a una de las gentes en quienes te desdoblaste durante las visiones, durante la *mareación*...

Añadiré solamente que todo, absolutamente todo lo que este texto informa, consta en diecisiete cintas de grabación, consta en las fotografías y el vocabulario incluidos al cabo de lo escrito, consta en cierto libro cometido por el cauchero Zacarías Valdez e impreso en 1944 bajo el título de *El verdadero Fitzcarrald ante la historia*, uno de cuyos ejemplares encontré en la biblioteca del Concejo Municipal de Maynas, y consta esencialmente en la paciencia de los Magos

Verdes, que accedieron a develarnos algo de sus misterios y de sus ministerios.

CÉSAR SORIANO C.

Iquitos, enero de 1979

Ino Moxo enumera las pertenencias del aire

—Es una historia larga, ya te dije. Si te contara todo, nada me creerías. Nunca se puede creer todo. ¿Sabes? Nuncanunca se puede escuchar todo...

—Yo estoy dispuesto a oírlo, maestro Ino Moxo —me oigo decir casi como un soborno—, para eso he venido...

—¿Podrías? No, creo que no podrías —y su cabeza yendo a un costado, trayéndola de regreso sus ojos—: sólo para darte un ejemplo, mira la selva. Si te pones a escuchar todo lo que suena en la selva, ¿qué escuchas...?

Y como si acabara de capturarse él mismo, como si al mismo tiempo él fuera la cerbatana y el dardo y la presa y el cazador y los leños encendidos de la cocina esperando, Ino Moxo algarabío su voz:

—No solamente el grito de los monos escuchas, no solamente el zumbido del zancudeo, de la arambasa que es la abeja más brava y más oscura, del chinchilejo que seguramente llamarás libélula, del chushpi que te infecta al picar, de la carachupaúsa que sangra sin aviso, no solamente oyes a la ronsapa siseando en el aire, a la mantablanca que bebe tu cabello, a la quillu-avispa de vuelos amarillos, al papási que nace de gusanos pero que no es gusano, a la wayranga que nunca toca el suelo. No solamente oyes el pájaro flautero, el firirín que no sabe volar y tiene alas, ni el ushún ni el tabaquerillo ni el shansho ni el piurí ni el timelo grisáceo ni el tibe blancoblanco, ni el taráwi que come caracoles y es demasiado negro, ni la sharára que sabe vivir bien bajo del agua y mejor encima del viento, ni el zuizúi celestito ni el yungurúru grande cuyos huevos son color del

zuizúi, ni esa garza gigante y rojiblanca que se llama tuyúyu. No solamente escuchas al urkutútu sabihondo. Ni a la quicha-garza, floja de excremento. Ni al ucuashéro ni al tiwakuru que sólo come hormigas y canta en lo alto de las wimbras, ni al pawkar que sabe imitar todos los cantos de las aves, con su plumaje negro y amarillo, ni a la unchala lo mismo que paloma color vino tinto, ni al paujil, acaso habrás comido, más sabroso que carne de mono makisapa, más que carne de lagartito blanco, más rico que ciruelo gigante de taperibá, ni al tatatáo que es ave de rapiña, algunos le llaman virakocha. No solamente oyes al pato mariquiña, al locrero, a la pinsha, al montete que en ciertos lugares nombran trompetero, al tuhuáyu, al pipite, a la panguana que pone siempre cinco huevos y después se muere, a esos loros azules que llaman marakána, ni a la wapapa carnícera, tú le has visto seguro en el río Mapuya, no solamente oyes a su primo el wankawi avisando cada que se aproxima algún humano, ni al chiwakúllin ni al korokóro ni al ayaymaman que llora como niño abandonado, ni al camúnguy, ni esa garza del tamaño de un hombre que tiene plumas grises y se llama manshaku, tántos y tántos pájaros... No solamente oyes nubes gordas de insectos sonando desde la tarde, adentro, en las mañas del monte. No sólo suena la víbora desconfiando, el tunchi avisando una muerte, el tigre, el otorongo calladito procurándose carne tibia, ni el ronsoco baboso en los yucales ni los enormes peces cabezones en las redes tramperas.

»No sólo suenan peces: el akarawasú, la gamitana, el tamborero, el paiche de tres metros y lengua de hueso que pare criaturas y no huevos, el peje-torre se hincha de aire y flota como boyo, la dorada no tiene una sola espina, el chállualagarto, el kunchi, la añashúa, la anguila te mata de una sola descarga, la manitoa, el shitári, la doncella uncida de franjas negras, el chullakaqla, huérfano de escamas, el tiriri, el fasácul, al fondo de los lagos, el shirúi, el maparate, la shiripira, el bujúrqui, la makána parece sable de tres filos, el shuyu sabe andar sobre la tierra, pez de camino, y el canero te entra por el ano y te come las tripas, el demento-chállua vuela, poco vuela,

más asombra el saltón, ese peje gigante sale del agua metros arriba y pesa más de cien kilos y mide hasta dos metros. Por no hablar de la paña, tú conoces, más le nombran piraña, que te come sin asco en un ratito. Y la kawára, enorme, y la palometá que sabe a casi dulce, y el bujéo, también nombrado delfín de los ríos, el bujéo cuya hembra es más deliciosa en amor que las mujeres, más rica, así dicen los pescadores que han probado, y tiene igual vagina y pechos duros y pare a sus hijitos como humana. Cortándole a una bujéa los labios de su abajo, de su sexo, y *curándolos* algunos shirimpiáre fabrican pulseras infalibles en asuntos de amantes desdeñados, eso es sabido. Y suena también la gran carachama de boca como piedra, que vive una semana y más fuera del agua y que viene de lejos, desde antes del diluvio, antes de ese tigre que dispersó hace siglos a nuestros primeros padres asháninka. Tántos y tántos peces...

»No solamente escuchas culebras, víboras: la afaninga inocente, inofensiva entre los pastos defendiéndose apenas al azotar su cola, y el aguaje-machácuy que respira en el agua y tiene piel ídem que fruto de palmera, y la naka-naka pequeñita y mortal acechando en los ríos, y la mantona con sus diez metros por gusto pues no hace daño a nadie, diez metros de colores bien subidos, puro adornos ingenuos, y la chushupe venenosa que mide cinco metros y persigue a su presa mordiéndola varias veces, y la yanaboa que alcanza quince metros y es gruesa como un hombre que primero hipnotiza y más tarde ya devora. Y la sachamama, boa con orejas, a diferencia de la yakumama que vive solamente en el agua. Anaconda de tierra es la sachamama, se mimetiza sin proponérselo: la hierba le crece solita sobre el cuerpo. El jergón, al revés, también se mimetiza pero a propósito: conforme crece va adquiriendo su piel un color marrón moteado, de hojarasca brillante, y sólo puedes distinguirlo por su aura, por ese resplandor que el jergón deja en el sitio *por donde va a pasar*, como aviso, como ánima. Tántas y tántas existencias oyes, tanta callada sabiduría escuchas cuando escuchas la selva. Y eso que ya no puedes oír el canto de los peces que alegraban las aguas del Pangoa, del Tambo, del Ucayali, animales musicales que presintieron

la llegada del gran otorongo negro y huyeron días antes y se salvaron. Has de saber que ese otorongo produjo con sus zarpas gigantescas un torrente de piedras y lodo que acabó con la vida de los ríos. Sólo los peces que cantaban y que en sus canciones decían y escuchaban el futuro, pudieron sobrevivir al fango de esas garras. Aunque hoy no sepan cantar más, o si es que es, quiero decir si saben cantar todavía, lo harán de seguro sin delatarse, con sonidos que nuestros oídos no acostumbran, callados cantarán, en otra jerarquía... Has de saber que todos, hasta los humanos, cuando son niños, oyen el futuro igualito que los peces del diluvio, así como tántos animales de ahora, tántas vidas que saben lo que va a suceder y no pueden hablarnos, advertirnos. Los niños, por lo general, tienen nueve sentidos y no cinco, otros llegan a dominar once, yo he visto. Conforme crecen y sus cuerpos se van envenenando con las comidas y los padeceres, y conforme sus ánimas van siendo casa de pensamientos y de sueños manchados, los cuerpos y las ánimas del hombre pierden esos sentidos, esas fuerzas. Y por eso los brujos, los grandes shirimpiáre, para ejercer a plenitud los poderes del aire, para desarrollar al máximo su potencia de mirar, usan espíritus de niño, ánimas como familias nuevecitas ocupando las moradas de su cuerpo, los caseríos ruinosos...

»No solamente escuchas animales: la awiwa, ese gusano que se puede comer como el zuri, otro gusano sabroso de colores, y ese sapo gritón que pesa más de un kilo y se llama walo, y el bocholochó que canta y al cantar sólo sabe decir su propio nombre, bocholochooo, llamándose siempre a sí mismo, lejos, y la manakarácu peleadora, invencible entre las aves, y el cupiso, pequeña tortuga de aguas que se come en sus huevos y en su carne, y la feroz wangana, cerdo salvaje que anda en poblaciones de cientos de colmillos voraces, y el tokón, ese mono de cola gigantesca y peluda, y el allpacomején, hormiga condenada a vivir sobre tierra, y la bayuca, gusano venenoso cubierto de cabellos azules, amarillos, rojos, verdes, y aquella hormiga grande y sin veneno que se alimenta de hongos y le dicen curuince, y el afuaje, casi conejo de tamaño, y el isango que no podemos

ver y nos pica metiéndose en la carne lo mismo que castigo, y el ayañawi, el ojo-de-los-muertos que otros llaman luciérnaga o cocuyo, y el achúni buscado porque tiene su falo hecho de hueso y con polvo de su pene condimentan borbajes para los impotentes, y ese otro jabalí de cerdas gruesas y collar como nieve que le nombran sajino, y el ronsoco, tal vez el roedor más grande de esta naturaleza, un metro de largo y cien kilos de peso, y la apashira que es un camaleón, la apashira con cuyo nombre nombran los pueblerinos al sexo de la mujer.

»No solamente suenan tántos y tántos animales que has visto, que no has visto, que nadie verá jamás, bichos que aprenden a pensar y conversar lo mismo que personas... Suenan también las plantas, los vegetales: la katawa de savia venenosa, la chambira que nos presta sus hojas para fabricar sogas, el pan-de-árbol que nominan pandisho, el makambo elevado de hojas grandes y frutos como cabezas de gente, la ñejilla espinosa que crece en los bajiales, el rugoso pashako, el machimango de olores imposibles, la chimicúa cuyas ramas se desgajan a un soplo, el wakapú más duro de corazón que el propio palosangre, la itininga, el witino, la itahúba, el wikungu de espinas negras y ese árbol recto que se llama espintana, que cuando cae es bueno para sentarse y charlar, y la wakapurana más mejor para leña, y la chonta, cogollo de palmeras: de wasái, de cinámi, de pijuáyu, de hunguráwi. Y el hunguráwi de cuyo fruto mana un aceite que hace crecer cabellos. Y la wayusa trepadora en sus hojas contiene un poderoso tónico que borra las flaquezas. Y el sapote de fruta color verdesombra. Y el tawarí durísimo. Y la shiringa, la shiringa, ese caucho que sin querer nos trajo las desgracias... Y la quinilla, y el timaréo, y la shapaja de aceitosos frutos, y la wiririma, y el shebón gigantesco que nos brinda sus hojas para techar viviendas, y ese marfil vegetal que nosotros llamamos tágua, y el sitúlli, aquel plátano rarísimo de grandes flores rojas, y el wingu, arbusto cuyo fruto se vuelve recipiente de bebidas y se llama tutumo, y el pitajáy, la poná negra y dura, y el aguaje gigante, y la andiroba, y el caimito de frutos como pechos de virgen, y la waqraponá, palmera barriguda,

y la anona sabrosa, y el cashú que por fuera es almendra y por dentro más dulce y más jugosa, y la apasharama de savia para curtir cueros, y el barbasco de raíz de veneno, y el camucámu cítrico, semiacuático, y la capirona insuperable para leña y carbón, y la aripasa de fruto chato, pardo y redondito que no debe comerse, y la cumala, y la punga, y la cumaceba, y la cashiri-muwena, y el ashúri que protege los dientes de la carie, y la catirima por cuyos frutos disputan y se matan algunos peces, y la cocona hermosa, y ese tubérculo que se come crudo y se llama ashipa, y el pukakiru de corazón rojo, durísimo, y el punquyu coposo, apretado de hojas, a cuya sombra nada vive pues expelle veneno por sus ramas, y el mucho más frondoso parinari de fruto largo y rojo que se llama supay-oqote, culo-del-diablo. Y la lupuna en las orillas con sus alas inmóviles, blancas o coloradas, a flor de tierra, el más grande de los árboles de toda esta Amazonía. Y ese otro que llueve como tejado de invierno. Y ese otro que se infla y revienta peor que cientos de balas en la noche, en lo adentro del bosque, y el renaco creciendo más que bosque sin hojas y sin flores, y el garabato-kasha que sana varios tipos de cáncer y disuelve lo torpe de las articulaciones que envejecen, y el tamshi te aleja del frío, y la coca se usa con ayawaskha para adivinación, y la kamalonga también se usa para diagnosticar, y la renaquilla distrae a los lisiados, y la wankawisacha cura para siempre a los alcohólicos, y el chamáiro ayuda a chacchar coca, y el tornillo-negro flotando bajo el agua, a media altura de los ríos flacos que traicionan mejor que el jugo de tohé, cuando la luna es verde y la época buena para talar el cedro sin rajar su corteza. Y la paka, la paka también suena como túnel al borde de los ríos que han desaparecido, y la zarzaparrilla sana de la sífilis, y la papaya verde elimina la sarna y la parasitosis y sus hojas cubren las carnes más duras y las vuelven animalitos tiernos. Y la wenáira de sombra venenosa como el jugo de la flor del tohé. Y el tohé que te hace ver los mundos de ahora y de mañana que forman este mundo. Y la parapára, más llamada hiporuru, esa hoja nunca pierde su forma como si estuviera hecha de jebe, porfiada: tú la cortas de su tallo, la arrugas, la doblas y ella

regresa a como era en la rama, siempre vuelve a su forma, a su tamaño, al tamaño y la forma de sus dos nacimientos, y no es por eso sino por los poderes que le vienen de lejos que la hoja de hiporuru sabe devolver a los hombres la juventud sexual. Y la quina-quina que aprendió hace siglos a lavar las heridas corrompidas. Y la liana-del-muerto, ayawaskha sagrada, la *madre de la voz en el oído*. Con el ayawaskha, con el oni xuma, si lo mereces, puedes pasar del sueño hacia la realidad, y sin salir del sueño... Tántas y tántas plantas, todas y todas suenan. La abuta, pon atención, la abuta, árbol mediano cuya raíz rojiza se hierva y tomando ese líquido en pocos días el azúcar de la sangre se borra, no existen los diabéticos. Y la mariquita, mitad enamorada y mitad flor, que sólo sabe abrirse en la purísima sombra. Y la tzangapilla, anaranjada y grande, hija única, flor más caliente que frente de afiebrado. Todas y todas suenan, lo mismo que las piedras...

»Y más que nada suenan los pasos de los animales que uno ha sido antes de humano, los pasos de las piedras y los vegetales y las cosas que cada humano ha sido. Y también lo que uno ha escuchado antes, todo eso suena en la noche de la selva. Dentro de uno mismo suena, en los recuerdos lo que uno ha escuchado a lo largo de la vida, bailes y pífanos y promesas y mentiras y miedos y confesiones y alaridos de guerra y gemidos de amor. Voces de agonizantes que uno ha sido o que uno ha escuchado solamente. Historias ciertas, historias de mañana. Porque todo lo que uno va a escuchar, todo eso suena, anticipado, en medio de la noche de la selva, en la selva que suena en medio de la noche. La memoria es más, es mucho más, ¿lo sabes? La memoria verídica conserva también lo que está por venir. Y hasta lo que nunca llegará, eso también conserva. Imagínate. Nada más imagínate. ¿Quién va a poder oírlo todo, dime tú? ¿Quién va a poder oírlo todo, de una vez, y creerlo...?

I
LAS VISIONES



Cómo algunos brujos crean personas

El primer hombre no fue hombre —me dice don Javier enmarañándose en risadas hondas—. El primer hombre fue mujer.

—No todos los *maestros*, por el hecho de serlo, son capaces de crear *chullachakis* —explica don Juan Tuesta reclisentándose contra esta *espintana* sin pulir, árbol tumbado sobre dos tocones que lo ascienden a banca, y concede sus ojos a la plaza Rumanía que se exhibe al frente, aquí en el caserío de la isla Muyuy.

Instantes más allá, donde nace una calle de ancho polvo paralelo al correntear del Amazonas, «Avenida Calvo de Araújo», dice una tabla muda en lo alto de un palo. Todavía la dosis de *ayawaskha* que me brindó el brujo anoche no ha retornado al aire, persiste en mi sangre pese a que ya es añil, de puro blanca, el alba. En las chozas contiguas se instalan ajetreos, frituras, cuerpos lavándose, rumor de desayunos. A nuestra espalda el Amazonas pasa sordeciendo y luminando al cielo. Escucho un avión, encumbo el rostro, lo veo descender y reducirse, tornarse *wakamayu*, posarse con plumaje centelleante en la copa de aquella *apasharama*. No sé por qué recuerdo lo que nunca he sabido, acaso el brujo don Juan Tuesta está informándome de lejos, atrás del *ayawaskha*, hace veinticinco años, cuando tomé la droga por primera vez, anoche: el *wakamayu* es dios de otro tiempo, arden dos esmeraldas en lugar de sus ojos y no hay nadie detrás de aquellas lumbres verdes y vanescientes, el ánima del *wakamayu*

es adorno sin razón ni pasión, sitio vacío, y los grandes espíritus son grandes porque en vez de aniquilar al wakamayu en su vanidad lo sustentan en su ausencia: trocan las esmeraldas por granos de maíz y el wakamayu mira entonces las cosas del cariño, se distrae de sus ojos y sus dientes y únicamente come las hambres del cariño. Yo lo estoy viendo ahora, abre las alas, ya no es un wakamayu, canta con voz lacrada, *wapapa* transparente es el avión que he visto, que ha caído, y su cuerpo se disuelve en el canto, convertido en qué llovierna de hojas coloridas, tan lentas y sedosas. Y cada hoja es música diversa, cada hoja resbala en una nota y su caer sin fondo es su sonido, ninguna alcanza el suelo, el brumor del Amazonas las restriega y borra contra el aire tibio. Cierro los ojos, intento desbravar los postreros efectos de la liana-del-muerto: la mano del Amazonas, puedo verla, es rugosa y grisácea. De nuevo los entreabro: no hay nada. Solamente la voz de don Juan Tuesta cintila a mi derecha sobre la espantana recostada en el filo de la plaza Rumanía y se impone a la mano azulmarrón, domeña esa serpiente de cinco cabezas que el río-mar alarga hacia nosotros.

—El maestro Ino Moxo, él sí, dotado de poderes suficientes, inventa chullachakis, no sólo eso: los inventa en el sitio y tiempo de su antojo.

Decido preguntar, no sé si alcanzo a hacerlo, veo la voz de don Juan Tuesta replicándome:

—Un chullachaki es más, no el demonio del bosque, aquel espanto que las gentes creen, no. Existen otras clases. Un chullachaki es ídem que persona. Más es y menos es: apenas apariencia de persona. ¿Me estarás entendiendo cuando digo apariencia? El maestro Ino Moxo puede crear así, personas que no son y que sí son personas, demasiado y muy poco, siempre considerando lo bastante y lo menos de las gentes dentro de su normal, en su costumbre, ¿me estarás entendiendo? Ino Moxo es diestro en las fuerzas y sabidurías de esculpir chullachakis, me consta. De estos chullachakis hay dos tipos que son principales y los dos son invento, esfuerzo de brujo autorizado por las gentes del aire. Al chullachaki creado para por-

tar daños, lacayo del Maligno, a ese lo podemos distinguir, calza en su pie derecho un rengueo de tigre o de venado, no hay quien logre esconderle su malformación si es que ha sido creado para el mal, por más que se disfraze con el cuerpo de algún amigo nuestro. El otro chullachaki, en cambio, engaño que sirve a la verdad, es persona del bien y nadie-nadie puede deslindarlo, perfecto está en sus pies, perfecto en todo, humanamente humano...

»A ese tipo de chullachaki no lo distingue nadie —prosigue don Juan Tuesta—. Es apariencia de persona pero de persona completa, sin sospecha. Solamente los ojos avisados perciben que su cuerpo no es único. Más que varias personas, varias vidas parecen habitarlo. Como si cada parte de su cuerpo tuviera una existencia divergente, diversas existencias que sólo ante los ojos de los otros el chullachaki armoniza en una sola. Esos chullachakis desconocen el daño, no malquieren a gentes ni a cosas. Únicamente existen, todo el tiempo que existen, para lo cariñoso, para ayudarle al bien.

La mano del Amazonas retrocede, la veo, y recuerdo entre brumas de colores la noche que Óscar Ríos, salvático y psiquiatra, exac-tó la sensación primordial del ayawaskha:

—Dentro de la liana-del-ánima todo está bien, absolutamente todo está muy bien, es bueno.

—En la cabaña de don Juan Tuesta —dice mi primo César Calvo—, allá por 1953, yo tenía trece años —eso dice—, participé por primera vez de una sesión de ayawaskha, ese bebedizo alucinógeno que los magos salváticos usan como reactivo y con cuyos poderes avizoran los tiempos pasados y futuros y divorcian del quebranto a cuerpos y almas. Probablemente allí, al beber los jugos del ayawaskha, droga sagrada que los hechiceros extraen de la liana-del-muer-to, yo haya también bebido la inquietud que tiempo después me llevaría...

—Todo está bien, muy bien —repite Óscar Ríos.

Y eso es precisamente lo que respiro ahora, todo está bien, es eso lo que fluye de aquellos plantanales y de la apasharama que sombra el costado de la plaza Rumanía, es eso lo que ofrenda la iglesia

del poblado, de madera, de calma, de juguete, sin puertas, y su corona de calaminas plateadas, verdes de óxido de lluvia y de hierbajos irreverentes. Eso es lo que repiten, «todo está bien», los primeros rumores del caserío, los madrugadores que retornan con redes y canoas y canastas repletas, lo que asegura don Juan Tuesta a mi memoria, «todo está bien, absolutamente todo está muy bien».

—La esposa de don Javier, ¿tú le conoces?, tiene un hermano chullachaki. Ese, ¿ya ves?, otra clase, otro tipo de chullachaki es...

La primera vez que tomé ayawaskha tuve una sensación idéntica pero más duradera: la certeza de tener dos cuerpos y verlos y tocarlos, dos césares tumbados en el piso de la casa del brujo. Porque fue aquí en la isla Muyuy y en la misma vivienda de don Juan Tuesta, a los trece años de mi edad, que me fue presentado el ayawaskha. Y sucedió. Eran otras imágenes, otros colores pero el desdoblamiento remedaba al de esta noche que no quiere irse. Ahora no son únicamente dos cuerpos míos los que alcanzo, un instante sí, a comprobar, un instante no. Me veo, por relámpagos, al costado derecho de don Juan Tuesta, sentado en la espantana derribada, y a la vez a su izquierda, aunque con una cara que se aparenta mía, que lo duda y tiende a borronearse y a rehacerse luego con facciones que reconozco y no pertenecen a mi rostro. Acepto sin embargo que se trata de mí, como acepto que jamás alcanzaré a explicármelo con palabras y con plenitud. Me estoy viendo en dos cuerpos, a ambos lados del cuerpo del brujo de Muyuy. Y recibo su voz desde dos sitios, dos existencias, dos identidades, estamos en 1953, dos memorias que de ser tan ajenas ya me son familiares.

—Es que a algunos brujos, les falta quizá preparación, quizá les falta tiempo de merecer, no consiguen inventar completamente un chullachaki. Por eso roban gente, casi siempre niñitos y los encantan para su servicio. Si *cargan* al raptado con poderes de daño, su pie derecho se altera, se aborrece, denuncia pasos que se contradicen, una huella de humano, al caminar, y la otra de tigre o de venado, siempre. Y si se muestra en forma de animal, según sea el tamaño de la especie elegida, su pie derecho pisa como niño o como hembra o como hombre.

—Acaso yo haya bebido allí, a los trece años —dice César Calvo—, la inquietud que después me llevaría a rastrear la verdadera identidad de Ino Moxo. Porque también don Juan Tuesta me habló esa noche de él, en su cabaña frente al río, cuando la madrugada iba atenuando en mí los efectos de la droga y no sentía el rumor que me habitó al comienzo de la sesión iniciática, ese brumor como arcoíris despeñándose desde lo alto y convirtiendo al Amazonas en una despedazada joyería.

—Nada más puedo contarte de él —dice don Juan Tuesta—. Nada más de lo que ya te he contado.

—Pero si usted no me ha contado nada! —le reclamo.

—Sí que te he contado, y acaso sin que lo sepas dentro de tu cabeza, sin que te des cuenta con el entendimiento, al fondo, en tus memorias ha de estar bien guardado lo que esta noche te dije de Ino Moxo. Si el ayawaskha no te deja recordar, sigue nomás: la soga-del-muerto no se equivoca, ella sabe...

»Sabrás que al chullachaki le gustan las *lupunas* —está diciéndome ahora don Juan Tuesta—. A la sombra de las lupunas el chullachaki es feliz, bajo ellas vive esperando el momento de ejercer. Alguna vez, en lo hondo del monte, ¿has percibido un retumbar como de *manguaré* golpeado por nadie? Quizá fue un chullachaki bondadoso, cansado de estar solo, quien estuvo llamando queriendo ser tu amigo, quizá fueron sus pies que te invocaban tamboreando contra una aleta de lupuna. Si hubieras acudido y entrado a la sombra de aquel árbol, y si el árbol era una lupuna blanca, seguro el chullachaki se habría presentado vestido con el cuerpo de tu alguien más querido, o tal vez en la forma más informe, ocupando una apariencia inesperada, odiosa, retándote a pelear sin más justificación que su insolencia. Porque si un chullachaki se muestra y te dice que quiere ser tu amigo, primeramente tienes que combatir con él. Y tienes que ganarle. No es difícil. Más aún: inevitable es. El chullachaki se dejará vencer con tal de ser tu amigo. Una vez que lo logra te lleva a todas partes, hace que los animales te sigan si vas de cacería, te regala todo, chacras de buena tierra, ríos mansos, pródigos y panzones.

Y te da las familias que quieras, montón de hijos felices, todas las vidas que necesites vivir para ser libre, todos los conoceres y poderes, únicamente sentimientos grandes. Le obsequia vidas útiles y muertes generosas y más resurrecciones a tu vida. Y mucho más que todo puede darte. El chullachaki formado para el bien es dueño del mundo y de los tiempos, es dueño del tiempo y de los mundos. A cambio, aunque no siempre el chullachaki exige que no fumes, que no te dañes dañando a otros, que no vayas a la iglesia, que solamente vayas a casa del chullachaki. Tampoco es difícil: él se encarga que ahí donde terminan todos tus caminos, así vayas al bosque o al caserío, a la vejez o al dormir, ahí se construya la casa que te aguarda. Esta categoría de chullachaki tiene un indisoluble convenio de amor con las lupunas. Inclusive la lupuna colorada se le somete, se hace cómplice, la misma lupuna que utilizó como imán de tu amistad continúa sirviéndolo: fustigando sus aletas arrugadas él atrae para ti, como alimento, fortunas y bondades. Pura bondad es este chullachaki. Hasta gracioso es, de ser tan bueno, casi chistoso, solamente por serlo. Los que lo han visto en sus cabales, sin el auxilio de la soga-del-ánima, dicen que aparece chiquitito, subido en dos enormes zapatos colorados, y con camisa colorada y bufanda colorada y pantalón y sombrero colorados. Así se muestra en su primer instante, luego-luego ya no, se hace grande o pequeño según sus intenciones, puede ocupar la forma de un sajino, un jabalí mansito, o la de un otorongo o de una mariposa o un venado, puede asomar en pez o en canto de pajarito, dentro del recipiente que él disponga. Y te lleva sin capturarte ni obligarte a nada: se echa a correr nomás para que tú lo sigas. Son igual que muchachas estos chullachakis: no escapan *porque* alguien los esté persiguiendo, sino *para que* alguien los persiga. Y tú, quieras o no, imaginando rebelarte, lo obedeces. Como si se tratara de la felicidad, así te vas tras él. Haces bien. Por más que te equivoques haces bien; siempre se trata de la felicidad...

Se me esfumó otra vez la sensación, oyendo a don Juan Tuesta me hospedo nuevamente dentro de un solo cuerpo, aquí, sobre la espantana mordida por los musgos, a la derecha del brujo de la isla

Muyuy. Y no sé cuál nostalgia me doblega, una casi tristumbre de viudez remembrando a ese otro que yo fui por instantes y ha vuelto a plegarse bajo las alucinaciones del ayawaskha.

—El hermano de Ruth Cárdenas —me dice don Juan Tuesta—, su hermanito menor, es decir el cuñado más chico de don Javier, otra categoría de chullachaki es, así mismito. Cuando estés en Iquitos anda a buscarle a Ruth Cárdenas, la esposa de don Javier. Pídele que te cuente de su hermano Aroldo Cárdenas. En mi nombre convértele y ella te dirá más, todo lo que necesites conocer.



Todos los campa¹ son asesinados pero ninguno muere

—Los *virakocha*, es decir los blancos, vivían antaño dentro de una laguna —musita don Juan Tuesta con los ojos cerrados en plena noche de ayawaskha.

Alguien que no es don Juan Tuesta, pero que sí es don Juan Tuesta, ha ocupado su cuerpo, lo desborda inconteniblemente y sale por su boca de sonámbulo.

—Cerca de los virakocha vivían los *campa*, es decir los *asháninka*. Cierta noche un campa escuchó ladridos que brotaban de la laguna. Bueno, dijo, voy a pescar ese perro, y se llevó para eso algunos plátanos. Pero como el plátano es alimento de hombres el perro se ofendió, no quiso comerlos. En cambio salieron de la laguna todos los virakocha y empezaron a seguir a los campa y a matarlos. A todos los campa los mataron. La laguna se había secado. Un solo campa sobrevivió, un brujo, uno de esos brujos que les llaman *shirimpiáre*, un campa que chupaba el tabaco. Porque tú sabrás que no todos los brujos chupan el tabaco, sólo los shirimpiáre. Los demás brujos tienen otros ámbitos y distinto nombre, *katziboréri* se llaman.

1. El apelativo *campa* se utilizó comúnmente, en el pasado, para denominar a los integrantes de la comunidad nativa asháninka. Por considerar que tal nombre había nacido como una imposición de forasteros, en las últimas décadas del siglo xx los integrantes de dicha comunidad reivindicaron la denominación asháninka como el nombre con el que deben ser reconocidos.

Conviene señalar que el autor concluyó la escritura de esta obra en 1979, por lo que en la edición que él autorizó, en 1981, aún hacía uso del nombre *campa* como sinónimo de *asháninka*, apelativos que se utilizaban indistintamente en esa época. En la presente edición hemos mantenido el término *campa* tal y como lo utilizó el autor (N. del E.).

El shirimpiáre que sobrevivió llamó a *Tzího*, el gallinazo, y le dijo: «ven, ayúdame, los virakocha han matado a todos mis hermanos». «¿Dónde?», preguntó *Tzího* al shirimpiáre campa. «En todas partes», contestó él, «pero principalmente en el Gran Pajonal». Sabrás que el Gran Pajonal —me dice don Juan Tuesta—, es el territorio de la nación campa, más de cien mil kilómetros cuadrados de pura selva plana, una meseta infinita en medio de los grandes bosques y ríos que limitan con la selva del Alto Amazonas, como quien va hacia el Cusco. Allí, en el Gran Pajonal, los campa resistieron a los conquistadores inkas, repelieron a los conquistadores españoles y hoy mismo no permiten ni una iglesia occidental ni un puesto de policía ni soldados ni una escuela estilo virakocha. Entonces, pues, cuando *Tzího*, el gallinazo, se enteró de la matanza que habían hecho los blancos, entregó al shirimpiáre campa el *ivénki*, la hierba mágica que también llaman *piri-piri*. Y con el ivénki ese brujo campa, en respuesta, pudo matar a todos los virakocha. Uno solito se salvó y escapó río abajo, al Ucayali. Por eso es que hasta ahora allá en el Ucayali hay bastantes virakocha, y quién sabe dónde más también habrá. Mientras tanto, en el Gran Pajonal, *Tzího* se comía a los virakocha muertos, los cocinaba primero y después los comía...

Don Juan Tuesta se incorpora hacia mí en la negrura de su choza, vuelve a sentarse, su cuerpo vibra con el emponado del piso, puedo ver su sonido azul, anaranjado, ascendiendo en delgadas columnas transparentes, rozando mis cabellos como soprido fresco, de tabaco, limpiándome la frente sudorosa. La mano del Amazonas, alargándose, piel de víbora tremenda, rodea la cabaña, abrazo temeroso y temible, es mi primera noche de ayawaskha, tengo otra vez trece años, la mano del Amazonas asoma por la puerta, abre la boca azul-anaranjada de sus dos cabezas, como un *kotomachácuy*, esa boa gigante y bicéfala que vive al fondo de los lagos eternos, y de la boca del río Amazonas, de sus dos bocas sale la voz de don Juan Tuesta en mis visiones:

—Pachakamáite es Páwa, Padre y Dios, y vive río abajo. Él no es virakocha, tampoco es hombre de los Andes, que les llamamos

chori. Pachakamáite es hijo del Sol y su esposa es Mamántziki. Pachakamáite hace todo: machetes, ollas, pólvora, cartuchos, sal, escopetas, municiones, hachas. Porque antes los asháninka eran pobres, nada tenían, no tenían machetes, hachas, nada. ¿De dónde sacaban entonces los asháninka todas las cosas? Iban allá donde Pachakamáite y conseguían todo. Así era antes, antes. Ahora no sabemos. Antes los asháninka sí sabían. Iban río abajo desde el Gran Pajonal y llevaban mates que se ponían sobre la cabeza para que Piri, el murciélagos, no los mordiera. Porque para llegar hasta Pachakamáite hay que pasar por cuevas llenas de inmensos murciélagos, vampiros que salen de noche hasta las playas buscando sangre tibia. Después se encuentra Oshéro, el gran cangrejo, grande como un asháninka. Oshéro está en medio del camino y no deja pasar. Para eso hay que llevar achiote, se le da achiote y sólo entonces Oshéro deja pasar. Después el asháninka llega donde Pachakamáite pero no puede sentarse. Tiene que caminar, pasear y pasear siempre, sin sentarse. Y Pachakamáite le dice «¿qué quieres?» Y allí en la casa de Pachakamáite hay todo, machetes, escopetas, municiones, hachas. Y el asháninka, sin sentarse, dice: «quiero esto, quiero lo otro», escogiendo. Si se sienta, cuando tiene que irse trata de levantarse y no puede, está pegado al suelo. El Páwa Pachakamáite no lo deja ir. Entonces hay temblor. Todas las casas de los brujos tiemblan, en Pucallpa, hasta en Iquitos, lejos, en Atalaya, tiemblan las casas de los brujos... En el camino está tambiéñ Pokinántzi, el sarampión, que quiere encontrar marido y busca a los asháninka. Hay que llevar plumas de varios pájaros, plumas de *hankátzi*, de *ttamíri*, de *herótzi*, de wapapa, especialmente plumas de wapapa, y dejarlas atrás, en el camino. El sarampión, Pokinántzi, que está detrás, quiere agarrar al asháninka pero ve las plumas vistosas y empieza a recogerlas, y es así que el asháninka puede huir...

—¿Y dónde está ahora el dios Pachakamáite? —oigo que dice alguien desde mí.

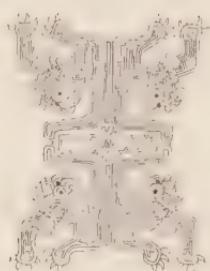
—Pachakamáite es lejos, lejos —me responde la voz de don Juan Tuesta, sin moverse en su boca ni en su cuerpo, como recibiendo

lo que dicta el aire—: Pachakamáite es más lejos de Iquitos pero el camino se ha obstruido con las palizadas de las balsas de los virakocha y los hombres andinos, de los chori. Antes los asháninka sabían llegar hasta donde vive el dios Pachakaimáite. Ahora han muerto todos los asháninka, todos los campa. Ahora las cosas que traen los chori y los virakocha, machetes, hachas, municiones, las da Pachakamáite, lo sabemos. Se las da para nosotros, para que los hijos de los asháninka podamos cazar, podamos hacer chacras, sembríos. Pero los virakocha y los chori nos venden esas cosas diciendo que les ha costado dinero, que ellos las compran, las pagan. Mentira es. Su dueño se las da para nosotros, para los asháninka ...

—Yo no sabía que usted era campa, don Juan Tuesta.

—Descendiente de asháninka soy, lo mismo que don Javier, lo mismo que don Hildebrando, por ambas sangres, padre y madre. De los primeros hombres de esta época venimos, que fueron campa, fueron asháninka los primeros humanos, hijos de los hijos de Kaametza y Narowé que obedeciendo al dios Pachakamáite fundaron las naciones, allá lejos, cuando el Gran Pajonal todavía no era el Gran Pajonal sino una isla rodeada por océanos de ceniza. El maestro Ino Moxo, en cambio, viene de *urus* y de virakochas. Uru su madre, virakocha su padre, en sus dos sangres. Sabrás que los urus fueron del primer antaño, bien lejos en los tiempos, los urus que ya han desaparecido fueron los abuelos de los abuelos de los inkas. Por eso el maestro Ino Moxo tiene ojitos raros, piel castaña y cabellos color tierra de orilla, y su ánima sabia le viene por madre, de uru le viene. Mis primeros pasados sí eran campa, asháninka legítimos, de aquellos que sabían, de mucho antes, cuando los campa no vivían dispersos como ahora sino juntos, en pueblos, caseríos apretados, familias que hacían una sola familia, un solo sitio. En ese primer entonces de lo alto de los cerros que rodean al Gran Pajonal cayó un tigre, un otorongo negro, inabarcable como cerro grande. Ese tigre, ese otorongo fue quien dispersó a los asháninka, los forzó a vivir separados y distantes y mudándose siempre, cambiando de lugar su casa con su vida, familias de una sola familia, huyendo cada año para

protegerse. Los virakocha, los blancos, dicen que fue un diluvio. Ellos qué saben. No hubo ningún diluvio. Fue un otorongo, un tigre negro... Pero casi no me oyes, amigo Soriano, miras como si estuviéras en otra parte, lejos...



Al niño Aroldo Cárdenas lo convierten en duende

—No me gusta hablar, verdaderamente no me gusta hablar de esto —se incomoda Ruth Cárdenas, esposa de don Javier aquí en Iquitos—, sólo porque lo pide don Juan Tuesta es que voy a contarte —en su casa de la calle Napo, número 385, a media cuadra de la plaza de Armas—. Nunca he hablado de esto —dice—, a excepción de esta vez, mira: mi hermano que ahora es chullachaki se llamaba Aroldo, Aroldo Cárdenas, o se llama, no sé. Tenía cuatro añitos cuando le pasó lo que nos pasó.

—¿Era el menor de ustedes?

—No, mi madre ya había dado otro bebé, de apenas quince días por entonces. Vivíamos en un pueblito nombrado Teniente Cornejo, cerca de la ciudad de Contamana... Mi papá le había comprado una chacra, a cambio de dos botellas de aguardiente, al brujo Julio Valles, que era nuestro vecino. Recuerdo: mi papá trabajó duro en la chacra limpiándola y sembrándola hasta dejarla lista, bien bonita. Cuando el brujo Julio Valles vio que la chacra ya estaba preparada, a punto de rendir, quiso recuperarla, propuso devolverle a mi papá las botellas de aguardiente, como único reembolso, sin considerar los gastos de semilla, de tiempo, de abono, de trabajo. Lógicamente mi papá no quiso. El brujo Julio Valles nada dijo pero le cambió la cara, el ánima se le dio vuelta en relación a mi papá. Ante mi papá no dijo nada pero a otras personas, por ahí, juró “voy a vengarme”.

»Mi papá también era brujo, desde muy joven había tomado bastante ayawaska, desde muchachito había ayunado, aprendido: él

nos avisó que el brujo Julio Valles le quería hacer daño y se preparó para defenderse...

—¿Cómo se preparó para defenderse?

—Se protegió, pues, con los medios que ellos saben. Y el brujo Julio Valles viéndose así limitado, sin capacidad para dañar a mi papá en la persona de mi papá, decidió vengarse en las personas de sus hijos. No eligió al más débil sino al más apropiado, porque el menorcito no servía para la malignidad, demasiado pequeño, era como casi nadie, a él no hubiera podido hacer que le dañe ni le robe el Maligno.

»Justamente ese día teníamos peones trabajando en la chacra. Mi mamá, por atender a su bebito no podía llevarles la comida, nos mandó a mi hermana y a mí que ya éramos grandecitas. Recuerdo: Aroldito nos quería seguir y mi mamá no quiso, diciendo que nosotras no lo íbamos a cuidar. Vayan ustedes solas, ordenó. Y se quedó Aroldito sin saber que ya no íbamos a vernos nunca más. En ese momento se presentó una torrencial lluvia. Mi mamá estaba bañando al menorcito y tuvo que dejar todo, desatenderlo todo igual que a Aroldo, por culpa de la lluvia: se puso a descolgar las ropas del alambre para que no se mojen, y los trozos de paiche salado que estaban secándose afuera, en el patio, también, y guardar todo. Porque mi papá, además, era buen pescador. Por estar en esos trabajos mi mamá no se dio cuenta, en sólo un momentito, por dónde fue a meterse, caminando, mi hermano. Terminó de guardar todo dentro de la casa y buscó al Aroldito. No había. Y la lluvia estaba cayendo fuertemente. En todo el caserío lo buscó, por todas partes. Y nada. Cuando nosotras volvimos de la chacra encontramos desesperada a mi mamá, llorando porque no había el bebé. Así, entre lágrimas, nos mandó a buscarlo. Con toda la lluvia salimos, avisamos a mi papá, los tres volvimos a buscar en el monte, en el lago, con ayuda de los peones que ya no quisieron ni comer.

»Unas personas nos dijeron que habían visto a Aroldo, justo cuando empezó a llover, caminando hacia el monte. Como nosotras le decíamos negrito, esas personas le habían dicho “oye, negrito, a dón-

de vas, regrésate a tu casa". Y Aroldo les dijo "voy donde mi mamá". Y esas personas nos dijeron que le habían dicho "pero si tu mamá está en la casa, acabamos de verla", y que Aroldito había insistido diciendo "no, mi mamá está en el monte, me ha llamado ahorita, está esperándome". Y pasó de largo. Se fue. Todos lo vieron irse al fondo del monte diciendo que iba donde mi mamá, cuando mi mamá estaba precisamente al lado opuesto, guardando las cosas de la lluvia. Nadie lo vio regresar. Se fue la tarde, se fue la noche, y nada, no había el bebé. Mi papá viajó a Contamana, avisó a la policía, partieron guardias, hasta soldados, batiendo todo el monte por si hallaban a Aroldo, o por si no lo hallaban, a ver si al menos encontraban algo, un indicio de que lo había comido el tigre, porque esa es zona de otorongos grandes, negros, o al menos un indicio de que mi hermanito se había ahogado. En el río también lo buscaron, por todo el río, buceando, escarbando entre las palizadas de la orilla, hasta bien lejos. Nada. Como a las varias semanas de búsqueda, se desistió ya. Se le dio, pues, por perdido sin remedio.

»Dos años después conocimos a un campa, un asháninka que vivía pasando el pueblo, se llamaba creo que Severo, sí: se llamaba Severo Quinchókeri. Él nos contó que en su *mareación*, durante las tomas de ayawaskha, había visto cómo el brujo Julio Valles hizo agarrar a mi hermano con el chullachaki. Severo Quinchókeri nos hizo saber que el brujo, fingiéndose un chullachaki igualito a mi mamá, fraudulento, disfrazándose con el cuerpo y la voz de mi mamá, idéntico, pudo robarse al Aroldito. El campa Severo Quinchókeri también nos informó que en las noches, como Aroldo todavía era muy niñito y lloraba extrañando a mi mamá, el brujo Julio Valles lo traía hasta las inmediaciones de nuestra casa para que se calmara. En las noches lo traía, escondido en la oscuridad, y el bebé oía la voz de mi mamá o el llanto de mi mamá, porque mi mamá lloraba día y noche, y escuchándola mi hermano se quedaba tranquilo. Aunque sea escuchándola llorar se quedaba tranquilo. La casa, entonces, era toda palmeras, *yarinas*, era libre, podía caminarse mucho. Y las vecinas iban a conversar con mi mamá, consolándola por las noches,

turno hacían para acompañarla, para no dejarla sola. Pero la soledad de mi mamá no era de gente sino de su hijo Aroldo. ¡Y pensar que en esos días el chullachaki venía con mi hermano a escondidas, hasta bien cerca de la casa, por entre las palmeras de yarina, y mi mamá lloraba sin saber que sus lágrimas le regresaban la alegría al Aroldito! O acaso lo sabía, no sé, ya sin remedio. Con el tiempo, seguro, al ir creciendo, mi hermano se acostumbró a caminar solo. Por eso el brujo Julio Valles se mudó, llevó lejos a Aroldo una vez que este fue olvidando, una vez que se fue acostumbrando a olvidarse de mi mamá.

—¿Era el brujo Julio Valles quien traía a tu hermano a escondidas?

—No. El chullachaki lo traía, o sea el demonio que lo robó transformándose en mi mamá. Severo Quinchókeri, ese campa, nos dijo también que él, gracias al ayawaskha había visto que al bebé no lo había comido el tigre ni se había ahogado sino que un chullachaki lo robó, no el brujo Julio Valles. O acaso era el brujo Julio Valles pero vestido con un cuerpo que no era el cuerpo del brujo Julio Valles. Y el campa Severo Quinchókeri dijo que no había querido decirnos antes la verdad porque había mirado en los ojos de mi papá la intención de venganza. Bajo el ayawaskha Severo Quinchókeri había mirado, en su visión, que mi papá degollaba al brujo Julio Valles con un cuchillo de piedra.

»Recuerdo también: había un señor preso en Contamana, un tal Juan González que a veces invitaba a los guardias, a los policías, a beber ayawaskha en su celda. “¿Quieren ver a ese niñito que se ha perdido?, yo les voy a hacer ver”, decía. Y tomaban todos, porque sólo tomando ayawaskha es que se puede ver. Y ese brujo que estaba preso creo que por denuncia de un médico envidioso, ese señor Juan González se ponía a cantar en ayawaskha y a llamar a mi hermano por su nombre. Y mi hermano venía, en las visiones de todos venía, con claridad, ya grandecito. Y verdaderamente todos los que tomaban ayawaskha veían a Aroldo. Ahí está el hijito de Cárdenas, dicen que les decía el brujo encarcelado Juan González. Mi papá se

enteró y fue a visitarlo a la cárcel para pedirle que lo ayudara, que juntando sus fuerzas, sus *mareas*, quizá los dos podrían traer de vuelta a Aroldo. Pero Juan González le dijo que era una pena, él no podía *trabajar* estando preso, solamente lo dejaban tomar ayawaskha de vez en cuando y para poder concentrarse tendría que dedicarse más y fuera de la cárcel. Dijo que necesitaría dos o tres meses de trabajo íntegro, exclusivo, sin hacer nada sino preguntar y preguntar todas las noches a la soga-del-muerto.

—Cuando Juan González veía en ayawaskha a tu hermanito Aroldo, ¿podía distinguir en qué lugar se encontraba?

—Con claridad, con claridad, no podía. Sólo dijo que Aroldo estaba viviendo junto a unos cerros, fuera de la selva. Al pie de unos cerros desconocidos y grandes lo veía venir en sus visiones. Tenía que llamarlo horas de horas para verlo venir, seguramente se encontraba bien lejos. Dijo también que el día en que llovió bastante y el chullachaki se robó al Aroldo, mi hermana y yo pasamos junto a nuestro hermanito sin distinguirlo. Dijo que el chullachaki lo escondió de nuestros ojos y no pudimos verlo por más que casi tropezamos con él varias veces mientras lo buscábamos. Juan González aseguró que si nosotras hubiésemos fumado un cigarrillo *icarado* por algún brujo, seguro que hubiéramos podido ver a Aroldo, por más de los esfuerzos y la ciencia del chullachaki Julio Valles. Pero nosotras ¿cómo íbamos a saber? Mi papá tampoco, no se le ocurrió *icarar* ningún cigarro, nada, muy abatido estaba... Nunca nos notificaron más de Aroldo. Sólo sabemos que lo hicieron chullachaki también a él.

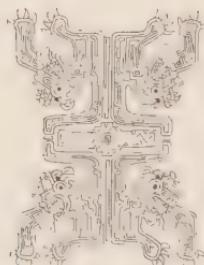
—¿Quiénes *lo hicieron* chullachaki? ¿No fue acaso el brujo Julio Valles?

—Claro, también fue Julio Valles quien lo hizo chullachaki... Mira: un chullachaki ya no es lo que antes fue, lo que fue antes. Un chullachaki ya no es una persona, es apariencia de persona, es como nadie. Un chullachaki así, por ejemplo Aroldo, ya no es Aroldo. Es un recipiente vacío que los brujos llenan a su conveniencia poniéndole las apariencias de los cuerpos que quieren, de los cuerpos con

que quieren engañar. Dentro de ese nadie que es el chullachaki, y que sin embargo tiene grandes poderes, ellos ponen las personas que quieren, las personas con que nos quieren hacer creer, no sé si me entiendes...

—¿El brujo Julio Valles hizo chullachaki a tu hermanito Aroldo para ponerlo a su servicio? ¿Lo hizo chullachaki al servicio del Maligno?

—No. Al servicio de los... —y los ojos de Ruth Cárdenas descienden hasta la grabadora, otra vez le rehuyen, titubean—: Seguramente al servicio de las ánimas de él, o de otros brujos de él... Porque hace años nos enteramos que murió el brujo Julio Valles. Pero mi hermano no ha vuelto. Mi hermano Aroldo no ha vuelto a ser Aroldo...



Don Juan Tuesta dice que las cosas no son como son sino como lo que son

—Quisiera que me cuentes tus visiones de anoche, la última de tus visiones —dispone don Juan Tuesta, hablando al aire en su cabaña que se ha puesto a temblar.

—Lo último que vi —le digo— fue a don Javier en Cusco. Soñé que estaba en Pisaq, en lo alto de la ciudadela inkaika de Pisaq, y que yo no era yo, César Soriano, sino mi primo César Calvo, que miraba desde arriba al Urubamba, el Río Sagrado, plateado y joven lo miraba pasar culebreando entre maizales de oro, de oro azul y naranja, hacia las selvas...

Y don Juan Tuesta, siempre atento al aire, mirando hacia otro lado, perdiéndose en sus ojos que van al Amazonas:

—¿Nada más?

Y yo, peor que obligado por mi boca:

—Soñé que don Javier vivía en el Cusco pero no en Pisaq, sino en Pawkartampu, en un sitio que se llama Tres Cruces, soñé que Pisaq era a la vez Pawkartampu y don Javier era un cazador de cóndores de la época de los inkas, yo lo vi en mi visión...

—Di en qué forma lo viste —se inquieta don Juan Tuesta.

Y yo, sin ser de mí, el recipiente de mi cuerpo rebalsado de nuevo por las personas y la voz de César Calvo:

—Era noche de sol allá en Tres Cruces, en lo alto de Pisaq-pawkartampu. El inka Manko Kalli salió de atrás del sol, ataviado con un poncho largo que le llamamos *cushma*, el inka todo cubierto por una *cushma* amarilla, el trajerío del sol, y el sol era diez veces más grande y diez veces más rojo y el inka Manko Kalli tenía un

vaso de madera tallada entre las manos, abrazado contra su pecho, un vaso de esos que los antiguos conocían como *Q'ero*, y el *Q'ero* que Manko Kalli apretaba estaba lleno de saliva del Sol. Manko Kalli se vino caminando lentamente hacia mí, yo era don Javier, y me dijo que fuera a cazar cóndores, y yo era muy viejito y le dije no puedo, ya soy viejo y además nunca supe cazar nada. Manko Kalli me ordenó mirar mis brazos y mis brazos crecían cruzados de cicatrices y tatuajes raros. “Mírate bien”, dijo el inka, “sólo los cazadores de cóndores tienen brazos así, tú siempre has sido cazador de cóndores, anda y tráeme el más grande de la tierra y del aire”. Yo entonces ya no era don Javier, quiero decir que sí pero también otra persona era, no César Calvo ni César Soriano sino otro alguien que jamás he visto...

—¿Y esa persona que eras tú, ese desconocido, tenía cicatrices en los brazos?

—Igualitas a las de don Javier, y una más comedida en la cara sobreña, mulata, casi negra, sobre la mejilla derecha resbalando hacia el cuello, y otra en el antebrazo del mismo lado... Subí, pues, a lo alto de Tres Cruces y allí cavé dos pozos, uno grande, uno chico, unidos por un túnel suficiente. Cubrí el pozo mayor con un emparrillado de ramas gruesas, fuertes, las más recias y jóvenes de los alrededores, amarradas con sogas de oro y plata, y en el emparrillado puse un venado niño, todavía sin astas, mirando al cielo con la frente despiadada por los perdigones. ¡Carnada, para atraer al cóndor! Ingresé por el otro pocito, me arrastré en ese túnel tapizado por un cañaveral de *paka*, pasé arañándome con sus espinas curvas como bocas de cóndores nacidos, arrastrándome hasta quedar techado por el emparrillado, sentado al fondo del pozo grande, bajo el venadito que sangraba con la sangre del sol, su cabeza sin astas atravesada por dardos de *tohé*. Allí permanecí sin moverme siete días. Al rato vino el cóndor agitando sus alas de lupuna arrugadas y blancas y negras a la vez, un animal más vasto que el cerro donde estaba yo esperándolo. Se acercó, descendió hasta el venado, forcejeó tratando de arrancarlo del emparillado. Aproveché: asomé mis manos por

entre las ramas y le agarré una pata, bregando, y la otra también, pugnando fuertemente, y el cóndor padre picoteó mis brazos pero no con heridas sino con cicatrices, las desgarraduras que me impuso ya nacían cerradas. Ahí reapareció el inka Manko Kalli y me dijo “has cumplido. Yo, hijo del sol del mediodía”, dijo, “esposo de Mamántziki, yo te nombro mi *ayúmpari*”. Y con sus manos suaves y oliváceas como enguantadas con la piel de un niño Manko Kalli desamarró al cóndor que se volvió amarillo y se fue tembloteando dócilmente con el hijo del Sol, posado en el pecho del hijo del Sol, menos que mariposa sobre su corazón...

—¿Es eso todo lo que vio tu sueño?

—No, padrino —digo a don Juan Tuesta—. Volví a ver que yo era don Javier y a la vez mi primo César Calvo, y que nos encontrábamos en lo alto de Pisaq, junto al cementerio inkaiko, más arriba del templo del Sol, más arriba del templo de la Luna. Vi que yo, don Javier, desenterré de entre las tumbas viejas un vaso de ceremonias de los inkas, un Q'ero de madera, y se lo regalé en silencio a mi primo César Calvo. Y vi también que yo, César Calvo era yo, recibí el Q'ero que me dio don Javier, el vaso de madera que yo mismo me obsequié con las manos de don Javier, alargando hacia mí mis propios brazos llenos de cicatrices. Y don Javier comenzó a tocar su cajón en mis visiones, cerró los ojos como recogiendo armonías del aire, cadencias que fluían visiblemente, palpablemente de sus dedos rimados. Súbitamente se levantó del cajón, alzó los brazos hacia el cielo, los metió en el pozo de la sangre del sol. Y vi que sus brazos regresaban sin huellas, los puso ante mi rostro, más oscuros, intactos, limpios de cicatrices...

—No he sido yo quien te dictó ese sueño —musita don Juan Tuesta—. Es que las cosas no son como son sino como lo que son. Ahora estás muy niño todavía para poder saberlas. Trece años no son nada. Pero algún día, lejos, las verás.

Se cumplen las profecías de la flor del tohé

—Medio loquita es esta lluvia, ¿di, tío César? —dice desde sus cinco años Ruth-Ruth, la última hija, aquí, de don Javier.

—¿Por qué? —simulo contemplar hacia un costado enmascarando mi sorpresa.

—Porque ¡dinnnn! cae de golpe y ¡dinnnn! se va de nuevo, lo mismo que Diosito, esta lluvia...

Y su hermana Selva, extendiendo los ojos sobre la mesa del comedor, yendo hasta la ventana tras la cual relampaguea súbitamente lo alto de la tarde:

—Diosito también ha de estar medio tronado, medio loco, ¿di? Porque igualito que la lluvia es: ¡dinnnn! aparece y ¡dinnnn! desaparece...

—¿Cómo sabes? ¿Acaso has visto a Diosito?

Y Javico, el mayor de los tres hijos:

—Entre ellos nomás se ven, entre Diosito y todos los que se han muertos...

Ruth Cárdenas me salva, reaparece y reanudamos nuestra charla de ayer. El aguacero ha vuelto a detenerse, en la frente de la sala abre sus alas el Cristo de madera tallado por Agustín Rivas, yo me repongo en el silencio que viene de la calle, espero a que la esposa de don Javier se siente, hablo:

—Don Juan Tuesta me dijo que has tomado tohé. ¿Cómo es? ¿Se siente lo mismo que con ayawaskha?

—Con tohé no alucinas, distinto es. Con tohé ves todo natural, bien real, igualito, solamente que es otra clase...

—¿Cómo así?

—Con tohé ves otra realidad, otra clase de natural. Si tú tomas tohé dentro de esta casa ya no ves esta casa, otros lugares ves, otras personas. Estás con los ojos abiertos pero no ves lo que tus ojos ven, lo que hay a tu alrededor, sino que miras cosas que no están acá. Y las ves igualitas. Quiero decir que las ves con claridad, reales, como si estuvieras mirando éstas...

—¿Cuándo tomaste tohé?

—Por pura curiosidad lo conocí al tohé cuando tenía diecisiete años. En mi casa se había producido un robo, le sustrajeron todos sus documentos a mi mamá, la dejaron sin identidad. Una viejita que vivía por arriba del pueblo me aconsejó que tomara tohé, dijo que el tohé me haría ver quién robó los papeles de mi mamá. “Tomando tohé se ve todo”, me dijo, “lo sucedido y lo por suceder, nada se escapa”. Acepté. Aprovechando que mi papá estaba de viaje fui a casa de la viejita y tomé. No vi nada del robo. Siete días y siete noches estuve bajo los efectos del tohé. Con un poquito de su jugo tuve una mareación de una semana. Vi muchas cosas, muchos lugares, hablé con mucha gente, pero nada del robo...

—¿De dónde extraen el jugo del tohé? ¿De la flor?

—La flor del tohé manda pero lo que se bebe brota del tallo. La viejita, Rosa Urquía, así se llamaba la viejita, cortó una rama de tohé, que en tierra de virakochas rinde una flor más pequeña, con menos color blanco y menos fuerzas. En la selva es más grande, más gruesa en su tallo, la flor misma es más flor, doble, como una dentro de otra... Rosa Urquía cortó una rama y le hizo un tajo vertical, hacia abajo, y raspó el corazón del tallo que es como manzana, hasta que empezó a salir el jugo. Lo dejó escurrir gota por gota dentro de un matecito, midió la sustancia metiendo el dedo en ese recipiente hasta la mitad de la uña de su pulgar, y me la dio a beber. Lo primero que vi fue a mi papá. Lo vi normal, viniendo, y sabiendo que estaba de viaje hablé normalmente con él. Hablé con él sabiendo que no era él, que era el tohé, pero él me contestó. El tohé me contestó. Con el tohé tú puedes ver a las gentes y puedes conversar, las gentes

te contestan con naturalidad. Y todo es natural, más natural que en este natural. Después vi que yo estaba internada en un hospital y dos enfermeras de blanco me hacían guardia. Y la más bajita sostenía un bebito entre los brazos. “Varoncito es, señora”, me decía... Años después lo vi igualito pero sin tohé. En el mismo hospital estuve, entre las mismas enfermeras de mi visión, y el bebé era Javico, mi primer hijo de ahora, de aquí, idéntico. Vi también a mi esposo, esa vez, con el tohé. Un joven de camisa con flores y pantalón verde oscuro tocaba la puerta de mi casa en Contamana. Por la ventana lo vi y de primera intención no quise abrirlle. Él golpeó con más fuerza, con gran seguridad. Yo, nada. Golpeó otra vez. “¿Quién es?”, me animé a preguntar con un miedo que no sabía, que acaso no era miedo. “¡Es la felicidad!”, contestó el joven riéndose, “¡la felicidad llama a tu puerta...!” Y yo, como si yo no fuera, riéndome también, contra mi propia voluntad le abrí. Años después, y sin tohé, volví a presenciar exactamente lo mismo que en esa visión. Recuerdo: el mismo joven pero más adulto, medio grueso y con barba, se hallaba entre otras personas que yo tampoco conocía entonces. Tú estabas entre ellas. Y ellas indicaban al joven de barba y me decían “mira, es tu esposo, el padre de tus hijos”. Yo me reía. En medio de mi *mareación* reía porque yo era consciente que nunca había visto a ese señor, no me había casado ni pensaba casarme, ni siquiera lo conocía...

—Y cuando al fin conociste a don Javier, ¿lo reconociste? ¿Lo reconociste como aquel a quien habías visto en el tohé?

—No. Cuando conocí a don Javier no pensé en eso. Mucho después pude acordarme de él, de cuando el tohé nos presentó quince años atrás.

—¿Ese don Javier del tohé era el mismo don Javier de hoy?

—Con la misma voz, la misma risa, las mismas facciones, igualito.

—Todo lo que viste durante el tohé, en esos siete días, ¿se ha cumplido, lo has ido viendo durante tu vida?

—¿Durante mi vida de acá?

—Sí.

—Casi todo. Una sola cosa que vi con el tohé, una cosa no he podido ver todavía. Me vi caminando por una ciudad bien grande, entre edificios rarísimos, grises, gigantescos, con balcones de fierro y macetas de flores, cosas que jamás había visto antes tampoco. En esa época yo ni siquiera conocía Iquitos, no imaginaba un pueblo tan grande, ahora mismo no puedo imaginarlo, no sabía que existían edificios así. Me acuerdo: tenía temor de verme dentro de esa ciudad, como aplastada por los edificios, caminando y caminando...

La tarde se apenumbra, relampaguea más. La pequeña Ruth-Ruth regresa a interrumpirnos:

—¿De qué tamaño será el ánima de los que han muertos, tío? ¿Si yo muero chiquita, mi ánima también será chiquita? —y sin dejarme tiempo—: ¿Cómo será la cara de las ánimas?

Javico se interpone:

—Lejos es, de lejos son sus caras. El ánima vive lejos, vive sentada en la madera. Por eso hay que pasar corriendo. Si el ánima te ve, se levanta, viene hasta donde ti y no deja de hablarte...

—¿De qué cosas te habla? —me sorprende diciéndole.

—De todo. Porque cuando el ánima muere, muere sabiéndolo todo.

Su hermana Selva contribuye:

—Diosito le dicta al ánima para que hable. Allá en Pucallpa hemos comprobado. Vimos un ánima que salía de adentro de una carta. Era el ánima de su papá de la señora Chabela. La carta era una carta de su papá. El ánima salió brillando, bien brillante y nos dijo: “yo, en mi vida, no he podido todo lo que he podido, solamente estas cosas”, así nos dijo el ánima, “porque yo en mi vida no he comenzado a ser”. Así le oímos que dijo. Nosotros tres le vimos y le oímos, ¿di, Javico...?

Ruth Cárdenas les ruega irse a jugar al patio. El aguacero ha vuelto a descolgarse. El Cristo de madera abre sus alas sobre la pared, frente al *renaco* azul que pintó Yando Ríos.

—Durante los siete días del tohé ¿tuviste que ayunar?

—Rosa Urquía me daba de comer un pedazo de plátano por día, asado a leña. Y si tenía sed sólo podía beber unos sorbos de jugo del mismo manojo de plátanos. Nadie debía verme ni tocarme ni hablarme. Sólo la viejita Rosa Urquía... El tohé es peligroso, si alguien más interfiere es bien peligroso. Hay casos de personas que no han regresado de aquellas *mareaciones*, gentes que se han quedado dentro del tohé mirando para siempre lo que mira el tohé...

—¿Y pudiste dormir?

—Perfectamente. Soñaba todas las noches. Pero también los sueños eran distintos, otros, lo mismo que las vigilias. Aun dormida seguía viendo una naturaleza extraña, mis sueños eran los de otra realidad. Dormía poco, eso sí. Entonces yo era bien flaquita pero en mis visiones me veía gruesa, como ahora me ves, y se lo decía a la viejita Rosa Urquía, ¿por qué me veo tan gorda?, y Rosa Urquía informaba que yo iba a ser así llegando a adulta, una vez que tuviera mi primer hijo...

—¿Cómo te fue pasando el efecto del tohé?

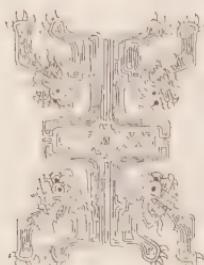
—La duración del mareo es de siete días con sus siete noches por lo general, a veces menos. Pasado ese tiempo ellos te *curan* para que ya regreses...

—¿Para qué regreses...?

—Sí, para que regreses a esta realidad.

—¿Y cómo te curan?

—Solamente te ponen dos gotitas de jugo de caña en la vista, en cada lado de la vista, y todo se te pasa como por encanto de magia, nada más.



Vi un Cristo feliz que abrió las alas y se fue volando

Desde la casa de don Javier, allá en la calle Napo, hasta la de don Dan el Guzmán Cepeda, en la plaza 28 de Julio, de Iquitos, no habrá más de diez cuadras, pero el cielo de noche, el aire que arde, son diez cuadras de sol, llegó jadeando.

Esta es la casa que hace veinte años hospedó mis vacaciones escolares gracias a una misiva de mi tío César Calvo de Araújo, el Pintor de la Selva. El viento no ha pasado. Son las mismas ventanas de madera tántas veces pintada, persianas que mi tío supo apartar con dedos de aguarrás y tabaco y pinceles atisbando la plaza 28 de Julio como sabia espátula recogiendo colores y memorias y entregándolo todo al caballete donde otra ventana de tela erguida y blanca lo esperaba. Es la misma techumbre levantada contra las perversidades del verano, los mismos cuartos amplios y afectuosos como almas, la misma terca juventud cantante de Julio Meza Peñaherrera, fundador del caserío de la isla Muyuy donde obsequia milagros don Juan Tuesta. El viento no ha pasado por aquí, ¿el viento no ha pasado? Dentro de la vivienda, nuevas subdivisiones y paredes delgadas y muebles que no crujen: mecedoras de acero, tocadiscos con cumbias, respaldaderes nubosos cubriendo los divanes. Y por fuera la casa lleva otro nombre: el 59 del jirón Aguirre ha ascendido hasta el 861, el polvo de la calle de ese tiempo yace bajo el asfalto, el torpe traqueteo de las motocicletas ocupa el aire que antes fue remanso, una educada brisa pasa bajo el inusitado aguacero estremeciendo flacas tentaciones, faldas y pantalones de boca ancha, sobre el

cemento que ahuyenta a las baldosas de la vetusta plaza. Algo como un reclamo tardío tras el aire denuncia que los árboles de mango fueron decapitados junto a las pomarrosas, que don Daniel Guzmán Cepeda no se encuentra en la casa, que ha salido. Salió tras el pintor Calvo de Araújo sin avisarnos nada y se fueron pisando ramas tiernas, ya convertidos en el único enigma que no revelarían a nadie.

El segundo de los hijos de don Daniel Guzmán Cepeda, breve de nombre y láguido de altura —lo bautizaron Roosevelt—, admite un sitio para otra cama en su dormitorio. Casi en vano pues no pude dormir. Horas de horas anduve de memoria por la isla Muyuy visitando a lo lejos la última noche de ayawaskha en casa de don Juan Tuesta, atando mis nostalgias y cariños a las ramas azules, a la mano anaranjada del Amazonas en la voz de la noche alucinada, remembrando la historia que el brujo me obsequió acerca de mi primo y de una inconcebible mariposa amarilla, horas de insomnio recordando la charla con Ruth Cárdenas en torno al chullachaki y al tohé, oyendo los respirares de Roosevelt en la cama de al lado bajo el gran mosquitero y yo a través del mío revisando paredes de madera pulida, la espesa puerta asegurada entre dos picaportes excesivos, algunas lagartijas atigradas huyéndose en las vigas del techo, siete vigas, y ninguna ventana en todo el cuarto, únicamente un filo de horizonte para que pase el aire, alargado espacio pegado al cielorraso, clausurado también por esa voluntaria tela de metal, franja de redcilla inaccesible. Los gallos tasajean mi memoria, deben ser las cinco de la mañana ya, el incipiente cielo de Iquitos destella sin luz desde la huerta y resbala perfiles en las tablas del techo. Rascuño finalmente algo de sueño. Sueño que Roosevelt se hunde en un enorme lago tapizado de anguilas, y me llama sin voz, lo veo, me llama con un mover de brazos pugnando por aproximarse a la orilla del implacable lago que se hunde con él, más y más, entre árboles rojos. Brevísimo es mi sueño. Abro los ojos y escuchó que Roosevelt no me llama, en la cama de la izquierda está

quejándose. Será una pesadilla, me digo todavía entre las brumas del mediosueño y levanto los bordes del mosquitero que asombrera mi lecho de insomne, salgo hacia Roosevelt y lo llamo en susurro. Nada, son penas de dormido. Enciendo el fluorescente que oscila desde el centro del cielorraso. «¡Roosevelt!», insisto, mi voz es menos considerada, lo despierto.

Páudo de sudor y de temblores, Roosevelt Guzmán abre ojos que se van, sostiene con la mano derecha su tobillo, se lo ahorca mostrándome la carne amoratada alrededor de un dardo negro. «¡Me han viroteado!», dice. «¡Tráeme un cuchillo de cocina, sin hacer ruido, ayúdame a sacar el veneno...!». Yo no entiendo, asustado, quite los picaportes de la puerta, regreso al cuarto. Roosevelt ha extirpado el dardo ponzoñoso, se hace un tajo sudando más, temblando, pidiéndome que chupe su sangre con cuidado, no me vaya también a envenenar, y que la escupa, y ya menos al raro toma en cuenta mi horror y me informa que esa astilla es un *vrate*, que es poder de hechiceros *virotear* desde lejos, no hay muro que impida a cualquier oficiante del Maligno *virotear* enemigos, es eterna la guerra entre quienes practican magia negra y quienes como Roosevelt se han afiliado a las oscuridades bondadosas, a lo que César llama Magia Verde. Así me enteró que Roosevelt, ahijado de don Juan Tuesta, es también su discípulo desde hace muchos años.

—Desde que me curó la cojera —dice Roosevelt—, ¿te acuerdas que me dañé el pie derecho, arreglando el techo resbalé, caí sobre un tablón claveteado y me partí el hueso del talón...? Después, yendo de caza al centro de Muyuy, una serpiente me mordió el mismo sitio. ¿Te acuerdas cómo yo cojeaba con este pie que los médicos de Lima dieron por perdido? Mi padrino Juan Tuesta, ayunando en el bosque, me lo puso normal...

Y solamente entonces rememoro que ayer, al abrir la puerta y conducirme hasta mi dormitorio, Roosevelt caminó limpiamente. Y ahora me pide que alquile un bote rápido en uno de los muelles de Belén y vaya a Muyuy y explique a su padrino lo ocurrido

y le suplique por favor que venga a Iquitos, él fingirá una gripe a fin de no alarma a los parientes, me embarco sin creerlo todavía.

—La guillotina no está en las manos del verdugo —dice don Juan Tuesta revisando ese tobillo enorme, algo menos morado sobre la sangre que negrea la sábana—. En el cuello de la víctima, ahí es donde está la guillotina —agrega el brujo de la isla Muyuy.

Yo solo descreyendo. Prefiero pensar nada.

«Vi también una celebración», le digo a don Juan Tuesta sentado en la espantana frente a la plaza Rumanía. «Vi un jolgorio que no he visto jamás, una fiesta de sangre, yáwar fiesta», «raymiyáwar, así se dice en quechua» me dice él. «Soñé un pueblo redondo», lo interrumpo, «un sueño con gente de piel de arcilla dura, viejos, niños, muchachas que reían sobre el césped quitándose unos mantos de colores». «*Lligllas* es su nombre», dice don Juan Tuesta. «Y todos bailaban hasta el desquiciamiento, felices bajo la luna llena que era el doble del sol. Vi campesinos, gritaban cosas dulces y embriagadas, perseguían un gigantesco toro negro, lo acorralaban riendo atándolo a un árbol que era *pisonay* a la vez que pomarrosa de flores coloradas. De lo alto del cerro que circundaba al pueblo se desbarrrancaron dos hileras de hombres dando voces. A la cabeza, bajo un poncho amarillo con estrellas oscuras avanzaba don Javier, traía posado en su brazo un cóndor de alas inabarcables como si se tratara de un gorrión. Intempestivamente, cerca del pisonay florido don Javier dijo algo en el oído del cóndor, sonriendo, y el cóndor se despidió del brazo rasguñado, tatuado de cicatrices ruidosas, parecía que se iba volando hacia las cumbres pero no, regresaba volando hacia la espalda del toro y el toro forcejeaba bajo el cóndor de piedra, espumajeaba sangre, daba gritos de sangre. Vi cómo don Javier, riendo siempre, incrustaba las uñas del cóndor en el morrillo del toro

negro, las cosía con sogas de ayawaskha, se inclinaba al oído del torocónedor que se había reducido, menos que un pajarito con cuernos de caracol, y el torocónedor al oír la voz del brujo crecía, crecía desbordando la plazoleta del poblado, extendidas las alas de colina a colina, anhelante la cornamenta desde la luna hasta el sol, sobre el tiempo, todo él expandido desde el día anterior hasta esta noche, eso es lo que he mirado en mis visiones, don Juan Tuesta», le digo.

«Y vi a don Javier despojándose de su cushion amarilla, sosteniéndola ante sí como capa de torero, roja, y cabrioleando hacia el bicefálico que pezuñeaba el césped y volaba contra él. Varias veces don Javier lo esquivó con la capa, burlándose, varias veces el torocónedor clavó en despecho sus uñas y sus patas, sus cuernos y sus alas. Luego don Javier, que ya tenía la cara de don Hildebrando, entregó su cushion, de uno en uno, a todos los varones del pueblo, y todos eran altos, el doble de tamaño de nosotros. Yo lo miraba todo desde una de las flores del pisonay, dentro del tronco de la pomarrosa. A cada quite de los hombres el cóndor cavaba con su pico la tierra del toro al que estaba amarrado, y los varones bebían en un vaso tallado de madera, en un Q'ero de los inkas bebían la sangre negra del toro hasta que el animal se desparramó sobre la hierba rota. En esa esquina de la visión me confundo: la cara de don Hildebrando abandonó el cuerpo de don Javier y don Javier desató al cóndor de lo alto del toro que yacía sangrando, no, no fue eso lo que vi, don Javier llevó al cóndor posado en su brazo derecho, no, se subió a él, se fue flotando en esa mariposa de alas azules, anaranjadas, no: don Javier buscó al cóndor sólo para dejarlo, no: peormejor: lo buscó solamente para dejarlo libre. Vi al cóndor elevarse rumbo al sol que cantaba, rumbo al Inti sonando como un pozo rebalsado de arcoíris. Y el cóndor extendido sobre el aire consiguió tapar la boca del pozo del sol, adelantó a la noche. La noche descendió sobre el poblado con las alas plegadas. Y la luz de la noche era dorada, invisible y dorada. Y no pude ver más.

»Pero seguí mirando, abrí los ojos en la cara de mis visiones y vi otra fiesta que no he visto jamás. Entré a caballo a un lugarcito que

no sé su nombre, Yauriski, entre millares de hombres y mujeres rezando. Todavía en la noche, apesarado aún no sé por qué, partí con todos hacia una colina pedregosa, después hacia otra más helada y enhiesta, después hacia otra más hasta que al fin llegamos, en la última noche, a las faldas de un cerro imposible, emponchado de nieves eternas. “¡*Qoylluriti*!”, gritaban. “¡Estrella de Nieve!”, gritaban. A lo largo del camino desde el pueblito de Yauriski hasta el nevado llamado *Qoylluriti*, todos íbamos juntando piedras pequeñas, luminosas, coloreadas, los más hermosos o los más difíciles guijarros del sendero que se empinaba. “¡Una piedra por cada pecado!”, gritaban. Y yo iba juntando. ¡Una por cada pecado cometido durante el año! Yo juntaba y juntaba. Algunos arribaron a las faldas del *Qoylluriti* doblegados bajo un costal de piedras, y otros ligeritos, leves, hipócritas, con la alforja flameando al viento helado, engordada apenas por una que otra falsedad, uno que otro miedo, robo manso, injusticia. Y vi cómo a los pies de aquel nevado que ascendía, no acababa nunca, construíamos ínfimas fortalezas con nuestros pecados, casitas, iglesitas de piedra en homenaje al cerro, a la Estrella de Nieve, en promesa de arrepentimiento. Y más que nada en promesa de alegría. Porque después de aquella ceremonia bailamos y bebimos aguardiente de caña y chicha de maíz bien fermentada y fornicamos y nos desorbitamos hasta el amanecer, allí en los pliegues de la cumbre blanca. Soñé entonces que usted salió del cerro, del vientre del nevado. El *Qoylluriti* se partió como un árbol y de su adentro salió usted, don Juan Tuesta, pequeño, amoratado por el viento que lo tomó en sus brazos. Y usted era ya adulto. Y nos gritó: “¡Visiones, empiecen!”. Y todos los campesinos que habíamos peregrinado a ese lugar, porque yo en mi visión era labriego quechua, hombre de los Andes, chori, todos los campesinos, no, solamente los jóvenes, cortamos enormes bloques de hielo y los amarramos a nuestras espaldas. Y bajo el peso de los hielos comenzamos el ascenso de la Estrella de Nieve, el inaccesible *Qoylluriti*, tropezando, jadeando, congelándonos sin dejar de reír a grandes voces, mofándonos del otro, amenazándonos. Yo fui el primero en llegar a la cima. En lo alto del cerro

conquistado se me ofreció una cueva de nieve iridiscente y al fondo de ella, sobre un altar de piedras coloreadas, pecados, sonreía un Cristo crucificado. Y vi que la cara de ese Cristo feliz era la cara de don Hildebrando, no, era otra vez la cara de don Javier. Lo vi claramente, tal como ahora lo estoy mirando a usted. Y don Javier, clavado en esa cruz de piedra roja, en esa cruz de nieve de *palosangre*, dijo: "por haber llegado primero tienes derecho a solicitarme tres deseos que habrán de realizarse". Así habló el Cristo de Qoylluriti, sonriendo. Y yo le dije:

»—Quiero ser libre.

»Y él desclavó sus manos en una venia y me vi convertido súbitamente en un ser invisible. Me miré: ya no estaba. No había nadie en mi lugar. A mi lado ibanvolvían carabineros, caucheros, hombres que nunca he visto, rastreaban veredas de caucho por los bosques junto a mí rastrillando enormes winchesters buscándome en la selva. Yo me reía de ellos, callado me burlaba en mi visión, reía de sus balas que me perseguían vanamente en el aire, en la tierra, en los ríos. Así sobreviví.

»—¿Cuál es tu segundo deseo? —dijo el Cristo.

»—Quiero ser libre —dije yo.

»Y en ese instante me vi clavado en la cruz de piedra, con los brazos abiertos y sangrantes, sonriendo frente a don Javier que entraba por la boca de la cueva de hielo y se quedaba absorto mirándome en la cruz. Don Javier con mis manos desanudó de su espalda el bloque de hielo amarillo que yo me hube atado en los bajíos del Qoylluriti y en la puerta de la cueva blanca me volvió a preguntar:

»—¿Y tu tercer deseo?

»—Quiero ser libre.

»Mis palabras todavía soñaban en mi boca cuando vi que mis brazos me desprendían de la cruz de palosangre y se volvían alas. Me vi salir volando por la cueva convertido en un cóndor que surcaba los aires del día y de la noche y planeaba sobre un pueblo redondo, nunca jamás lo he visto, y posaba sus garras, mis garras, en el lomo de un interminable toro negro. Me vi hundiendo el pico

contra el morrillo del toro, cavándolo y bebiéndole la sangre, cavándolo y bebiéndole la sangre. Y la sangre del toro cantaba dulcemente, era demasiado dulce, era demasiado tarde. Eso es lo que soñé...

—Los cóndores nacieron en la selva —resuena don Juan Tuesta detrás de mis visiones—. Antaño, muy antaño, cuando el gran otorongo cayó sobre los campa y los dispersó, los cóndores huyeron, salieron desde el fondo de un vaso de madera sagrada y fugaron a las cumbres, se habituaron a vivir al mismo tiempo bajo el sol y bajo la noche, sobre el fiero granizo de los Andes y sobre el pasto tibio. Desde ese antaño hasta este ahora los cóndores continúan viviendo allí. Lo único que nunca han aprendido: tolerar los vientos que ruedan sobre el mar, resignarse, vivir en los arenales de la costa...

—Yo los estoy sintiendo regresar, los estoy soñando en este instante, veo cómo los cóndores vuelan hacia la selva —me escuchó replicar a duras penas, lejos, forcejeando desde el ayawaskha.

—Pero no estás soñando —murmura don Juan Tuesta.

Y miro que algo más dice su boca, otras palabras salen relumbrando. La mano del Amazonas —la distingo más rugosa y grisácea— borra la voz del brujo contra el aire dorado, a mis espaldas.



Vi también otro pueblo que no he visto jamás

Don Juan Tuesta se incorpora del tronco de espintana y me invita monte adentro. Todavía en mareos atravieso la plaza Rumanía rumbo al centro tupido de la isla que enmarca con su estruendo el Amazonas. A menos de una hora de caminar, cierto reposo mana desde los ojos de don Juan Tuesta: ante nosotros pasa un río de aire, cauce seco que un árbol caído facilita con ademán de puente. Don Juan Tuesta se aparta, avanza, en la mitad del tronco vuelvo a detenerme: a mi derecha, de lo hondo del paisaje, más que paisaje un túnel, techumbre de enredaderas flexibles como cañas delgadas y espinosas, noto que en cada nudo de los tallos se afirman dos espinas alevosas, ganchudas, paka se llama esa enredadera me dice don Juan Tuesta, y del fondo del túnel surge una mariposa de alas terciopelosas y amarillas y punteadas de negro, me sobrevuela lentamente, silencio, y se engoma en una de las ramas muertas sobre el río invisible. Detrás de aquellas alas reconozco el paisaje, pero no estuve nunca antes aquí, lo he mirado en un cuadro, el sitio exacto, los colores puntuales, la misma luz cantando entre las púas del enredo de paka, no hay duda que el pintor Calvo de Araújo esbozó ese óleo desde aquí, su memoria sentada sobre este árbol, yo lo miré pintarlo años atrás en Lima. Un deseo indomable de agradecer me vence: hablar con el paisaje, rozar la sedería de la mariposa.

—Puedes tocarla nomás —dice don Juan Tuesta—, sí tú la tocas no se va a espantar.

Y me acerco despacio, extiendo más despacio mi mano hacia las gasas amarillas, la mariposa, nada, inmóvil, se deja acariciar, me confunde tal vez con el aire que pasa en lugar del río, pienso. Estoy así, de asombro, no sé cuánto, y por fin me levanto respimando de nuevo y la mariposa torna a temblar, silencio, gira en redor de mí, más que silencio, entra y sale del cuadro del paisaje, se decide, enfila hacia mi pecho y se asienta, aquietándose, bajo mi hombro izquierdo. No me muevo temiendo ahuyentarla, y una vez más el brujo me confianza:

—Puedes seguir caminando, no se va a espantar.

Así termino de cruzar el puente, la mariposa quieta sobre mi corazón, prosigo una hora más, dos horas en la trocha que se interna, que se sosiega por fin frente a una *kocha* de aguas oscuras. El calor me aventura, sería bueno un baño, la mariposa abandona mi camisa mojada, sobrevuela las aguas cubiertas de una baba más lenta que amarilla y cruza así, soñando, así, silencio, hasta el islote que verdea en el centro de la poza turbia.

—No es una mariposa —susurra don Juan Tuesta—, es el ánima de tu finado, el ánima de mi compadre Calvo de Araújo...

Pleno entonces, poderoso y pleno, empapado de sol y de contento me quito la camisa, el pantalón, «¡no entre usted al lago!», grita una viejita a mis espaldas, «¡está lleno de anguilas!», se apavora. Don Juan Tuesta, inmutable, Rosa Urquía, le dice, «nada temas Rosa Urquía», y a mí: «entra nomás, ninguna nada va a causarte mal». «¡Ayer mismo resbaló mi becerro y las anguilas me lo devolvieron negro, quemado, difunto!», insiste Rosa Urquía. Yo giro a la orilla de la kocha, veo la mariposa que fulgura al frente, en el islote, trozo de joyería sobre los matorrales, y me lanzo a las aguas cada vez más oscuras, más calientes, más claras, huyo del sol que tuesta el viento quieto y de la tarde que arde, braceo hasta el islote refrescante. La mariposa regresa a don Juan Tuesta, junto a la viejita muda que no quiere ni mirarme. Me zambullo de nuevo en la espesa frescura, recuerdo no sé por qué un pájaro carnívoro que se llama wapapa, me dirijo buceando

a la ribera, algo toca mi vientre bajo las aguas, no veo, la piel gomosa y árida de una, de infinitas anguilas, pero no puede ser, estremece mi pecho, sin peligro, mis piernas. Rosa Urquía como que renace mirándome salir del pequeño lago, descree de sus ojos y se aparta de mí, ceño prudente. Yo me impongo, mojado, la camisa mojada, el pantalón mojado, ante el brujo que explaya una sonrisa cansada y satisfecha.

—No habían las anguilas —le digo caminando volviendo al caserío de Muyuy.

Don Juan Tuesta, silencio, largo rato. Ingresando al poblado se devuelve la voz:

—Sí habían las anguilas en esa kocha —dice—, esa kocha está llena de anguilas que dan muerte.

Otro trecho, silencio. Las primeras lámparas temblotean allá, cada vez más cerca, en las cabañas que se añoran, sepia, frente a mis ojos que el ayawaskha desdeñó hace mucho aunque todavía no desdeña del todo.

—Antes que entraras al lago yo separé tu cuerpo de tu ánima. Las anguilas te electrizaron, se descargaron en tu cuerpo, ¿acaso no sentiste?, pero sólo tu cuerpo te tocaron. Tu ánima no se enteró. Por eso estás vivo —me dice don Juan Tuesta caminando a mi lado, cruzando ya la plaza Rumanía borrada por la noche.

Al cabo de caminar días enteros, peores que semanas con sus noches, desde la ciudad de Pawkartampu, vi otro pueblo que no he visto jamás. Yo iba solo, me vi. Subí por las laderas de Challabamba, me perdí en rumbo de las selvas del Cusco, hacia Qosnípata. Recuerdo un cartel, allá, en lo alto de un palo, «Río Carbón», decía. No sé por qué lo desobedecí, andé a mi izquierda, encarando los nevados que brillaban azul anaranjados, a veces color sepia. Yo no río carbón, yo río risas, dije, y me dio risa pensar una tontería así. Riéndome trepé por esas cumbres, bajé a otras más lentas, menos frías, crucé un

pueblito que se llama Patria, unas cuantas cabañas rotosas dentro de un claro en sombra de aquellos bosquezales, y volví a escalar y a escalar colinas y colinas. De improviso, tras un enredo de lianas de *garabato-kasha* enroscado al tronco de una pomarrosa, consideré el poblado.

Lo estoy mirando ahora, le digo a don Juan Tuesta, lo estoy mirando límpido, perfecto: Plazoleta de tierra apisonada y bordeada por siete casas de piedra grisácea, rugosa, siete casas techadas con palmeras de hojas amarillas y pardas, azules y pardas, desafiantes, al sol. Y tengo casimiedo de ingresar a esa plaza, lo veo. Frente a mí, acuclillados en semicírculo, *chacchan* hojas de coca los ancianos del pueblo, las mastican mezclándolas con *chamáiro*, esa lianita dulce, en vez de cal, como hacen los selváticos, no los andinos. Veo que modelan su bolo de coca también como selváticos, empleando ceniza de *capirona*. A sus espaldas, detrás del semicírculo que forman en silencio, en sombra, pende un enorme *koshó* de *masato*. Un *koshó*, ese recipiente hecho de un tronco hueco como si se tratara de una pequeña piragua, de una inabordable canoa rebalsada de jugo de yuca y de saliva. Y me destierro más, más me sorprendo dentro de mis visiones, ¿estoy realmente en el Cusco?, así digo sudando frío a causa del ayawaska negra, porque detrás de las alucinaciones yo sé perfectamente que en el Cusco no se habla el quechua que estos ancianos musitan.

—Nos estamos transmitiendo conocimientos —dice uno de los viejos sonriendo sin sonrisa, hablando apenas, hablándome con el clima de su voz, no con su voz.

—Estamos canjeándonos conocimientos, pero canjeándolos como antes, astralmente —dice otro.

—Viajando sin nuestros cuerpos, así canjeamos los conocimientos —me dice otro mucho más viejo.

Y como si me encontrara en el corazón de un juego de niños, esa es la sensación precisa: como si me encontrara en un juego de niños veo que otro viejito se me acerca:

—Hemos ayunado meses para poder venir, para poder irivenirnos los conocimientos, sabidurías de otras épocas, de otros mundos que viven en el aire...

El más imponente de todos ellos, yo vi antes ese rostro, se levanta interrumpiendo a los demás y apoyándose con dificultad, con rabia, como un convaleciente, muy despacio, en un bastón de plata. Es el *varayoq*, digo, es el alcalde, a mí me digo, es la autoridad máxima del Común, de todos los pobladores de la zona. Y este pueblo se llama Q'ero, me respondo, se llama con el nombre del vaso de madera sagrada que usan los antiguos. Q'ero. A este poblado nadie ha llegado jamás, ni los conquistadores españoles ni los conquistadores posteriores, nosotros, los peruanos, igual como sucede con el invicto territorio de los indios campa en el Gran Pajonal, me digo. De súbito el varayoq ostenta un rostro terso, grisáceo, indefinible, sonrojado, rugoso, pedregoso de sienes y barbilla, implacable de pómulos, reciente de ojos, remoto de mirares, ¡reconozco esa cara!, ¿reconozco...? ¡Ojos de la memoria! ¡Memoria ya sin ojos...! El rostro de mi abuelo Víctor, devorado hace más de quince años por la tierra, sin embargo es más joven cada día. Así el rostro ruinoso del varayoq aloja las facciones jubilosas de Isidro Kondori, joven poeta quechua que conocí en el Cusco, cantando en lo alto de la fortaleza de Saqsaywaman, durante las ceremonias de homenaje al dios Sol. Campesino, como todo altivo, y, como todo altivo, soledoso, Isidro Kondori condescendía a veces a hablar en castellano, pero cuando cantaba lo hacía exclusivamente en *keshwa*, en *runasimi*, en la-lengua-del-hombre. «Soy comunero sin comunidad», cantaba. «Cuando tuve arado, bueyes no tuve. Cuando tuve bueyes, lluvias no tuve. Cuando tuve lluvias, tierra no tuve», así cantaba Isidro Kondori. «Cuando tuve tierras, amores no tuve». Jueces y patrones despojaron a Isidro Kondori de la escasa parcela que constituía su heredad. El hambre y el coraje lo forzaron luego a no pedir permiso para recobrar parte de lo que le robaron. En otras palabras: Isidro Kondori se hizo diestro en el arte de seducir vacas y convencer caballos. *Abigeato*, así designan nuestras leyes al secuestro de ganado. Hasta hoy, con orgullo, Isidro Kondori antepone, a cualquier otro título, el riesgoso y honrado de *abigeo*. «Pero jamás galanteo los ganados de mis hermanos campesinos, sólo recupero lo que nos pertenece, las vacas que comen de nuestras antiguas tierras».

Su voz delgada, dorada, ahora fluye áspera por entre la boca clausurada del anciano varayoq. ¡Isidro Kondori está cantando, desde los labios del inka Manko Kalli, la «Danza del ladrón de ganado»! ¡Y en ese canto de varones libres, himno exclusivo de indios herejes y ladrones, indomables y dóciles, leales y mujeriegos y justos y borrachos, en ese canto, otra vez lo estoy viendo, como un sol de cuero se refleja la vida verdadera del poeta Isidro Kondori! Se despeñan brillando las músicas del WYWA SUAQ TUSUYNIN, las jactancias de ese canto que Isidro Kondori compuso en la noche de una de sus prisiones, acaso únicamente para abrigarnos, para veradear nuestras flaquezas lejos, allá en las mazmorras de la cárcel del Cusco. Ahora, como entonces, veo que Isidro Kondori está cantando:

WYWA SUAQ TUSUYNIN

Kamaq qelqa maskawashan
sua kaskay rayku
nispa,
kamaq qellqallataq niwachun
imaraykun kawsani
mijuspa.

Juchuy allpa, sumaq allpa
paytan noqa yumarani
tarpuspa,
wersapa acendarutaq
charanq'arata ruwarasunki
suwaspa.

Koyway kamakoq weraqocha
noqapaq kasqanta
muchuyrispa
manaraq hatun llakita tarpushaqti
yawamuywan
nispa.

El rugoso y grisáceo varayoq de los Q'eros posterga en sí las facciones de Isidro Kondori, las relega y recupera su rostro milenario, pero su voz insiste en recién nacer, no me equivoco, escucho, es la voz del poeta cusqueño Luis Nieto, en la voz de Luis Nieto estoy viendo la «Danza del abigeo» brotando iluminada entre la boca del anciano alcalde de los Q'eros:

Si las leyes me buscan
porque robo,
diciendo,
que las leyes me digan
de qué vivo,
comiendo.

Tierra pequeña, hermosa,
que yo preñé
sembrando:
el señor hacendado
te hizo puta,
robando.

Dáme, Señor Gobierno,
lo que es mío
sufriendo,
antes que siembre tu desgracia
con mi sangre,
diciendo.

El varayoq vuelve a golpear el suelo con su vara de plata talabarteada. El suelo se alza como un cóndor de colores que suenan. Veo que yo me veo avanzar hacia él y él me sonríe, se alegra con la cara de don Javier clavado en la cruz de hielo. Pienso que debería arrodillarme para reverenciarlo pero no, le hago sólo una venia con la frente, mi frente hace una venia frente al anciano Cristo, y de mi frente nace

una mariposa negra y amarilla, enlutada y amarilla cruza la plaza de tierra, se posa sobre el pecho del viejo que se ha vuelto a sentar, inmóvil nuevamente en aquel semicírculo de silencios, de sombras, de quietudes que forman los demás ancianos del pueblo. Y la plaza ya no es una plaza en mi visión sino el atrio del templo del dios Puma, el atrio de Q'enqo, así se llama ese lugar sagrado de los antiguos quechuas, de los inkas, y a mi lado, desde mi propio cuerpo, ha crecido el altar del dios Puma, gigantesco falo de piedra rugosa y grisácea penetrando las nubes en lo alto del Cusco. Y voy a ser juzgado, me veo de pie entre aquel tremendo príapo de granito que nace de mi vientre, y los miembros del tribunal solar, los sacerdotes, las personas-del-Sol que están mirándome con los ojos cerrados, en semicírculo, y el sumo sacerdote, el *Willaq Umu*, se levanta y señala:

—Tú no eres Manko Kalli! —así me increpa el viejo varayoq. Y clavando en la tierra su báculo de plata—: ¿Por qué usas el rostro de Manko Kalli si tú no eres Manko Kalli? —y encorvándose en consulta hacia el silencio, hacia la sombra que refulge sentada a su derecha—: Manko Kalli no es chori, no es virakocha, ni hombre de los andes ni hombre blanco, Manko Kalli es más lejos de lo lejos, él desciende directo de los primeros hijos de Kaametza y Narowé, de los primeros humanos que se llamaron así: Kaametza y Narowé, hembra y varón.

—Es abuelo legítimo, directo, de Juan Santos Atao Wallpa, el rebeldía inicial contra los conquistadores virakocha —le dice el silencio, le canjea la sombra sentada a la derecha del viejo varayoq.

—De él, de Manko Kalli, del abuelo de Santos Atao Wallpa, nos viene la sangre que acaso tuvimos —le corresponde el varayoq a la sombra sentada, a ese silencio sepia.

Y extrayendo un vaso sagrado de madera, un recipiente rasguñado, demasiado remoto, por entre el cuello de su cushion amarilla:

—En este Q'ero nos dejó su sangre, a nosotros los Q'eros nos la dejó para que por esa sangre circulara nuestra vida. En este vaso tallado en palosangre nos dirigió la existencia a través de los tiempos. Desde lejos nos envió la existencia, su sangre, a través de los urus...

En ese pasadizo casi blanco que los conocedores de la fortaleza de Saqsawma conocen como Calle de las Piedras Campana, Julio Cortázar, de pie, cubierto por un poncho entretejido con hilares de allpaka, acerca sus oídos a la piedra más elevada del muro inkaiko, adhiere a ella sus personas, y escucha. La compañera de Julio Cortázar, Ugné Karvelis, se agacha atenta y pega su mejilla derecha a la piel de una piedra menos gris y ligera. En lo alto, al costado de acá del pasadizo, un niño quechua, rojo de rostro como esas manzanas de Antapampa, alza en las manos un guijarro lento y una y otra vez lo deja caer sobre las rocas que coronan el muro blanqueado. A cada golpe del niño, Ugné y Julio separan sus oídos de las piedras con gozo y el pasadizo suena con rasgos de agua clara, toda la fortaleza de Saqsawma, todo el aire del Cusco bajo la tarde, suenan.

Antes, al mediodía, caminamos hasta Tampu Mach'ay, el 'templo del Agua'. Luego arribamos a las faldas de Q'enqo, el 'templo del dios Puma'. Allí busqué a Aníbal Tupayachi, hijo del guardián de las ruinas de Q'enqo, cuya amistad fue obsequio que me hizo el poeta Luis Nieto.

—Este señor también es un juglar, un *haraweq* —dije al pequeño Aníbal Tupayachi a la vez que miraba hacia Julio Cortázar—. Es nuestro hermano —le dije—, es nuestro *wauqechay*, él ha venido desde el otro lado del mar para conocer nomás, para saber ha venido, para que tú le muestres el templo del dios Puma, el templo del dios de la Fecundidad...

Aníbal Tupayachi tomó a Julio Cortázar de la mano y sonriendo se lo llevó por esos roquedales, andando al pie del sitio donde se levantaba el altar del dios Puma, un imposible falo de piedra que partía los cielos del Cusco. Deslumbrado por las historias de Aníbal Tupayachi, Cortázar pasó junto al semicírculo de asientos tallados en la piedra en donde muy antaño se aposentaban los sacerdotes inkas, las personas del Sol. Ugné Karvelis quedó a mi lado, los dos

mirando con los mismos ojos la imagen ternuosa del niño quechua conduciendo a ese gigante claro bajo el poncho negro como si se tratara de su hermano más frágil y pequeño. Luego los vimos aparecer arriba del peñasco redondo, en la cima del templo los perfiles de Aníbal y de Julio, sus contornos de bronce ilusionados por la paz del sol.

—Estas dos columnitas de piedra que usted ve aquí —habría dicho a Julio Cortázar el niño quechua en lo alto del peñón—, estas dos columnitas Intiwatana se llaman aunque los virakocha las mal-conocen como Reloj Solar. Pero ellos pues qué saben, no son Reloj Solar —le habría dicho—. En el idioma de nuestros antiguos *Inti* quiere decir ‘sol’, *watana* es ‘amarrar’. Aquí los inkas amarrábamos al Sol, con cuerdas de oro y plata lo amarrábamos para que no escapara durante la noche, no vaya a ser que nos abandonara. Toda la noche estaba el Sol, así, amarrado. Y servía también para otros usos este Intiwatana —habría dicho Aníbal Tupayachi a Cortázar—. Sobre estas columnitas ponían a las muchachas, una rodilla sobre cada piedra, a verlas orinar: si sus meados caían exactamente aquí, frente a las columnitas, mojando esta hendidura, eso significaba que la virgen todavía era virgen, digna de integrar el Aqllawasi, la ‘casa de las Ñustas del Inka’, la ‘casa de las Vírgenes del Sol’...

El pequeño y Cortázar asomaron al rato por el atrio del templo, junto a los restos del gran falo de piedra, ante los diecinueve lugares cavados en las rocas que conforman la plazoleta sagrada.

—Aquí tomaban asiento los sacerdotes, el Willaq Umu al centro, el sumo sacerdote del Sol, en este semicírculo de piedra se sentaban para hacer su justicia —así le habría dicho don Aníbal a don Julio—. Aquí juzgaban a quienes violentaban nuestros mandamientos: *Ama sua, Ama llulla, Ama qella*: ‘no seas ladrón, no seas mentiroso, no seas ocioso’.

Fue después que fuimos a la fortaleza de Saqsawma. Su nombre verdadero no es Sacsayhuamán, como insisten en llamarla los blancos virakocha. Su nombre no es *Halcón Gris, Halcón de Piedra*: Saqsaywaman, sino *Cabeza Gris, Cabeza Jaspeada, de Piedra*: Saqsawma,

nos informó Aníbal Tupayachi. Porque antes la ciudad del Cusco tenía la forma de un otorongo, de un tigre, los contornos exactos del cuerpo del dios Puma. Y por eso además la veneraban, como Ciudad Dios que era, como Ciudad Sagrada, nuestros antiguos. Y la fortaleza de Saqsawma, la cabeza del puma, esta cabeza jaspeada, de piedra, congregaba todas las memorias, todos los pensamientos y sueños y felonías del Cusco. Y el pecho y la cabeza de la ciudad se unían, hasta ahora se unen, por medio de una calle nombrada Pumakurku, la 'Columna Vertebral del Puma'. Y la cola de la ciudad de piedra era de agua, la cola del Puma-Cusco era el río Watanay, esa quebrada que sigue fluyendo sin cesar, sonando correntadas hacia el pueblito de San Sebastián...

Ugné Karvelis y Julio Cortázar desmesuraban ojos y atenciones frente a la fortaleza de Saqsawma. Repetían una misma incredulidad: ¿cómo diablos pudieron traer: como pudieron mover siquiera, tan colosales piedras...? Aníbal Tupayachi tuvo a bien enterarnos de que los inkas las trajeron y trajeron de una cantera próxima, de allá-cito, puede corroborarse, estas moles recorrieron sólo cuarenta leguas. Está bien pero cómo, volvió a inquirir Cortázar, cómo si ahora mismo ni con grúas podría trasladarse la más discreta de ellas, probablemente veinte toneladas. ¿Cómo es que alguien pudo, y puede hoy día, solamente moverlas...?

—Cantando, pues lo hacían —le dijo Aníbal Tupayachi—. Con canciones, *taytachay*, padrecito, con canciones las movían nuestros antiguos, con *icaros*, con canciones mágicas. Cantando, así hacían viajar nuestros pasados a las piedras gigantes...

Ahora, en mi nostalgia, el niño quechua tiene cabellos marrones, ojos casi claros, desvanecidos más bien, piel blanqueada bajo el oscurecerse de aquellos cuatro siglos de vivir bajo el sol.

«Desde lejos, desde este vaso tallado en palosangre nos dirigió la vida Manko Kalli», me dice el anciano Willaq Umu, el sumo sacer-

dote agujeando la tierra con su vara de plata en mi visión que no acaba de asombrarme hundiendo ese bastón entre la tierra pródiga, no sé bien lo que sé ni lo que veo, el varayoq obligando a la Hermana Mama Oqllo debajo del Hermano Manko Kapaq y enviándolos al cerro Wanakawre para que allí, a sus faldas, a los pies del fulgente, umbrío Qoylluriti, el incestuoso falo de oro penetrara el Ombligo del Mundo desplegado por fin, fiero presagio, el contorno de piedra y de silencio de la ciudad del Cusco.

—Eso es lo que estoy viendo, lo que he visto —le digo a don Juan Tuesta, a su voz que se aleja con pasos afelpados, garras y colmillares de otorongo, de puma.

Y cae el río Amazonas desde lo alto de su frente de sabio. Me estoy viendo en la plaza de los Q'eros, rectángulo de tierra, palosangre tallado por las uñas del Sol, me estoy viendo viajar con los mejores danzantes de los Q'eros, bajar a Challabamba, entrar a Pawkartampu entre canciones, pífanos y tambores de los indios *bora*.

—Sofré que caminé con los Q'eros —digo a don Juan Tuesta en el caserío de la isla Muyuy—. Caminé y caminamos, nosotros, los bailarines Q'eros. Después de cuatrocientos años aceptamos regresar al Cusco. Nuestra negativa dura ya cuatro siglos. Cuatro siglos rechazamos todo, en nuestro pueblo nadie habla castellano ni viste castellano ni vive castellano, lo mismo que en la tierra de los asháninka, de los campa. Nosotros existimos como antes, como siempre, sin puestos policiales ni escuelas ni parroquias virakocha, vestidos apenitas así con poncho corto y cabellera larga los varones, con trenzas enlutadas nuestras hembras igual que las mujeres de la ciudad de Tinta...

—Sabrás que las tinteñas —me dice don Juan Tuesta, me dice el viejo Willaq Umu, me dice el sonriente Cristo de la Estrella de Nieve—, sabrás que ellas, desde que los invasores asesinaron a su paisano Tupaq Amaru, a la ‘Serpiente Resplandeciente’, las mujeres de Tinta llevan lliqlla de luto, una manta que les baña la espalda, con dolores. Las tinteñas guardan el luto más largo de nuestra historia, doscientos años de apenamiento. Desde que allá en la plaza de

Armas del Cusco injusticiaron a la Serpiente-Dios, al insurrecto Tupaq Amaru, y la plaza que entonces se llamaba Sitio-Donde-Se-Reza, variando una sola de las letras de su nombre keshwa, cambió de profesión, mudó de soledad y se llama hasta hoy día *Waqaypata*, Sitio-Donde-Se-Llora, desde entonces las mujeres de Tinta se entintaron de pena...

Me veo, absuelto por el tribunal de los Q'eros, asediando las cumbres que circundan al Cusco, conquistando con ellos la cabeza del cerro Wanakawre. El viejo Willaq Umu ordena detenernos. Los danzantes descubren sus frentes y sollozan. A lo lejos, abajo, suenan las luces de la Ciudad-Puma, la Ciudad Sagrada de los inkas. Después de cuatrocientos años regresamos a contemplar el Cusco. A un gesto del sumo sacerdote nos desbarrancamos bailando, soplando pífanos, castigando tambores fabricados con piel de traidor, soplando flautas y *qenas* hechas con huesos de traidor, hacia el pecho del Puma de Piedra. ¡Entramos en triunfo de danzas, nuestras cabezas adornadas con wapapas y garzas disecadas, sombrero de alas negras punteadas de amarillo cuyo cuello se alarga por nuestra espalda, cerrado el pico en sangre, ya para qué dardeándonos la cintura victoriosa y cimbreante! La ciudad se atormenta. Los virakocha asustados nos miran ingresar a la plaza del Cusco, a la cueva de hielo iridiscente. En el centro de la Waqaypata está sonriendo la Serpiente-Dios-Resplandeciente desde una cruz de palosangre, Tupaq Amaru, recibiendo...

—¿Por qué te has demorado? —me reprende el pintor Calvo de Araújo desde el embarcadero de su fundo Shapshico, lo veo en mis visiones, sentado atrás del humo de un cigarrillo largo y apretado, armado con hojas de tabaco silvestre—. Yo te esperaba para el atardecer —me dice—. Hace más de cuatrocientos años que te espero...

Pero en vez de escucharlo abro las alas negras del cóndor que me orna la cabeza y con los Q'eros me apresuro sobre una trocha escuálida, sobre un sendero en medio del bosque, y alcanzo a los demás, avanzo con ellos, abandono mis pasos hacia el pecho del Cusco...

—¿Por qué te ríes así, tan fuertemente? —se asusta don Juan Tuesta.

—Porque cuando lloro, lloro igual, fuertemente, con quebranto de siglos —me oigo responderle.

—¿No te habrá desquiciado el ayawaskha? —se alarma aún más el brujo de la isla Muyuy.

Pero no alcanzo a verlo en sus palabras: la mano del Amazonas las borra contra el aire dorado, a mis espaldas. Y en medio del terror de los notables de la ciudad del Cusco, tenderos temblando detrás de sus balanzas y de sus monederos, *tukuyrikuy*, verdugos, *allqorunas*, todos arredilando remordimientos y tardías culpas en un solo pavor, en un remecimiento de cárceles, hoteles, iglesias y mansiones y burdeles de invasores, después de cuatro siglos regresamos, estamos regresando, y nos apoderamos cantando de la plaza, cantando la movemos, retornamos el Cusco hasta las selvas, piedra por piedra, silencio por silencio, cantando. Con canciones lo transportamos, bailando. Con icaros, con canciones mágicas, con *bubinzanas*, lo movemos, pensando...



Las hembras que no pueden tener hijos paren un arcoíris

Vi también una roca del tamaño de una casa toda envuelta de musgo y de bejucos, pero solo en su cimiento, en su falda, horizonte de tierra coyuntado a la tierra. La entrada de la roca era cortina de aguas. ¡El agua cubría, como catarata amordazada, cayendo desde el suelo hacia el cielo, la boca de la piedra! Y yo estaba sentado, allí, mirando. Vi, sobre la roca, unos hombres que hablaban en silencio, en sombra, las voces y los ojos detenidos por el caer del sol. Llevaban cabello largo, una o dos humaredas de trenzas, el poncho breve como el pantalón ceñido a las rodillas, y conversaban en un quechua que no sabré jamás.

—Este es el templo del Arcoíris —dijo desde arriba de la roca, en mis visiones, una cara que recuerdo aunque tampoco he visto nunca. Y ensañando sus ojos en dirección del sol que se desangraba—: Aquí vienen las hembras que no pueden, atraviesan descalzas esa puerta de agua, entran cuando casi es de noche pero aún es de día, miente el cielo. Sólo al siguiente amanecer salen las hembras luego de haber pasado toda la noche dentro de la piedra, después de haber conocido la soledad sin color ni calor, la verdadera soledad del arcoíris. Y ya salen pudiendo. Toda hembra que no puede, de aquí sale pudiendo...

Y volteando el rostro hacia la noche que venía rodando desde el palacio del inka Sinchi Roka, aquí en el poblado que le llaman Chincheros, a una tarde de la ciudad del Cusco, mirando hacia la noche que iba camino del río Willkanota, el Río Sagrado que pasa cerca y todavía adolescente, sin nombre de Urubamba todavía:

—Sí, las hembras que no pueden salen pudiendo de aquí. Y los críos que ellas tiempo después conciben, los goces que conciben, son conocidos como Hijos del Arcoíris...

Vi que desde lo alto de la hondonada, porque esa roca crece en la hondonada que conduce del palacio del Inka hasta el río Willkanota, vi que aparecía un viejo muy viejito apoyándose en una vara de bambú coloreado que agujeaba la tierra, bajaba lentamente con una pareja de perdices, de esas que llaman *panguanas*, entre los brazos llenos de sajaduras cargaba a las perdices. Y ya cerca de mí, no me miraba, veía a través mío las cortinas de agua. «¡Visiones, empiecen!», gritó. Al conjuro de su voz rugosa vi cómo la panguana hembra entró a la roca, pasó bajo las aguas que llovían de la tierra hacia el cielo, se perdió en la penumbra húmeda y musgosa de la cueva de nieve. «¡Qoylluriti!», gritó el viejo. Y vi que nos encontrábamos en el siguiente día, la tarde anterior se había unido a esta madrugada saltando por encima de la noche, ignorándola, extrañándola para siempre en el tiempo sin tiempo. Pero no: la noche se había ido río abajo, al Wilkanota más abajo, al Willkamayu, más abajo todavía, al Urubamba, camino de las selvas. La panguana hembra salió de la roca y puso cinco huevos en el lugar que yo ocupaba, en el sitio de mi cuerpo invisible, sobre la tierra que la tierra no sabía que yo estaba pisando, sin verme. Y la panguana macho voló desde los brazos del viejo y se sentó encima de los huevos. Y vi entonces que yo era la panguana empollando.

—El macho es quien empolla —sentenció el anciano.

Y vi que yo le decía:

—¿Por qué no puede verme usted, maestro?

—El macho es quien empolla —volvió a decir a solas, sin oírme ni verme.

Y yo, el sitio que era yo, tercamente y en llanto:

—¿Por qué no puede verme, si yo me he vuelto invisible únicamente para que usted me vea...?

Y él, recogiendo las panguanas y los huevos, empezando a subir por la hondonada:

—Será porque has perdido tus poderes, te los habrán quitado...

—¡Usted puede *icararme*, magnetizarme, protegerme, reclamé.

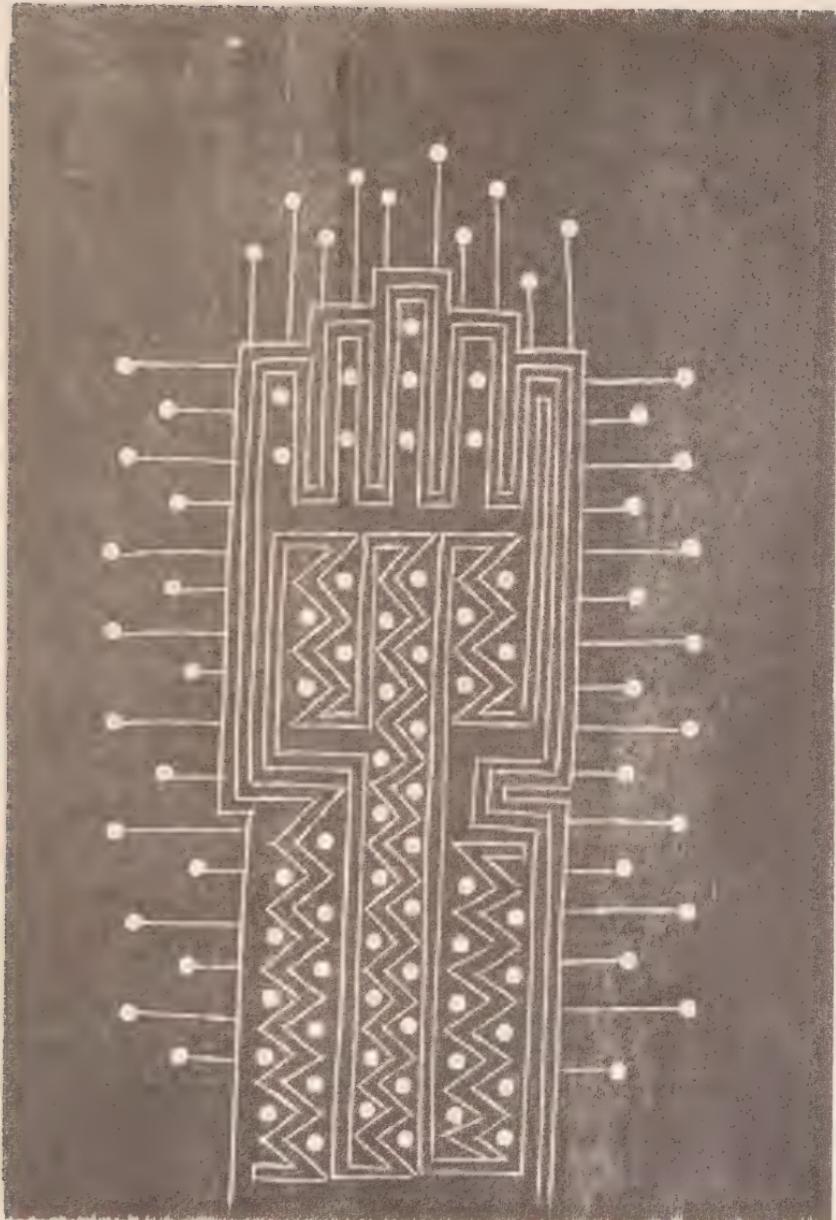
¡Usted puede sacarme el daño!

—Todo es merecimiento —me escuché decir desde el brujo que se alejaba jadeando, apoyado en su bastón de plata talabarteada que preñaba a la tierra.

Era otra vez de noche. Y de día otra vez. Nuevamente de noche. Me confundieron, era día y era noche al mismo tiempo, me iban confundiendo mis visiones. Vi un negro que tosía, o que lloraba sangre bajo el mar, y el mar sonaba como un cajón musical. Vi que no era un cajón y no era el mar: era un manguaré blanco, de lupuna, de luna, y sonaba en el fondo del río Amazonas. Y el negro se llamaba Narowé y tenía la cara y la voz y las manos de don Javier. Y entraba a su cajón dando brazadas como quien entra al mar o a la muerte o a un soñarsinfondo zambulléndose junto a una wapapa, uno de esos pájaros carníceros que comía sin prestarle atención ni miedo. «¡Hace cuatro siglos que no toco el cajón!», gritaba. «Y no voy a tocarlo nunca más!», golpeando a la luna con un ramal de palosangre. Vi también el distante sonido de dos cajones jóvenes que en lugar de sonar se malherían. Vi al cajón macho disolverse por entre la boca de un arroyo mientras el cajón hembra sollozaba, maldecía, se entregaba al consuelo de una hoguera en la noche. Porque ya era de noche nuevamente. Y me contradecían mis visiones. Era la madrugada. Vi que dos gotas dulces, luminosas como llanto de caña, se desprendían de la cortina de agua que cubría la roca y venían volando y se posaban en mi ojo derecho. Otras dos gotas brotaron más dulces todavía y se sumergieron aleteando dentro de mi ojo izquierdo.

Y no pude ver más. Me desperté.

II
EL VIAJE



No en vano esos árboles se llaman palosangre

El bimotor nos dejó en Atalaya con las últimas luces. Volamos dos horas desde Pucallpa, acosados en lo alto por ventiscas y amenazas de lluvia. Abajo, en una espaciosa avenida que manchaba el bosque obstruyéndose con pastos amarillos y matorrales polvorrientos, dos hiladas de lámparas a petróleo demarcaban la precaria pista de aterrizaje. Al descender de la avioneta oscureció del todo. Únicamente la luz rojiza de las lámparas permitía el sendero hacia el poblado perfilando siluetas de pasajeros y árboles. Andamos dos kilómetros cargando nuestros equipajes hasta el centro del caserío: cinco mil habitantes entre pescadores abatidos, funcionarios estatales, niños pálidos, madereros en desgracia, obesos comerciantes y ganaderos hoscos y calles y jirones de fango resecado.

—Winchesters contra flechas, imagínese usted, armas de repetición contra lanzas de palo! —se exalta en Atalaya, recordando, el ganadero español Andrés Rúa.

A siete horas del poblado, si el viaje es en piragua, remando sin contrariar al Ucayali, un profundo riachuelo entra al gran río inesperadamente desde la orilla izquierda flanqueado por dos hiladas de árboles placenteros de sombra y férreos de corteza, más tercos que el acero y más brillantes: vetas del codiciado palosangre en cuya piel se astillan las hojas de los aserraderos, aun las dentadas con diamante.

Ese caudal brioso que corta al bosque rojo es el Unine.

De mi verdegris mohoso es la corteza del palosangre, algo más de diez metros de tronco adelgazado y limpio de ramajes.

El río Unine nace arriba, más allá de esas cumbres arboladas, en el centro de una planicie conocida como el Gran Pajonal: cien mil kilómetros cuadrados de meseta selvática hasta hoy inviolada, allí habitan las invencibles, hospitalarias, feroces y dispersas familias de los asháninka. Los asháninka, a quienes los extraños conocen como campas. Desde el Gran Pajonal, por este mismo Unine descendieron barbudos, fatigados, portando sospechosas armas y vestimentas y colores de pieles y ojos y cabellos, allá por 1965, rumbo a las montañas de Mesa Pelada en el Cusco, los guerrilleros comandados por Luis de la Puente. Ellos confiaban en que los asháninka, sin duda los más diestros e insurrectos de la selva peruana, los acompañarían en su empeño.

—Nadie quiso seguirlos —dice don Andrés Rúa.

Los escasos que lo hicieron, creyendo descender a tierras tibias desde las enselvadas planicies del Gran Pajonal, en realidad descendieron a la muerte.

Los palosangres frondean solamente, y sin exceso, en lo alto, entreibriendo un barullo de hojas lustrosas y envanecidas.

También me informan que hace mucho tiempo hubo un desapiado conflicto entre los asháninka y la nación *amawaka*, del gran brujo Ino Moxo. Que Ino Moxo, ya heredero próximo del jefe amawaka Ximu, raptó a una de las treinta esposas de un curaca llamado Inganíteri.

«Los asháninka, los campa, sólo saben combatir frente a frente», dice el maderero Carlos Maldonado. Nunca surgen con armas o pendencias desde la sombra, emboscados en noche o en bosquitos atónitos. Y son inigualables tensando el arco oscuro, afiatado en duras láminas de *pona* madura. En el aire de las batallas francas se mofan capturando con la mano las flechas enemigas o esquivándolas a un giro imperceptible del cuerpo, aprisionándolas entre los bordes de sus *cushmas*. Y sus hembras, esas inquietantes y diminutas y silen-

ciosas hembras de ojos que se atemoran en la cara cobreña, caderas que parecen aceitadas, ondulantes bajo el faldellín pintado, esas mismas mujeres que hacen el amor con quien las place desde los diez, nueve, doce años de edad, una vez que se casan se vuelven desesperadamente fieles. La asháninka desposada no mira más los ojos de nadie que no sea su marido. Sólo es factible poseerla a la fuerza. Y cuando ello ocurre, casi siempre debido a alguna incontrolada guarición de soldados, la asháninka violada se suicida.

Únicamente los brujos campa, los katziboréi, y con mayor derecho los expertos en fumar el tabaco, los shirimpiáre, conocen el veneno con que esos guerreros untan la punta de sus flechas, los dardos de sus extensas cerbatanas. «Es tósigo que mata sin dolencia y en brevísmo plazo», dice don Andrés Rúa. No proviene del *curare* ni de ninguna otra sustancia basada en la ponzoña que se extrae de las víboras. Al parecer los hechiceros asháninka recurren a un preparado de tohé, esa flor acampanada y marfileña cuya esencia ocasiona un sueño invulnerable y dulce y congela la sangre.

Burlado por el amawaka Ino Moxo, el asháninka Inganíteri convocó a sus principales de todo el Gran Pajonal y en infinitas piraguas, las mejillas pintadas con *wito*, con *achiote*, con *karawiro* y sangre, cientos de guerreros asomaron por la boca del Unine, descendieron entre las veredas de palosangres, ellos y sus mujeres, dando gritos agudos, entraron al Ucayali riendo a grandes voces, amenazando y cantando, penetraron por el Urubamba hacia el Inuya, llegaron al Mapuya, cruzaron por el bosque hacia el Mishawa y casi consiguieron lo que no habían podido los invasores blancos: aniquilar a la nación amawaka.

De un verdegris mohoso es la corteza del palosangre, algo más de diez metros de tronco adelgazado y limpio de ramajes: solamente frondea, y sin exceso, en lo alto, entreabriendo un barullo de hojas lustrosas y envanecidas. Pero estos palosangres del Unine, incomprensiblemente viudos de corteza, exponen a los ojos esa insolencia roja de la que toman nombre.

Después de semanas de guerrear sin descanso, cuando los amawaka se habían reducido a trescientos varones, Ino Moxo, obligado por su jefe Ximu, reintegró a Inganíteri su treintava mujer. Dicen que obedeciéndose, antes de ingresar al Gran Pajonal, tierra de sus mayores, la esposa denigrada se dio muerte clavándose en el vientre un dardo de tohé.

Es que estos palosangres del Unine, viudos de corteza, exponen a los ojos y a los aires esa insolencia roja de la cual toman nombre.

Otros afirman que tal historia es falsa, que no fueron los asháninka sino los caucheros blancos quienes, con el mentiroso pretexto de combatir el canibalismo, masacraban sin tregua a los nativos.

—¡Winchesters contra flechas, imagínese usted, armas de repetición contra lanzas de palo, y sólo para despojar a los indios de sus tierras llenas de árboles de caucho...!

Y más cosas me dicen de los campa. Que son nómades hace siempre, antes que los blancos existieran, desde que un inabarcable otorongo negro cayó de lo alto del Gran Pajonal y los dispersó. Que a lo más cada dos años cambian de sitio su lugar, su vida, queman todo: la *chacra* con sembríos, los caminos abiertos a machete, las dos cabañas levantadas a pulso: la *kaápa* destinada a los huéspedes, primera casa que edifican, y el *tantoótzi* después, morada que ocupará su familia, y devuelven así lo que por cierto tiempo prestaron a la selva, restablecen la paz con el paisaje y su propia armonía con la naturaleza. Luego marchan a otro espacio del Gran Pajonal y comienzan de nuevo: queman el bosque impenetrable, abren sitio para sus nuevos sembríos y viviendas. «Y no hacen todo eso por capricho», dice Carlos Maldonado, «no lo hacen por ignorancia, como pensábamos los civilizados». «Hace muy reciencito», dice don Andrés Rúa, «esos estudiosos que creo se nominan ecólogos, han descubierto lo que los asháninka conocen desde siempre: que esa es la manera más adecuada y sabia de fecundar la tierra de estas tierras, porque es blan-

da, débil es la tierra de por estos nuestros lugares, y no resiste la preñez ininterrumpida, necesita descanso, abono y descanso. La ceniza que produce el campa al abandonarla, no es de perecimiento sino de nueva vida. Es por eso también que ellos sepultan a sus muertos a flor de tierra, envueltos en una doble capa de cal, para que fecunden y prosigan y no se mueran jamás». Y me dicen que ni los inkas ni los conquistadores españoles ni los misioneros ni los estudiantes ni los ejércitos actuales han conseguido someter a los campa. Que por el año 1742 un jefe suyo llamado Juan Santos Atao Wallpa se rebeló contra el imperio español proclamándose Rei de Todos los Yndios del Perú. Y que los campa, hoy en día, siglos después de la desaparición de Santos Atao Wallpa, todavía lo siguen esperando.

«Todos los años, al resonar la época de lluvias, los jefes asháninka se reúnen en algún recoveco del Gran Pajonal, posiblemente en las proximidades del Cerro de la Sal», dice Stefano Varese, «cerca a la ciudad de Satipo, desentierran la espada que les legó Juan Santos Atao Wallpa y se dedican a esperarlo días y días y noches sin dormir. Al fin, cuando lo ven cruzar el cielo blandiendo un relámpago en la mano derecha, resignados, los principales campa hacen promesa de juntarse otra vez el año siguiente, atronando las primeras lluvias, para continuar aguardándolo». «Porque según afirman», dice Carlos Maldonado, «cuando Juan Santos Atao Wallpa regrese, los asháninka volverán a sublevarse bajo su mando y vencerán a los conquistadores y devolverán *la libertad y la tierra a todos los yndios del Reyno del Perú*».

Todo eso, y más, más que el rapto y el posterior suicidio de la treintava esposa de Inganíteri, más que la inminencia de Santos Atao Wallpa, recogí en los alrededores de Atalaya merced a conocencias de mi tío el pintor Calvo de Araújo, gentes que con él habían compartido todo, todo el Gran Pajonal, y que ahora, abolido el ímpetu de aventura por la necesidad y por los años, engordaban vacunos sobre los pastizales que se extienden, abiertos por los campa con fuego y con machete, a ambos lados del Unine, tras los llameantes bosques de palosangre.

—¡Salieron a pelear por una hembra pero no siguieron a los guerrilleros! —dice Carlos Maldonado.

No teníamos tiempo de remontar las aguas del Unine e internarnos en el país asháninka. Nuestra meta se hallaba al rumbo opuesto, entre los sobrevivientes de la no menos fabulosa nación amawaka.

Anduvimos dos kilómetros cargando nuestros equipajes hasta el centro de Atalaya. En el único baño del Gran Hotel De Souza nos duchamos ya a oscuras, picoteados por el zancudeo y pisando alimañas. Amaneciendo dejamos el hospedaje con la intención de dirigirnos al puerto pero debido a los amigos de mi primo César Calvo y a sus inacabables agasajos arribamos trastabillando al embarcadero, rebosantes de cerveza San Juan y techados por el sol de media tarde. Un furor de lluvias nos acogió en el agónico muellerío de tablas afirmadas a la ribera izquierda del Ucayali. Allí, entre paisanos guarecidos bajo manguales coposos y palmeras frutecidas de agujes, César se reencontró con su hermano Iván, oscuro él y callado, quien evidenciaba en piel y gestos una herencia indígena que, supe después, le venía por madre y afloraba a sus ojos como un acecho hurano: Iván Calvo aportó a nuestra expedición la experiencia de un amigo suyo llamado Félix Insapillo, pescador lugareño más oscuro y callado todavía.

Gracias, o desgracias, a Félix Insapillo, pudimos alquilar aquella misma tarde una piragua con motor fuera de borda, sospechoso tronco vacilante que casi naufraga frente al puerto, apenas embarcados, cuando un oleaje nos lanzó contra ese pedregal disimulado en el centro del río. Semihundidos de fango, pateados por las piedras redondas y casi llevando en andas nuestra embarcación, César, Iván, Insapillo y yo nos opusimos largo rato a la corriente, vimos pasar un animal que forcejeaba en vano ya arrastrado por el Ucayali, insistimos con la piragua a cuestas, logramos conducirla hasta el amparo de un islote cercano y nos tumbamos bajo el último sol, empapados y exhaustos. Tras ínfimo descanso sustituimos la hélice del motor, cuyo bronce deformé se había hecho trizas entre aquellos guijarros camuflados, y proseguimos a contracorriente hacia el

Urubamba que sonaba a lo lejos imponiendo su caudal entre las islas colosales. No avanzamos demasiado. La escasa luna y los troncos desmedidos que suelen venir bajo el río, esos *tornillos-negros* capaces de volcar embarcaciones más asentadas que la nuestra, nos obligaron a acampar en una playa angosta, salpicada de arena que brillaba igual que nieve, en la juntura del Ucayali con el Urubamba. Plantamos palos: uno robusto para asegurar la canoa, los demás para tensar las carpas de nuestros mosquiteros transparentes. Insapillo se ofreció de centinela. Dormimos, no dormimos, así toda la noche, y el amanecer ingresó preocupándonos. Insapillo dijo que el cielo tenía cara de llover. Era el 27 de junio de 1977. Desarmamos nuestro exiguo campamento, embolsamos en pedazos de tela embreada el fusil, las escopetas, los machetes, y ocupamos apuradamente la piragua que temblaba en la orilla.

Las siguientes jornadas darían la razón a Carlos Maldonado, porque para llegar hasta Ino Moxo, al país amawaka, hay que burlar contradictorias aguas, venenosas nubes que blanquean de golpe, hay que sortear cadáveres de gigantescos peces y de troncos punzantes, *wuqraponas, muuvenas, masarandubas* y cedros talados por la cólera de los riachos y encadenados a la última correntada. Hay que saber escuchar a Iván y a Insapillo en cuyas voces vuelven a lo real las fábulas de la noche selvática, los aparecidos, los desaparecidos, los animales de los cuentos oscuros, muchachas que gimieron bajo el río violadas por un delfín colorado. Y hay que saber dormir, ojos abiertos y escopeta lista, alertas al pisar más inocente después de haber despellejado un mono enorme y haberlo cocinado y devorado rosadito, lo mismo que nosotros, sintiendo a pocos metros el bramido de los lentos lagartos en el agua fangosa, como troncos flotando junto a troncos roídos por ese musgo azulverdedorado, mientras el *tunchi* pasa silbando cerca anunciando que alguien acaba de morir o va a morir hoy día y suenan entre los chicozales pisadas de *majaces*, centenas de familias de majaces, aquellos gordos roedores pardos lunareados de blanco, de negro, sin color, en la penumbra.

La noche cae sonando extrañamente igual que un gigantesco árbol carbonizado. He aprendido ya a separar, detrás de los rumores del bosque y del río, ese inmenso silencio rasguñado: la noche. Pero distingo ahora: algo que no es el viento insiste una y otra vez con suavidad, como si alguien estuviera restregando un pliego de papel celofán contra la gasa de los mosquiteros. Me incorporo con aprehensión, oteo en la sombra, busco a mis pies, toco aliviado la cintura de mi escopeta. Insapillo, junto a mí, ni se mueve. Yo aflojo todo el cuerpo, alerta entre lo oscuro y ese rozar sin nombre.

—No hagas caso, son vampiros nomás —oigo que dice Iván.

—¿Cómo? —se consternó mi primo César.

—Sí, pues, esta es zona de vampiros grandes. Sólo tienes que dormir bien al centro del mosquitero, si te pegas a la tela seguro que te sangran...

Y se calló de súbito. Escuché toda la noche sus ronquidos. Y el aliento de piedra de Félix Insapillo tendido a mi lado. Y ese aleteo empecinado asediando las carpas...

—Estamos cerca, ya es otra mañana —dice Félix Insapillo después de maldormir, reconfortándonos en la luz neblinosa que va mostrando atrás, descorriéndose, la copa de los amplios *yakushapanas*, la greña de los *canela-muwenas* y otros altivos árboles, y los barrancos marrones y porfiados que las aguas embaten, embaten y abandonan como paisaje roto, flanco de animal milenario, dejando su entrevero de puntas de raíces angustiadas al aire. No atendimos a Félix Insapillo quien se desgañitaba asegurando que esas huellas brotadas entre los arbustos y acentuadas en la arena, pasos que se perdían sin sentido en el agua, no eran de *majaz*, menos de *añaz*, aquel casi zorrillo de la selva, y tampoco pisadas de ronsoco, ese otro roedor gigante, pariente desdeñado por los cerdos salvajes, sino las huellas diabólicas del chullachaki. «¡Chullachaki!», advertía Insapillo. ¡Chullachaki!, que en idioma quechua significa un-solo-pie, ‘pie único’. Según nuestro guía, el chullachaki había estado rondándonos, el demonio de los bosques, buscando sorprendernos esa noche. Acaso el ánima maldita, el ánima sola, se nos había metido dentro del sue-

ño, acaso nos había caminado con sus pasos equívocos, disfrazado de humano pero sin lograr ocultar nunca su pie derecho, ese que deja huellas imposibles, deformes como garra de tigre o como casco de venado malo... César asentía con la barbillia a los cuentos nerviosos de Félix Insapillo. Yo no le di importancia, atento como estaba al regreso de Iván que se había internado algunas horas antes, todavía bajo la oscuridad, cargando con un solo cartucho su escopeta de caza, petulante, aseverando que no requería más para proporcionarnos un feliz desayuno.

César me hubo anticipado ciertos rasgos de Iván: caminaba descalzo y sin ruido en lo difícil del monte, por sobre los espinos y bejucos resecos, sabía olfatear en las hojas caídas el paso de los jabalíes y el rumbo y la distancia en que se hallaban, no fallaba nunca un disparo ni un flechazo ni un soplo de cerbatana, presentía la presa o el peligro con la misma astucia de los tigres jóvenes, a pesar de lo breve de su edad ya era experimentado monteador, le llamaban Cacique y había sobrevivido a tantos riesgos, a tantas indecibles aventuras.

El pintor Calvo de Araújo despreciaba las ciudades, vivía en selvas intrincadas, lo más lejos posible de la civilización. Entonces habitaba una nimia cabaña frente al río Utuquinía, a dos jornadas de Pucallpa. Recibió la sorpresiva visita de César.

—Te has demorado —le dijo en el ya nocturnal embarcadero, sentado tras el humo de un cigarrillo lento y largo, modelado con tabaco silvestre—. Yo te esperaba antes que oscureciera.

—Tuve que hacer un alto para comer algo —se excusó César, intrigado pues no había él advertido a nadie acerca de su viaje.

—Anoche te soñé, soñé que llegabas al atardecer, ¿no lo dije? —remarcó el pintor dirigiéndose a su compañera de esos meses.

—Así ha sido, pues —corrobó ella, bajita, de piel dura y oscura, menos que su mirada fugitiva—. Tu *vejez* me ha despertado anoche —dijo a César—, me ha despertado diciendo mañana viene César, antes que sea sombra va a llegar...

El pintor Calvo de Araújo vivía en aquel tiempo con dos de sus hijos menores: Ángel e Iván. César tropezó con la infranqueable

hostilidad de ambos. Días después logró entenderlos. Ya pintado por el sol del Utuquinía, tostado por esa resolana que rebota en los lagos, pescaba semidesnudo en la orilla cuando se le acercó una sombra, Iván, y puso su brazo oscuro junto al cuerpo ya oscuro de César, comparó los colores y sonrió:

—¡Ahora sí eres mi hermano!

E incorporándose de un salto, habitado por alegrías desmesuradas, lo convidó a montear. Cargaron dos lanzas, una escopeta vieja, media docena de cartuchos, y con eso y sus cuerpos jubilosos agobiaron una piragua tan corta como angosta. Iván iba delante metiendo de costado el remo dentro del agua y sacándolo igual, sin denunciar siquiera las gotas que escurría el palo cuando abandonaba la corriente imperturbable. Mudos surcaron el flaco Utuquinía, amordazados por la visión de los bosques umbrosos que techaban el sendero de agua blanca. A unas horas tuvieron que desalojar la piragua y subir con ella en hombros esa escalinata de piedras irisadas por donde el río se despeña en cataratas inofensivas. Doblegado aquel tramo entraron nuevamente, a bordo del Utuquinía, hacia un bosquezal cegado. Siempre silencio, Iván retiró el remo del agua y con los ojos al frente, clavados en un punto del túnel boscoso que apenas consentía la intromisión del sol, olfateó a uno y otro lado de la penumbra y por fin lentamente extendió su mano derecha en dirección de César sin voltear el rostro. César persistía inmóvil al fondo de la canoa, con la escopeta sobre los muslos, pugnando por adivinar qué había visto, no, qué había oido su hermano menor en aquella espesura. Entre resignado y alarmado entregó la escopeta. Iván, aún más alerta hacia lo alto del bosque en sombra, recogió el arma despacioamente, más despacioamente la afirmó contra su hombro, apuntó. César miró, menos que ciego, hacia donde miraba la escopeta. Nada. Casi con el tronar del disparo, desde la maraña de bejucos y ramas se descolgó el cuerpo de un tigre, un otorongo negro de dos metros que cayó braceando al riachuelo. Remando con la mano Iván aproximó la piragua al enorme felino que flotaba sin movimiento. César se estiró para atraparlo. Iván lo impidió: no está

difunto, previno escarbando con los ojos la aparente quietud del animal y rozó con el remo la testa teñida por la muerte. La fiera, sin abrir los párpados velados por la sangre que fluía de su frente, revoloteó un zarpazo que hizo flecos al remo. Iván recuperó la escopeta: «se hacia el cadáver», dijo, «nomás estaba fingiendo», y despiadó otro cartucho sobre el otorongo. Horas de silencio. Ya a la vista del exiguo embarcadero de Shapshico (así, ‘Diablito’, se apellidaba la propiedad del pintor, en contraposición a los lugares aledaños, bautizados todos con sensibleros nombres de beatas y santos católicos), César inquirió a su hermano acerca de lo que hubiera sucedido de no haber él presentido la presencia del tigre.

—¿Cómo pues no voy a oler a un tigre? —exclamó Iván incrédulo, ofendido por la pregunta, y como esta se repitiera, y después de sostener varias veces lo mismo, «¿cómo no le voy a oler?», concluyó por aceptar la imposible posibilidad de un descuido suyo, giró hacia César y dijo sin alterar la voz—: Si no le alcanzo a oler, seguramente que este otorongo nos mata, no estaríamos hablando ahora.

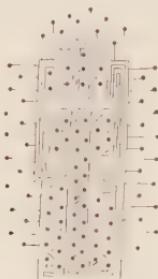
—No sé si sabes —me dice César—, que Iván es ahijado del Brujo de los Brujos, protegido del maestro Ino Moxo. Mi padre solicitó ese privilegio al gran jefe amawaka y él se lo concedió.

—¿Cómo? —reclamé— ¿No aseguraste que Ino Moxo no habla con nadie, con ningún occidental, desde hace muchos años?

—Claro que sí —me apaciguó con naturalidad—, lo que pasa es que mi padre le pidió mentalmente, desde el Utuquinía, que fuera padrino de Iván, y así también, mentalmente, recibió el asentimiento de Ino Moxo. Desde ese día Iván puede entrar al peligro sin temor: Ino Moxo lo cuida...

Sin embargo aquella mañana yo aguardaba el regreso de Iván con más hambre que confianza y con más impaciencia que con hambre. Y con creciente asombro. Trataba de explicarme lo que semanas antes me hubo acaecido en Pucallpa mientras esperábamos que

aquel descoyuntado bimotor decidiera volver a funcionar y nos condujera a la ciudad de Atalaya. Trataba de fijar en mi memoria lo que me dijo allí don Hildebrando, Mago Mayor de la zona, en torno a Ino Moxo y a su vida...



Mil años demoró en llegar a Pucallpa el Vaso Sagrado de los inkas del Cusco

—Aquí son fundamentales los colores —dice César—, puertas indispensables para la intuición, para el entendimiento. Pucallpa, por ejemplo, idioma quechua, *puka*: ‘rojo’, *allpa*: ‘tierra’, Pucallpa es ‘tierra roja’.

Le creí, no le creí. Yando Ríos, primogénito de don Hildebrando, había contagiado a César su pasión por la magia. Le creí. Ambos frecuentaron al brujo de Pucallpa, más como curiosos que como discípulos, durante varios meses. No le creí. Así fue cómo César pudo saber, y luego saber yo, que pervive una jerarquía rigurosamente respetada entre los brujos selváticos. Que el grado más ansiado otorgase al Mago Mayor de ciertas zonas. Que la demarcación de tales regiones depende más de *influencias estelares y mandatos del aire* que de requerimientos poblacionales y/o geográficos. Que algunos hechiceros ofician maleficios, cierta magia cuya meta y origen bulle en la sumisión al Maligno, y son enemigos impiadosos de quienes aluden a los diversos ministerios de la *magia del cariño*. Supo también de sectas que mezclan en sus rituales prácticas profanas heredadas de un tiempo sin memoria —el mismo día que arribamos a Pucallpa los diarios difundían el hallazgo de una cabeza de niña, cercenada a cuchillo, pintadas las mejillas con wito y con achiote, dentro de una canasta abandonada en la carretera Federico Basadre— con invocaciones ceremoniales nítidamente impregnadas de catolicismo y protestantismo. Según César los brujos amazónicos no caben ni en la magia negra ni en la blanca, en determinadas ocasiones apelan a maleficios con tal de hacer el bien, y habría que

referirse entonces a una magia verde exclusiva de los hechiceros selváticos, en la cual se entrelazan extensas cofradías, suerte de religiones médico-mágicas, y que don Hildebrando vendría a ser el Gran Mago Verde de la zona de Pucallpa.

Cuatro días permanecimos en la Tierra Roja, cuatro noches asistimos a la choza de don Hildebrando y atestiguamos sus sesiones de meditación y de llamado. Cuatro noches salimos del Hotel Tariri, caminamos callejas encharcadas de invierno, cruzamos esa verja inclinada por ariscos palos, trastabillamos un sendero sinuoso y angosto, entramos a su casa, nos apretujamos entre los enfermos y creyentes que colmaban su horario de visitas nocturnas.

—El espíritu de un inka te protege —aseguró don Hildebrando a César—. Siempre que vienes con Yando él aparece, lo veo detrás tuyo como un gran resplandor cubierto hasta los pies con una cushma amarilla, ese poncho cerrado y cosido por los lados, todo pintado a rayas, con adornos de color tierra roja... —y ofreciendo a César una pequeña dosis de ayawaskha en un mate oxidado—: Siempre que vienes él te acompaña, es el espíritu del inka Manko Kalli, detrás tuyo aparece con un vaso de madera entre las manos, un vaso muy viejo, tallado con los mismos adornos de su cushma...

—Yo sé cómo es ese vaso —se escuchó decir César, tras el último amargor de ayawaskha—. Lo he visto, es un Q'ero, el recipiente sagrado que los inkas usaban en sus ceremonias. Bebiendo sólo un sorbo de ese vaso y vertiendo el contenido restante en canales cavados en las piedras de sus templos, los inkas complementaban las reuniones de adoración al Sol, el Padre Inti y a la Luna, la Madre Killa...

—¿Tú también lo has visto? —dudó don Hildebrando, sentándose en la banqueta de madera rayada, volviendo a incorporarse. Cruzó hacia un costado del cuarto, hizo crujir el piso de su ca-

baña en las afueras de Pucallpa, se agachó ante algo que se-
mejaba un baúl, alzó la tapa trenzada con sogas de *chambira*,
extrajo un cuadernillo envejecido y un lápiz y los tendió a César:

—Dibuja ese vaso para mí —ordenó, voz que se aligeraba como
rozando un favor, y César dibujó, y los ojos del brujo fulguraron
en la semipenumbra—. ¡Así mismo es!, Manko Kalli lo ajusta
siempre contra su pecho —dijo—. ¿Cuándo lo viste tú?, ¿lo has
visto aquí en mi casa o lo has soñado?

—Nunca he visto a Manko Kalli —lo desencantó César—, pero
ese vaso sí lo he visto...

Y luego de un breve silencio, asediado ya por las primeras vi-
siones que ocasiona el jugo del ayawaskha, la liana-del-muerto,
recordó:

—Hasta hace unos años radiqué en el Cusco. Una tarde, ca-
mínando en lo alto de la ciudadela inkaika de Pisaq, encima del
Valle Sagrado, miraba cómo pasa el río Urubamba, plateado, jo-
ven todavía, antes de perderse en la selva. Los quechuas no lo
conocen como Urubamba, para ellos sigue siendo Willkamayu,
que significa 'río-dios', 'río sagrado'. Más arriba de la cordillera,
en donde nace el Urubamba, lo llaman Willkanota y dicen que
hace mucho, antes que advinieran los conquistadores españo-
les, el Willkanota era un río poderoso, imposible de atravesar,
caminaba de pie, levantado sobre dos aguas. Cuando los inva-
sores asesinaron al último rey de los quechuas, a Manko Inka, el
Río Sagrado se volvió rojo, peor que sangre de inocente, dicen, y
desde ese día sus aguas se amansaron, se dividieron, como el
tiempo sin tiempo de los primeros hombres, de los campa, poco
a poco las aguas fueron después recuperando su color pero si-
guieron pasando arrodilladas, llenas de tristeza...

Don Hildebrando se achinó todavía más mirando a César, la
cabeza de arcilla tensada hacia adelante. Más que ocupar una ex-
pectativa, su silencio desbordaba otra exigencia. César obedeció:

—Yo estaba esa tarde contemplando el Willkamayu, el Uru-
bamba, desde lo alto de Pisaq, a medio día de la ciudad del Cusco,

andando así, maravillado, bordeando el cementerio viejo, la ciudad-de-los-muertos de nuestros antiguos, y justo antes del oscurecer encontré a un viejo campesino harapiento, me sorprendió su barba entrecana, él estaba excavando cerca de las cuevas donde están sepultados sus primeros abuelos. Tenía entre las manos ese Q'ero recién desenterrado. El anciano me oyó esbozar un saludo en su idioma y sonrió con lástima aproximando el vaso ceremonial hacia mí, obsequiándomelo sin razón y musitando una palabra que no he olvidado: "Ayúmpari", me dijo. Eso me dijo: ayúmpari. Tiempo después volví a Lima, llevé el Q'ero conmigo, hoy lo tengo bien guardado en mi casa.

Y echándose hacia atrás, como espantando una visión extraña:

—No sé por qué, ahora que usted habló de Manko Kalli y del vaso de madera, supe que no podía tratarse de otro vaso...

—Es un vaso icarado —dijo don Hildebrando apartando la muralla de bambúes azules, anaranjados, que habían inundado el centro de su casa desde la saliva del ayawaskha. Icarar es devolverle a las cosas los poderes que no les vinieron de natural en esta vida. Icarar es magnetizarlas con fuerzas que las cosas no aprendieron, no saben...

Las palabras del brujo se extraviaron en la mente de César. Tras los bambúes coloreados asomaron dos ojos dañinos, sulfurosos: la visión de un viejo campa engalanado para guerrrear.

—¡Yo me llamaba Hohuaté! —gritó dentro de la memoria y las alucinaciones de César—. ¡Ahora me llamo Andrés Avelino! ¡Andrés Avelino Cáceres y Ruiz, ese es mi nombre!

Y se disolvió de súbito la visión, se filtró dentro de su voz por entre las rendijas del piso de tablones crujientes.

—Meses después traje a Pucallpa el vaso ceremonial tallado en una sola pieza de madera oscura —me contó César.

Le creí, no le creí. Pero cuando conocí a don Hildebrando, el Q'ero de Manko Kalli ocupaba el centro de su vivienda. Cuatro noches nos reunimos en redor de ese Q'ero a meditar, a quedarnos callados convocando «las fuerzas que habitan el aire» para ponerlas al servicio «de nuestros hermanos que padecen», al decir de don Hildebrando. En medio de la habitación principal destacaban tres escalones triangulares de madera pulida, superpuestos con intención de altar, y sobre la última plataforma, junto a ese pequeño recipiente hecho de calabaza, se aposentaba el Vaso Sagrado de los inkas del Cusco. Una diminuta piedra negra, redonda, achatada y brillante temblaba al fondo del vaso que don Hildebrando llenaba noche a noche con «Agua de la Serenidad». Antes de iniciar cada sesión los participantes la bebíamos, luego tomábamos asiento sobre el suelo, alrededor de los triángulos, despojándonos previamente de todo objeto de metal, monedas, hebillas, sortijas, a fin de «no obstaculizar la llegada de los espíritus del aire». Sin que nadie lo solicitara permanecíamos durante toda la sesión con los ojos cerrados, y era posible sentir las fuerzas que nos iban poseyendo, las emanaciones, pero no eran emanaciones, que parecían descender hasta lo más hondo de nosotros desde lo más hondo del aire de la selva.

—¡Yo sé quién me ha matado! —gritó la visión del anciano campa Hohuaté.

—Yo lo escuché con los ojos, con claridad, mirando su grito —me dijo César en el avión yendo a Pucallpa.

Le creí, no le creí.

—¡Pero no han matado a Hohuaté, han matado a mi otra persona, han matado a Andrés Avelino Cáceres y Ruiz...! —así gritó la visión antes de disolverse entre las grietas del piso.

Al final de cada reunión, ya de regreso en el Hotel Tariri, comentaba con mi primo César: era posible sentir cómo el ámbito de la choza se colmaba de fuerzas y esas fuerzas nos contagiaban una invencible y serena ansiedad, indescriptible omnipotencia, que nos penetraba desde los pies desnudos, por las sienes, como delgadísimos riachuelos de aire que encontraran su cauce en nuestros poros y nos engrandecían el pecho y la existencia, y era posible *ver* al brujo enfrente de nosotros y para ello no precisábamos ni entreabrir los párpados.

—Después no vi bambúes de colores sino un río grisáceo y muchos muertos —me está diciendo César en el avión—, muchedumbres de muertos que bajaban flotando acribillados y el río se hacía sangre y brillaba como un cuchillo rojo en el verdor y contagiaba al cielo de la tarde. Y después vi más cosas que no puedo decir, que no he visto jamás —me dice César en el aire, volando hacia Pucallpa.

Le creí, no le creí. Hasta que conocí a don Hildebrando. La segunda noche que estuve a visitarlo fue tánta la tensión dentro de su tambo, la acumulación de poderes que percibí, no sé, que toda la casa comenzó a temblar y a sonar. Cada vez más las quebrantables paredes de madera se estremecían, todo vibraba como por última vez, igual que si estuviéramos en el epicentro de un terremoto.

—¡Yo sé quién me ha matado! —gimió el campa Hohuaté—. ¡Sé quién ha viroteado con veneno al curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz!

Seguí sentado así, desoyendo el indecible cataclismo, atento únicamente a los mandatos callados de don Hildebrando, haciéndome uno con su serenidad, abandonado sobre los tablones que repiqueaban, ninguneando a los grandes zancudos que me hincaban la

frente, los oídos, las manos, los tobillos descubiertos, hasta que el temblor se fue atenuando, atenuando, confundiéndose con el andar del viento y los rumores del bosque, y desapareció.

—Fueron vencidos —sonó la voz de don Hildebrando en la oscuridad—. Espíritus dañosos han estado queriendo ingresar pero fueron vencidos...

Esa noche me enteré que el brujo había *curado* previamente a la piedra negra que dormía en el fondo del Q'ero. La había icarado con rezos poderosos, con cánticos, invocando. Durante siete días ayunó en lo recóndito de los bosques vecinos hasta que consiguió dotarla con los poderes del aire y de la tierra, de modo que la piedra insuflara su fuerza, su serenidad, al agua depositada en el vaso ceremonial.

Los brujos amazónicos son capaces de *curar* cualquier objeto. Para ello se internan en la selva, reflexionan semanas nutriéndose de agua de quebrada, permitiéndose comer únicamente un jirón de plátano asado a la intemperie, de acuerdo a la potencia con que quieran *cargar* el objeto en cuestión. Un collar de semillas, por ejemplo, o un brazalete de piel de víbora, o una pulsera trabajada con labios de vagina de un delfín colorado, o la sortija más inofensiva o un mechón de cabellos o un pañuelo, pueden ser *curados* por un brujo, según la intensidad e intención de la *carga*, para que otorguen vida, amor, dinero, juventud, desmemoria, plenitud sexual, maleficios o muerte. El mismo objeto, una vez *curado*, es capaz de resucitar, sanar, enfermar o matar, obedeciendo al tiempo del ayuno y a la dirección de la *carga*.

Don Hildebrando *curaba* a la piedrecilla negra *cargándola* de reposo y tal serenidad nos era transmitida mediante el agua contenida en el vaso sagrado. Luego de beberla, ni bien retornábamos de la meditación a *esta realidad*, don Hildebrando, ya investido por los espíritus benignos, atendía un sinnúmero de pacientes. Era su asistenta una mestiza escuálida de rostro dulce y quince años de edad. Viudas de cadencia sus caderas, huérfanos sus pies de todo paso a causa de una poliomielitis de nacimiento, la chiquilla fue tratada

por el mago de Pucallpa. Yo la vi caminando normalmente, yendo y viniendo sin sosiego, alcanzando a don Hildebrando los ungüentos, las pociones, los *vegetales de piedra o de madera* requeridos para cada dolencia. En el momento más intenso de la sesión, cuando el brujo apelaba a extraños cánticos, ella le hacía coro contribuyendo con su voz rayada a la recuperación de los enfermos.

Ira Ira Iraká

Kura Kura Kuraká

Nai Nai Nai

Epirí Ririritú

Yamaré

Yamaré Yamarerémo...

Más chirriando que cantando, la ex poliomielítica reforzaba el *icarо* de don Hildebrando. «Es que cada Mago Verde», dice mi primo César, «repite o improvisa sus propios icaros, canciones mágicas intransferibles, de acuerdo a la naturaleza de las reuniones. Hay icaros de llamado, de protección, de aprendizaje, de intercambio de conocimientos, de curación con ayawaskha, de curación sin ayawaskha». Algunos denominan bubinzana al icaro que rige las sesiones rituales o las reuniones de iniciación. Otros, como don Hildebrando, tratándose de sesiones de curación, evidencian un repertorio más complejo: canturrean icaros específicos, generalmente irrepetibles, uno para cada enfermedad, incluso uno para cada paciente. «Y eso no es nuevo», dice Iván ya en Atalaya, «hace siglos los inkas aplicaban la música como parte del tratamiento médico». Se dice que tenían melodías *cargadas*, dirigidas concretamente a determinado objetivo, una música para curar la tuberculosis, que ellos denominaban, creo, *yanawayra*, que quiere decir ‘viento negro’, en quechua, otra música para otra enfermedad, hasta tenían una melodía única que sólo se utilizaba para hacer el amor, para devolverle la juventud sexual a los viejos.

Pero hay casos que no requieren de icaro. Fui testigo: la esposa de un ingeniero amigo mío, directivo de la cervecería San Juan de

Pucallpa, era víctima de irrefrenable fobia. La sola visión de cualquier culebra, de cualquier serpiente, la conducía sin remedio al desmayo. Bastaba que contemplara un ofidio, «aunque sea disecado, aunque sea en fotografía», según su propia confesión, para que fuera poseída por un vértigo invencible y cayera «hacia atrás, con las piernas abiertas». Psicólogos de Lima y Buenos Aires, algunos infalibles, otros más prestigiados, fracasaron con ella. Estaba yo en casa de don Hildebrando cuando la señora fue a rogarle consejo.

—Yo sé lo que usted tiene —dijo don Hildebrando con certeza más autoritaria que solemne—. No debe usted preocuparse —reiteró con la mirada fija en la señora—, yo sé por qué ha venido usted a verme. Yo la voy a curar.

Ví como las palabras del brujo apaciguaron de inmediato a la joven.

—Hay una piedra que crece solamente en ciertos recodos de estos ríos y que es propicia para contener la confianza, para guardar la claridad del alma que usted necesita.

Y remarcó mirándola, encerrándola con creciente fijeza:

—Yo voy a *preparar* esa piedra para usted. Ya la tengo *curada* desde hace tiempo pero ahora la voy a *dirigir* hacia usted, hacia el daño que le atormenta a usted. Mañana se la entregaré.

En apenas dos sesiones don Hildebrando eliminó la fobia de la señora histérica. César consideró, según me dijo, que el brujo se había aprovechado de su insondable poder de sugestión y del exhausto desamparo de la enferma. Yo, ahora, no me atrevería a explicarlo así. Lo cierto es que la fóbica sanó y cuando la visité justamente la víspera de viajar hacia Atalaya, ella estaba ya plenamente restablecida. Lo único que hacía era beber de rato en rato de una jarra de vidrio en cuyo fondo relucía una achatada piedrecilla negra. El «Agua de la Serenidad».

Al cabo de la tercera noche, ¿o de la última?, el Gran Mago Verde de la Tierra Roja rememoró a Ino Moxo:

—Las veces que lo vi no se llamaba todavía Ino Moxo. Otro nombre tenía. En lengua de amawakas Ino Moxo es ‘Pantera Negra’. Yo

lo frecuenté antes que se convirtiera en la pantera negra de los amawaka. Me acuerdo: tenía la piel como de día, el cabello marrón, los ojos de mestizo. Nunca le pregunté ni él me lo dijo pero yo sabía que su padre había venido desde Arequipa en busca de fortuna y que los amawaka lo raptaron por una orden del gran jefe Ximu. Ximu era entonces el shirimpiáre, el jefe-brujo de los amawaka que habitan el Mishawa. No supe nunca por qué lo raptaron precisamente a él, por qué se lo llevaron monte adentro, Urubamba arriba, por las selvas del Mapuya, por qué lo prepararon desde niño para que fuera sucesor de Ximu. Ya que durante años el gran maestro Ximu lo educó para jefe. Por qué lo eligieron, lo raptaron y le enseñaron todo a él, eso es lo que no sé...

—Don Hildebrando mismo, tú le has visto en Pucallpa —dice Iván—, sabe un icaro que carga con juventud sexual a una bebida. Yo se la pedí una vez para un pariente que tiene casi setenta años, yo he visto cómo le mira ahora su mujer, y su mujer tiene apenitas veinte años...

También don Hildebrando me habló de los poderes de Ino Moxo, de la celeridad con que el niño secuestrado acrecentó las enseñanzas de Ximu, de cómo se fue haciendo inalcanzable no sólo en las temibles bondades de la magia sino en las más temibles del amor y en las menos mañas de la guerra.

—Sabiduría, fuerza y cariño —dijo—. Conocimiento del poder y poder del conocimiento. El agua es un secreto. Los ríos pueden existir sin agua pero no sin orillas. Y esas son las orillas de Ino Moxo: sabiduría, fuerza y cariño. Sin ellas no podría transcurrir la vida de un brujo digno de los amawaka.

Sin que don Hildebrando lo supiera yo grabé todo lo que con-

versamos en esas cuatro noches. Más por mi inseguridad que por su timidez supuse que no aceptaría guardar su voz en una cinta afónica. Con disimulo encendía mi grabadora asegurándole que se trataba de un aparato de radio y orientándola hacia la banqueta donde él solía sentarse. Extinguida la charla regresábamos al Hotel Tariri. Ya en la habitación, acompañado únicamente por César, retrocedía la cinta, escuchábamos. Todo se oía, los ruidos de la noche, los plaños del piso de tablas sin pulir, mi voz, las preguntas de mi primo, hasta el chasquido de Yando al encender un cigarrillo. Todo se oía, todo. Pero ni una palabra de don Hildebrando. Ni una sola palabra suya, en ningún momento, en ninguna parte de la cinta grabada. La primera noche lo atribuimos a algún defecto del micrófono incorporado, tal vez mal dirigido, acaso demasiado distante. La segunda quisimos creer en cierta insuficiencia del volumen de grabación. La tercera noche no encontramos excusas y la cuarta preferimos no interrogarnos más.

Ahora, sumergido en la selva, asediado por los temores de Félix Insapillo acerca del chullachaki, terqueaba en no aceptar lo inexplicable como una verdad más. Trataba de fijar en mi memoria lo que don Hildebrando me había dado de vivir en esas cuatro noches.

Escudriñé, a mi espalda, los altos matorrales...

Iván no aparecía.



3

Nuestro guía se extravía

Escudriño, a mi espalda, los altos matorrales. Ni una seña de Iván.

Debiera desasosegarme su tardanza, lo sé, pero es inevitable: tras de don Hildebrando, a mi memoria vuelve don Javier. Fue en el restaurante La Baguette de Pucallpa, a menos de cien metros del Hotel Tariri, que conocí a ese brujo jubiloso, poseedor de diecinueve hijos en cuatro hogares legítimamente establecidos.

—Es usted demasiado hogareño, don Javier —sonréi.

—Eso dicen —respondió él, halagado—, y algunos envidiosos afirman además que tengo cuarenta años y sesenta millones de soles. Tú has comprobado que es al revés, amigo Soriano, tengo cuarenta soles y sesenta millones de años —y volvió a sonreír.

Se encontraba de paso como siempre y como siempre repasando un vaso de cerveza San Juan que intercalaba con copas de aguardiente de *hiporuru*, *clavowashka* o *chuchuwasha*.

—Los campa que siguieron por miles a Inganíteri se negaron a unirse a la guerrilla. El rebelde Luis de la Puente tal vez debió decirles que iba a combatir, él también, por una mujer... —y oscureciendo su sonrisa quieta—: Debió decirles que iba a rescatar a una hembra, esa hembra que algunos aún llaman... que algunos aún llaman creo que libertad.

—¿Cómo fue entonces que los campa sí fueron a la guerra con Santos Atao Wallpa? ¿Era porque eran otros, de otro tiempo?

—Los campa de hoy son otros y los mismos. Con el tiempo. Este tiempo es idéntico. Luis de la Puente igual: él era blanco, era virakocha pero en su corazón se hizo asháninka, dentro de su áni-

ma volvió a vivir Juan Santos Atao Wallpa, solamente que Santos Atao Wallpa no vino al Pajonal, salió de él. Tal vez eso haya sido lo que fue...

—Don Javier es mi padrino —se jactó Félix Insapillo ya navegando rumbo al río Inuya—. Él me protege —dijo.

Bajando del avión en Atalaya nos cruzamos con una pareja de médicos alemanes que retornaban a Pucallpa: él subió la escalerilla del bimotor del brazo de su esposa, con los perdidos ojos desmesurados y en blanco. Nos informaron sin que preguntáramos: el joven extranjero se había internado por los alrededores del poblado desorientándose entre la maraña de senderos angostos que transitaban los campa. Toda una noche estuvo sin atreverse a nada, herido por la lluvia y la oscuridad, expuesto al fisiogoneo de las víboras, los vampiros y el miedo. Al mediodía siguiente lo encontraron sentado contra un *shiwawako* frondoso, cubierto de hormigas, loco, entumecido por el pánico. Su mujer sollozaba sosteniéndolo del brazo, diciéndole qué cosas, apurándolo al interior del avión.

—Esta selva es maldita —nos dijo no sé quién, al otro día, entrómetiéndose en el grupo anhelante que yo integraba con Iván, con Insapillo y César. Y dirigiéndose en burla a nuestro flamante guía—: ¿No es verdad, joven Félix? Nuestra selva es linda pero bien maldita, llena de apariciones, de serpientes, de lagartos, de otorongos. ¿Usted lo sabe mejor que nadie, no...?

Así nos enteramos que unos años atrás Félix Insapillo se había extraviado por esa misma zona. Varios días deambuló solo, sin brújula, sin armas y sin nada. Innúmeras expediciones lo rastrearon en vano. Ya lo suponían muerto cuando reapareció hecho una lástima por la trocha que viene del cementerio al pueblo. Eran las dos de la mañana. Aprovechando su insomnio habitual, esa noche en que acampamos luego de casi naufragar, solicité pormenores a Félix Insapillo. Pero antes de transcribir lo que el guía me confió, preciso decir algo más de don Javier.

Cinco kilómetros abajo de la boca del Unine, desde la misma ribera donde brillan los bosques de palosangre, se extiende la propiedad

de un español afable llamado Andrés Rúa. Don Andrés Rúa: cincuentaytántos años y aspecto de hijo suyo, macizo aunque veteado de alguna que otra arruga, sobre todo en las manos, el revés de las manos vellecido de canas y blanqueada también la cabellera copiosa, los bigotes teñidos de tabaco o de una empecinada adolescencia probablemente rubia, y el rostro, en fin, ese dudar de pómulos que tienden al rojo vespertino. Diez años atrás lo desahuciaron los especialistas del Hospital de Enfermedades Neoplásicas de Lima. Enmudecido a causa de un cáncer a la garganta, don Andrés Rúa se negó a que le extirparan la laringe, «yo me iré de este mundo con todo lo que traje», y regresó a la selva resignado a morir. En su fundo se encontró con don Javier. Sin esperanza alguna relativa a su cáncer, don Andrés Rúa se limitó a consultarle acerca de una dificultad circulatoria que ceñía dolorosamente sus articulaciones. A cambio de unos días de hospedaje don Javier le recetó una infusión de garabato-kasha, liana espinosa que se excede en los árboles de toda la región. Bebiendo diariamente de aquella agua dorada don Andrés Rúa no solamente sanó de sus dolencias articulares. Para asombro de los cancerólogos que lo examinaron incrédulos, el garabato-kasha había detenido a la muerte que devoraba su garganta. Cuando me presentaron a don Andrés Rúa en el bar del Gran Hotel De Souza, frente a la plaza de Armas de Atalaya, él ya podía beber cerveza helada y fumaba sin miedo y reía y hablaba con voz lejanamente rasguñada.

Y ahora sí oigamos la versión de Félix Insapillo, el fornido y cobrizo y orgulloso ahijado de don Javier:

«Ese mediodía yo iba a viajar a Pucallpa. Ya tenía mi asiento separado en el avión. Por primera vez iba a subir a un avión. Mi padrino don Javier quería regalarme esa experiencia, él me invitó a Pucallpa porque sí, por cariño. Para matar el tiempo, puesto que era temprano, y para despedirme de esta selva, puesto que yo creía que

me iba para siempre, salí a pasear. La noche anterior soñé con Juan González. Juan González me dijo que no fuera a viajar, me lo dijo en mi sueño. Pero fui. Salí a pasear como me ves ahora, sin siquiera botas ni machete. Por dármelas de conocedor fue que me perdi. Seguí un sendero bien ancho durante largo rato, mirando aquí, allá, las ramas más bonitas, hablándoles de adiós. Cuando el sol quemaba fuerte desde el centro del cielo, justo arriba de mí, consideré regresar, me di vuelta. Contemplé un loquerío: infinidad de trochas se entrecruzaban, todas igualitas. Un poco adivinando escogí una. Rogando que esa trocha fuera la mía caminé y caminé. No era la mía. Entonces escogí otra, y otra, y otra. Peor. En eso escuché el ruido de mi avión que llegaba. Me apuré. Por gusto me cansé, para nada. En eso escuché el ruido de mi avión que partía. Seguí andando. Nada. No sé cómo, tan rápido, empezó a oscurecer y yo me dije: Félix, te has perdido, ahora más que nunca tienes que ser Insapillo, tienes que ser el hijo de tu padre y de tu madre, tienes que estar tranquilo. Porque tú sabrás que hasta los animales más pequeños saben oler el miedo. Si te dejas dominar por el miedo eres hombre muerto. Te buscan los tigres, las víboras cascabel, hasta las abejas te buscan. Y me senté a un lado de la trocha a respirar profundo, a serenarme. Despacio me tranquilicé. Antes que se hiciera noche entera busqué un árbol apropiado para dormir arriba, fuera del alcance de las fieras. Ya empezaban a sonar las culebras, invisibles entre las hojas secas del suelo, el ronroneo de las cascabeles. Elegí un árbol, un *charichuelo* joven, más o menos delgado. Trepé. Allí pasé la noche, amarrado con una soga que me servía de cinturón, asegurado a la rama más alta. No dormí nada. Con la primera luz bajé. Otra vez a caminar y caminar, sólo que ahora iba descartando senderos como hacen los campa, los asháninka, iba quebrando ramitas de trecho en trecho, a mi derecha, en la dirección en que avanzaba. Así, cuando los caminos volvían a confundirme yo ya sabía, gracias a las ramitas rotas, cuál camino había recorrido y cuál todavía no. Hasta el atardecer estuve descartando caminos. Volví a elegir otro árbol. Porque la noche vino de golpe, no me dio tiempo. Tuve que treparme al más

cercano, uno medio grueso que se alzaba junto a una *tzangapilla*. ¿Alguna vez has visto una tzangapilla? Bien linda planta es. Arbusto que no da nunca más de una flor, una sola, y su flor es enorme y es de color naranja y perfuma riquísimo. Y es una flor caliente. La piel de los pétalos de la tzangapilla es caliente, tal como estás oyendo, esa flor tiene harto calor. Más que flor, un animal parece. Cuando uno la corta se va enfriando despacito la flor, despacito, quedándose poco a poco sin perfume. Conforme pierden calor esas flores pierden aroma, o al revés, igual. Una vez que la cortas, una vez arrancada de su tallo, la flor de tzangapilla no vive más allá de siete días. Así me pasó a mí. A la semana de perderme en el monte se me fue enfriando el ánima, me fui quedando sin valor, sin ganas para nada. Tuve pues que apurarme. Sacando fuerzas de no sé dónde subí al árbol más próximo, justo al costado de la tzangapilla. La oscuridad me impidió distinguirlo pero por las arrugas de su corteza creo que se trataba de un *tortuga-kaspi*. Era grueso el maldito. Menos mal que estaba todo entrecruzado de sogas, todo su tronco envuelto por un caos de lianas peludas. Agarrándome a ellas empecé a subir. Llegué arriba sin aire, con las justas, sudando y maldiciendo: ahí fue que perdí mi cinturón, un cordel más nuevito que este que llevo ahora... Por lo tan elevado acaso no era un *tortuga-kaspi*. ¿Tal vez fue un *machimango*? Puede ser. Porque un olor bonito me recibió en lo alto, lo más alto posible, cuando me acomodé contra una de sus ramas, muerto de sueño y de hambre y al borde de la asfixia. Tampoco esa noche pude dormir. Una tremenda comezón me agarró por los hombros, tras las piernas y el cuello y la cintura. La desesperación casi me hizo saltar. Por culpa de la sombra ya no podía distinguir nada. Pasé mi mano derecha por la espalda, me froté como loco en plena oscuridad y olí mis dedos: puro ácido hediondo. ¡Ese árbol era casa de hormigas, un nauseabundo nido de *ishinshímis*, esas grandes hormigas que compensan su falta de ponzoña con una mordedura fétida y dolorosa...! ¡Hubiera querido yo ser una bala en ese rato, y que el tronco estuviera encebado, para bajar más rápido...! Me tomé de una liana y empecé a resbalar maldiciendo. No

sé cómo carajo la liana se rompió, se me quedó en las manos. Y me desbarranqué hasta el mismísimo suelo. Era plena noche. No podía ver. No podía saber a qué distancia estaba el piso. Por eso me caí parado, sin doblar las rodillas, como un triste cojudo, más tieso que una lanza. Yo que quería ser una bala, fíjate qué gracioso, y en vez de ser bala caí como una lanza nomás. Ahí me dañé la columna vertebral. Un dolor que no quiero recordar me dobló. Con la cara pegada en tierra escuché las culebras, me acuerdo, ¡sissss, sissss!, cerquita, seguro contoneándose sobre la hierba mojada, seca y mojada por la garúa. ¡Y yo que no podía ni pararme...!

»Durante varias horas no pude ni pararme. Hasta ahora no sé cómo no me mordieron las serpientes. Cuando al fin conseguí vencer al dolor, me levanté de a pocos, medité: no había más remedio que seguir caminando, ya no tenía fuerzas para subir a otro árbol. Caminé y caminé en la oscuridad, tanteando despacito con el pie para no salirme del sendero, para no meterme al bosque, buscando lo duro del suelo, la dureza de la trocha apisonada, rehuyendo la suavidad del césped que no me llevaría a ningún lado. Caminando así me llené la cara de telarañas. A las horas me cansé, adormecido sin querer me recosté contra una pomarrosa que olía fuerte, rico. Allí me mordió un vampiro, aquí, en este brazo. Me desperté de pura suerte. Porque los vampiros de por aquí no hacen ruido, sus alas ni su mordedura los delatan: con su saliva te anestesian primero y no necesitan chupar tu sangre, también con su saliva te ponen un anticoagulante y tu sangre sale solita, sin que lo sientas. De suerte nomás me desperté, gracias a que otra vez, esa noche, soñé con Juan González. Soñé que yo estaba en el aire, flotando a punto de caerme, y que la tierra estaba abajo, bien lejos, y Juan González asomó detrás del sol y me dijo: tienes que caminar, y yo le dije cómo, si no hay camino bajo mis pies, y él me gritó: "¡Tienes que seguir caminando" y me empujó con su mano derecha, bien caliente, y su mano era una flor de tzangapilla. Oliéndole la mano desperté, sin entender, asustado. Y volví a caminar agarrando mi manga mojada, mi camisa caliente por la sangre. Más allá encontré un claro en

medio de lo oscuro, un espacio negro lleno de luces fijas y chiquitas como ojos que se me clavaban. Luciérnagas, *ayañawis*, ojos-del-muerto, no podían ser: no parpadeaban. Pupilas de tigres, tan amontonadas, tampoco. Me asusté. Me asusté y al momento controlé mi miedo. Si me huelen el temor, me matan. Estiré mi mano hacia las lucecitas más cercanas, no se movieron. Toqué: eran troncos. Respirando profundo me alivié: se trataba del musgo que se va guardando en la humedad de los árboles muertos, ese musgo que de día no es nada, ni se nota, y de noche brilla mejor que un centenar de lamparitas. Con confianza volví a caminar, siempre tanteando el piso con los pies, a ciegas. Me di con un arroyo, bebí como loco y me tumbé sobre la hierba. En eso me acordé: si sigo la corriente del riachuelo, me dije, más tarde o más temprano llegaré a un río grande. Y si llego a un río grande estoy salvado. Algún viajero, algún pescador me ha de rescatar. Entré al agua riendo y empecé a caminar por el medio del cauce, sobre las piedras. Para saber la dirección del río, tan confundido estaba, en lugar de usar alguna hoja rompí un pedazo de mi camisa y lo puse en el agua. No podía ver nada. Tocando el trozo de tela que se iba para un lado, mirando con mis dedos, así supe hacia dónde fluía el arroyo. Caminé, pues, con el agua hasta el pecho, por instantes hundido bajo el agua. Caminé y caminé hasta que pude oír bien cerca, allí delante, el estruendo del Ucayali. Iba a apresurarme cuando sentí que el arroyo se detenía. ¡El desgraciado se detenía unas leguas antes de entrar al río, se dispersaba en un gigantesco pantano! Era imposible pasar. Los pantanos, además, están llenos de víboras, me acordé. Y me acordé que todos los ríachos, todas las quebradas de esa zona, también los arroyitos más delgados, también ese donde yo me hallaba, todos están habitados por una víbora pequeña y negra, de veneno mortal, que llaman *nakanaka*. ¡Y por otra más grande, la *yaku-jergón*, más feroz todavía! Tratando de no mostrar mi miedo empecé a regresar por el arroyo. Horas de horas, de nuevo, peleando contra la corriente y pensando que en cualquier momento me mataba una víbora. Al fin llegué a un claro, salí del riachuelo y me desplomé sobre la hierba, me vencí.

Ya no doy más, me dije. Pero no. Me confundo. Esto que te he contado pasó días después, en la séptima noche. Que me coman los bichos, dije, y me olvidé de mí.

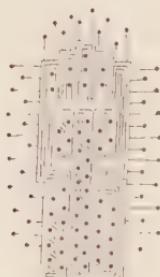
»En ese rato me vino a la cabeza mi padrino. Don Javier. Recorrió clarito que una vez me dijo: "ahijado, cuando estés en problemas llámame, piensa fuerte en mí, llámame con confianza que yo te ayudaré". Cerré los ojos y comencé a llamarlo. Largo rato estuve así, con los ojos pegados, sobre el pasto, llamándolo. No sentí nada, no escuché nada, ninguna señal. Abrí los ojos. Nada. Levanté la cabeza. ¡Entonces vi!

»Entonces vi, por entre el techo de ramas que se urdimbraban más adelante, arriba, una multitud de luces amarillentas como muchas lámparas a petróleo, a kerosene, encima de los tremendos árboles. ¡Deben ser mis paisanos, me animé, deben haber colgado sus linternas en la copa de la más alta lupuna para que yo me pueda orientar! Y me lancé a caminar en dirección de las lámparas!

»Como al rato, saliendo a otro claro del bosque, pude mirar mejor: no eran lámparas. ¡Era la luna que se rompía, bien arriba, por detrás de las ramas! ¡Luna maldita!, grité, sabiendo que no era la verdadera luna lo que yo había visto sino apenas su reflejo en mi ánima, el reflejo de las lámparas, lo que había querido ver mi esperanza. Me derrumbé ya para siempre sobre el pasto. Pero ahí mismo, de inmediato, pensé que don Javier me había hecho creer que eran linternas, que eran señales, lámparas, para que yo enfilara en su rumbo. Así, pues, empujado por una ilusión idiota, seguí caminando hacia la luna. Sin embargo no se trataba de una ilusión idiota. Se trataba de la luna de mi padrino que me iluminaba el sendero, que me dictaba el sendero. No caminé por gusto. Una risa me detuvo más adelante. La risa venía del lado izquierdo y sonaba con gran claridad. ¡Era la risa de don Javier! Entonces me desvíe del sendero que iba hacia la luna. Luna llena era. Nunca sabré por qué brillaba en ese cielo pues no era su época. Y tampoco sabré por qué no logré verla en noches anteriores ni después. Tome un camino delgadito, a la izquierda. ¡A estas horas!, me asombré, ¡a estas horas fiesteando

mi padrino, de seguro estará con alguna muchacha!, así pensé entonces olvidándome que mi padrino no podía estar por esos sitios porque se hallaba esperándome en Pucallpa. Y a pesar de los días sin comer ni dormir, siete días ayunando como brujo, alimentándome únicamente con un trozo de plátano y con agua de arroyo, me dirigí con fuerza hacia la risa, abriéndome paso entre las ramas, empujando bejucos y arbustos que no podía ver. La risa volvía a sonar más y más nítidamente cada vez que yo estaba a punto de desanimarme. Entonces recuperaba la voluntad, iba de vuelta en su busca con renovado empeño y escuchaba la risa cerca, más cerca, nítida, más nítida.

»Fue así que pude regresar sano y salvo cuando ya todos me daban por difunto.



Iván regresa trayéndonos un venado y un niño

¡Este es el Urubamba, insaciable y hurano, el rojo Willkamayu dorado de los inkas!

La quebrada del Inuya, tendida boca abajo, como bebiendo del Río Sagrado, finge una siesta bajo el sol. Nuestra piragua la interrumpe: cinco metros de *palo-tornillo* penetrándola, quebrando en dos la correntada tibia, espantando wakamayus y garzas hacia lo alto y anguilas y tortugas y peces hacia el fondo. En la punta del bote bromea César cada vez que señala peligros, troncos malévolos, bajales repentinos, hipocresía de los pedregales que acechan debajo del agua en los estrechos del Inuya. Atrás, en el timón, Iván va adivinando el curso más propicio, domesticando a nuestra embarcación mal-humorada. En el centro del bote, semisentado entre los dos hermanos, por sobre la insistencia de la selva y del motor, acerco mis oídos a un gesto de Felix Insapillo:

—Tres noches más arriba llegaremos a la boca del Mapuya. Allá ya nos habrán visto desde antes, de mucho antes, los amawaka. Alguno nos dará razón del jefe...

Y volteando hacia la fronda que crece a la derecha, como si no hablara ya conmigo:

—Pero si él no quiere verte, si no quiere recibirnos, segurito que nadie nos dará razón.

—Todo varón, si es amawaka, sabe —me había informado Iván—. Por eso es que todo varón es jefe. Ellos ya saben que estamos yendo a verles y saben también para qué. Ellos huelen las almas desde lejos.

—Asimismo es —insiste Félix Insapillo. Y siempre atento a los barrancos rotos, a los troncos gigantes deslizándose, a las boscosas orillas que se alzan y se alzan conforme avanza nuestra canoa, y hablando siempre a nadie, me consuela:

—Pero le has de gustar, eso creo, al jefe le ha de gustar el fondo de tu ánima...

Tres noches más dormimos al borde del Inuya, dentro de los mosquiteros arrugados, en arenas, en pequeñas alturas, en salientes de tierra perfumada. Cuatro noches cortamos la correntada. Más de una vez, para sortear los bajos del riacho tuvimos que dejar el bote y jalarlo con sogas desde la ribera por encima de una alfombra de troncos estancados. ¡Troncos inmersos en los barriales, de ramas como lanzas al acecho! ¡Troncos desde lo alto, amenazantes, sorpresivas columnas de patíbulo! ¡Troncos caídos, con el agua al cuello, peor que puentes hundidos! ¡Kilómetros de troncos! ¡Casi todo el Inuya es un temible cementerio de troncos! Y cuando suponemos haber sobrepasado lo más arduo, se avecinan los rápidos del río, los malos pasos, los amontonamientos de rocas a uno y otro lado contrariando a las aguas, provocando su cólera de oleajes infinitos, hervideros callados, remolinos debajo de la calma farsante.

Pese a todo surcamos y surcamos. Cada vez más opaca y angosta la quebrada se expande de súbito arriesgándose en una cita de aguas controvertidas. ¡Es el Mapuya, de mañosas corrientes, que penetra en el Inuya, fulgurando como un péndulo! ¡Y la quebrada del Inuya suena en la tarde, se resiste, suena más todavía!

—¡Agárrense! —ordena Iván—. ¡Hay que saber entrar al Mapuya! ¡Insapillo: tú diriges ahora! —y se afirma con todo el cuerpo tenso a la tabla que hace de asiento de piloto. César cede su sitio a Félix Insapillo en la proa y el motor de la canoa padece, se vence hacia una orilla, ya casi se despide del Inuya, largo rato indagando en las aguas por la puerta del río Mapuya, que las vorágines profundas enmascaran con una baba lenta y amarilla. Por fin entramos al Mapuya y dejamos atrás el bamboleo. Y algo como un trueno pasa bajo el bote, algo como atascado entre caparazones lejanísimos, moluscos vueltos

piedra, conchas de mar de hace millones de años. ¡El canto agujereado del Mapuya: la última frontera que defiende al país amawaka!

Sorpresivamente Félix Insapillo indica puerto con la mano. Nuestra canoa se incrusta en un costado del Mapuya acomodándose en un fangal rojizo. Descendemos teñidos hasta el muslo. Acosados por la voracidad del mosquerío, por la *manta blanca* que zumba en nuestros cabellos, en nuestra impaciencia, en nuestros brazos desnudos, escalamos un trecho de ribera, hacemos un regazo de hojas y ramas muertas, una fogata para lo que nos resta de café.

Iván se hunde en el monte con un solo cartucho, petulante, en su escopeta de caza. Los demás nos desmoronamos sobre la hierba escasa. ¿Cuánto tiempo pasó? Yo dormitaba, creo, entreviendo a la tarde como a una inerme presa de colores en el viento de sangre, cuando sentí un crujido a mis espaldas.

Escudriñé los altos matorrales.

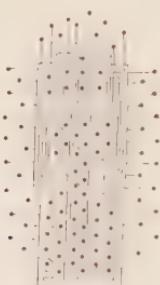
Era Iván que reaparecía, que apartaba bejucos, enredos de hojas, lianas espinosas, que hacía sitio al cuerpo de un venado, lo arrastraba de la cabeza todavía sin astas, demasiado joven, reventada por los perdigones. Se aproximó jadeando y arrojó el venadito delante nuestro al par que abría los ojos en una señal que no comprendí. Regresó a los arbustos, entreabrió nuevamente la puerta de bejucos, se rasguñó otra vez, apartó ramas, dijo algo con voz lejana. Alguien le contestó desde la sombra. Pasó un instante. Pasó una eternidad. Un pequeño nativo salió de entre los matorrales.

Iván lo trajo hasta nosotros y volvió a desmesurar los ojos. Ahora sí entendimos: nos pedía no hablar. Azorados nos abocamos a la tarea de tasajear el venadito. Iván no nos dejó, lo desolló él solo y en el acto. Cocinamos callados y comemos callados. Rasgo un pedazo de carne con las manos, miro de reojo al niño: no ha dejado de observarnos ni un momento. Cuando hemos acabado de comer y no sabemos ya qué hacer, qué decir, hacia dónde mirar mirar, él abandona su quietud y se acerca a la hoguera que declina, rompe un trozo de carne chamuscada, se lo lleva a la boca mirando a todos lados y mastica sonriéndonos a trechos.

Reparto cigarrillos, fumamos en silencio.

Las mejillas del niño, ¿once, nueve, trece años?, las mejillas no sabemos si pintadas de guerra o de fiesta, rayadas por el karawiro, surcadas por el achiote como por cicatrices rojas e inquietantes, se nos muestran de golpe en plenitud. El nativo termina de comer, se levanta, se achina bajo una sonrisa grande. Su cara es una invitación, no cabe duda, es una invitación que corean sus manos. Y no necesitamos que Félix Insapillo o Iván Calvo traduzcan sus palabras veloces y chirriantes. Porque habla con toda su presencia, nos está bienveniendo con los ojos, con los pómulos tatuados y altos. Dejamos nuestras últimas dubitaciones en la orilla, en la fogata que Insapillo desordena y apaga con un palo y en el bote varado junto a las escopetas que desarmo con prisa y guardo entre los mosquiteros enrollados.

El niño se confunde ya con el bosquejo, arriba de la ribera y de nosotros, caminando sin ruido. Lo seguimos atropelladamente. César e Insapillo, agitando machetes para ensanchar el rumbo, trepan delante. Yo volteo hacia Iván, que se demora, que se contiene: corroboro en sus ojos que el niño es un enviado del Brujo de los Brujos. Y sin poder creerlo al fin lo creo: el inaccesible, legendario Ino Moxo, Pantera Negra de los amawaka, ha extendido su venia hasta nosotros.



Un árbol muerto nos prohíbe seguir adelante

—¿Oyes cómo crece el río? —sonó la voz de Iván delante mío.

El sendero elegido por el niño amawaka parecía internarse hacia lo hondo del monte pero no, a unos doscientos metros de haber atravesado esa suerte de pórtico de ramas el camino regresaba paralelo a la orilla atisbando las aguas verdinegras del Mapuya por entre las rendijas que aceptaba el bosque. Cuando hubimos andado, ¿una, dos horas?, obedeciendo el culebreo de la trocha, razoné que mejor hubiera sido avanzar ese tramo en nuestra fatigada y eficiente piragua de motor, exonerando así de más trajines a nuestros pobres cuerpos. Pronto tuve que agradecer la decisión del niño. El rumor del río se iba volviendo estruendo conforme caminábamos y sus riberas se confabulaban más y más alzándose en paredes de greda oscura y húmeda y brillante. Llegué a sentir nostalgia de aquel temor que tuve descubriendo el tronar del Urubamba. Pues el Río Sagrado, cuyo fondo de fangos amordaza al empecinamiento de las aguas, imponía una música de orillas más extensas pero francas y lánguidas. El canto del Mapuya, en cambio, simulando angostarse, en verdad se afilaba sobre un lecho de fósiles, piedras de escándalo y de remolinos, inmemoriales cascajos rencorosos. Los no hace mucho tímidos barrancos se volvían insolentes farallones y la corriente se tornaba vértigo revestido de troncos, de cocodrilos que se fingían troncos, inertes y varados en los recodos arcillosos o tumbados al sol sobre la arena de las playas blancas. Nuestra embarcación no hubiera conseguido vencer aquellos pasos, tántas malintenciones del Mapuya.

—¿Oyes cómo crece y crece el río? Si hubiéramos seguido caminando, fijo que aquí se nos hundía la piragua. ¿Oyes...?

Más atento a las charcas y raíces que me emperezaban el camino, seguí tras de Iván, silencio. ¿Dije que yo cerraba el orden de la marcha? Antes que él, descalzo, iba Félix Insapillo rastreando a César que se apresuraba afanado en saltar y tropezar a fin de no perder de vista al enviado amawaka.

Un aroma de pomarrosas nos golpeó: hurtamos algunos de sus frutos al azar, sin detenernos. Un trecho más allá tuvimos que caminar al tanteo, peor que ciegos, en esa noche breve que los bosques provocan al tupirse de golpe, sin piedad, confundiendo a los monos nocturnos bajo el espeso techo de lianas y de copas frondosas, entreverando ruidos húmedos, perfumes estancados, aleteos y frutos invisibles, haciendo del camino un inquietante, indescriptible túnel que cruzamos a gachas entre temerosos y maravillados.

La voz de Iván me orienta en lo oscuro:

—Los estrechos del Mapuya son cuidados por serpientes gigantes, enormes boas de cuarenta, de cincuenta metros, que llaman yakumama. En quechua *yakumama* significa la ‘Madre de las Aguas’. ¿Oyes? No hay razón para que un río flaco produzca tanto ruido, ese ruido de terribles correntadas. La yakumama las provoca, eso dicen...

La voz de Insapillo, que yo no suponía tan cercana, lo interrumpió en la sombra:

—En los lagos he visto yakumamas pero nunca en los ríos y menos a esta altura del Mapuya. En los lagos, sin avisar, la yakumama pare remolinos, *muyunas*, tormentas que vuelcan barcos grandes como casas. Yo la he visto tragarse pescadores como si fueran frutos...

—¿No te estarás equivocando? —lo provocó la voz de Iván bordeando una burla—, tal vez no fue una yakumama lo que viste sino un *kotomachácuy*, esa serpiente que tiene dos cabezas. Porque únicamente en los lagos, bien al fondo de los grandes lagos vive el kotomachácuy. ¿O acaso no lo sabes...?

Insapillo estuvo a punto de replicar, no pudo, sólo un rezongo suyo rasguñó la postrera oscuridad del túnel. Precisamente a la sa-

lida del bosque condenado para siempre a la noche, allí donde el sendero volvía a ser sendero, ensanchándose por fin reconciliado con el cielo quemante, nos dimos con un nuevo impedimento: la increíble desmesura de un shiwawako derribado, todo envuelto de musgo, de raíces y de arañas plomizas y de moho, se alzaba ante nosotros vedándonos la trocha como un muro verdusco y melancólico. Sólo algunas *bayucas*, esas orugas ortigantes, verdes, blancas, rosadas, amarillas, rojas, de pelambre sedosa y azulada, aventuraban sobre el shiwawako su lentitud flemosa, ponzoñosa, imprudente. Los extremos del árbol caído se perdían a ambos lados del sendero bajo dos confusiones de arbustos espinosos y de helechos: encajes prestigiados por una que otra orquídea como por las ruinas de un incendio sucedido hace tiempo. El amawaka escaló el árbol muerto en un instante. Iván lo secundó, luego Insapillo, hendiendo la corteza con manos y con pies igual que si fueran garfios fabricando peldaños. Nosotros, en cambio, nos demoramos trepando uno sobre otro, encadenándonos hacia lo alto de aquel muro de madera escombrada, cayendo torpemente al otro lado, recuperando nuestra senda tapizada de lianas desasidas, de ilusas hojas secas que crujían mojadas. No había ni siquiera lloviznado pero el inmenso tronco estaba húmedo. Gruesas gotas caían desde el cielo resquebrajado por un sol de miedo. Alcé los ojos: las gotas no caían desde el cielo. ¡La lluvia de otro tiempo, acumulada en la copa de los árboles, ahora cumplía, ya para qué, su oficio, fluyendo a pausas, sin ningún sentido, deslizándose en vano como el llanto de un muerto!

—El primer hombre no fue hombre: fue mujer —prosigue su relato, inesperadamente, don Javier.

Don Hildebrando lee en el aire un libro de Stefano Varese

Don Javier maltrató el paquete de cigarrillos negros, extrajo el menos lastimado, lo alumbró:

—Eso afirmó Inganíteri la última vez que me hospedó en su casa, esa linda junto al nacimiento del Unine, la casa más amplia que él tuvo en el Gran Pajonal...

—¿En el Gran Pajonal? —me alegro yo—. Un amigo mío vivió buen tiempo allá...

—Lo sé —me interrumpe don Javier.

—¿Usted lo conoció? ¿Conoce usted a Stefano Varese?

—No, nunca lo he visto.

—Hace unos meses él publicó un libro...

—Lo sé —volvió a interceptarme don Javier—. Es un estudio que trata de los campa, de la vida y costumbres de los asháninkas.

Sus miradas brillaban tras el humo y las voces de la cantina frente al río Ucayali, allá en Pucallpa, hacia los bosques aledaños que la luna lavaba o borroneaba.

—Nunca he visto ese libro pero lo conozco, bien lo conozco...

Giré el rostro en dirección de la ventana repintada de amarillo, de blanco: la ribera del costado se azulaba como paisaje bajo el agua, sin convicción de madera ni respirar de gentes ni de tierra. Don Javier regresó su mirar a nuestra mesa, peinó su flaca barba con los dedos, apresuró un tercer vaso de aguardiente de caña.

—Los pensamientos de la gente buena viven en el aire, se alojan en el aire lo mismo que nosotros en nuestra casa. Antes de

ser llevados a los libros, al sólo ser pensados y aunque nunca se escriban, ya viven en el aire. El maestro Ino Moxo me reveló que las ideas se graban mejor sobre el aire que sobre los cuadernos...

Y señalando mi grabadora:

—Y se guardan mejor que en esos aparatos... Desde antes de nacer, todo está grabado ya como en una cinta, sólo que es una cinta s.n sonido. La Magia le pone sonido a la vida de los hombres, es así... Se guardan, pues, te estaba diciendo, se guardan mejor que en esas máquinas y duran mucho más, un eterno comienzo. Porque el aire es de todos, acaso lo único que hoy por hoy es de todos. La voz de la vida. Y sin que lo sepamos, sin que nos demos cuenta con la cabeza, las ideas que habitan el aire, como ánimas nos nutren, nos dan aliento. El maestro Ino Moxo me enseñó a leer en el aire, a distinguir y elegir los pensamientos que crecen en el aire. Ahora sí vamos a entendernos, amigo Soriano. Yo no he visto nunca ese libro de que hablaste, de tu amigo Varese y sin embargo lo he leído varias veces. Y no importa, supongamos, que un mal día quemen todos los ejemplares de ese libro ya que los pensamientos, las dudas y certezas de quien lo escribió, igual que espíritus bondadosos, grandes, verdaderos, viven en el aire, nos pertenecen...

—Lo que te ha dicho don Javier es cierto —aseveró don Hildebrando con la cabeza gacha, sumido en aquella banca que obstruía la entrada.

Como todas las viviendas de la zona, la de don Hildebrando distaba medio metro de la tierra, sostenida por tenaces vigas de *wakapú* que así la resguardaban de las víboras, lejos de los aniegos desatados por las lluvias frecuentes o por el insensato rebalse de los ríos. Venciendo tres peldaños uno ya estaba a salvo. Y a la izquierda del cuarto penumbroso, frente al altar de triángu-

los de madera pulida, era inevitable tropezar con la banca donde el brujo aguardaba. Para ingresar había que eludirlo. Ciertos participantes, los foráneos, siempre llegando incrédulos y al último, lo rozaban a veces, él nunca se inmutaba. A no ser por los zurcidos de su camisa ploma y de esos pantalones de dril desvaído, sentado de aquel modo, las cortas piernas flexionadas en equis, los anchos pies terrosos empecinados en nerviosear los dedos, cualquier desprevenido lo hubiera confundido con una estatua asiática de arcilla o con el equilibrio de un fardo funerario, momia de inka recientemente embalsamado. Porque más parecía ser la sombra de nadie, así, callado, angustiosamente inmóvil, casi eterno junto al marco de la puerta, en esa su choza lastimosa que sonaba y olía como un bosque en la noche de Pucallpa.

—Es cierto. La casa del aire es la casa de la vida. Nada muere una vez que entra en el aire. Las ánimas de todos los tiempos, los conoceres y los sentimientos de todos los tiempos, inclusive los que germinaron antes que apareciera nuestro primer parente, las ánimas de siempre, nobles y dañinas, altas y bajas, están mejor que sembradas en el aire. Allí pueden crecer o detenerse pero no mueren nunca. Ahora mismo están ahí, al alcance de las gentes que se preparan, que pueden, que lo merecen. Ahí está, intacto, todo lo que se ha pensado aun antes que los humanos tuvieran pensamiento. Ahí está todo lo que se ha escrito. Todos los libros están ahí, en el aire. Cierto es lo que te ha dicho don Javier.

Por un instante el rostro de don Hildebrando deja de resistirse a nuestros ojos y se yergue suave y resignado y su palabra sin embargo es áspera y me recuerda al Q'ero del inka Manko Kalli.

—A mí me pasa igual a veces. Ese libro de que hablaste con don Javier, por ejemplo, yo también lo conozco. Nunca lo he visto, igualito, y nunca me han contado. Pero conozco. Como una gran emanación, como aliento de flores de tzangapilla ocultas,

así ha entrado en mi sangre el pensamiento de tu amigo Stefano Varese. No sólo lo que él dice. También lo que no alcanzó a pronunciar, lo que no pudo dar forma todavía en el aire, su puro pensamiento...

Don Hildebrando cerró los ojos con fuerza, con más fuerza y se perdió en su perorar. Hablaba extrañamente como si recitara un texto de memoria o como si leyera. Llegué a pensar que el brujo repetía palabra por palabra lo que alguien le dictaba desde quién sabe dónde. Su voz no era su voz y su rostro tampoco, hablaba y fulguraba con palidez de muerto, alguien que no era él pero que sí era él al mismo tiempo ocupaba su cuerpo, lo desbordaba inconteniblemente, salía por su boca de sonámbulo, decía:

—El asháninka, el hombre campa, existe como un transeúnte en la superficie de la tierra, nomás. La muerte dará fin a este tránsito y abrirá el nuevo camino. Pero hay diversas muertes en la vida de un asháninka, varios estados que le permiten acceder a los mundos misteriosos, los espacios sagrados. El sueño del dormir, las visiones que regala el ayawaskha, pueden hacer que el hombre ingrese a estos mundos del allá. La misma selva en sí, las pequeñas lagunas, una pomarrosa abrazada por lianas de garabato-kasha, el sendero de piedras que cubre el fondo de las quebradas, un shiwawako muerto, una risa en el bosque, la piel de los ríos que se levanta como tapa de mosquitero, un millar de lámparas que no son lámparas en lo alto de una lupuna que no es lupuna, en la noche, y las rocas, las cuevas de la selva, los claros de los pajonales, son otras tantas puertas que llevan a esos mundos, a estos mundos que no se tocan con las manos del cuerpo material. Los virakocha, los blancos, no entienden esas puertas. A lo largo de cuatrocientos años los virakocha sólo han sabido equivocarse, nublarse en tantas cosas, equivocarnos en su pensamiento. No ven, no tienen ojos de ver, los virakocha. No tocan la religión del asháninka porque no saben tocar ni su memoria, ni su propia memoria pasada y futura. Un ejemplo: el

campa, el asháninka que espera religiosamente el regreso de Juan Santos Atao Wallpa, su líder que se alzó contra los conquistadores españoles allá por 1742, el campa lo espera religiosamente, hace varios siglos que los campa lo esperan religiosamente, pero el virakocha no ve esa religión. Otro ejemplo: un asháninka intercambia dones, regalos, con otro asháninka estableciendo una relación sin tiempo, de comercio sagrado, haciéndose ayúmpari, así se llaman los que entran en comercio sagrado uno del otro, ayúmpari, pero el virakocha tampoco ve esa religión.

Yo tengo mis gallinas en mi casa.
Cuando me las piden yo las doy.
Porque nunca debemos ser mezquinos.

»Así dice una vieja canción asháninka.

Descansa la madrugada,
se va a dormir la mañana,
no se desunen las manos:
siempre abrirán la ventana.

»Así dice una canción de Raúl Vásquez, el Juglar de la Selva. Porque el campa que no ofrenda generosamente a los demás, como la orilla con el río, es apartado del curso de su nación. No respetar al huésped, no obsequiarlo, no intercambiar con él dadivosamente, significa cortar ese fluido que une a los hombres con los hombres. Ya que quien recibe adquiere algo de la esencia de quien da, y ello sería peligroso en caso de no existir correspondencia... Ayúmpari, esa es la palabra que define al hombre con quien se está en relación de comercio sagrado...

Don Hildebrando se detiene. Lo busco en la penumbra, no entiendo en qué momento se acabaron las velas, apenas alcanzo a escucharlo respirar con angustia de asfixiado. Una tensión extraña vuelve a sitiar la casa, remece las vigas de capirona, los

tablones del piso, las paredes astillosas y frágiles. Será el viento.

—Yo estaba esa tarde contemplando el Willkamayu, el Uru-bamba, desde lo alto de la ciudadela inkaika de Pisaq, cuando me encontré con un viejo que excavaba cerca de las cuevas donde están sepultados nuestros abuelos inkas. Vi que el anciano tenía entre las manos ese Q'ero recién desenterrado. Me oyó esbozar un saludo en su idioma y sonrió con lástima aproximando el vaso ceremonial hacia mí, obsequiándomelo con una palabra que no he olvidado. "Ayúmpari", me dijo, dice mi primo César. Eso me dijo: ayúmpari.

«Será el viento», me sugestiono mientras mis ojos van acos-tumbrándose a la oscuridad.

La luna se hace hilachas por entre los ramajes de yarina que techan el recinto: distingo al brujo sobre la banqueta, pedestal de madera que resiste milagrosamente todo su cuerpo inmóvil, el opaco silencio de su cuerpo cincelado en los filos de luz tibia. Don Hildebrando se inclina, retrocede, alza la frente, su cabeza gira como atornillándose al cuello imperturbable, lenta, muy lentamente, y así, muy lentamente, conforme el brujo retorna a su quietud, la casa va dejando de temblar. Una voz que no es la de don Hildebrando entreabre su boca nuevamente:

—El mundo salido de la mano del dios Pachakamáite está impregnado de divinidad. La naturaleza no es natural, es creación de dioses, es divina, y todo lo que se encuentra sobre el mundo participa de esa condición, todo participa de las fuerzas, de las grandes ánimas que rigen la existencia desde el aire. Las palabras también. Quien pronuncia palabras pone en movimiento potencias. Por eso el asháninka está forzado a vivir en armonía con las fuerzas del mundo, de estos mundos. El asháninka se armoniza con ellas para poder conservar dentro de un solo cuerpo sus cuerpos material y espiritual...

Nosotros, en cambio, demoramos trepando uno sobre otro, encadenándonos hacia lo alto del árbol extinguido que nos veda el camino hasta que al fin podemos escalarlo, triunfantes y magullados, sólo para dejarnos resbalar torpemente por la corteza húmeda, ¡sólo para caer, al otro lado del tronco enmohecido, sobre la misma senda...! Así y todo, maltrechos, proseguimos andando. Alcé los ojos: las gotas no caían desde el cielo resquebrajado por un sol de miedo. ¡La lluvia de otro tiempo, acumulada en lo alto, ahora rebalsaba la copa de los árboles deslizándose en vano como el llanto de un muerto! Entonces nos lanzamos a correr por la trocha buscando dar alcance al enviado de Ino Moxo. Horas anduvimos sin lograr encontrarlo. Ya nos dábamos por perdidos cuando el amawaka surgió atrás de nosotros. Algo, cierto reproche, manaba de sus ojos, ahora comprendiendo que nos miró con lástima. Porque cuando avanzamos atolondradamente, zigzagueando, esquivando ramajes, más aprisa, salvando charcos fétidos, en verdad no avanzamos. Estábamos huyendo. Estábamos huyendo de nosotros, del primer miedo, de esa inútil lluvia.

Don Hildebrando observó el techo de su tambo, que había dejado de temblar, bajó el rostro. Tal si se sorprendiera de encontrarnos allí, retrocedió al mirarnos.

—Así es —dijo ya con su propia voz dirigiéndose a mí—. Así como tú ves una isla de lejos, una de esas islas que parecen bosques flotando y sabes que es una isla y la conoces y en lo profundo sabes que es un bosque lleno de árboles y sabes que son árboles aunque no puedas distinguirlos de uno en uno a la distancia, asimismo he visto ese libro de tu amigo Varese, así lo he conocido. Como bosques he visto sus ideas por más que a veces no alcance a distinguir una por una sus palabras exactas...

Don Hildebrando vuelve a girar la cabeza, respira un aire denso, inmenso, tibio, un aliento de flores de tzangapilla ocultas, y se incorpora de la banca manchada:

—Así es. Quien pronuncia palabras pone en movimiento potencias, desencadena otras fuerzas, otras palabras en el aire, sin ya nunca conocer su término. Poderes infinitos. Las palabras no son únicamente palabras. Igual el mundo, esta tierra, todo lo real que vemos o soñamos, es más, es mucho más de lo que alcanzan a mirar nuestros ojos, a mirar hacia afuera o hacia adentro. Así también quisiera que recibas lo que te he dicho en estos cuatro días, como más que palabras, como un obsequio bueno que yo estaba debiendo a tu primo César. Hoy he podido cumplir, a través tuyo. Cuando él me regaló este vaso sagrado de los inkas del Cusco, en realidad me estaba regalando mucho más. Desde entonces quedé en deuda con él, se hizo mi ayúmpari. Ahora ya estamos a mano...

Y nos pidió disculpas por tener que dejarnos, dijo que podíamos quedarnos otro instante en su casa, que no lo visitáramos, eso sí, a la noche siguiente ni a la subsiguiente, que iba a tener que reponerse mucho, de seguro dormiría varios días su cuerpo material, varias semanas su cuerpo espiritual. Y salió arrastrando los pies, encorvado, con los brazos vencidos, como un convaleciente, muy despacio.

La última noche en casa de don Hildebrando, en Pucallpa, no me fue afortunada. En plena meditación, estando todos sentados en redor de su altar de tres triángulos y mucho después de haberlos fortalecido con el «Agua de la Serenidad», uno de los pacientes que esperaba el fin de la sesión para ser atendido, un mestizo pálido y barrigudo de no más de cuatro años aferrado al regazo de su madre, se deshizo en sollozos. Sin abrir los ojos don Hildebrando alargó su mano derecha hacia el niño y diseñó algo en el aire. El pequeño se quietó. La choza del brujo, estremecida por ventiscas oscuras casi había recuperado su plenitud habitual, esa su contagiosa omnipotencia, cuando el llanto del niño volvió a desmenuzar la quietud. Tres veces cortó el aire la mano de don Hildebrando y tres veces el niño calló. Finalmente, alternándose en gritos y quejidos, se abandonó a una pena y un miedo irrefrenables.

—Va a tener que esperar afuera —dispuso el brujo con suavidad, siempre sin abrir los ojos, dirigiéndose a la madre del quejoso. Y sin que denunciaran movedura sus labios comenzó a entonar uno de sus icaros, una canción mágica de llamado—:

Ibáre pawané
Ibáre pawané
Warmikaro yamarémo
Yamaré Yamarerémo

La memoria se me alegró pensando en el primer icaro que le oí susurrar: una canción magnetizada para curar. «Ira Ira Iraká, Kura Kura Kuraká, Epirí Ririritú, Yamaré, Yamarerémo». Prescindiendo del cadencioso silabeo del icaro que en boca del brujo se ahondaba perdiéndose en rugosas resonancias, creí haber descubierto alguna clave: lo castellanicé: «Kura Kura Kuraká», tal vez no era otra cosa que un requerimiento a cierto espíritu para que aleje la enfermedad: «Cura, Cura, Cura acá». Y «Epirí Ririritú Yamaré Yamarerémo» podría muy bien significar: «Espíritu llamaré, llamaremos». No sé qué ajenas fuerzas me impulsaron entonces. Abandoné mi sitio y me aproximé al pequeño que se ahogaba sollozando. Me sentía poderoso y mareado, como habitado por varias almas. Dueño, y al mismo tiempo esclavo, de todas las potencias de lo real, de un misterio sin límites. Obedeciendo a no sé quién, a no sé qué, acaricié los cabellos del niño y susurré:

—Vas a dormirte ahora, calladito, vas a quedarte dormido, calladito —y cerré sus párpados sin tocarlo, rozando con un dedo el aire próximo a su cara, y el niño se durmió de inmediato, y yo volví de puntillas a mi lugar. Permaneció inmóvil, en brazos de su madre, hasta que concluimos la sesión.

Al despedirme solicité a don Hildebrando conversar más dentro de algunos meses, a mi regreso de Atalaya, luego de haber entrevistado, eso esperaba, a Ino Moxo. Poseído por un inocul-

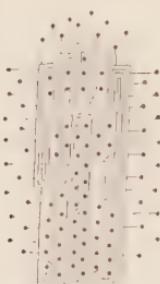
table desasosiego, como espantando un pensamiento malo, don Hildebrando se dio vuelta, me dijo no a secas. Rasguñado en mi orgullo, más que desconcertado, enfilé hacia la puerta. El brujo me detuvo con un gesto que no acabó de salir de su cuerpo encorvado:

—En la arquitectura del aire existe un orden —se mortificó—, existe una jerarquía que no se puede alterar. No sólo los espíritus benignos se hospedan en el aire. También hay grandes ánimas que segregan daño. Y cuando alguien interrumpe ese orden, los malos espíritus, que son muy poderosos, aprovechan para colarse por entre la arquitectura que ya se ha resquebrajado, se anticipan a las ánimas puras y caen como ejércitos de fuego sobre los humanos indefensos. En esos casos, aunque nadie los ve, yo puedo verlos. Y tengo que hacer un gran esfuerzo para contenerlos, para un impedir que ingresen. Tengo que levantarme contra ellos ya que nadie sino yo puede sentirlos. Y después de vencerlos, porque es mi obligación, es mi oficio vencerlos, puedo quedarme muchos días sin fuerzas para nada, como un montón de escombros, como *cushma* vacía...

Sólo entonces los ojos de don Hildebrando dejaron de esquivarme:

—Esta noche, y únicamente por vanidad irresponsable, ignorante, sin ningún derecho, alguna cosa que todavía no entiendo, algo que todavía no sé, ha violado la jerarquía de los espíritus que viven en el aire, ha desordenado la arquitectura que debe ser perfecta aun dentro de su imperfección, ha cortado la curva de las esferas. Todavía no sé bien. Pero he sentido. Durante toda esta sesión he tenido que acumular dentro de mí todas las fuerzas, he tenido que resistir los embates de las ánimas manchadas. A partir de esta noche voy a tener que meditar más, concentrarme más. Porque he sentido cómo bajaban los espíritus dañinos, cómo daban vueltas y vueltas allá afuera. Y todavía están allí. Para alejarlos del todo, para que retornen a su sitio voy a tener que concentrarme mucho. Voy a tener que comenzar desde el

comienzo, desde antes del comienzo, como si no hubiera pasado el tiempo. Como si no hubiera pasado ningún tiempo, nunca, ni sobre la tierra ni sobre los hombres...



**Nos enteramos que el primer hombre fundó
la nación de los campa y que, además,
no fue hombre**

—El primer hombre no fue hombre, fue mujer —me dice don Javier enmarañándose en risadas hondas.

Discreto de estatura, ya titubeando entre la fortaleza y la gordura, don Javier cuando no habla ríe con todo el cuerpo, hasta con la camisa de flores insolentes y el pantalón verde botella que se estira y resiste sentado ante la mesa, en la silla de paja de este bar polvoriento que huele a caña y a tabaco y a orines y a cerveza y a perfumes baratos frente al río Ucayali, aquí en las afueras de la ciudad de Pucallpa.

Nadie sabe cuántos años esconde la cara de don Javier, sus manos oliváceas y suaves en exceso como enguantadas con la piel de un niño. Nadie sabe cuándo comenzó a ejercer, quién fue o quienes fueron sus maestros. Pero la gente de los caseríos lo recibe con fiestas, lo aturde consultándole dolencias que él diagnostica y cura alegremente. Y la joven que busca a su marido, y el infante poseído por el susto, y los amantes no correspondidos, y el pescador mordido por la víbora, y el anciano que tose en demasía, todos confían en la sapiencia de los ojos amables de don Javier, apenas más quemados que su tez y menos que sus labios contando siempre historias recogidas de los viejos brujos de las naciones amazónicas. Dicen que tan sólo a don Javier otorgan ellos su confianza para otros escabrosa, justificadamente inaccesible.

—Historias que por suerte conocí, de casualidad —me asegura—, que conocí cuando era jovencito en mi alma y sabía

perderme entre las tribus y escuchaba calladito todo lo que se dice, más calladito lo que no se dice...

Este médico brujo andariego y mujeriego carece de la resignación de don Juan Tuesta, del altivo desamparo de don Hildebrando, de los claros enigmas de Ino Moxo, emparentándose más bien con Juan González por aquello de que «las enfermedades no se curan con hierbas sino con alegría».

—No fue hombre, fue mujer —me está diciendo ahora—, así me lo contó un mi compadre campa, un curaca que fue muy famoso y se llamó Ingániteri. Ingániteri, que en idioma de asháninkas significa 'está lloviendo'. Hace más de diez años que Ingániteri ya no llueve más, decidió morir, se devolvió a la tierra. Poco antes alcanzó a informarme de qué modo nacimos los humanos. No fue como tú piensas, ya verás. Mi compadre Ingániteri me dijo que hace miles de lunas, cuando la misma luna no era más que un pedazo de tronco difunto, en ese entonces todo era ceniza. Dios no había nacido todavía siquiera, la tierra toditita era ceniza. Y la luz y las estrellas y el aire, fíjate: el aire mismo, y los bosques, las cataratas, las rocas, los ríos, los pajonales, la lluvia, los lagos pequeños y los que no tienen término, y la salud y el tiempo y los animales que se arrastran y los animales que vuelan o caminan, y los pedregales, las playas, todo lo que ahora existe a su manera, según su condición, lo que podemos ver, lo que no vemos, todo era nada. Y la nada también era ceniza. Mar no había: los océanos también eran sitios vacíos, de ceniza. Así se hallaba el mundo cuando en eso cayó un relámpago sobre un árbol de pomarrosa. Y la pomarrosa era ceniza, todavía no era pomarrosa. Y me contó Ingániteri que en ese instante, de aquel árbol, de aquella pomarrosa quemada y partida por el relámpago, ahí mismito brotó un lindo animal. El tronco de la pomarrosa se abrió en dos, como flor, y de su adentro salió el primer viviente verdadero, un animal que no tenía plumas, que no tenía escamas, que no tenía recuerdos. Y el primer shirimpiáre, el primer jefe brujo que ya vivía en esa época aunque toda-

vía carecía de cuerpo, de todo carecía, disuelto en el aire, el primer shirimpiáre se sorprendió muchísimo y se dijo: "no es pájaro, no es pez, no es animal-animal, no sé lo que será pero sin duda se trata de la mejor obra de Pachakamáite". Tú sabrás que Pachakamáite es el Padre Dios de los campa. Pachakamáite es Páwa, esposo de Mamántziki, hijo del sol más alto, el sol del mediodía. El primer shirimpiáre, entonces, se quedó largo rato pensando y al fin sentenció: "Tiene que ser humano". Así dispuso reflexionando fuerte el shirimpiáre número uno y decidió llamar Kaametza a ese animal. Kaatmeza, que significa en idioma campa 'la muy hermosa'. Así fue que comenzamos, con Kaatmeza, una hembra. Ni bien brotó de la pomarrosa, ella empezó a buscar. Creía que caminaba, y era cierto, caminaba la selva, atravesando bosques de ceniza, fríos, pero en verdad no caminaba: buscaba, y no sabía qué, sin poder precisarlo por ahora. Así estuvo Kaametza años de años caminando buscando, cuando una tarde...

Don Javier hace como que busca la botella de aguardiente de caña, colma otra vez el vaso que acaba de acabar, yo me ofrezco y me acepto dos sorbos de mi vaso mientras el brujo regresa a hablar:

—Te he dicho una tarde recalcándolo, con la misma intención con que a mí me lo dijo Inganíteri, sólo por precisar, para que puedas ver mejor lo que estoy recordando, porque entonces no había tarde alguna, tampoco madrugada ni noche ni mediodía. Pasaba el tiempo, sí, pero era diferente del que hoy conocemos. También el tiempo era ceniza y carecía de límites, como un río de tres orillas. Fue mucho después que se amansó y dividió, hizo como mucho después lo haría el Urubamba, el Río Sagrado de los inkas del Cusco. Entonces no existía este tiempo que se fatiga y se echa a descansar igual que gente. No era como ahora, así: troceado. Hoy sólo algunos brujos, katziboréri, o brujos fumadores: shirimpiáre, pueden conseguir que aquel tiempo vuelva, y no más de una noche, de dos noches enteras. Lo hacen

bajar del aire, descienden los retazos de ese tiempo que pasan dispersos, huérfanos; y los juntan durante noches y noches de concentrarse, después de haber ayunado dos o tres semanas, días de comer un plátano asado a leña, de beber agua de arroyo solamente, de recordar, repetir o inventar los rezos fuertes, las canciones mágicas, los icaros precisos, las invocaciones más apropiadas y poderosas, así regresa el tiempo, lo mismo que nube cariñosa, de polen plateado, y ocupa otra vez la Casa del Llamado. El maestro Ino Moxo es uno de los contados shirimpiáre que poseen el don de convencer al tiempo y devolverlo a su estado original, a que cumpla con su primer oficio. Haz de saber que antes, cuando Pachakamáite aún no había dispuesto que Kaametza naciera, el tiempo no servía para encuadrar el ciclo de lo viviente. No era su profesión marcar el paso de lo que vive a lo que muere y de lo que muere a lo que vuelve a vivir distintamente, eternamente. No. El primer oficio del tiempo fue fabricar felicidad; impedir los daños en la vida, en esta y en las otras, más allá. Si algo o alguien era ocupado por el mal y lo contagia, el tiempo hacía que ese algo o alguien dejara de crecer. No lo mataba, no, porque en la condición de aquel tiempo no cabía la muerte. Lo detenía, lo cual era peor. Y a la vez aceleraba la grandeza de lo grande, desarrollaba a los espíritus de Arriba. A un espíritu joven le daba la experiencia de mil años. No olvides que tenía tres orillas, podía ir y venir al mismo tiempo, y a la vez estaba quieto, fijo, y los paisajes se desplazaban a sus costados, eran ellos quienes regresaban y avanzaban hacia el mar. Es por eso que el maestro Ino Moxo, cuando está bajo la nube, una vez que ha pegado los trozos de ese tiempo y lo ha hecho descender, ya insuflado por los vientecitos plateados, alimenta su entendimiento con ese polen antiquísimo, multiplica la población de poderes que vienen y que trabajan en su sabiduría, se llena la memoria con la inteligencia de miles de vidas, fortalece su potencia de mirar...

Apenas una mesa del bar a esta hora conserva su bullicio: tres parroquianos obsedidos, más que por los desmanes del alco-

hol, por el desdén de esa muchacha maquillada en exceso, descotada, cuya risa copiosa preside los escombros de esta noche frente al río Ucayalí. Don Javier compadece sus ojos hacia ellos, apenas una desdeñosa curiosidad que dubita entre los pechos de la hembra, retorna a la ventana, observa nada.

—Una tarde, entonces, ante un arroyo que también era ceniza. Kaametza fue a mirarse, o a beber, o a lavarse. Se agachó hasta las aguas quietas del río que pasaba entre esas tres orillas, y de lo alto del bosque surgió una pantera de espanto, un otorongo negro, bramando. Ella se quedó inmóvil al comienzo, sin siquiera asustarse. ¿Acaso conocía? ¿Acaso tenía conocimiento de lo que era el susto, de lo que era un otorongo enfurecido? Todo era tarde y víspera en el alma de Kaametza, una gran tarde oscura e inocente sobre su entendimiento. Garras, no distinguía, no imaginaba. No había palabras en su mente, ni nombre de ninguna cosa. Pero gracias a ese conocer desconocido, sin conciencia, que hasta hoy poseemos, Kaametza comprendió lo que debía y eludió al otorongo. Y el otorongo volvió a saltar sobre ella, con las uñas afuera, preparadas, como astillas de piedra calcinada. Y Kaametza volvió a esquivarlo. Una y otra vez el otorongo negro quiso atraparla: sólo clavó sus garras en despecho. Y Kaametza descubrió dentro de sí un temor gigante, comprendió lo cerquita de la muerte. Y sin pensarlo ni proponerse nada, arrancó un hueso de su cuerpo. De aquí delante, junto a su cintura, mira, así se extrajo una costilla, igual que obedeciendo, sin dolerse, y no le salió sangre, no le quedó señal alguna en la piel, ninguna herida abierta. Y empuñando su hueso, así, como puñal recién afilado, le sajó la garganta al otorongo. Aquí, bien me acuerdo, mi compadre Inganíteri que estaba contándome esta historia, cerró los ojos y se quedó silencio, inmóvil, escuchando no sé, algo venía de lo hondo del monte, desde los riachuelos que sonaban próximos juntándose a las aguas del Unine. Sentados a la entrada de su choza estábamos, a un lado de la kaápa, ese tambo pequeño que me había destinado, sobre la escalerita

de tres palos gruesos, mirando el bosque que se movía enfrente, allá, tras un yucal que avisaba el comienzo de su chacra, me acuerdo. El sol primerito de la tarde caía de filo contra el patio redondo, apisonado, limpio de todo vegetal. Pero no era por la luz del patio, no fue por eso que Inganíteri cerró los ojos, era porque me habló de la pantera negra, de ese gran otorongo. La cara del curaca campa se ancianó, pura tensión, aumentada de arrugas a ambos lados de los pómulos anchos. Al ratito tembló: parecía que su alma regresaba de lejos, de muy lejos, y el cuello le creció llenándose de venas por estallar...

»Y dijo que Kaametza cayó de rodillas luego de matar al otorongo, agradeciendo se postró en la arena de ceniza, al borde de ese río, en la tercera orilla, y contempló el cuchillo que la había salvado, con las manos lo levantó hacia su boca, lo acercó despacito, despacito, diciéndole qué cosas, casi como besándolo tal vez...

—Disculpe, don Javier —atreví, metiendo mi voz por entre su ensimismamiento—, disculpe usted pero hay algo que quisiera aclarar: cuando el jefe Inganíteri cerró los ojos...

—El ojo —me detuvo, ya como era su hábito, don Javier—. Porque Inganíteri, no sé si te lo dije, tenía un solo ojo. El otro lo perdió por una esposa que le robó el maestro Ino Moxo. Se quedó tuerto de un flechazo en plena contienda por recuperarla...

Y adelgazó los ojos en la bruma del bar contra la humada de tabaco fuerte y el perfume ácido de los manguales, de las pomarrosas, de las palmeras de yarina que rebosaban, en la oscuridad, las riberas del Ucayali, al frente. Ya la risa de la muchacha había desertado de la mesa del fondo. Don Javier desperdició una condescendiente atención sobre los tres borrachos defraudados.

—Seguro lo hizo para no hablar —murmuró—. Seguro mi compadre Inganíteri cerró su ojo para no contarme más... Así, sin ver, estaba como no hablándome. Será que algo difícil, peligroso, prohibido de contarse, ha de haber siempre, acaso, en las

historias viejas... Sin decir nada, pues, hablando como ciego, Inganíteri me dijo que Kaametza acarició su hueso, lo levantó tal vez para besarlo, tal vez para decirle cosas suaves, y el cuchillo sacado de su cuerpo no guardaba ni sangre de Kaametza ni sangre del otorongo que la había Arañado, y Kaametza le dio las gracias con su aliento, con el cariño de su boca, jadeando, y el hueso se encendió, tembló como aquellos relámpagos que no suenan, que sólo saben alumbrar, ¿has visto?, cuando llueve y no es época de lluvias se ven rayos así, y ella lo soltó como sí le chamuscara las manos, y me dijo Inganíteri que el hueso se puso a dar vueltas rehuyéndose y creciendo, igual que un ahogado buscando aire, ocupando una forma que ya estaba en el aire, que lo esperaba desde siempre como un destino en el aire, y que fue pareciéndose más y más a Kaametza, apagándose a pocos y volviendo a brillar convirtiéndose en la sombra de un árbol de incendio, en una pomarrosa de sombra, en una piedra de árbol animado, en alguna huella vieja sobre una roca grande, imitando los ojos y los brazos y el pelo de Kaametza como si el cuerpo de Kaametza hubiera tenido siempre un molde allí en el aire esperándolo y después retrocediendo y avanzando de nuevo y brillando asfixiándose buscando, buscando diferencias en el aire, diferenciándose de lo idéntico de Kaametza y al final aquietándose y victorioextenuándose sobre la playa de ceniza, en lo oscuro, igualito y distinto de Kaametza.

Don Javier bebe de un vuelco los restos de cañazo que porfián en su vaso y permanece otro momento mirando nada, creciendo en mi ansiedad.

—Así fue que apareció el varón, así aparecimos. Y el primer shirimpiáre que ya por entonces vivía sin vivir, sin cuerpo, apenas, el shirimpiáre número uno que estaba de testigo observándolo todo desde el aire, se alegró mucho y decidió que el hombre viva, decidió que era bueno que el hombre acompañara a la mujer y que juntos se procuraran descendencia, y le obsequió asimismo dándole un nombre. Para que pudiese seguir existiendo le

puso nombre, pronunciándolo fuertemente desde el aire. "¡Narowé!", lo llamó.

»Y el primer varón, al oír el nombre que el dios Pachakamáite había aprobado, continuó durmiendo. Continuó durmiendo pero la sangre comenzó a caminar por todo su cuerpo y el aire entró en su sangre preñándole de luces de generosidad el corazón y esparciendo fuerza y valentía por sus músculos y dotándolo de alma y de palabra para que pudiera abrir las puertas de los mundos inclusive de aquellos que no se ven con los ojos del cuerpo material y para que pudiera agradecer a los dioses y a los hombres y supiera guerrear y trabajar y hacer hijos y embellecer la tierra.

»"¡Narowé!", lo llamó, que en idioma de campas, de asháninkas, quiere decir 'yo soy' o 'yo soy el que soy', por igual.

Los tres parroquianos de la mesa del fondo han vuelto a beber en alta voz y ríen y discuten sin notarnos. Convido un cigarrillo a don Javier, lentamente, subrayando mi ademán, instándolo a proseguir el relato. Su mano derecha borronea un rechazo sobre el aire palpable que ocupa la cantina pero sus labios se entreabren, van a decir, se desaniman y curvan una nostalgia, semisonrisa, ausentes. Y de improviso creo comprender, creo que al fin comprendo. Todavía recuerdo su sonrisa alejándose, la terquedad de sus labios pegados. Por entre las brumas de una extraña ebriedad, sin embargo, seguí oyendo su voz. Mareado como nunca, irremediablemente atado a un remolino de zumbidos, calores y penumbras, me rendí y sospeché que no era don Javier, que era el aire, la voz de Inganíteri, ya finado, insistiendo en el aire, quien estaba contándome la historia de Narowé y Kaametza, y me quebré sobre la mesa, abandoné mi frente entre los brazos, lo último que pudo guardarse mi memoria de toda aquella noche fue la visión de mi propia cabeza doblegándose desplomada junto a varias botellas ya viudas de aguardiente como si por el arco de mis brazos cruzados yo regresara hasta el primer momento, a los tiempos en que el tiempo no era el pasivo ordenador

de lo inevitable, no era el constructor de ruinas, guía de la muerte, sino el fabricante de la hermosura y la felicidad.

Me hundí en un sueño sin conciencia lo mismo que en las aguas de un lago conocido y prohibido. El estremecimiento de una red me envolvió, me devolvió arrastrándome a la playa. No era un lago: era un río. Vi a Kaametza en la tercera orilla, desnuda y luminosa, sobre la sangre negra del tigre acuchillado, ante el reposo de Narowé dormido. Quise acercarme a ella pero la red me capturó de nuevo, me retornó a las aguas cada vez más oscuras, más calientes, más claras. Con mis últimas fuerzas, ya asfixiándome, intenté liberarme. La red creció en tentáculos que segregaban una goma blancuzca, se entrelazó de boas invencibles rodeándome, forzándome hacia el fondo de las aguas del río que otra vez era un lago. Asomé la cabeza, grité, nada se oyó en el aire, mi voz estaba vacía. Comprobé que mi cuerpo también era un espacio abierto, sólo el sitio de un cuerpo. Hundiéndome por fin, con los ojos cubiertos por el agua salada, pude ver a Kaametza en la ribera, absorta estatua frente al reposo de Narowé que despertaba.

Las boas, los tentáculos de la red se aflojaron, mintieron, insistieron. Pero no era una red. Era una mano sacudiéndome, dos manos aferrándose a mis hombros: el administrador de la cantina me despertaba disculpándose, todos se habían ido hace mucho y ya estaba por amanecer.

Me incorporo tambaleándome, pago las botellas de cañazo, salgo hacia la mañana que se insinúa desde la otra orilla del Ucayali, la tercera, tras una doble hilera de bambúes, tal vez de palosangres, ya no podría precisarlo. No sé cómo pude caminar tantas cuadras y llegar al Hotel Tariri. Sólo recuerdo que en la sala de recibo, fingiendo revisar ese tablero colgado en la pared sobre el cual se alineaban las llaves de las habitaciones, me recibieron una sonrisa invicta y cómplice y dos brazos abiertos: don Javier.

Cómo fue que se hizo la luz sobre la tierra

Ya con la cara bajo el agua, hundiéndome por fin en ese lago que otra vez era río, conseguí abrir los ojos: vi a Kaametza en la tercera orilla cuidando a Narowé que despertaba.

Lo primero que miró Narowé al desprenderse de la nada fue a Kaametza, fue todo, el sol, mirándolo. Pero eso pasó dentro de su ánima, detrás de su primera sensación, detrás de su primer conocimiento, bajo su corazón. Porque afuera, alrededor de la playa de ceniza donde ambos se encontraban, encima de los bosques y el cielo de ceniza, todo el mundo era sombra. Ya Pachakamáite, el Páwa, Padre Dios de los campa, había creado la luna y las estrellas pero no les había concedido aún el oficio de alumbrar. Todo era color de noche muerta, piel de noche cerrada. Y el tiempo, torrente sin cauce ni dirección, absoluto y eterno.

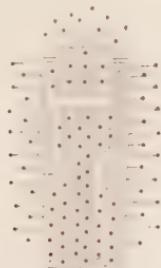
Narowé sin embargo vio a Kaametza, la pudo distinguir bien claro, nítida y ahí nomás se levantó hacia ella y ella lo recibió sabiendo todo. Lo dejó entrar, abriéndose. Así como el río Inuya penetra al río Urubamba, así entró Narowé sonando fuertemente, todas las tempestades de su cuerpo fundidas dentro de una fervorosa corriente yendo hacia atrás, mintiendo, regresando insistiendo. Lo mismo que el Inuya, si el Inuya tuviera dureza de piragua. Y Kaametza fue cielo, se hizo cielo para que el sol nacido de su cuerpo, ascendido y ardiendo por su cuerpo entre dos mediodías, consiguiera retornar y volver a caer hacia el crepúsculo mezclando su luz blanca con la sangre del cielo. Abrazados, mejor que obedeciéndose, Kaametza y Narowé fabricaron la vida, pegaron la existencia con goma fulgurante

y sangrante, y todo limpio, todo sin fronteras, la plenitud de sus cuerpos como lenguas recorriendose en una sola miel honda y salada.

Sobre la sangre del otorongo negro, revolcándose en un mismo vértigo despacioso, conocieron el amor. Sobre esa sangre todavía caliente, ahí fue que se amaron. Descubrieron sus cuerpos y el fuego y la tristeza de los cuerpos, y el vacío, no la primera ceniza sino esa otra que ofende después de los incendios, y el silencio, y la idea de lo inevitable, de la muerte que habita en todo lo que vive, todo lo descubrieron.

Así, al menos, me lo contó Inganíteri. Y dijo que Kaametza y Narowé llegaron juntos, juntos, al placer. Y que cuando gozaron, exactamente en el instante en que ambos gozaron, ahí fue que en el mundo se inventó la luz.

—Del primer goce del primer amor nació la luz, sobre toda la tierra se hizo la luz —me dice don Javier.



Don Javier asegura tener solamente sesenta millones de años

Me pidió que llevara con cuidado, por favor, su cajón. ¿Conté ya que don Javier, entre sus incontables oficios de mortal, solía envanecerse solamente con el de músico? ¿Conté que él era, además, percusionista, tocador de cajón como muy pocos? Casi todos los cajoneadores golpean esa especie de cubo sonoro, aquel tambor de cedro, y exprimen a la fuerza la cadencia de vértigo, de cauce de las danzas, que dormita bajo la cara del instrumento. Don Javier no. Sus dedos no extraen música ni ritmos del cajón, más bien pareciera, cuando él toca, que sus dedos son la música y los ritmos. Fui, pues, tras don Javier, vacilando hasta el bar comedor del Hotel Tariri en donde, entre inocultables comerciantes viajeros, bataclanas, militares camuflados de paisanos en sábado y otras solicitantes de tragos y cigarros, rezagos de la noche detrás del mosquerío, desayunamos carnes frituradas en bulla de cebollas y plátano estrellado, restaurándonos con tazones enludados por un mate dulcísimo y amargo que de café sólo tenía el nombre.

—Kaametza y Narowé hicieron la luz al hacer el amor, así fundaron la nación asháninka, nuestra primera humanidad, el pueblo campa.

Apartó su cajón, se incorporó, extrajo de un bolsillo cierto mazo de papeles dobleteados, los repasó con lentitud exacerbante.

—Aquí está —me concedió un pedazo de periódico viejo—: Este artículo se refiere a la huella de un pie de ser humano encontrada sobre una roca de naturaleza cristalina en la región de Ascope.

Enviaron muestras de esa roca, para saber su edad, para saber la edad en que un hombre remoto pisó la roca antes que ella fuera roca, cuando era suavidad y la pisada pudo imprimirse y guardarse hasta hoy día, enviaron muestras a la Universidad de California. Ahí, en ese recorte de diario está publicada la respuesta, ¿podrías leerla en voz alta?

«Las muestras de roca procedentes de Ascope, enviadas por el doctor Juan Luis Alva para su determinación, corresponden a una graneodorita hornebléndica que probablemente ha sido extraída del Batholito Longitudinal Andino. La edad absoluta de este Batholito ha sido determinada por el profesor D. Jack Evernden de la Universidad de California, quien le ha asignado alrededor de sesenta millones de años...».

—Lo ves? —se sobresaltó don Javier—, ¿es que hace sesenta millones de años ya existían humanos y dejaban sus huellas por aquí, y pisaban una roca cuando todavía no era roca sino arcilla, tierra de atestiguar?

Yo hice como que no escuché, seguí leyendo:

«Las investigaciones del doctor César Reynafarje, director del Instituto de Biología Andina, acerca de los grupos sanguíneos, confirman la tesis de que el hombre se originó en América o por lo menos también se originó en América. En el Perú existen fósiles de animales y vegetales tan primitivos como los ammonites y las algas, a la vez que una gama que incluye fósiles de animales y vegetales superiores. No hay, pues, motivo para poner en duda el origen autóctono del hombre americano. Lo que falta descubrir en el Perú y América no es uno sino varios eslabones perdidos. Vienen a reforzar mi opinión las investigaciones del doctor Reynafarje, quien ha comprobado que los indígenas campas y tzipíbos de la selva peruana carecen en su sangre de los antígenos "A" y "B" que

sí se encuentran en la sangre de todas las demás razas del mundo».

—¡Ya lo estás viendo amigo Soriano! —volvió a sobreexcitarse don Javier—. ¿Es que nuestros primeros padres fueron campas? ¿Acaso no tienen ellos la sangre más antigua del mundo? ¿No fue Kaametza la verdadera Eva nuestra y Narowé el verdadero Adán? ¿No será que el Paraíso Terrenal americano está en verdad ubicado en el Gran Pajonal...?

Y al fin me dio la orden, por favor, de seguir la lectura. Así finalizaba la crónica del doctor Juan Luis Alva publicada en la página siete del suplemento *El Dominical* del diario *El Comercio*, de Lima, el 20 de junio de 1977:

«¿Acaso el hombre sudamericano se gestó en la región amazónica y de ahí se expandió hacia la sierra y luego hacia la costa siguiendo la dirección de ambos océanos...?».

—Y debes tener en cuenta —me contó don Javier—, que hay poblaciones campas no solamente en el Perú. También viven campas en Venezuela, en las Guyanas, frente al mar Caribe.

—Ya casi acaba aquí —le digo—, faltan apenas unas líneas:

«Pues en los petroglifos del valle de Jequetepeque, quizá los documentos antropológicos más remotos que se encuentran en la costa norte del Perú, el mono destaca como elemento cultural de máxima importancia».

—¡Imagínate: monos amazónicos en petroglifos encontrados frente al mar...! Y en plena selva, a diez kilómetros de la plaza de Armas de Tarapoto, un amigo mío, el arqueólogo Wilson León Bazán ha descubierto otros petroglifos donde se puede ver no solamente figuras de plantas y animales prehistóricos, sino además clarísimos símbolos grafológicos, símbolos de una escri-

tura que todavía no merecemos descifrar. Hace poco estuve en Tarapoto y vi esos petroglifos en la localidad de Polish, piedras distribuidas como diciendo algo, tatuadas por perfiles de dinosaurios, de serpientes, de pájaros gigantescos, y signos, muchos signos dentro de quién sabe cuál ordenamiento, qué sistema secreto semejante al de las *killkas* de los inkas... Entre los petroglifos de Polish han desenterrado además fósiles humanos. Vi un cráneo milenario que aparentaba ser de mono grande pero que era de hombre. Y he visto más petroglifos idénticos en San Tosillo y en Shapaja-Cerro San Pablo y en Jara, cerca de Moyobamba, y también en Chazuta y en Achinamiza, con los mismos dibujos de aquellos descubiertos allá en la costa, cerca de donde hallaron esa pisada de hombre en la roca, esa huella de hace decenas de millones de años...

Pareció apaciguararse don Javier contemplando su cajón, lo golpeteó imperceptiblemente con los dedos, levantó de nuevo hacia mí su risa ancha:

—Tú mismo vas a ver. Cuando llegues a Atalaya vas a ver testimonios acaso más antiguos. Para visitar al maestro Ino Moxo tendrás que entrar al río Inuya y después al Mapuya y después al Mishawa. ¡Todo el lecho del Mapuya está cubierto de animales marinos petrificados! ¡Vas a ver con tus ojos, vas a tocar con tus manos esos peces de piedra! ¡Caracoles de millones de años, gigantescas medusas transmutadas en roca, mensajes inmemoriales de cuando esta selva no era selva sino fondo del mar, de cuando el mar pasaba sobre nosotros y nosotros no existíamos y el mar era ceniza y todo era oscuridad y no habían nacido todavía Kaametza y Narowé!

Cierto pájaro devora pueblos enteros

Más que la cercanía de la noche, el hambre nos detuvo. Acampamos allí, a poco de habernos reencontrado con el niño amawaka, en el roñoso espacio consentido por esa apretadera de cañas silvestres, emparentadas con las de azúcar en grosor y en facciones pero no en estatura: estas se jactarían de acaso siete metros.

El enviado de Ino Moxo habló algo con Iván y desairó al sendero, entró en los matorrales disolviéndose tras un quebrarse de hojas, tornando de inmediato con una *pukuna*, extensa cerbatana que, supuse, hubo escondido precavidamente cuando cruzó por allí rumbo a nosotros. La pukuna sobrepasaba sin esfuerzo dos metros. El amawaka la revisó con silenciosa meticulosidad demorando sus ojos y sus dedos sobre la superficie tubular y embreada, introduciendo una mirada larga por aquel orificio, soplando varias veces. Aprobó la horizontalidad y agudeza de los dardos apretujados dentro de un recipiente de bambú coloreado, destapó otro más corto, muy delgado, lleno de una sustancia espesa y renegrida, mojó en ella la punta de tres dardos y lo volvió a cerrar. Iván lo ayudó a coronar con motas de algodón hirsuto y amarillento el extremo no envenenado de los dardos y luego de tales preámbulos, que ambos llevaron a cabo sin mirarnos y con solemnidad de ceremonia, entraron a la arboleda tras los cañaverales, más y más a la izquierda del Mapuya, como hipnotizados por el inconfundible griterío de una familia de monos.

En tanto regresaban nuestros dos cazadores y atendiendo a posteriores instrucciones de Iván, cortamos gruesas ramas y durísimos palos, los más recios y jóvenes de los alrededores, y cañas, muchas

cañas, todas las que nos permitieron nuestros brazos. Horas después, acurrucados en la medianoche, entendimos por qué nuestro refugio precisaba ser sólido: las *choshnas* y los *tuta-cuchillos*, enormes cuadrumanos, se la pasaron haciendo caer frutos y pesados ramajes encima de nosotros, temibles e invisibles desde los árboles altos, gritándonos y acosándonos hasta que amaneció. De no ser por la casucha en la cual intentamos dormir, esa cubierta de vigas obstinadas que Iván nos impuso fabricar con lianas, precaución y premura que creí exageradas, hubiésemos perecido aplastados bajo la catapulta de palos y reyertas de aquellos monos búhos.

Iván y el amawaka volvieron de improviso, nos miraron jadear por aquí, por allá, exangües y esparcidos sobre el césped del claro, desmoronados entre los machetes y las ramas cortadas, y se lanzaron a reír a gritos. Al fin se apaciguaron en su mofa y nos mostraron, menos orgullosos que malévolos, el bullo agonizante que iba a ser nuestra cena.

Algún tiempo después don Hildebrando tuvo a bien informarnos acerca del veneno que usan los amawaka para sus cacerías. Hasta tuve ocasión de comprobar su eficacia: mata en menos de un minuto y, al parecer, sin ocasionar dolor alguno. Únicamente el brujo estaba autorizado a prepararlo. El tósigo, absolutamente inofensivo para los hombres blancos, lo que también me fue dado atestiguar, era extraído de una planta que abunda en las faldas de los montes boscosos que atraviesa el Mishawa. El maestro Hildebrando no me dijo el nombre del vegetal. Pude ver, eso sí, cómo seccionaba su corteza y la raspaba por fuera hasta dejarla nívea, luego el roce del aire volvía a oscurecerla, entonces la hilachaba en astillas dentro de una vasija de agua hirviendo. Conforme se evaporaba el contenido don Hildebrando lo renovaba vertiéndole más agua. Siete veces lo hizo. La última extrajo previamente los restos de corteza y dejó hervir y hervir el caldo hasta reducirlo a una viscosidad marrón y perezosa.

Una sola gota de aquella goma, certeramente impulsada por la pukuna del amawaka, había bastado para dar muerte a ese fornido mono, a este *makisapa* que Iván despelleja sin inmutarse y que así,

en carne viva, parece ser alguno de nosotros. Todos aceleramos sin embargo su descuartizamiento. Y ponemos al fuego sus pedazos. Y lo comemos sin remordimientos.

Nuestro refugio, sin duda, precisaba ser sólido.

Cuando amaneció, pese a que las choshnas y demás monos nocturnos continuaban arrojando palos sobre nuestro albergue, el niño amawaka dispuso que era hora de reemprender la marcha. ¿Dije que su cara estaba tatuada con achiote, esa pintura sagrada que los nativos usan para protegerse de los enemigos visibles e invisibles? Los varones amawaka cubren su desnudez únicamente con una soguilla ceñida a la cintura. Con uno de los cabos de la soga se amarran previamente el pene llevándolo hacia arriba, pegado sobre el vientre. Y el achiote les tiñe no sólo las mejillas: también el pecho, los brazos y los muslos. Sin embargo el enviado de Ino Moxo lucía una cushiona hasta los tobillos, ropaje permitido solamente a los brujos y para más asombro: una cushiona flamante. Los amawaka, al igual que los miembros de otras naciones amazónicas, cuando alguna misión los requiere en el monte por más de uno o dos días, o dejan de bañarse si suelen ir desnudos, o se visten con cushionas especiales, añosas, jamás lavadas, si están cumpliendo ayunos de hechicero, cushionas que se confunden con el hedor y los colores de lo hondo del bosque para que las ánimas y los animales no se inquieten por el olor del hombre. Este amawaka me desconcertaba con su impecable túnica amarilla. Por medio de Félix Insapillo, y suponiendo que íbamos a internarnos más y más en la selva hacia los cerros, definitivamente lejos del Mishawa, conseguí del niño un retraso para volver al río.

El filoso silbar de un *tiwakuru* que nervioseaba entre las ramas altas de una *wimbra* florida, nos guió a la ribera. En ese recoveco del Mapuya, un pájaro mediano y negro, de pico amarillo como la base de sus alas abiertas, sacudía un entrevero de plumas sobre el agua.

—Es una wapapa —se ensombreció Iván—. Ahí donde la ves está pescando.

—Ciento —se sumó Félix Insapillo—. Es su modo. Este pájaro tiene tres púas en cada articulación del ala. Con esas púas penetra la corteza de un árbol de savia venenosa que se llama *katawa*...

—En savia de *katawa* moja sus alas la wapapa y las hunde en el agua —dijo Iván—. Vas a ver. Ahorita subirán los peces.

—Atontados por el veneno van a ponerse a flotar...

La wapapa salió del río, caminó con pereza algunos metros, se apostó en una saliente de tierra malherida, clavó acechantes ojos en aquel trozo de agua ya fatalmente turbia y se inmovilizó. Era una extraña estatua que esperaba, diría que emplumada de ansiedades tranquilas, sin alterarse en absoluto por nuestra cercanía. Asomaron sus víctimas, decenas de vanos coletazos moribundos: el inconcebible pescador parsimoniosamente saltó del borde rojo, entró en su trampa de agua, alzó un pez en el pico, más lentamente regresó a la orilla, lo acomodó sobre la hierba rala, entró de nuevo al río, repitió su faena. Sin el menor apuro repitió su faena hasta que el agua quedó limpia de peces. Entonces, y siempre absorto en aquella calma que ya me desquiciaba, se dedicó a devorarlos con delicada minuciosidad. Ni el bullicio de nuestros cuerpos zambulléndose y buceando a su lado alcanzó a preocupar a la wapapa: siguió y siguió comiendo en tanto que Insapillo, Iván, César y yo sacábamos del fondo del Mapuya las medusas remotas, los grandes caracoles a que hizo referencia don Javier, las refulgentes ostras grises, los caballos de mar petrificados.

—¡De cuando el mar era ceniza y todo era oscuridad y no habían nacido todavía Kaametza y Narowé! —repitió don Javier sobre las mesas del comedor del Hotel Tariri que se había ido deshabitando.

Hablabá rugosamente, con palabras opacas que pronunciaba como quien se encuentra debajo de la tierra, igual que si estuviera dentro de alguna piedra, enmascarado por una repentina majestuosidad:

—Allá en el Mapuya te será concedido conocer de qué modo los hijos devoraron a sus padres, cómo los virakocha exterminaron a los indios. ¡De qué modo perverso, con que frías maneras envenenan todavía al pueblo más antiguo de la tierra, a nuestros antepasados vivientes y presentes...! Te será concedido conocer la razón verdadera, y no el pretexto, que trae a nuestra selva a la llamada civilización. Porque lo que es progreso para el blanco, para el indio es regreso. Para el blanco de ayer el caucho fue oro, para el indio fue exterminio. Para el blanco de hoy el petróleo es la vida, para el indio es la ruina, la peste, el desarraigo. ¡Verás quiénes han sido y quiénes son, en realidad, los bárbaros, quiénes los caníbales y quiénes los cristianos...! Óyeme bien, Soriano: si tú enfermas y necesitas sangre yo te dono la mía y te salvo la vida. Pero si le doy mi sangre a un indio campa, o a un *tzipíbo*, lo mato. Porque su sangre es otra. Es otra, ¿entienes...? Lo que para nosotros representa la existencia, para ellos significa algo peor que la muerte. Y así pasa con todo lo creado, así pasa entre piedras y plantas y animales. El aire, por ejemplo, es vital para los pájaros, pero para los peces es la asfixia, el ale-tazo negro, el pico de la muerte.

Amontonamos los fósiles lejos de la orilla a fin de protegerlos de los deslizamientos que provocan las crecientes y los aguaceros, confiando recogerlos al regreso. Y retomamos camino hacia Ino Moxo. Antes de entrar en la espesura por donde ya se habían ido mis demás compañeros, me detuve, volví los ojos al pródigo Mapuya, no sé qué percibí sobre sus aguas, cierto fulgor de sangre, algo como una luz inexorable teñía las impávidas corrientes. La wapapa seguía comiendo en la ribera, inmune al veneno de katawa que había fulminado tantas vidas.

—Te será concedido conocer la verdad, la mentirosa cara de la verdad y la verdad sin tiempo. Verás las tres orillas. El resplandor y la sombra de la sangre del tiempo, del tiempo que a la vez es uno y todos. Lo que fue cierto para el ayer no habrá de serlo para el mañana. El mismo tiempo anciano que nos trajo la muerte nos ofreció la vida venidera. Óyeme bien: el aire será de agua y el agua será de aire. *Todo, absolutamente todo, es al revés.* Todo es al revés, siempre. Y el agua, que es el aire de los peces, ahogará las alas del Maligno...

Con voz extraña me habla don Javier, como si otra persona lo habitara de antguo y hoy saliera sonando por su boca clausurada. Creo que se trata de la voz de Inganíteri pero no, tal como pude comprobarlo ya en territorio de los amawaka, la noche que Ino Moxo me ofrendó ayawaskha, por entre las visiones volví a oír esa voz y la reconocí sin asombro ni duda, supe quién había sido en verdad el que me estuvo hablando esa mañana en el Hotel Tariri. Supe quién me está hablando en este instante desde los labios mortalmente inmóviles y grises de don Javier.

—Ahora sí ya es tiempo, puedo confiarle el resto de la historia que me contó mi compadre campa Inganíteri. Y tú, ahora sí puedes oírla... Volvamos junto a Kaametzá, en donde la dejamos. No. Mejor vámonos en busca de su esposo, el primer hombre, el que su cuerpo dio a luz por primera vez. Él requiere más que nadie de esperanza y de compañía. Y de inmediato te contaré por qué. Sabrás en qué momento y por cuáles motivos se volvió inconsolable aquel que antes sólo supo ser dichoso: Narowé...

Atravesé la maraña por donde ya se habían esfumado mis demás compañeros. Sólo avancé unos metros, dudé, me decidí, torné al Mapuya. La wapapa seguía comiendo en la ribera. Me le acerqué en silencio, alisté mi escopeta, apunte a su cabeza.

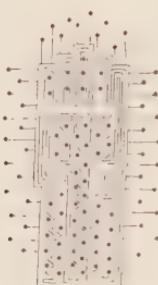
Dudé.

Me decidí.

No disparé.

Una calma ilimitada me ocupó la memoria y aligeró mi cuerpo. Entré como volando en la espesura. A unos trescientos metros tropecé con Iván que aparentemente volvía. Algo, ya no sé qué, se apresuró él a explicarme sin ninguna razón, me pareció que trastabillaba en una voz culpable. Y volteando la cara otra vez al sendero, un poco más allá, delante mío, agregó sin dejar de caminar hacia los demás:

—Escuché tu disparo. Sólo yo lo escuché. Por eso regresaba a buscarte...



Don Javier nos informa del negro Babalú y de otros enterrados en el mar

—Alguna vez te contaré de un mi compadre pescador que tuve allá en un puertito que se llama Eten, en las arenas de la costa norte, bien al norte de Lima —dice don Javier volteando hacia la puerta por donde ingresa nadie, la demacrada luz del mediodía sobre oleajes de polvo.

No sé qué parroquianos han entrado y conversan borrosos en el fondo del bar, tras el sofoco creciente que asedia al Hotel Tariri desde la calle.

Pucallpa: millares de casuchas de madera más aplastadas que diseminadas alzan frentes pajosas en las afueras, sobre un terral de insectos tasajeado por callejas de polvo. Y decenas de casas de dos pisos: penosos espejismos de mansiones detrás de cuya cursilería desportillada se cuecen las queridas de los contrabandistas, esposas e hijastros de pioneros y caucheros equívocos, herederos de madereros y de nadie. Y varios edificios de cemento y acero, más estúpidos que hornos metidos en un horno, injurian por su cuenta el centro comercial de la ciudad, tiendas y bares, tiendas y bazares, ferreterías y radioemisoras y restaurantes a lo largo de aquellas calcinantes avenidas de polvo. Músicas extranjeras, estrepitosas y huera brincan de las cantinas, de los cinematógrafos pulgosos, de las refrigeradas oficinas donde se desperezan los magnos industriales, los ojerosos que fabrican cocaína, los altos oficiales de las fuerzas armadas, los burócratas mustios y estatales, compitiendo con el alboroto de las motocicletas y los taxis desbaratados en los altibajos de las rutas de polvo que las lluvias, en vez de consolar, entrampan de fangales.

Pero hoy no ha llovido, por las ventanas del Hotel Tariri entra el vaho fatal y amarillento de la hora del mediodía. Don Javier se incorpora de la silla y toma asiento sobre su cajón de cedro melodioso, sus dedos acarician la cara de la caja de madera y se van despaciando, despaciando, y el instrumento suena como si recordara con velada tristeza.

—Alguna vez te contaré del negro Babalú, así se llamaba, Babalú, nombre de no sé cuál divinidad africana... —las manos de don Javier se alejan del cajón pero éste continúa unos instantes más, endeudado en resonancias ásperas—. Alguna vez te contaré que ese cantor, zapateador, cajoneador y guitarrero por necesidad y por sangre, murió de tuberculosis, eso creen algunos, yo sé bien que murió de música, con los pies de la música llegó a él la muerte. Las diarias trasnochadas, las jaranas patrióticas, familiares o inmotivadas, lograron que su cuerpo, otrora inabarcable, cupiera en una lástima, y en una sola ojera su inolvidable cara. Menos mal que Amador Escajadillo, ahuyentado de Lima por esas injusticias propias de la justicia, acabó refugiándose en Puerto Eten y alojándose a menos de cien metros de la residencia de mi compadre Babalú. Ahí, en Puerto Eten, Amador Escajadillo llegó a ser en breve tiempo, cocinero, dueño, proveedor, cajero, guardián, mesero y muchas veces único cliente de La Corvina Embarazada, el mejor restaurante de ese entonces. Y por si fuera poco, un día, además de autonombrarse notario de la localidad, Amador Escajadillo se designó compadre espiritual de mi compadre Babalú. Menos mal. Porque falsificando sellos, fechas, firmas, el inesperado jurisconsulto fraguó un testamento que los acreedores del finado Babalú, aun los más mordaces, reconocieron como irrefutable. En el documento consta que Babalú, tres años antes de morir, favoreció legalmente, o *había favorecido* legalmente a su compañera como *única heredera universal*. Los dueños de la panadería, la carnicería y las tres tabernas del poblado tuvieron que resignarse a envejecer impagos. La viuda de mi compadre se negó a vender nada para atenuar sus deudas, no solamente heredó sino que conservó todas las pertenencias. Todas: una cabaña de paredes barrosas y encañadas que el viento taladraba sin piedad, una guitarra huérfana

de cuerdas, tres redes pequeñas y una grande pero destartalada, infinitud de anzuelos que según Babalú sabían pescar solos, un perrito rotoso que apellidaba indistintamente Wáskar, Almirante o Sangreazul, un libro de poemas de Nicolás Guillén que todos recitábamos de memoria, y la obsesión de sus manos y de toda su vida: ese cajón desvencijado y ronco.

Tosiendo cierta sangre inapelable, al pie de una esponjosa borrrachera, Babalú había tratado de confortar a su mujer: «Si algún día no me oyes, patrona, entonces óyeme».

—Según el notario Amador Escajadillo, otra fue la confusa promesa de mi compadre Babalú, y más que una promesa, una exigencia: “Óyeme solamente cuando dejes de oírmme...”.

»Puede que así haya sido. Babalú era proclive a exclamar peores rarezas, en sus últimos tiempos, cuando el mal trago lo descoyuntaba. Puede ser. Muchas cosas distintas se comentan ahora. A mí lo único que me consta es la tristeza.

»Días insoportables, más lentos que semanas, siguieron a la farra que quiso disfrazar su funeral. Una pena sin límites ocupó la existencia de Carmela, ¿te dije que su viuda se llamaba Carmela?, en vano se aturdía ella trabajando en exceso y para todos, cocinando las anémicas raciones de los pescadores nocturnales, barriendo el restaurante del notario Escajadillo, quedaba a poco más de media cuadra de la cabaña de Babalú, ¿te dije?, un poco más atrás y también frente al mar. En vano hizo de todo mi comadre Carmela, por las puras, por gusto, creyó atontar al tiempo así, rezurciendo uniformes escolares, asumiendo las más intransferibles dificultades de otros, en el mercado, en la plazoleta, en las horas escandalosas del puerto, los domingos, cuando venían gentes de Chiclayo en busca de pescado regalado, de mariscos frescos y baratos. Todos bajaban la voz cuando ella arrastraba los pies sobre las lajas del espigón como si su paso produjera silencio, sólo pena y silencio, como si para ella la mañana de los feriados fuera noche de luto, puro invierno. Pero Carmela, nada, terca. En vano se perdía entre peñas costeras, en vano regresaba con canastas colmadas de cangrejos, en vano los repartía

a la chiquillería miserable. En vano lavaba y ensuciaba de nuevo y volvía a lavar y a ensuciar y a lavar y a planchar las tres camisas y los dos pantalones del difunto Babalú. Nada pudo contra la tristeza. Me acuerdo bien un día, domingo por la noche, sus ojos le perturbaron el ánima frente al cajón que fue de mi compadre.

»—¡Ahí viene, ahí viene! ¡Lo escuchas...? —clamó.

»La verdad, la verdad, me pareció escucharlo. Primero oí sus pasos, andando lejos, lejos y cerca, ¡los pasos de mi compadre dentro del cajón! Después oí sus manos, pero ya no en el cajón, ¡ya no en el cajón sino en el mar! Así, tal como lo oyes, amigo Soriano. ¡El mar sonaba de otro modo, con precisión y ritmo que no podían ser, que no podían ser de ningún otro sino de Babalú, de Babalú musicando y cajoneando en el fondo del mar! “¿Estaré perdiendo la razón?”, pensé, y por primera vez reparé en el color del cajón, y recordé la piel de Babalú brillando oscuramente, y esas rasguñaduras en la tabla, inclusive, igual a sus famosas cicatrices, una en la mejilla derecha, resbalando hacia el cuello, la otra en el antebrazo del mismo lado, “accidentes de trabajo”, decía él jactándose, con que dos pendencieros lo habían condecorado, allá en su juventud, a lo largo de una misma noche y en dos distintas tabernas del Callao, por causas que variaban de acuerdo al auditorio: la última vez que lo escuché hablar de eso Babalú adjudicó la razón de ambas grescas, ya no al honor de una paisana suya que se afanaba en el burdel de Ivonne, sino a desavenencias en el juego de dados. No puede ser, me pellizqué, y recordé otras tres cicatrices más pequeñas, casi gajos que insinuaban un triángulo en su pecho, pero el cajonear de Babalú se acrecentaba afuera, más y más claramente, inconfundiblemente, viniendo desde el mar. Y en su cajón, dentro de la cabaña descascarada donde yo y la viuda éramos un solo asombro, ahí fue que empezaron a sonar las olas. ¡Nítidamente comenzaron a tronar las olas dentro de su cajón! ¡Una reyerta de oleajes brotaba de la madera desgastada, prestigiada por sus manos milagrosas!

»Alguna vez te contaré cómo Carmela se inclinó hacia el cajón mugroso que se puso a sonar todavía más, como un millar de olas

juntas, como si dentro suyo disputaran varios mares al mismo tiempo. "¡Se va a ahogar usted, comadre!", quise advertirle, "¡no entre usted a ese cajón!" Pero ella ¿qué hubiera pensado?, dime tú, que estoy loco, ¿no es cierto? Por eso me callé. Luego me arrepentí, debí decírselo, tú mismo vas a darme la razón. Quise, pues, detenerla, pero no me dio tiempo. ¿No me dio tiempo? Tal vez llegué a gritar y ella no me escuchó, no me pudo escuchar por culpa de toda esa batahola, por una parte el mar, tántos mares bramando en el cajón, y por la otra parte Babalú, las manos de Babalú cajoneando cerca, cada vez más cerca, creciendo bajo el mar.

»Carmela se levantó de la banqueta desde la cual había malfin-gido soportar mi visita, se abrió paso por entre los sollozos, rechazó lo imposible y se atolondró con los brazos anhelantes hacia el cajón. Alucinada y apartando lágrimas pasó sus dedos sobre la madera, la golpeó con temor, luego con desencanto, llamándolo, Babalú, luego con más temor, Babalú, luego con fuerza. Se desplomó llamándolo, Babalú, llamándolo. Mejor la dejó sola, decidí. Salí a la sombra-sombra de la playa. El mar ya no sonaba, mejor dicho ya no sonaba como el cajón de Babalú, ahora sonaba apenas, apenitas, otra vez como el mar. Le di la espalda, crucé aquel arenal en busca de Amador Escajadillo, iba a contarle todo lo que había ocurrido, ¿me habré vuelto demente?, estaba a punto de contarle todo cuando ahí fue que pasó lo que pasó.

»Los dos vimos. Un viento inexcusadamente frío, era febrero, empujó la puerta de latas claveteadas de la casucha, dispersó las arenas e imantó a la mujer hacia la playa. El notario Escajadillo y yo íbamos a servirnos, pues ya nos venía de hábito, los aguardientes previos al cierre del restaurante, cuando algo, ¿un movimiento, un grito?, nos distrajo, brilló frente a nosotros allá, por la ventana, surgiendo de la casa de Babalú, el rojo de una falda desteñida, fósforo, enfilando hacia el mar, en la negrura. La vimos y salimos y corrimos en vano: la esposa sin esposo ya entraba caminando al mar, se hallaba muy adentro, y sin prisa, los brazos extendidos en ese mismo gesto, exacto el mismo con que momentos antes se había desquiciado

avanzando hacia el cajón de su finado, yo la vi, creo que se lo dije y ella no me escuchó, “¡no entre usted al cajón!”, ¿cómo iba yo a decirle tremendo absurdo?, pero debí decírselo, ¿no crees?, y en lugar de alertarla, me asusté, ella tocaba el cajón extrañamente, desde la puerta la vi, no lo golpeaba, ya no, tocaba despacito como si cariñara la cabeza de un niño, ¿te conté que no pudo tener hijos?, fue así que la dejé, junto al cajón, tocándolo como si estuviera cariciando a un niño que se fuera a morir ahí mismo, ahora, en este instante. Mejor la dejo sola, decidí, salí a la sombra-sombra.

»Ella entró. Has debido decírselo, me decía, sofocado, eso me pareció, mientras corríamos y corríamos, el notario Amador Escajadillo. En vano. La esposa sin esposo, ya maniatada por las olas, se dirigía, inmóvil, hacia los islotes, apenas una manchita rosada, de lana, una manchita anaranjada, azul, de lana, y desapareció tras los peñascos cubiertos de moluscos y de yuyos...

Don Javier abandona su cajón y retorna a la silla frente a mí, entreabre los labios, se arrepiente, observa sus manos que titubean sobre la mesa, como que lo demoran en el aire polvoriento y palpable, habla por fin:

—En aquel rompeolas de Puerto Eten, cada último domingo de febrero, al final de la noche, no cuando el mar discute sino luego, justo a la hora en que se reconcilia con los arrecifes airados, ahí retumba el cajón de Babalú, nítidamente se oye, el mismo cajonear que yo escuché esa vez, sólo que ahora fluyen además canturreos, reproches y alegrías en voz clara, el cajón de Babalú sonando sobre los gemideros de una mujer en celo.

Y otra vez don Javier se retiene brevemente, considera un suspiro, peina su flaca barbilla con los dedos y me mira sin aviso:

—Esto que aún comentan los viejos pescadores de Puerto Eten, y que yo acaso me anime a contarte algún día, es una de las tantas historias que componen tu vida, que forman nuestra vida desde el aire. Aunque no lo sepamos, aunque no te la llegue a contar jamás, también la vida de Babalú, desde el aire, te ordena a ti la vida, desde la memoria que no se puede recordar. Por eso no importa que la

sepas o la olvides. Alguna vez te la diré en su total. Y si túquieres, si tú mereces, podrás verificarla. Si vas a Puerto Eten y ves bailar al ritmo de un cajón, podrás verificarla. Porque siempre que alguien baila, allá, con violencia y dulzura, como bailan los negros, las olas vuelven a sonar desde el cajón, en un momento dado el musicante lo abandona, sus manos como muertas, y el bailarín sigue sin embargo bailando pero al ritmo del mar, del mar que sale de adentro del cajón sin nadie y el cajón pareciera querer desfondarse, y si tú le preguntas a cualquiera, cualquiera te dirá que es Babalú, que Babalú pidió ser enterrado en el mar, y tú lo sentirás regresar por entre las espumas del cajón, y saldrás a la playa y allá en la sombra-sombra lo sentirás igual, Babalú regresando por entre las cadencias de madera del mar...

Y alzando la cabeza, don Javier, de repente, y cambiando la voz con indecible agitación:

—¡Tú puedes comprobarlo ahora mismo!

Y poniéndose otra vez de pie y acomodándose sobre su cajón:

—Mira, yo tampoco golpeo la madera, mira qué suave, qué suavito lo hago, ¿te das cuenta...?

Y saliendo desde atrás de una sonrisa amarga, don Javier cantando, poniéndose a cantar:

Landó, landó,
estrella negra y espuma,
landó, landó,
espuma negra y azúcar,
landó, landó,
azúcar negra y blancura,
landó, landó,
blancura negra,
landó.

Cuídate mucho, landó,
recuerda de dónde vienes,

nunca permitas, landó,
que tu fuego se amaestre,
no ardas en vano, landó,
bailando lo que conviene,
recuerda siempre, landó,
que sólo cadenas tienes,
que no eres libre, landó,
por mucho que te cimbrees.

Dame la danza, landó,
dame los pechos y el vientre,
dame confianza, landó,
haz que mi pulso no tiemble,
ya bailaremos, landó,
los bailes que se nos deben,
al aire libre, landó,
aunque te arañes la frente
con las estrellas, landó,
de pie contra la corriente.
¡Dame la mano, landó,
que mi machete no tiemble!

Landó, landó,
estrella negra y espuma,
landó, landó,
espuma negra y azúcar,
landó, landó,
azúcar negra y apura,
landó, landó,
apura, negra, y alumbra
landó, landó,
alumbra, negra,
landó.
¡Caramélame, Carmela,

Carmela, Carmelandó!

¡Landó...!

Y entregándose al puro ritmo, su torso reiterando distracciones de círculo:

—¡Yo no toco el cajón, yo navego el cajón!

Sus manos repicando por entre las rodillas espaciadas, yendo y cayendo, sin coincidir entre ellas y sin contradecirse como si fueran el anverso de lo mismo y el reverso, los dos lados de un remo alzándose, volviendo:

—¡Yo acaricio la cara de la muerte!

Y cerrando los ojos, recogiendo armonías, equilibradas disonancias que le nacían a cada giro de los hombros, concordias que bajaban como un serpenteo por sus brazos tatuados de extrañezas, de cicatrices, cadencias fluyéndole ostensiblemente de los dedos rimados:

—¡Yo abrazo a mi compadre Babalú!

Y poniéndose quieto de improviso, nublándose:

—Pero ya no sé tocar como él me enseñó. A partir de su muerte comencé a cajonear así, silencio, como tú acabas de ver, distinto.

Y regresando a sentarse frente a mí:

—Además...

Y señalando el cubo de cedro renegrido:

—Este es el cajón de Babalú.

Iván, esa su lejanía recelosa, propia de quienes viven protegiendo algún recuerdo, me miró a pesar suyo, diría que alarmado, erguido en ese sendero que viene del Mapuya. Más que varias personas, varias vidas parecían habitarlo, como si las partes de su cuerpo tuvieran voluntades divergentes que él, ante los ojos de los demás, armonizara en una sola existencia. Porque obedeciendo a su mirada, su cara se resignó a huirme. Luego sus hombros dieron vuelta hacia la trocha. Aprobando a los hombros con

desgano giró también su pecho. Por último asintieron, como gatos, las piernas. Y tras ellas los pies, igual que una pareja riñendo, reconciliándose y volviendo a reñir pero sin ruido, aplastando caídos los herbajos, las ramas casi vueltas tierra, y hablándome:

—Escuché tu disparo —y siempre sin dejar de caminar—: Por eso regresaba a buscarte.

Persegú a Iván sudando, cayendo, rasguñándome todo lleno de fango y de lastimaduras la espalda hecha una lástima sanguínea y esa humareda de insectos acosándome y siempre era mi sangre y jamás la de Iván que continuaba enérgico adelante y vi la luna en pleno mediodía sabiendo que no era la luna verdadera sino su reflejo en mi fatiga era la risa de Narowé el primer hombre que me guiaba desde el fondo del río y me dije ya estás alucinando despiértate me dije despiértate me dijo Juan González tienes que caminar y yo le dije cómo si no hay camino bajo mis pies porque estaba en lo alto mirando a la tierra chiquitita y Juan González insistió «¡tienes que seguir caminando!», empujándome con su mano que estaba tibia y perfumada como flor de tzangapilla y yo me desperté y la mano de Juan González en mi hombro no era una flor sino un vampiro que me estaba chupando calladito despiértate me dije y desperté y vi más adelante justo al costado de la tzangapilla la apariencia de Iván y me lancé hacia él abandoné mi cuerpo sobre la trocha escuálida en dirección de aquella muralla de bambúes y de columnas de humo y sin fuerzas para pensar pensé que si llegaba a un río grande me salvaba pero el río me dije el río tiene que ser el Urubamba el Willkamayu el Río Sagrado de los inkas para que yo pueda remontarlo hasta las cumbres remontarlo hasta cuatrocientos años río arriba hasta antes de la llegada de los conquistadores españoles los virakocha y comprendí entonces que Iván me estaba contagiando su persona hecha de varias vidas y pude distinguir las vidas de mi cuerpo cada persona de mi cuerpo y me di cuenta que igual ocurría también con mi memoria con mis memorias exactamente como lo hubo presagiado don Hildebrando

en Pucallpa y comprendí que aquel tramo de selva no era despiadado era un bautismo que se me exigía para alcanzar a Iván para alcanzar a ser como él no sé de cuál manera ser uno con la selva una sola existencia con los bosques y con los animales y las piedras con todas las personas de los bosques. Y en ese instante se me fue la fatiga y mis piernas se aligeraron y desaparecieron los insectos y seguí porfiando en el camino pero con alegría, ya no escaseaba el aire, eran otros los boscajes y el sol bajaba la voz haciéndose más lento, más débil que una lámpara, cuando dimos alcance a los demás miembros de la expedición.

Casi acostado en tierra, la espalda reclinada entre dos rugosas aletas de lupuna, el amawaka mordisqueaba una sonrisa quieta. A su derecha, en el centro del claro impuesto por la lupuna frondosa, César reclinaba su atención hacia Félix Insapillo. Este, de pie, dando el rostro a la intromisión mía y de Iván, estaba hablando.

Iván, su camisa manchada de aguijones, de sangre, de telarañas de árboles y retazos de lluvia, no entiendo, se detuvo ante ellos y volvió la cabeza para verme. Más bien para no verme. Don Hildebrando, aseveraría que no fue Iván quien me miró sino el ánima de Iván, los ojos de su ánima dándome por fin la bienvenida.

—Pero casi no me oyes, amigo Soriano, parece que estuvieras en otra parte.

—No, no es cierto.

—Seguramente estás pensando en el jefe Inganíteri, en la historia que me contó Inganíteri...

—No es cierto, don Javier —vuelvo a mentir y don Javier se esmera escudriñándome.

—Estás pensando en los campa, en los asháninka de hace tiempo...! ¿Es así...?

E indagándome más con la mirada:

—¡Sí, estás pensando en Juan Santos Atao Wallpa, en la sublevación de Santos Atao Wallpa contra los conquistadores españoles!

Alguien que no era don Javier pero que sí era don Javier ocupaba su cuerpo sentado en esa silla del bar del Hotel Tariri, lo desbor daba incontrolablemente y salía por su boca de sonámbulo:

—Para los asháninka, que conservan el fuego de la gran rebelión contra los virakocha, Juan Santos Atao Wallpa no murió jamás, únicamente desapareció su cuerpo echando humo, se disolvió hacia lo alto de los bosques dentro de una cushma amarilla prometiendo regresar...

Don Javier hablaba extrañamente como si recitara un texto de memoria o como si leyera. Llegué a pensar que sólo estaba repitiendo palabra por palabra lo que alguien le dictaba desde quién sabe dónde.

—¡Mirando estoy el sol de mis antiguos, este pozo tapiado donde todavía se desvelan sus voces invencibles!

—No entiendo, don Javier —quise decir pero sus ojos cerrados me amedrentaron y su voz, que no era su voz, continuó perorando:

—¡Abuelos de piel verde que amaban ferozmente y guerreaban con ternura y se comían entre ellos como frutos y penaban a solas escuchando lejanísimas pisadas de animales! ¡Todo tu luminoso ejército de entonces, hoy cegado! ¡Vástagos de tu risa lastimada yacen bajo los cascos de un caballo de hierro...! Más allá de nosotros, tras de las torvas nieves, una nación extraña hecha de sed y nada se derrumba hacia el cielo como limosna gris, ¡pero desde tus hombros se alzan bosques y llueve! ¡Y llueve todavía sobre el tiempo como sobre un tejado...! ¡El sol cae todavía, Juan Santos Atao Wallpa, desde tu juventud...! ¡Estamos vivos! ¡Mira! ¡Estamos vivos...!

Félix Insapillo, de pie ante la lupuna, estaba hablando a César. «Beber ayawaskha», le decía, «la primera vez que yo bebí ayawaska, fue ver el rostro de mis dos personas más allegadas, nombres

que no puedo decir y que en ese entonces estaban lejos, en el Cusco. Solamente sus caras, sin deformaciones, con esa risa que te hace brotar lágrimas. Caras enormes, del tamaño de mi cuerpo, bien pegaditas entre sí y riéndose. Y después, beber ayawaskha la primera vez, para mí fue no ver a mi padrino, a don Javier que se hallaba sentado frente a mí, sino mirar su sitio únicamente, su sitio sentado, y ver a su espalda una pira de frascos antiguos, azules, anaranjados, de farmacia, esmerilados y ardiendo. Despues fue ver que yo me levantaba y salía de la casa a vomitar, y al mismo tiempo un cuerpo que era mi cuerpo continuaba sentado en mi lugar, y yo salía y vomitaba flores de tzangapilla que se adelgazaban, que se volvían serpientes de dos cabezas, kotemachacuys que salían de mi boca y se esfumaban rumbo al bosque dejando un rastro triste, de tristeza, una baba más lenta que amarilla. Beber ayawaskha fue también mirar el funcionamiento de mis órganos internos, mi corazón, mi estómago, ver cómo se movían, mis pulmones, mis tripas, ver cómo se morían. Fue caminar en una enorme habitación, en un velorio de varios muertos, y ver que los ataúdes estaban ocupados por mis amigos, y todos mis amigos tenían los ojos cerrados en una cara idéntica, en mi cara. Y fue encontrarme de un momento a otro dentro de una piragua, con un solo remo que yo no sabía manejar, en el centro de un lago gigantesco, encabezando un séquito de lagartos, y los lagartos tenían ojos más grandes que el cuerpo de los lagartos, y el sol se ponía más adelante y yo no tenía cuándo llegar. La primera vez que yo bebí ayawaskha fue hablar y sentir mi voz amplificada, como si saliera de esos parlantes que cantan en el Coliseo Cerrado de Iquitos cuando canta Raúl Vásquez, y oír mi voz afuera, lejos de mi garganta. Y fue mirarme de cuerpo entero, echado ahí en el piso. Y fue ver otra vez a mi padrino pero verlo brillando, brillando, cubierto por una cushma de miles de luciérnagas, y mirar cómo se iba poniendo gris, oscureciéndose, apagándose conforme hablaba. "Si estás luchando contra un daño fuerte", me decía mi padrino, "lo que te debilita

es la candela. Si hay una hoguera próxima se debilita tu defensa. Por eso no hay que fumar mucho, no hay que encender cerillas durante el ayawaskha". Y fue verlo arrugarse y cantar como anciano. "¡Visiones, empiecen!", así cantaba, y poco a poco se transformaba en hembra, en mujer con voz de niño, de recién nacido que cantaba como adulto, como un adulto que acababa de nacer en la voz del icaro. "¡Ayúmpari, ayúmpari!", cantaba. Pero más que nada fue ver al Maligno, verlo tres veces en la misma noche, siempre vestido de idéntica forma, arrogante, el Maligno con charreteras de almirante, cara de perro enfermo y levita azulnegra con cola de pingüino y pantalón rojo y camisa bordada, con bobos en los puños y con una tremenda barba, una barba de acero como armadura de conquistador español. Y fue verlo también, al mismo tiempo, cabello largo, en trenza, y poncho corto, igualito al dibujo de Atawallpa que aparece en los libros de escuela. Sí, el Maligno, en mi primera visión de ayawaskha, era Atawallpa, aquel inka bastardo que ayudó a los españoles virakocha contra su hermano el legítimo Inka Wáskar, y tenía una espada muy larga, larga y desenvainada, y cortaba cabezas como flores, cuellos como tallos de tzangapilla calientes. Y los ojos del Maligno, las tres veces que lo vi en mi primera visión, los ojos negros del Maligno eran rojos y brillaban en cruz, lo mismo que los ojos de las víboras...».

Don Javier, entreabriendo los párpados en gesto inacabable:

—No es de esto que yo quiero hablarte sino de un negro viejo, ya finado, Alfonso Cartagena.

Alzó los ojos y su cabeza empezó a dibujar círculos en el aire, girando como atornillándose al cuello imperturbable. Y tal si acaba de volver, ya con su propia voz, don Javier:

—No te diría verdad si te dijera que conocí a don Alfonso Cartagena. Ni yo ni nadie pudo conocerlo. Siempre lo vi de lejos. Yo iba de niño, con mi abuelo, a tostar mis vacaciones escolares en un

sitio llamado Las Salinas, junto al pueblo de Chilca, al sur de Lima. El viejo Cartagena vivía más allá del balneario, detrás de la tercera laguna de aguas espesas y verdes, en una cueva inmensa que se abre hacia el mar. Su cama, una saliente de piedra azulina y porosa, casi rozaba el techo de la gruta en la pared del fondo. Cada vez que el viejo rengueaba por la playa, anzuelo de alambre y caja de cartón magullado, y mientras esperaba la dudosa fortuna de algún pez distraído, los palomillas nos aventurábamos por entre la penumbra musgosa y húmeda de la cueva. Nunca conseguimos escalar hasta su lecho. Al pie de él, cercado por tres velas apagadas, brillaba un vaso de agua desnivelado sobre tres monedas de cobre, viejas, de esas que ya no hay más. Jamás nos atrevimos a sustraerlas de aquel ordenamiento que, pensábamos, se trataría de algún malvado altar. Por el único médico del pueblo, un brujo mulato llamado Baldomero, supimos que no era posible saber nada del viejo Cartagena.

—Los árboles no son padres ni son hijos —fue todo lo que Baldomero le confió a mi insistencia. Sin embargo, por indiscreción de no recuerdo quién, nos enteramos de cierta visita que sigilosamente le hizo el viejo. En la sombra mojada de la choza del brujo, Alfonso Cartagena habría desatado hasta tal punto la razón de sus quebrantos y su soledad, que Baldomero no pudo menos que transferirle poderes.

“Fabrica un cajón de cedro, y otro cajón de cedro”, dijeron que le dijo. Y seguro fue así. Porque al siguiente día de la consulta el viejo se empecinó en un trabajo casi desesperado: con amor y con furia cortó ocho lonjas de cedro, las cariñó puliéndolas y puliéndolas hasta hacerlas envidia de un espejo, con insospechada obstinación venció la desconfianza de las tablas maltratadas que por fin aceptaron macerarse dentro de una batea de vinos que el mismo viejo trajo desde Chincha, tierra famosa en hembras y atletas danzantes, brujos y viñedos. El último domingo de ese marzo, justo a la medianoche, sacó cuatro maderas de la batea rojinegra, las enjuagó en el mar y las curó cargándolas con la fuerza de Yanachaska, que en idioma quechua significa la ‘Estrella Negra del Amanecer’ y en castellano se

denigra a Venus. Para que su primer cajón fuera digno de las potencias de la madrugada, y siguiendo consejas del hechicero, el viejo Alfonso Cartagena diseñó sobre la arena el siguiente icaro...

Y en una servilleta del bar del hospedaje don Javier dibujó con un plumón de tinta negra:



—“Yo lo vi con mis ojos”, me dijo. Las líneas del dibujo, una vez impregnadas, aunque invisiblemente, en la madera frontal del cajón, fueron luego borradas por la resaca. Pero ya Venus, el Lucero del Alba, a través del icaro había depositado su carácter en el instrumento que habría de transformarse en hembra. Porque el primer vástagos de Alfonso Cartagena fue mujer, se llamó Rosaluz y fue *cargado* con los ímpetus de Yanachaska, la Estrella Negra del Amanecer. El segundo fue hombre, se llamó Benjamín y fue *cargado* con los deseares del mar. Esa misma noche, ya en la cueva, el viejo encendió las tres velas que protegían el vaso de agua donde moraba el Ánima Sola. Baldomero me informó que el nombre-nombre del Ánima Sola es Elegguá, divinidad que acompañó a los abuelos de sus abuelos esclavos cuando fueron traídos del África...

Don Javier se retiene en sus palabras, toma aire como si respirara qué amargas remembranzas:

—Parece que después ya no traían esclavos. “De labios para afuera”, así me dijo Baldomero, “de labios para afuera Europa prohibió la esclavitud pero sus mercaderes acrecentaron el tráfico de humanos”. Si un barco negrero era sorprendido por alguna patrulla en

alta mar, los traficantes, para no ser multados, echaban a las aguas esa gimiente mercadería de cuerpos y grilletes. Baldomero me contó que miles y millares de antepasados nuestros tapizan con sus huesos y cadenas el fondo del Atlántico. Y me dijo que así, como es natural, el negocio ya no era buen negocio. Pero con la sagacidad que aún caracteriza a nuestros empresarios virakocha, aquellos descubrieron, ya que no remedio, por lo menos alivio para sus inversiones. Decidieron no traer más esclavos, decidieron fabricarlos aquí evitándose el riesgo de más multas o pérdidas. Trajeron solamente sementales, padrillos, hembras y machos fuertes y eficientes. Infinidad de fábricas de esclavos humillaron América. Los padres de los padres de Alfonso Cartagena nacieron en lo que hoy es Colombia, a orillas del río Magdalena, paridos en un galpón de ganado. Peor que ganado, de hombres. Es por ello que el viejo Cartagena pescaba exclusivamente desde las orillas, nunca desde alguna embarcación, jamás entraba al océano... Pero te estaba diciendo que el viejo encendió las tres velas, con el ritual del humo unió a sus hijos, con el ritual del humo sobre el agua encerrada, tapizada de osarios y cadenas, donde vive Elegguá. *Me va a vendé, me va a vendé*, así dice un canto de esa época, *me va a vendé, qué vida pasaré*, y un eco de sombras, de silencios hundidos en el mar, lo corea: *la Virgen del Carmen te saque con bien*. Y esa misma noche Benjamín y Rosaluz se convirtieron en marido y mujer. Su padre les rogó que intentaran ser felices.

»*Naci en las playas del Magdalena, bajo la sombra de un payandé. Como mi madre fue negra esclava, también la marca yo la llevé*, así dice la canción: *Estando a solas hacia la noche alzo los ojos y rezo a Dios, pero él escucha tan sólo al amo pese a que el cielo es de mi color*. Y casi amaneciendo el viejo Cartagena salió a la playa. No sé sabe si por fin entró al mar, no se sabe si se deshizo tras los caminos. Lo cierto es que jamás volvimos a verlo. Una joven pareja ocupó esa cueva en las afueras de Las Salinas. *Se prohibió la esclavitud hace muchos, muchos años, se prohibió la esclavitud pero seguimos esclavos*. Así dice quien cantó. *Hoy nos azota el salario, me va a vendé, los hijos de los patrones ya no necesitan barcos*.

Los ojos de don Javier se afilan en la luz del mediodía, excavan en el aire, como bajo del mar, otras palabras:

—Así pasaron días, muchos días. Y por cada día pasaban varias noches, porque fueron eternas las noches en la gruta a cuyo cobijo los hermanos se desbocaban al amor. Más de una vez la imprudencia me aproximó a la cueva. Acuclillado tras un peñasco, no los vi, los escuché: Rosaluz y Benjamín sonaban allá en el fondo, dentro de la penumbra. El niño que yo era trataba de entender y me asustaba, suponía voces de agonizantes, reclamos de ahogados, historias despedazadas a cuchillo, y piratas y crímenes atroces y antropófagos, allí donde nada ocurría sino las ocurrencias del amor, donde nada se escuchaba sino ese silencio afiebrado, bienherido de excesos inocentes, adulterado sólo por las músicas de los cuerpos desnudos y del mar. Hasta que una mañana Rosaluz se halló sombra. Y no supimos más de Benjamín. El hechicero nos aseguraría que la cama de piedra se rompió y brotó un arroyuelo de la hendidura, eso pudimos constatarlo todos, pero nos supo a invento el resto de la historia que nos quiso endilgar: que de aquel arroyuelo surgió el Ánima Sola, Elegguá, y con modales y armonías de hembra sedujo a Benjamín mientras dormía Rosaluz, y que el joven entró por el arroyo, se adelgazó en la boca de la cama de piedra, se extravió entre delicias y corrientes. Rosaluz lo llamó noches enteras, primero amarga, dulce, suplicantemente, después con una cólera sin cauces. Las tormentas que desconcertaron al poblado durante ese verano, según el curandero, nacían de la furia de la esposa-hermana despechada. La muchacha desapareció poco después. Baldomero nos mostró los residuos de una fogata en la cueva, nos quiso hacer creer que Rosaluz se había incinerado...

Don Javier vuelve a aquietarse y a respirar hondamente luego, pero más hacia lejos que hacia adentro:

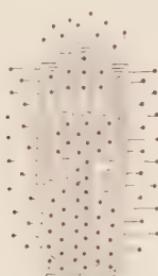
—La casa de mi abuelo se alzaba frente a la primera laguna, la más grande y feliz de Las Salinas, a varios kilómetros de la gruta y sin embargo yo escuchaba cerca, muy cerca, en esas diurnas noches de mi niñez, la protesta postrera de Rosaluz, aullidos y querellas, la dia-

ria pesadilla de su cuerpo quemándose...

Y quitando sus ojos de la puerta, del aire de oro sucio que se obcecaba en cenizarlo todo, allá en la calle, detrás de los ventanales del Hotel Tariri:

—Pero casi no me oyes, estás como en otra parte. ¡Seguramente sigues pensando en Inganíteri! ¡Seguramente piensas qué relación tiene todo esto con la historia de Kaametza y Narowé que tú quieres oír...!

—No es cierto, don Javier —volví a mentir.



La mejor fórmula de reducir cabezas

—Muchas, muchas mentiras se han dicho y se dicen de los tzipíbo, de los asháninka, de todas nuestras naciones. Que los amawaka cocinan y comen cristianos. Que los machiguengas matan a sus hijos cuando nacen mellizos. Que la esposa de un *shapra* es a la vez la esposa de todos los *shapra*. Que los *cashibo* despedazan de a pocos a sus prisioneros en horribles fiestas que duran semanas. Que los brujos aguaruna son ahijados del daño: se convierten en víboras o tigres para exterminar caucheros, petroleros, soldados. Y más calumnias cuentan de los bora, de los *kulina*, de los *piro*, de los *witoto*. Que los jíbaro, entre otras atrocidades, reducen cabezas de humanos sin por qué ni para qué, por placer de salvajes, peores que los peores animales feroces...

Félix Insapillo, hablando, ha crecido a la sombra de la lupuna:

—Casi siempre, quienes así andan llenando orejas con sus falsedades, si es que no hablan por buscar ganancia, por ignorancia es que hablan. Por impotencia mienten, por despecho, ya que nuestras naciones nunca se sometieron a la nación virakocha ni a la religión virakocha ni a sus costumbres de falsedad, ambición y saqueo. Son ellos, descendientes de los extranjeros que no supieron vivir para la vida, que sólo existieron para el oro más bajo, ese sirviente de la carne, ellos, herederos del robo, del tráfico de esclavos, de fortunas como casas sin sentimiento, tristes, levantadas no sobre el suelo sino sobre los huesos de millares de humanos, son ellos y no los jíbaro los legítimos bárbaros...

Félix Insapillo entra y sale prontamente del fondo de un silencio pequeño y arredila con más fuerza sus palabras dentro de la atención de César:

—Dime tú, ¿no es cierto que los virakocha de hace poco tiempo construyeron hornos para quemar humanos, asesinaron a millones, niños, mujeres, varones, ancianos, sin misericordia, millones, de los modos más atroces, en duchas que echaban veneno en vez de agua, hace poquitos años, ayercito nomás? ¿No es cierto que eso pasó ante la falsa ceguera, ante el consentimiento de los jueces, de las autoridades, de los sacerdotes virakocha, cómplices, peores todavía que los mismos asesinos? Dime tú. ¿Y son ellos los civilizados mientras que nuestros jíbaro son bárbaros...?

El penúltimo sol ingresa deshilado, a duras penas, por entre el alto rederío que trenza la copa de la lupuna y los ramajes de los árboles que circundan el claro, encendiéndo de rojo, de naranja, de reverberos imposibles, trazos de oscura espátula, las caras de Iván y César, el retrato del niño amawaka reclinado entre las aletas del gigantesco árbol. Félix Insapillo alza los ojos a la luz y recupera su calma:

—Yo he vivido con los jíbaro, yo he visto. Es cierto que reducen cabezas pero sólo cabezas de enemigos caídos frente a frente y en combate legal. Un guerrero jíbaro tiene derecho únicamente a reducir la cabeza del contendor que él mismo ha dado muerte peleando, que él supo vencer de igual a igual enfrentándolo sin ventaja ni emboscada, previo anuncio de guerra y con armas idénticas. Y no todos los enemigos muertos en esas refriegas, yo he presenciado varias, no todos se hacen dignos de ser decapitados y reducidos. Los más valerosos, los más fuertes y ágiles y llenos de virtudes son los elegidos, sólo ellos consiguen la aprobación del hechicero jíbaro, soy testigo, los he visto reducir cabezas desde su comienzo hasta su final, pasando por varias ceremonias. No es cuestión así nomás, corriente. Es todo un acto religioso, sagrado, de mucho respeto, de bastante peligro para quien lo efectúa...

—Parte de un culto mágico —sugiero yo, más como una pregunta que como un agregado, es inútil, Félix Insapillo ni siquiera me ignora:

—Para ellos es acto sagrado reducir cabezas, sus trofeos de guerra, la última parte de un proceso ritual que comienza mucho antes

del combate. Los jíbaro no solamente arriesgan su vida combatiendo, la arriesgan dos lunas antes y una luna después de la contienda, la arriesgan preparándose, protegiéndose de los maleficios del curaca adversario, la arriesgan durante varios días en la pelea sincera, la arriesgan capturando las cabezas bajo un vendaval de flechas, dardos envenenados, hechizos infalibles, lanzas icaradas y gritos de batalla. Y no apenas arriesgan su vida varias veces: en cada vez arriesgan varias vidas. Porque cuando se enfrentan dos naciones de selva, más que los combatientes, que pueden verse con los ojos y eludirse o imponer su valor o su destreza, más que ellos combaten sus brujos y las ánimas cómplices de los brujos, y lo hacen desde lejos, desde el aire que está lejos y cerca. Desde dos aires irreconciliables se abalanzan los brujos con todos sus poderes, sabiendo —como saben— que en cada hombre muerto morirá más de un hombre, el ánima de ese hombre será robada por el brujo contrario y el cuerpo de esa ánima jamás descansará, la misma muerte le será negada, el descanso de la muerte, no podrá visitar ninguna de las existencias pasadas o futuras, ninguna de las casas de las muertes que viven en el aire. Al existir de ese hombre, habitado por tantos diversos existires, a su mundo que a la vez es todos los mundos invisibles que cohabitan en el mundo visible, le serán extirpados los recuerdos mejores, las potencias mejores, la posibilidad de ocupar otra vida, de proseguir y perpetuarse en algo, un árbol solitario, una piedrita, un pájaro, el volar de cualquier pájaro. Y le será vedado también todo retorno, no existirá ni en niño ni en vientre de mujer ni en el deseo del primer haber, del primer ser, del primer haber sido. Ese hombre, ya viudo de sí mismo, robado de su ánima, no podrá ser ni lo que habrá de ser...

Félix Insapillo entreabre una pausa que Iván y yo aprovechamos para sentarnos junto al niño amawaka, al amparo blancuzco de la lupuna. Creo advertir otra cara hospedada en las facciones de Insapillo, como si alguien que no fuera él, pero que sí, estuviera fluyendo desde su boca. Tal si solamente César Calvo se hallara presente, nuestro primer guía, degradado a cuentista, recobra sus maneras de madera, aquel chirriar de siempre en su garganta y prosigue sin notarnos:

—Más peligros enfrentan en ese momento, al reducir las cabezas. Ahí es cuando más ataca el brujo de los vencidos, ahí es cuando más buscan desquitarse las grandes ánimas que protegen a las pequeñas ánimas de esos decapitados. Cada guerrero jíbaro pone su trofeo boca arriba y se arrodilla en el suelo ante la cabeza capturada y la presiona con ambas manos, fuertemente, hacia abajo. Guerreros y cabezas forman un semicírculo de silencios, de sombras que el brujo jíbaro recorre a saltos imprevistos mascando tabaco y soplando su jugo dentro de las narices de los hombres. De uno en uno, con jugo de tabaco y canturreos de icaro, los inmuniza y los vuelve impenetrables a los daños del brujo adverso que a esa misma hora, con toda seguridad, estará *ejerciendo* y enviando sus poderes para impedir la reducción, para impedir que los jíbaro al reducir las cabezas secuestren el alma y las virtudes de los degollados. Una vez reducida la cabeza, separada para siempre del cuerpo, el espíritu que vivía en ella se condena también a no juntarse nunca con el espíritu que vivía en el cuerpo. Ya su cabeza no será enterrada, aunque lejos del cuerpo pero en la misma tierra que podría reunirlos. Si el brujo contrario logra impedir la reducción y las cabezas son sepultadas con todo su tamaño, cada una de ellas avanzará inexorablemente bajo la tierra hasta encontrar su cuerpo y soldarse de nuevo a él. Pero si el brujo enemigo fracasa y las cabezas son reducidas, los jíbaro se apoderan de lo mejor del ánima de esos cuerpos que dejaron allá en el sitio de la batalla, y se apoderan asimismo de lo mejor del ánima de las cabezas que trajeron en triunfo a su nación.

Y solamente ahora, Félix Insapillo, pero con ojos alejados, mirándome:

—Para reducirlas lo primero que hacen es separarlas del cráneo, dejarlas pura piel, puro cabello y carne, ningún hueso. Cada guerrero coge su trofeo y le hace un corte desde la coronilla hacia atrás, recto, hasta donde era la nuca, con un cuchillo de palosangre o de hueso pero de hueso muy viejo, de esos que ya se han convertido en piedra...

—Y Kaametza descubrió dentro de sí un temor grande, comprendió lo cerquita de la muerte. Y sin pensarlo ni proponerse nada arrancó un hueso de su cuerpo y empuñándolo así como puñal recién afilado, le sajó la garganta al otorongo —me dice don Javier—. Y aquí, bien que me acuerdo, mi compadre Inganíteri detuvo su relato y cerró los ojos y se quedó silencio, inmóvil, escuchando no sé, algo venía de lo hondo del monte, desde los riachuelos que sonaban próximos juntándose a las aguas del Unine.

—Y varios cortes más hacen los jíbaro, precisos, a la altura de la nariz, de los ojos, de la boca, para ayudarlos a salir, y entonces van arrancando despacito, despacito, piel y músculos hasta dejar pelado, limpio, el cráneo. Feo es el humano así, sin cara, puro hueso, sanguando. Únicamente le dejan los ojos, para qué, y la lengua también, dentro del cráneo, para qué ya, te estarás preguntando...

—Seguro que Inganíteri cerró su ojo para no contarme más, para eso. Con su ojo cerrado estaba lo mismo que no hablando. Acaso algo difícil, peligroso, prohibido de contarse, ha de haber siempre en las historias viejas —me dice don Javier.

—Entonces el jíbaro cose el tajo de atrás, todos los cortes que fueron necesarios, cose las cavidades de los ojos, los párpados vacíos, igual cose los labios, todo menos el forado del cuello. Los ojos son fuertemente cosidos para que nada de lo que vio ese muerto

pueda escapar, filtrarse hacia el aire, volver desde el aire a la naturaleza. Para que todo lo que guardó en sus ojos, a lo largo de sus existencias, pueda ser trasladado y depositado dentro de los ojos de su matador. Y los labios, muy en especial, son recosidos, clausurados con más miedo que cólera, para que ninguna palabra salga, ni un aliento siquiera. “Los jíbaro saben que el aliento de las palabras, que pone en movimiento potencias”, dice don Hildebrando, “el aliento de las palabras es lo único invencible ante cualquier conjuro, lo único que conseguiría liberar al ánima-de-la-cabeza y reunirla con el ánima-de-su-cuerpo”. Así cerrados, malamente cosidos los labios, sucederá lo contrario: el silencio de la cabeza atraerá al ánima del cuerpo lejano, la juntará con esa su otra ánima que le fue cercenada, pero su juntamiento se realizará en pequeño, quiero decir que el cuerpo le vendrá reducido a la cabeza, por su orden misma, y se le unirá así, en equilibrio. Solamente entonces todo está ya controlado por el brujo jíbaro, no habrá palabra que desate ninguna fuerza contra él desde el aire. La única boca que permiten es la boca sin lengua, sin idioma, del cuello. Así, brutalmente atravesados labios y párpados por espinas de wikungu, sumergen las cabezas en enormes ollas de arcilla llenas de agua de río que colocan al fuego. Las cabezas deben ser retiradas en un instante mínimo, exactamente cuando el agua parece que va a hervir pero no hiere, miente. Si alguno se distrae y el agua hiere, la cabeza se malogra, no resulta, se le caen las pestañas y el cabello y las cejas, y la carne se afloja, ya no sirve. La última vez que los vi hacerlo, una sola cabeza se dañó, todas las otras fueron extraídas en su tiempo. Recuerdo que la cabeza malograda era bien parecida a esa lámina de los libros de historia, ídem a la del inka Wáskar, ese cráneo donde su propio hermano, el traidor Atawallpa bebió la chicha de la victoria, como si fuera un Q’ero, equivocándose... Los jíbaro, entonces, por la boca del cuello introducen puñados de arena bien caliente, hacen que la arena sustituya la forma del cráneo que se fue. Con piedras planas y más calientes plchan y plchan la cara del trofeo, varias veces cambian la arena de su adentro y recalientan las piedras con las cuales van dando

forma al rostro, recordando las facciones del finado y repitiéndolas poco a poco lo mismo que escultores. Con el calor de la arena y de las piedras la carne va sudando, soltando grasa y agua por los poros que crecen, y la cabeza disminuye, disminuye, llega a ser menos que un puño cerrado, ajustadita y fruncida pero idéntica a como era cuando la cortaron. Horas de horas está así el jíbaro modelando en pequeño la cara de su enemigo. Al concluir su obra ya ésta no guarda para él la más mínima importancia, ya le ha sacado el ánima, ya le ha expropiado sus virtudes, ya el ánima-de-la-cabeza no podrá nunca juntarse con el ánima-del-cuerpo. La cabeza sin alma y sin tamaño no es nada ya para el jíbaro... Eso es lo que recuerdo de la primera vez que me obsequió ayawaskha mi padrino. Eso fue lo que vi.

—Mi padre sabía reducir cabezas —dice Iván Calvo—. Más de una vez lo hizo en las selvas del río Napo, entre los jíbaro del Ecuador. Allí aprendió, vivió y me contó en detalles. Las ollas que tú has dicho, Insapillo, son ollas especiales, nadie más que el brujo puede tocarlas, ni siquiera mirarlas. El brujo las recubre por dentro con hojas anchas que únicamente él sabe y así las conduce al sitio de la ceremonia, de una en una cargándolas él mismo, caminando prácticamente entre ciegos. Y el brujo ha *curado* antes a las ollas, ha ayudado bastante tiempo *cargándolas* de poderes que ni él mismo puede controlar totalmente en su término. Lo mismo pasa con el agua de las ollas: el brujo la prepara con hierbas y raíces que no debe revelar. Por último, eso que has dicho de que las cabezas una vez reducidas ya no tienen valor, es verdadero y es falso. Cada jíbaro se esmera en cortar la cabellera de la cabecita y la guarda como el tesoro máspreciado ya que los demás miden el coraje del varón según el número de cabelleras que ostenta atadas a su cintura en las ceremonias, las guerras o las fiestas...

Ido el atardecer Félix Insapillo e Iván Calvo seguían discutiendo, esta vez acerca de los hábitos alimenticios de los grandes vampiros del Marañón. Ellos dos por hablar, yo por escucharlos, ni nos percatamos de la ausencia del pequeño amawaka, del enviado que

ahora, con alivio, veo que ya regresa, y en la más incitante compañía, considerando el hambre que me tortura, vuelve arrastrando un lagarto blanco y tierno, sumamente tierno, de menos de dos metros, que desollamos y asamos y paladeamos sin conseguir creerlo, se trata sin duda de la carne más sabrosa que he comido en mi vida. Y luego, para colmo de fortuna, por primera vez desde que salimos de Atalaya no precisamos dormir atrincherados en los mosquiteros. La noche llega fresca, viento recién lavado, ahuyentando insectos, temores, alimañas, y trayéndonos ruidos olorosos y amables, idiomas y aleteos de animales pacíficos, músicas y pisadas, sólo recuerdos buenos.

Sentado sobre la tierra limpia, recostado en un tronco que huele a menta, a garúa, a cuaderno estrenado y a lápiz-borrador de la niñez, respiro altas confianzas. Enciendo un cigarrillo, justamente el último, con la última cerilla que me queda. La lumbre del fósforo, más que develar, me obsequia un paisaje inconcebiblemente hermoso, hermoso con maldad, esa cruel inocencia con que se nos entregan ciertos sueños, y hasta ciertos amores, sabiendo bien que son irrepetibles. Y sin embargo miro, detrás de la luz del fósforo que está a punto de quemarme los dedos, miro y miro la selva, la noche de la selva, como si se tratara de la primera, como si fuera la única noche de toda mi existencia.

—¿Qué te sucede...? Los ojos se te han aborregado —dice sonriendo, escrutándome, César.

Yo arrojo la cerilla y la escucho caer en la sombra, allá, dentro del paisaje que sigue estando aquí, por y para nosotros aunque ya no podamos verlo. Consigo ver en cambio la voz de César que insiste y alegra a la negrura:

—Ese es el verbo exacto: aborregado. Sí: los ojos se te habían aborregado, parecía que estaban llorando miel.

Final de la historia de Kaametza y Narowé que no tiene final

Un sol desfalleciente, menoscabado por esa hora ínfima que duda entre las últimas sombras de la tarde y las primeras de la noche, nos otorga una claridad sin luz desde las ventanas del Hotel Tariri.

—No es cierto, don Javier —volví a mentir.

—Tú sabes bien que sí, y sin embargo hay una relación entre los hijos del viejo Cartagena y los del dios Pachakamáite, y más todavía entre Narowé y mi compadre Babalú. En todo caso, pienso solamente, tiene que haber alguna relación. ¿No ves que no existe la casualidad? Todo, siempre, ha de esconder su relación con todo. Sólo hay que merecer para poder descubrir el nexo oculto, los resortes oscuros, el hilván invisible de las cosas y de los hechos y de las personas. ¿Por qué los conquistadores descuartizaron a Tupaq Amaru, la Serpiente-Dios, y sembraron las partes de su cuerpo distantes, dirigidas hacia las cuatro esquinas del universo que lo ignoraba todo, hacia las cuatro noches de la casa del maestro Hildebrando? ¿Me estarás entendiendo? ¿Por qué el cuerpo de Juan Santos Atao Wallpa, negándose al entierro, ascendió por los aires y desapareció echando humo? ¿Por qué los quechuas de hoy, en sus historias, hablan del dios Inkarrí, de su cuerpo de gigante despedazado, de su cabeza que fue enterrada con todo su cabello, con todo su tamaño en las faldas del cerro Wanakawre del Cusco, y de sus miembros que avanzan cada año, dispersos, más y más, bajo la tierra, y que un día llegarán a juntarse con su frente de sabio? Dicen que cuando ocurra lo que habrá de ocurrir, el dios Inkarrí, ya entero, brotara de lo antaño y recomenzará su antigua lucha y devolverá la libertad y la tierra a

todos los indios del Reino del Perú. Todo tiene relación con todo. Y más aquí, en la selva. Esta tierra está hecha de hermosuras que jamás se han contado, o se han contado malamente lo cual ha sido peor que callarlas. Tú has visto, por ejemplo, estos dibujos en las paredes del Hotel Tariri. ¿Sabes que sólo son copias de cushmas y mantos de nuestros indios tzipíbo? Pero han sido copiados de mal modo, sin saber. Para quien trasladó estos trazos a los muros, no son sino adornos, rayas bonitas, y el asunto es distinto para los tzipíbo que hicieron los originales. Y para mí también, porque yo ahora sé. Los tzipíbo, en cada manto, con esos mismos trazos que aparentan caprichos, han retratado a alguien. Cada dibujo suyo es el retrato del ánima de algún pariente, de un su alguien muy querido. Los tzipíbo son retratistas de almas, por eso nunca encontrarás dos diseños iguales en sus ponchos, por más que a simple vista, a vista de foráneo me refiero, todas sus pinturas se confundan. Mira el dibujo de esta pared, ¿bonito?, para tus ojos seguramente no es otra cosa que un dibujo bonito. Yo lo observo sabiendo ya lo que es y lo que ha sido, sabiendo que cada línea que baja o se detiene expresa una relación, una vinculación irrevocable con la conducta y con los sentimientos, vivires o flaquezas particulares del alma de alguien. Hay un hilo invisible, pues, que se puede llegar a mirar, que se aprende y que no se ve con los ojos del cuerpo material. Yo contemplo esta pared pintada y en realidad no estoy contemplando una pared pintada. ¡Ahí está nítida la cara del ánima de un hombre! ¡Ahí están las facciones de su alma, claritas...!

—Retratos lineales —dije como hablándome—, parecen mapas de ciudades...

—¡Exactamente! —exageró su voz—. ¡Eso es, retratos lineales! ¡Y no es que parezcan mapas de ciudades sino que lo son! ¡Sí: las almas son ciudades en movimiento! ¡Los dibujos tzipíbos son mapas, pero de ciudades boscosas, tasajeadas por imposibles ríos y no por avenidas, laberintos de trochas y no callejitas disciplinadas, amores y barrancos y tristezas y pantanos en vez de parques fríos y cines y alamedas! ¡Mapas de ciudades, más que retratos de almas! ¡Casas

que cambian de lugar, lo mismo que los días de la vida en la selva, lo mismo que las casas de los asháninka que se mudan cada año y queman sus cabañas y sus chacras y le devuelven todo a la maraña y se van a otro lado y comienzan de nuevo a construir su tambo, sus sembríos, su vida, y vuelven a quemarlo todo al año siguiente y vuelven a partir y a renacer! ¡Y no como nuestras ciudades que nacen y ya saben su futuro, encadenadas al óxido de la costumbre, ya saben cómo habrán de ser los días y los hogares y las calles que las esperan! ¡Nuestras ciudades civilizadas nacen ya muertas, se parecen a esos esqueletos de los árboles tiernos, agusanados sin alcanzar su madurez! Porque si el objetivo del llamado progreso, de la llamada civilización, es obtener la felicidad del hombre, todo eso es un fracaso. Los asháninka, los campa, en cambio, son felices, viven en armonía con la naturaleza de lo real-real y con la naturaleza de lo real-soñado, no disputan a nadie su espacio de existir, y son ellos entonces, y no nosotros, los civilizados, los propietarios del progreso, los vivientes. ¡Ciudades vivas, eso es, selvas llenas de puertas inesperadas, abiertas solamente para quien sabe verlas, para quien sabe hacerlas, atravesarlas y merecerlas, en la ensoñación y en la vigilia, puertas invisibles entre la espesura y el peligro constante, riesgos que dignifican, daños que fortalecen...! Y hay más cosas, muchas más relaciones que tú irás aprendiendo. Los indios bora, otro ejemplo, conversan mediante pífanos y tambores. Un extraño los oye tocar sus instrumentos y únicamente oye sonidos, pero para los bora la música es idioma, las notas musicales se entrelazan en palabras precisas, y para ello utilizan una signografía decimal. ¡Una signografía decimal-musical, imagínate! ¡Escritura sonora y numerada, imagínate...!

»Pensando en eso, pienso nomás pregunto: ¿no será que los inkas alcanzaron un sistema de escritura tan perfecto como su arquitectura, por ejemplo, y después decidieron desaparecerlo y retornar a esa forma de escritura secreta y matemática que sugieren los quipus, la única que ahora malconocemos de ellos? ¿No será? ¿No es la misma signografía decimal la de los quipus inkas y la de los pífanos y tambores de los bora...? ¡Cuál relación será, que todavía no mere-

cemos ver, entre esas dos naciones tan aparentemente distintas y distantes en espacio y en tiempo...! ¡Qué de cosas verá, por ejemplo, otra vez, un campa o un tzipíbo, allí donde tus ojos o los míos alcanzan solamente a distinguir un nido de hormigas ishinshímis, o una flor de tzangapilla, o un mar de lucecitas en lo oscuro, luciérnagas, pupilas de otorongos, así como mi ahijado Insapillo advirtió miles de ojos de difuntos en donde nada había para ti, para mí, sino ese musgo antiguo que fosforece en la corteza del palosangre muerto, del shiwawako derribado que nos veda el sendero como un muro! ¿Y por qué los indios piro desde siempre conocen al río Unine como Caño de Labios de Sangre? ¿Crees que es por los bosques de palosangre que bordean las riberas del Unine cuando entra al Ucayali? ¿No miras nada más...? ¡Qué luna sepultada y retumbando en el fondo del río verán aquellos ojos ahí donde los nuestros sólo atisban un centenar de lámparas quebrándose en lo alto del follaje! ¡Y qué voces llorosas y lejanas oirán sus oídos ahí donde tú escuchas, o yo escucho, una risa que brota salvadora de lo profundo del monte! Pues lo que ya no es más, lo que ha pasado, aún conserva vida, dentro de una vida distinta se mantiene, inmune a los amores y a los desastres del tiempo. ¡Y cuántas existencias contra el tiempo querrá ser un guía, un niño amawaka por ejemplo, cuando dice que hubiera querido ser el cuerpo de una bala frente a la sinrazón de los caucheros, y nada pudo ser sino una lanza!

—Cuando sentí allá arriba del árbol la picazón de las hormigas me desesperé —dice Félix Insapillo—, ¡hubiera querido ser una bala para bajar más rápido...! Me tomé de una liana y empecé a resbalar maldiciendo, no sé cómo la liana se rompió, se me quedó en las manos y me desbarranqué hasta el mismísimo suelo, era plena noche, no podía saber a qué distancia estaba el piso, y me caí parado, sin doblar las rodillas, más tieso que una lanza.

—¡Y nada pudo ser sino una lanza! —me dice don Javier—, ¿te imaginas? ¿No es irracional suponer que los inkas, fantásticos en tanto que hoy mismo ni siquiera podemos equiparar, hayan sido incapaces de una escritura siquiera jeroglífica...? Mira, aquí he copiado un párrafo del cronista español Antonio de la Calancha, escrito en 1638:

“En un lugar llamado Cruz de Cailloma, con un género de conchuelas y una yerba, mezclado lo uno y echo emplasto de lo otro, atajan el cáncer los indios”.

»¿Te imaginas? Mucho de la sabiduría del maestro Ino Moxo le ha llegado, de maestro en maestro y de siglo en siglo, en sesiones de intercambio de conocimientos, esos viajes astrales de ayawaskha, desde la época de los inkas, más lejos: de los urus. Ellos sabían que toda enfermedad es más que una enfermedad, como todo lo que existe sobre la piel terrestre. Es también, fundamentalmente, una sanción. No hay enfermo sin motivo. Las enfermedades de los hombres no son como los hombres, que siempre perdonamos las injurias y nunca perdonamos los favores. No. Toda dolencia es sentencia, castigo que recibe el ánima o el cuerpo de quien ha cometido algún daño con su cuerpo o con su ánima. El maestro Ino Moxo también lo sabe así. Él repite que todo, absolutamente todo, es merecimiento, y cura en consecuencia, igualito que los inkas y los urus hacían. Pero acaso no debo decir más. Cuando lo veas, si es que llegas a verlo, el maestro Ino Moxo te dirá lo que merezas escuchar, él mismo te dirá lo que merezca ser dicho...

Y girando y girando su cabeza, don Javier, igual que atornillándola en otro cuello, y luego de solicitar a grandes risas dos vasos de aguardiente envejecido en hojas de hiporuru y en hiriente candor de clavowashka:

—Nosotros no diagnosticamos únicamente a la carne del cuerpo material, así, en frío, como los médicos diplomados. Apelamos

a la soga-del-muerto para diagnosticar completo, porque el ayawaskha sabe. Y una vez tomada la decisión de curar, una vez recibido el permiso, la orden, tratamos que la cura también sea completa, no nos limitamos a velar solamente por la tierra palpable del enfermo, con igual atención nos dedicamos a encauzarlo en su sangre secreta, esa sangre sin tiempo que circula sólo durante la noche, cuando despiertan los sueños...

Y volviendo a sonreír:

—Porque tú has de saber, amigo Soriano, que el sueño es una cosa que a mí, por lo menos a mí, me hace cerrar los ojos... —y regresando, sus ojos y su voz, a cierta sombra—: Es por eso que nos desgastamos tanto ayunando y nos esmeramos tanto *curando* vegetales, vegetales de piedra o de agua o de madera, *cargándolos* de fuerzas adecuadas, recogiendo del aire los icaros puntuales, dándole a esos remedios los poderes...

—El maestro Ino Moxo me enseñó mucho más —me dice Raúl Vásquez, el Juglar de la Selva—. Yo era muy niño cuando lo conocí y sin embargo me acuerdo como ayer. Él me reveló canciones mágicas que unos llaman icaros y otros bubinzanas. Y algo más precioso: me enseñó a recoger las músicas que viven en el aire, a repetirlas sin mover los labios, a cantar en silencio, “con la memoria del corazón”, como él mismo decía...

—Dándole a esos remedios los poderes que no les vinieron de natural, de nacimiento, aumentándolos con los cánticos y las potencias que desconoce la materia-materia. Porque si no existe enfermedad que sea únicamente enfermedad, los remedios no pueden ser únicamente remedios, ¿no te parece?

—¿Estás viendo esos cerros? —oigo que dice Iván.

—Ahorita mismo iremos para allá, detrás está el río Mishawa, la nación de los amawaka —oigo que dice Félix Insapillo.

—Al borde del Mishawa vive Ino Moxo —dice César.

—Dentro de dos días, justo en la media tarde de pasado mañana estarás hablando con la Pantera Negra —sé que me dice alguien pero no supe quién.

—Ese mismo día Kaametza y Narowé tuvieron cuatro hijos. Al día siguiente concibieron dos más, al siguiente otros dos, así hasta completar cinco parejas. Porque el dios Pachakamáite había dispuesto que fueran cinco hembritas y cinco varones, y que en apenas unas horas pudiesen alcanzar su plena adolescencia. Y había dispuesto que Narowé ordenara. Y Narowé ordenó. Y los muchachos se despidieron, dejaron atrás el Gran Pajonal y se dispersaron por el mundo, hacia las cuatro esquinas del universo que lo sabía todo. Pachakamáite había dispuesto que fueran por el mundo y que de ellos nacieran las primeras naciones. Así una pareja fundó la nación tzipíba, otra la nación amawaka, otra la nación jíbara. La cuarta pareja llegó hasta lo que hoy es el lago Titikaka y allí fundó la nación de los urus...

»Los urus, los legendarios urus, quienes mucho después pusieron a la Hermana debajo del Hermano enviándolos al cerro Wanakawre para que allí, en su cumbre, el incestuoso falo de oro penetrara el Ombligo del Mundo y a sus faldas pudiera desplegarse —¡sismo sagrado, salto del dios Puma!—, el contorno de piedra y de silencio de la ciudad del Cusco.

»Y desde allí, más astutos que garras y colmillos de seda, partieron los ejércitos inkaicos rumbo a las cuatro esquinas del universo, que lo ignoraba todo, del mundo que pacía sobre un vértigo inmóvil, de venado, su inconsciente hermosura. ¡Propósitos de luz de doble filo, si no te hiela el Sol te arde la Luna! Así los fundados por la cuarta pareja fundaron a los inkas y los inkas, obligando a los pueblos a ser libres, instalaron su Imperio. También así, enseñando a traición la lealtad, los conquistadores españoles fundaron cementerios en lugar de naciones. Fundaron y habitaron cementerios. ¡Con

la infalible cruz desenvainada decapitaron y decapitaron hasta favorecer su propio cuello!

»Todos fundaron todo, por si acaso, adoraron lo efímero al predicar lo eterno. Si empollaron creencias, cóndores, aventuras, fue por miedo a la tierra, no por amor al cielo.

»Y los urus llegaron a saberlo todo. Y no se contentaron. Uno de los cuñados de Inganíteri, el más anciano de todos los ancianos del Gran Pajonal, me informó muchas cosas de los urus, relatos que le vienen desde atrás en el tiempo de muy lejos, desde la misma boca de Juan Santos Atao Wallpa. ¿Sabías que Juan Santos Atao Wallpa en sus días de alzado llegó a vivir y predicar entre los urus? Pero lo desdenaron, no aceptaron seguirlo contra los invasores. ¡Ah, los antiguos urus, los grandes fundadores, ellos sí se hubieran sublevado! ¿Se hubieran sublevado? Pero no les dijo que él también iba a combatir por una mujer, como lo hizo Inganíteri. ¡Ah, los antiguos urus! ¡Ellos domesticaron a las piedras gigantes! ¡Con icaros, cantando, de un universo a otro las movían! Y mucho más hicieron en su primera edad, sólo empresas azules, anaranjadas, generosas, que contagian rumbos de paz y bienestar a los demás. Despues modelaron otras vías, existencias resecas, arcillas que únicamente envaneían a sus vanos dedos. No satisfechos con saberlo todo, para nada ejercieron todo lo que sabían. ¡Llegaron a tener, en una sola vida, varios cuerpos! ¡Y para cada cuerpo varias sombras! ¡Viajaban sin moverse, sin partir, llegaban de antemano, antes que ellos, como los animales de los sueños! ¡Se enviaban a sí mismos, igualito que recados, a los tiempos y mundos más distantes, a los mundos y tiempos más distintos! ¡Y andando en ellos, haciendo que Este fuera el Otro lado, existían también en nuestra Tierra y a la vez en el aire y a la vez respiraban como lunas al fondo de los ríos, con dos cabezas al fondo de los lagos!

»Los urus capturaron los misterios, todos los misterios. Y los conocimientos, todos los conocimientos, pero no para ansiarlos con respeto, no para poseerlos libertándolos sino para criarlos en beneficio de su mal oficio, cebándolos lo mismo que a dóciles rebaños.

»De tal fatua saliva, sin saberlo, después recogieron lo peor, las peores lenguas de los invasores. ¡Porque los invasores, raíz más feble pero más frondosa, la copa de la sangre, talaron, trastocaron, desenfrenaron todo! ¡Parearon los amores con aves desalmadas, con sus bestias de carga, con sus peces de adorno! ¡Lo saquearon, lo emputecieron todo! ¡Cayeron hacia el cielo con los picos abiertos, y no como los urus, por vanidad de sabios, sino como ellos mismos, como los invasores virakocha: por su sola rapiña de ignorantes...!

»Los urus fueron, en menor, para los inkas, y los inkas para los españoles, ejemplo del error en el desorden, ambición que falsifica sus razones. Pero también fueron su contrario: presagio de tempestad, como el viento sembrado, anuncio de las dulces vindictas, esa vendimia que hasta ahora esperan los asháninka cuando esperan el regreso de Juan Santos Atao Wallpa, la juntura del cuerpo del dios Inkarrí, la reunión de los miembros de Tupaq Amaru con su cabeza de Serpiente Resplandeciente. El retorno de Tupaq y de Amaru, de la Serpiente y de Lo Que Resplandece: el tiempo de Cuatro Esquinas, Tawantinsuyu, en un único tiempo verdadero...

»Así es, así ha sido. Los urus desobedecieron a la Noche: la dejaron sin luz y sin enigmas. Los invasores virakocha desobedecieron al Día: raptaron a Mamántziki, su nuera más querida, y se la devolvieron a Pachakamáite, peor que sombra sin cuerpo. Juan González lo sabe, él me lo dijo. Juan González es uno de los pocos shirimpiáre que posee la fuerza de hacer volver al tiempo de hace tiempo. Él cosió los pedazos de ese tiempo, los hizo bajar del aire y, viajando entre los avatares de su polen plateado, existió entre los urus. Juan González me informó que los urus tenían sangre negra, eran altos, el doble de nosotros, en su inicio, y ningún daño los hería, ninguna muerte los mataba, y por ello confundieron a la soberbia con la sabiduría.

»Pecaron de inmortales, nuestros abuelos urus.

»Y por eso, solitos, sin guerrear contra nadie, únicamente de no tener más hijos, solitos, de uno en uno, los urus se extinguieron.

Por fin, a los dos días de haber mediodormido al pie de la lupuna blanca, avistamos el pueblo de Ino Moxo. El pequeño amawaka se detiene, adelanta su perfil por entre unos arbustos, casi pestañeándose los ojos, ahora reparo que los tiene color de lágrima, casi pestañeándose con los débiles garfios de un enredo de garabato-kasha, punzantes lianas abrazando la juventud de aquella pomarrosa que se alzaba como uno de los últimos linderos, como una de las últimas señales que demarcaban la entrada al poblado. La mano del muchacho esboza un gesto breve, indica que avancemos, que pasemos bajo las lianas, que ingresemos por esa suerte de puerta natural y boscosa. Por sobre la cabeza del pequeño amawaka, ¿de cabellos marrones?, verdegrisea una muralla de bambúes y detrás columnatas de humo de cocinas dispersas. Félix Insapillo adelanta su cabeza cuadrada, roza la inconcebible lozanía de la cushma del niño nativo, sólo ahora comparo, así nos describió don Hildebrando a la cushma amarilla del inka Manko Kalli, y con los mismos tatuajes del vaso ceremonial que vimos en su casa de Pucallpa, los mismos de ese Q'ero con que César se convirtió en ayúmpari del brujo... Tras de Félix Insapillo pasa Iván, tras de Iván entra César empujando bejucos y hojas frías, tras de César entra mi cuerpo, mis ojos que se alarman sobre la cara del amawaka, ¿ya te dije que tenía piel mestiza?, e ingratamente nos atolondramos hacia el caserío dejando atrás al niño que nos hubo guiado. Reparo en ello, quiero repararlo, vuelvo con la intención de despedirme, ¿cómo se dirá gracias en dialecto amawaka?, pero ya no encuentro a nadie bajo la pomarrosa.

—Al chullachaki creado para portar daños —repite don Juan Tuesta—, allá lejos, en una vieja noche amanecida en la isla Muyuy, a ese chullachaki lacayo del Maligno lo podemos distinguir porque calza en su pie derecho una huella de tigre o de venado, por más que se disfraze con el cuerpo de algún amigo

nuestro. El otro chullachaki, en cambio, es engaño que sirve a la verdad, es persona del bien y nadie-nadie puede deslindarlo, perfecto es en sus pies, perfecto en todo, humanamente humano.

El pequeño amawaka, piel mestiza, ojos extraños, cushma impecable siempre y amarilla, no entiendo. Además desaparece ante nuestros ojos. Prefiero pensar nada, me apresuro sobre la trocha escuálida en dirección de aquella muralla de bambúes y de columnas de humo.

—A ese tipo de chullachaki no lo distingue nadie —insiste don Juan Tuesta en mi memoria. Es apariencia de persona pero de persona completita, perfecta. Solamente los ojos avisados perciben que su cuerpo no es un único cuerpo. Más que varias personas, varias vidas parecen habitarlo. Como si cada parte de su cuerpo tuviera una existencia divergente, diversas existencias que sólo ante los ojos de los otros el chullachaki armoniza en una sola. Esos chullachakis no saben lo que es daño, no malquieren a las gentes ni a las cosas. Únicamente existen, todo el tiempo que existen, para lo bondadoso, para ayudarle al bien.

Mi memoria me vuelve hasta el Mapuya: veo a Iván dándome alcance en el sendero, luego de no haber matado a la wapapa carnícera, lo estoy viendo avanzar delante mío sin delatar sus pies sobre las ramas y charcas que a mí me deslomaron, bajo la nubareda de insectos que, ignorando a Iván, lanceteaban mi cuerpo. Lo estoy mirando llegar a la lupuna blanca donde Félix Insapillo conversaba con César pero lo veo sucio de ramajes y de telas de araña, la camisa raída por espinos, lunareada de sangre, rasguñada de agujones sedientos.

—Se hizo, pues, la luz —prosigue don Javier con voz ajena—. Del placer compartido fue que nació la luz. Y el Sol, el Padre Inti, nació junto con la Luna, la Madre Killa, en una sola luz: Intikilla, y junto con las estrellas. Porque en ese primer entonces el día y la noche

vivían dentro de un único uno, no había diferencia, de día era y de noche era al mismo tiempo. Y en el medio: Kaametza y Narowé, felices. Hasta que pasó lo que pasó. Narowé despertó y no encontró a Kaametza. En su despertar no la encontró. Volvió a dormirse. Pero tampoco la encontró en su sueño. Y despertó otra vez. Y otra vez se durmió. Y se volvió a dormir y a despertar hasta que su vigilia fue su sueño, su más único sueño, Intikilla, y ambos eran desiertos ante los ojos de su corazón. A la sombra de aquella pomarrosa soñó que despertaba y la pomarrosa no tuvo más sombra para él: ya Kaametza no estaba. La pomarrosa sola, sin soledad siquiera, se regresó a ceniza. Igual que cuando todavía no había nacido, todo se volvió sombra, polvo de sombra fría frente al alma sin párpados de Narowé. Su propio cuerpo retornó a cuchillo de hueso de ceniza. Narowé miró el cielo. También el cielo regresó a ceniza. Miró pájaros, pajonales, ríos, piedras, y piedras y ríos y pajonales y pájaros volvieron a ceniza. Pero eso sucedía solamente en su sueño. En su vigilia era peor: el mundo proseguía sin Kaametza.

En lugar de Kaametza el mundo sólo miró una huella larga, de baba menos lenta que amarilla, hundiéndose entre los matorrales. ¡Era el kotomachácuy, era la huella de sus dos cabezas que se diseminaba en rumbos quietos hacia el fondo de todos los lagos de la tierra...!

Y Narowé se abalanzó, fue un desespero desorientándose entre la maraña de mentiras, de ausencia, de senderos fangosos. Un trecho más allá tuvo que caminar al tanteo, peor que ciego, en esa noche breve que los bosques provocan al tupirse de golpe, sin piedad, confundiendo a los monos nocturnos bajo el espeso techo de lianas y de copas copiosas. Justo a la salida del bosque condenado para siempre a la noche, allí donde el sendero simulaba volver a ser sendero ensanchándose por fin reconciliado con el cielo quemante, nos dimos con un nuevo impedimento: la increíble desmesura de un shiwawako derribado nos vedaba la trocha como un muro. Narowé lo escaló

en un instante hendiendo la corteza con manos y con pies como si fueran garfios fabricando peldaños. Yo, en cambio, demoré trepando sobre mi propia sombra, encadenándola hacia lo alto de aquella muralla de bambúes y de columnas de humo, cayendo torpemente al otro lado del tronco enmohecido, sobre la misma senda desolada. Así y todo, maltrechos, proseguimos andando. Gruesas gotas caían desde el cielo resquebrajado por un sol de miedo. Alcé la mirada: las gotas no caían desde el cielo. ¡La lluvia de otro tiempo rebalsaba los ojos de los árboles deslizándose en vano como el llanto de un muerto! Lancé mi cuerpo entonces a correr por la trocha zigzagueando agachándome saltando charcos fétidos buscando dar alcance a Narowé. Cuatro siglos anduve sin poder encontrarlo. Cuando ya me creía despoblado, el esposo sin esposa surgió detrás de mí. Algo como un reproche manaba de sus ojos, sólo ahora comprendo que me miró con lástima. Pues cuando yo avanzaba, atolon-drándome, en verdad no avanzaba. No iba ni en su busca ni en busca de nadie. Estaba huyendo. Huyendo de mi sombra, de mí mismo, del primer miedo, de esa inútil lluvia.

—¿No te habrá hecho daño el ayawaskha? —me dice don Javier pero no es a su voz a quien atiendo, ya solamente puedo escucharle la boca, los dos labios pegados amándose, acallándose, encallándose como peces de plata:

—Cuando Narowé despertó sin Kaametza, el día se separó de la noche. Y Narowé conoció la soledad. Luego de la segunda soledad conoció la cólera. Y cuando fue inaugurado por la rabia fabricó el primer arco y la primera flecha. Y de un solo flechazo derribó a la luna, a la primera luna que tuvo nuestro mundo, porque tú has de saber que la que ahora vemos es la cuarta luna que acompaña a la Tierra.

Y asomando detrás de mis visiones, don Javier, apartando bambúes azules, mudos, anaranjados:

—De pura rabia la derribó, porque el kotomachácu no había y no había Kaametza. La luna entonces era un tronco hueco. Narowé la derribó y comenzó a golpearla con un palo. Y la luna sonó,

retumbó fuerte, lejos. Fue el primer manguaré de nuestra selva. ¿Has escuchado un manguaré, esa especie de cajón, de tambor de árbol que los nativos hieren para comunicarse, invitarse a las guerras o a las fiestas? La luna fue el primero que sonó en esta Tierra, bajo la furia de Narowé reclamando a su esposa e invocando venganzas que perduran. Y pasó el tiempo en vano. Ahí fue que el tiempo se amansó y dividió, igualito como el Río Sagrado, el Urubamba, el Willkamayu de los inkas del Cusco, padre del Ucayali y abuelo del Amazonas, que no tiene parientes. El tiempo pasó en vano y nadie respondió a Narowé. Y Narowé conoció el sabor de las lágrimas. La pena conoció. De pena, de abandono, se puso a llorar y a maldecir sin término. Cuando las dos ánimas de su rostro se secaron, ya Narowé se encontraba en el fondo de un insomitable río. Así fue, y no de otra manera, que nació el Amazonas. “De los párpados huérfanos de nuestro primer padre brotó el río Amazonas...”. Asimismo me lo dijo Inganíteri. Y diciéndolo, nunca sabré por qué, se dio vuelta negándose a sus lágrimas. Ahora pienso que él no quiso llorar solamente para que yo no llorara. Como si mis ojos estuvieran en su rostro, imagínate. ¡Y claro que mis ojos estaban en su rostro en ese rato...!

Y don Javier, por fin con voz que reconozco:

—Ahora mismo se halla Narowé, en el fondo del río, riscando las crecientes, los desbordes, perdonando a la luna, musicando. Porque la verdadera luna continúa en el fondo del río-mar, abajo. Y esa otra que vemos en el cielo no es sino su reflejo...

—¿Y la quinta pareja? —lo regreso—. Si una pareja fundó la nación amawaka, otra la nación tzipíba, otra la nación de los urus, otra la nación jíbara... falta una pareja... ¿ella fue quien fundó a la nación virakocha...?

Don Javier titubea, mira la grabadora, carraspea una vez, una vez más, con fuerza, y por fin se decide:

—La quinta pareja se perdió, no se sabe.

Y otra vez alejándose, creo que para siempre:

—Mi compadre Inganíteri, al menos, dijo que él no sabía.

—Pero no fue Iván quien regresó a buscarte —dice don Hil-debrando con la cabeza gacha apartando bambúes de colores, visiones que acaban de poblar la antesala del Hotel Tariri.

—Lo que él creía que era realidad era el reflejo de la realidad —lo apoya don Javier.

—Era el reflejo de otra realidad —corrige desde el aire el fínado Inganíteri.

—La verdadera luna no se encuentra en el cielo sino en el corazón, en la memoria del corazón —dice Juan Santos Atao Wallpa.

—Es más que un tronco hueco, un manguaré, un cajón que yo toco desde el fondo del tiempo —confirma Narowé.

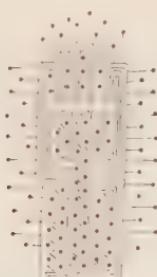
Avistamos el humo de cocinas del pueblo de Ino Moxo: nuestro guía amawaka se detiene bajo una pomarrosa abrazada por un brillante enredo de garabato-kasha y hace un corto ademán con el brazo, invitándonos. Ingratamente nos atolondramos hacia el caserío, cruzamos esa especie de pórtico de ramas dejando atrás al niño que nos trajo. Las primeras cabañas relucen desoladas y pardas de techumbre, protegidas por un cerco natural de bambúes. Félix Insapillo delante, después Iván y César, hacen fila rumbo al poblado. Yo atajo mi ansiedad, me doy vuelta para nada: el pequeño Ino Moxo ha desaparecido.

—Se ha ido a buscarte, es por ti que se ha ido —dice dentro de mí una voz que confundo con la de don Javier. Y en realidad no es un niño, no es la infancia chullachaki del Brujo de los Brujos, es el tiempo sin tiempo, y no este tiempo que construye ruinas y conduce las vidas a la muerte sino el guía de la muerte que vive. Este niño es el guía de las vidas que no mueren jamás, el eterno fabricante de la hermosura y la felicidad...

Y un poco más allá, delante mío, la voz agrega sin dejar de caminar:

—Se ha ido porque acaba de escuchar tu disparo, ya nunca podrá encontrarte...

Yo me apresuro sobre la trocha escuálida, alcanzo a los demás y entro con ellos al caserío de los amawaka.



III
I N O M O X O



Y nos fue concedido conocer a la Pantera Negra

No por amplia sino por distinta la choza de Ino Moxo se nos figura el centro del poblado, el fundamento de esta dispersión de columnatas de humo y de cabañas con viseras de paja amarillenta, sin embargo se yergue sobre un tímido extremo del caserío, más bien ya fuera de él, como quien va camino del río Mishawa. Y al Mishawa volvimos antes de lo imaginado, luego de saludar al viejo jefe de los amawaka, manos que titubean en su mano, ojos que no se atreven a los suyos, y luego de aceptarle un mate de chicha hecha con yucas masticadas y saliva de hembraje, el fraternal y forzoso masato que ciertos nativos aderezan con harina de huesos de sus antepasados.

Ignoro en qué momento se incorporó de la esterilla, nos invitó a conversar en la ribera del Mishawa, crujío el entarimado de ponas de su cabaña inclinada. Las demás casuchas, por aquí, de donde asoman con temor, por allá, negándose, tristes pechos al aire, mujeres, taparrabos, tras una compasión de árboles mansos: *chimicúas*, shapajas, más atrás capironas, y más atrás la frente de un *sapote*, una espintana, tres *wakapuranas*, un *ojé* que discrepa del verdor entre las nubes tardas. Ignoro en qué momento descendimos los tres peldaños rudos de su casa, apartamos las lianas de la *pashakilla* que enmarcaba la entrada, descubrimos la trocha zigzagueando hacia el río, caminamos en fila detrás del brujo sin concebir aquella claridad bajo su piel tostada por la selva, desconcertados por su estricta pronunciación castellana, ese pantalón de dril imperturbable bajo la cushma indígena, y por su caminar brioso y encantado de tigrillo, imposible si consideramos los noventaytantos años de la Pantera

Negra que ahora se atenúa entreviendo la paz del sol, sentada sobre el anca de un tronco devastado por musgos, disolviendo sus ojos canela tras las colinas golosas de caobos, platanales y garzas y piraguas hincando los flancos del río. Ciento ruido, a mi derecha, volteo: un cocodrilo negro se ha delatado entre árboles en el agua fangosa, se aproxima flotando, mafingiendo. Ino Moxo se inclina, lo empuja con la mano, el enorme lagarto se desvía hacia el véspero, desaparece bajo los ramajes pelados del renaco que sólo entonces advierto en el centro del Mishawa como un pequeño bosque muerto tasa-jeando la correntada con raíces que se asfixian al aire. El Brujo de los Brujos contempla al renaco anclado en nadie, inhábil ante el torrente, sin flores y sin ramas que frutezcan, abrazado tan sólo por sus propias raíces, vuelve a verme, apenado, le respondo:

—¿Podría contarnos cómo, no siendo usted amawaka, ha llegado a jefe de los amawaka?

—...

—Su piel no es piel de indio puro, habla usted mejor que un blanco...

—Soy amawaka —me interrumpió—. Purísimo amawaka. Hijo de chori más que de virakocha, hijo de andino más que de blanco, es cierto, pero también descendiente de urus por parte de mi señora madre...

—Don Hildebrando dijo que usted...

—Soy legítimo *yora* —se mortificó—. Yora, que ustedes conocen solamente como amawaka. Ino Moxo, eso soy —y por el lento cuello de su cushma, ese poncho pintado que atemoriza al sol y a los impredecibles aguaceros amazónicos, extrajo del bolsillo de su camisa blanca un cigarro ajado, un *shirikaipi*—, lo que pasa es que antes no fui lo que ahora soy —dice, todo de fuertes hojas de tabaco silvestre—, antes tuve otro nombre y otra vida —y enciende el cigarrillo y la brasa maltrecha sonroja su perfil—, antes no fui Ino Moxo y mañana seguramente no lo seré —extravía sus facciones en el humo lloroso y oloroso—, es una historia larga, larga, una historia que pocos conocen en toda su verdad. Yo avizoré otros reinos.

Ino Moxo fumaba como si recordara para adentro, allá en el borde de oro del Mishawa en la noche.

—Te será concedido conocer de qué modo los hijos devoraron a sus padres —repite don Javier.

De arriba, aguas arriba del Kashpajáli, un cielo de fin de tarde se sorprende. Casi quinientos hombres, más blancos que mestizos, se han juntado con armas, con rapiña, con miedo y descienden el río buscando hacer silencio, cientos de carabinas en las manos y en cajas, y más cajas de balas, hasta la boca del río Sutilja rebalsándolo a peso de barcazas, quinientos mercenarios recolectados nadie sabe dónde, partiendo las corrientes hace poco apacibles, empujando las aguas que suben por tobillos de árboles de ribera, gentes que esta selva mira por primera vez. Y lo mismo que el cielo, las pocas casas de los indios *mashko* que habitan en la boca del Sutilja, se sorprenden, no creen. Pero ya saben que los virakocha, los blancos, no conocen piedad si van mejor armados. Y se juntan los *mashko*, hablan con rabia y no llegan a veinte los varones, entonces intentan abordar sus piraguas para dirigirse seguramente al Manu en donde serán más, podrán enfrentarse a los virakocha, expulsar a los virakocha de sus tierras violadas ya que en el Manu crece la población más grande de los *mashko*, trescientos invencibles, los guerreros del río Manu. En vano. La astucia virakocha ha puesto centinelas a uno y otro lado y los veinte cobrizos desarmados no pueden pasar a dar aviso, sus canoas flotan solas por el centro del río. Bajo el cielo rojo, el agua roja.

—Tuvimos media hora de fiero combate —dice Zacarías Valdez, uno de los quinientos mercenarios—. Al final infligimos numerosas bajas entre los salvajes que tuvieron que retirarse ante la enérgica actitud de nuestros combatientes... Los indios mashko residían en el río Colorado y se hallaban diseminados en las márgenes del Madre de Dios y del Manu, pero ante el hostigamiento recibido de parte de nuestra gente, gente del gran cauchero Fitzcarrald, tuvieron que retirarse más al interior del Colorado y a sus primeras tierras comprendidas en los ríos de cabecera que en idioma de ellos se denominan Piuquéne, Panáhua, Cumarjáni y Sutilja, que son afluentes del Manu. Debo contarte que una particularidad notable de estos salvajes es que tienen estatura bien elevada y están dotados de barbas, muchas de ellas bien pobladas... Fitzcarrald resolvió castigarlos y dispuso atacarlos en su gran población que se hallaba poco aguas abajo del Sutilja. Embarcado nuestro personal en numerosas canoas se emprendió la marcha y una vuelta antes de llegar al pueblo desembarcaron ochocientos hombres con el objeto de rodearlo por tierra y con orden de dar una señal convenida en el instante oportuno. Mientras tanto, las embarcaciones continuaron surcando despacio por el río. A las cuatro de la tarde escuchamos una descarga cerrada: era que habían iniciado el combate. Cuando llegamos al lugar de la acción ya el poblado había caído en poder de los nuestros. Los mashko perdieron muchos guerreros que se habían quedado a defender sus casas en tanto que las mujeres y muchachos habían sido alejados con tiempo. Terminado este primer encuentro se recogió los cadáveres y se les quemó... Debido a este acto fúnebre los indios piro que iban con nosotros bautizaron el lugar con el nombre de Mashko Rupuna que quiere decir Indio Mashko Quemado. Pero no terminó aquí la lucha. Había que continuar atacando a los salvajes. Entonces la lucha se generalizó combatiéndose en diferentes lugares, causándose muchas bajas en una guerra a muerte, a tal extremo que numerosos cadáveres bajaban flotando por el río

Manu y sus aguas ya no podían beberse. Por fin se logró desalojar a los salvajes del Manu, aun cuando no del todo, puesto que continuaban los mashko con sus incursiones y molestando a nuestros trabajadores, teniéndose por fin que paralizar las actividades extractivas de caucho en esos lugares para trasladarnos a otros donde hubiera más tranquilidad...

—Es una historia larga, larga —dice Ino Moxo—. Yo tenía trece años y por entonces el jefe de los jefes era el anciano Ximu, un verdadero sabio, grande y sabio, ordenador de dioses y ánimas...

No hemos dormido casi nada anoche, este es nuestro segundo día con Ino Moxo, desayunamos carne de mono grande, una especie llamada makisapa, salada y desalada, guardada a cuerpo entero en una cesta que pendía a un costado de la puerta, en la choza del brujo y que, nos enteramos, acostumbran arrancar de a pocos, un pedazo de pierna, una cadera, un hombro, despellejado como adolescente, nuestro único sustento durante cuatro días.

Otra vez en el borde del Mishawa, Ino Moxo me mira:

—Los amawaka somos pocos, bien pocos, tú lo has visto. Entre los que vivimos aquí y los de más abajo, de otros sitios, no pasamos de doscientas familias. ¿Sabías que llegamos a ser miles en el tiempo de Ximu? Los virakocha nos fueron exterminando, reduciendo. Solamente por nuestras tierras, por eso nos mataban. Y mataban también a muchas gentes de otras naciones, jíbaros, *yaminawas*, *aguarunas*, *tzipíbos*, *mashkos*. Porque nuestros territorios estaban llenos de *balata*, eran zonas con mucho árbol de jebe, puras veredas gordas de caucho. Y los caucheros virakocha necesitaban de ese caucho, dicen para el progreso de la patria. Así andan diciendo hasta ahorita. En nombre del progreso fue que nos despojaban y nos baleaban...

Y volteando la cara hacia el renaco que brilla azul, anaranjado, empecinando un laberinto grueso de ramas frente a la correntada, en el medio del río:

—Es una historia larga y amarga. Si yo te contara todo, nada me creerías, de seguro. Y es una historia que me forma parte, que me ha traído aquí, que me volvió a nacer como amawaka, yora, como jefe yora. Porque mi padre vino desde Arequipa, donde yo también nací. Donde yo nací la penúltima vez que nací...

—¿Nació usted entonces en Arequipa?

—La penúltima vez.

—¿Qué quiere decir usted?

Y él, sin oírme:

—Mi padre vino buscando ser cauchero y mi señora madre no quiso pero vino también. ¿Yo? Yo quise y no quise, era muy niño, aunque creo que entonces ya sabía, olisqueaba las cosas, como que ya olfateara los destinos. Preocupado y contento fue que vine, me acuerdo. Por entonces los amawaka sufrían demasiado, fallecían por pueblos a manos de los virakocha. Debido a eso el viejo Ximu me hizo venir. Desde el aire, ordenando, disponiendo, mandando, él me trajo, yo lo supe después. Pero es larga esa historia...

Un joven amawaka irrumpió entre los árboles, a mi derecha, portando una pukuna negra, dice algo a Ino Moxo consultando, Ino Moxo hace un gesto, el amawaka conversa con Iván que se incorpora, «voy a buscar a César», dice, «para traer comida», Insapillo también. Me dejan solo con la Pantera Negra cuyos ojos se alejan, hablan con el renaco que parece ceder, que se afirma de nuevo bajo el sol de aguas largas.

—En tomando ayawaskha uno se vuelve lo mismo que un cristal —me distrae Ino Moxo pero no me distrae—. Uno se hace cristal expuesto a todos los espíritus, a los malignos y a los verdaderos, que habitan en el aire. Es para eso que están los icaros, icaro de protección, hay también icaro de curación, fundamental, canciones que llaman a un ánima determinada para que descienda y contrarreste a otras. Con un icaro de esos fue que el maestro Ximu me hizo venir, de llamado. Como si yo fuera espíritu de protección, así me hizo venir. Y antes de echar al aire su icaro para mí, Ximu tuvo que dietar, hacer ayuno. Porque el ayawaskha, como todo vegetal que sabe, tie-

ne cuatro requisitos: no sal, no azúcar, no grasa, no sexo durante todo el tiempo que dure la preparación, la toma y sus efectos. Ayunó Ximu para poder llamarme, después tomó ayawaskha y me icaró. Y vine. No podía sino obedecer. Porque se trata de una sabiduría de siglos, muchos muertos dietando, equivocándose, desde la época de nuestros padres urus, desde antes de los inkas, muchos muertos...

Bajo del cielo rojo, el agua roja. Todos los mercenarios de Cumaria, de Cuenga, del Unine, surcan el Urubamba. Centenas de canoas rebosantes de víveres, cajones y cajones de carabinas winchester calibre 44, responden al llamado de guerra de Fermín Fitzcarrald.

—¡Winchesters contra flechas, imagínese usted! —se exalta en Atalaya el ganadero español don Andrés Rúa—, ¡armas de repetición contra lanzas de palo...!

«No nos faltaba tampoco ni licores finos como coñac y champagne» informa el cauchero Zacarías Valdez.

Los expedicionarios se apresuran, llegan al varadero del río Camisea, desembarcan. Sus servidores, mestizos e indios piro, sacan de las canoas los cajones franceses, carne enlatada, vinos, los cargan a la orilla. Los pioneros del caucho, del progreso, almuerzan, ríen, brindan por una guerra, winchesters contra flechas, que ya saben ganada. Luego abordan de nuevo sus piraguas, dejan atrás el varadero, penetran hacia el Manu, arriban fatigados a su cuartel general en la boca del río Kashpajáli. Justo a tiempo llegaron. Porque el representante de su jefe, un señor Maldonado, les informó que a causa de los indios, tanto bárbaro muerto, los caucheros de esa zona habían terminado antes del plazo su dotación de balas.

—En ese intervalo —continúa Zacarías Valdez—, como los salvajes insistían en atacar los puestos caucheros, iniciamos cacerías contra sus propios poblados despachándose con este objeto

cientos de hombres perfectamente armados a los ríos Sutilja, Cumarjáni, Panahua y Piuquéne, sorprendiendo a los salvajes mientras se hallaban entregados al sueño. Nuestros combatientes, como señal inequívoca de su acción, trajeron a su regreso dos indiecitos prisioneros y pedazos de oro que encontraron por esos parajes. Vuelta la calma y después de permanecer algunos días en la casa de Kashpajáli, se organizó una nueva expedición. Antes de marchar Fitzcarrald convocó a todos los caucheros y les dijo: "Los que estén resueltos a no volver a su terruño, ¡que se presenten!".

»De cientos de hombres que nos hallábamos reunidos, los primeros en dar un paso adelante fueron: Alfredo Cockburn y Pedro Sarria, limeños; Erasmo Zorrilla, de Ica; Carmen López, de Moyobamba; y yo, Zacarías Valdez, natural de Huanta, además de treinta piros seleccionados como hábiles guerreros.

»Las armas que utilizamos eran carabinas winchester y constituían el único código para imponer la ley del más fuerte, como andando el tiempo se hizo ley del cauchero.

»Ya en pleno río Madre de Dios, por la margen derecha descubrimos un afluente que fue denominado Colorado. La cosa fue así: acoderamos poco arriba de un poblado de mashkos que, como ya he dicho, eran unos indios feroces y corpulentos con quienes no podíamos arriesgarnos a luchar cuerpo a cuerpo. Vinieron a atacarnos a toda carrera pero se encontraron con treinta carabineros que les hacían fuego cerrado. Como ellos nunca habían conocido armas de fuego, los estampidos de los carabineros y la muerte que sembraban en sus filas los contuvo a cierta distancia desde donde empezaron a lanzarnos flechas. El combate duró poco más o menos dos horas y triunfamos gracias a nuestras armas. Los guerreros piro, diestros tiradores enseñados por nosotros, totalmente fieles a nuestra causa, fueron quienes terminaron el combate persiguiendo a esos salvajes hasta sus casas en donde no encontraron sino muertos y heridos, entre los cuales había un muchacho ferozmente bravo que al ofrecérsele comida hasta quería mordernos.

»En ese lugar Fitzcarrald plantó la bandera peruana y bautizó el río que acababamos de descubrir, con el nombre de río Colorado. Río Colorado, así mismo, debido a que sus aguas turbias se cubrieron de rojo...

—Es una historia larga, ya te dije —insiste Ino Moxo—. Si te contara todo, nada me creerías. Porque nunca se puede creer todo. Nunca se puede escuchar todo... Un ejemplo: la selva. Si te pones a escuchar todo lo que suena en la selva ¿qué escuchas...? No sólo suenan animales de tierra, animales de agua, animales del aire, y eso que ya no es posible oír el canto de los peces que antes alegraban las aguas del Pangoa, del Tambo, del Ucayali, seres musicales que presintieron la llegada del gran otorongo negro y huyeron días antes del día y se salvaron aunque ahora no sepan cantar más, o si es que es, quiero decir si cantan todavía, lo harán seguramente sin sonido, con notas que nuestros oídos no acostumbran, callados cantarán, en otra jerarquía... Y suenan también las plantas, los vegetales de piedra o de madera. Todas y todas suenan y suenan, lo mismo que las piedras...

—Y más que nada suenan los pasos de los animales que uno ha sido antes de humano, los pasos de las piedras y los vegetales y las cosas que todo humano ha sido. Y también lo que uno ha escuchado antes, todo eso suena en la noche de la selva. Dentro de uno mismo suena, en los recuerdos, lo que uno ha escuchado a lo largo de la vida, bailes y pífanos y promesas y mentiras y miedos y confesiones y alaridos de guerra y gemidos de amor. Voces de agonizantes que uno ha sido o que uno ha escuchado solamente. Historias ciertas, historias de mañana. Porque también lo que uno va a escuchar, todo eso suena, anticipado, en medio de la noche de la selva, en la selva que suena en medio de la noche. La memoria es más, es mucho más, ¿lo sabes? La memoria verídica conserva también lo que está por venir. Y hasta lo que nunca llegará, eso también conserva. Imagínate.

Nada más imagínate. ¿Quién va a poder oírlo todo, dime tú? ¿Quién va a poder oírlo todo, de una vez, y creerlo...?



Ino Moxo nació a los trece años de edad

El joven amawaka ha regresado con los demás sin presa alguna, la cerbatana vencida sobre el hombro derecho. Creo que en este instante todos nos empecinamos en escuchar. César a mi lado fuma para ahuyentar insectos y mira la ribera del frente, su reflejo de perfiles dispares, árboles resquebrajados yéndose sobre las aguas afiladas, refrescándose contra el fulgor del Mishawa. A unos metros del río, en lo alto, Insapillo e Iván, acuclillados en una saliente de tierra seca, cincelan una quietud porosa, una mudez de plaza sin estatuas. Por un segundo, un vértigo, creí escucharlo todo.

—Yo solamente quisiera oír algo de usted, maestro Ino Moxo, lo que usted bien considere de su vida...

—Ya casito es de noche —sonó el brujo—, y de todas las cosas que viven dentro de la noche, en el umbral, ¿tú quieres oír únicamente a la Pantera Negra?

—Si a usted le parece...

—Ahora me parecen muchas cosas, no sé todavía. Pero algo leo en tu interés, algo muy suave estoy leyendo. A ese pedazo de tu ánima, a esa *tu otra persona* yo le voy a contar.

Entonces sí, apartando el estreno de la noche, cubriendome con ella los momentos pasados por venir, escuché. El brujo me observaba de costado, con satisfecho luto, saciándose en sonrisas que no alzaban el vuelo del todo. Yo intuí que estaba obedeciéndolo. Una familia de loros gritó tras de nosotros, yo no los escuché: yo era su grito. Yo era el crujido del bosque asediado por vientos en lo oscuro, yo era los vientos, yo era lo oscuro. Ya no más el desamparo del

renaco ante la correntada, sino la correntada, el pasar del río, y la voz de Ino Moxo frente al río:

—No te vas a ir como has venido, amigo. Yo te voy a decir. De Ino Moxo, la Pantera Negra, algo de lo que buscas yo te voy a decir.

El grito de los loros se disolvió en un largo e invisible aleteo. ¿El viento se detuvo? Parecía más bien que la selva dejaba de caminar bajo el viento, tal si la tierra toda, doblegada por el aliento oscuro, fuese un río de pájaros y enigmas y entreveros de ramas y peligros bondadosos. Un río siempre inmóvil y siempre huyente, pensé, igual que si regresara del futuro, del tiempo sin tiempo de que hablaron don Hildebrando y don Javier.

—Este río —dice Ino Moxo—, está empedrado de fósiles oceánicos, lo mismo que el Mapuya. Todos los ríos de por aquí son ídem que caminos, rumbos de un mar que ya no existe y que después tampoco existirá...

—Con felicidad para nosotros, los mashkos que acabábamos de castigar ejemplarmente no tenían canoas para perseguirnos —reinicia su relato el expedicionario Zacarías Valdez—. No tenían piraguas sino unos troncos abiertos a fuego que no les servían de gran cosa. Hasta ellos no había llegado todavía la herramienta moderna de trabajo. Utilizaban nada más que hachas de piedra de forma primitiva... Un día más abajo encontramos una población diferente a la de los salvajes, creímos por un momento haber llegado donde los brasileños de la frontera. Estando nosotros a quinientos metros de distancia del puerto, sus habitantes izaron una bandera, imitándonos, pues llevábamos el bicolor peruanو en la popa de la embarcación. Fitzcarrald, armado de un anteojo largavista, se dio cuenta que era bandera boliviana y exclamó emocionado: “¡Estamos navegando el río Madre de Dios!”.

»Los bolivianos nos colmaron de atenciones, agasajándonos con un regio banquete en el que hicimos derroche de vinos ge-

nerosos como lácrima christi, moscatel, málaga, burdeos y champagne que obsequió nuestro jefe Fitzcarrald. No dejaré de consignar que nuestros anfitriones se mostraron asombrados al ver tanto licor fino que llevábamos de rancho. Eso nunca podrían haberse imaginado. Magníficamente recibidos, se celebraron fiestas en nuestro honor durante varios días, en los cuales fuimos tratados a cuerpo de rey e hicimos muchos recuerdos de nuestra tierra de la costa y la sierra, donde pasamos vida regalada y feliz. Pero como no era de quedarse allí para toda la existencia, hubo que pensar en el regreso aunque muy a pesar nuestro. El señor Jesús Roca, socio de la firma boliviana Suárez-Roca, poderosa negociación cauchera, nos proporcionó buenas embarcaciones para la surcada. Puestos en marcha, veinticinco guerreros piros iban por el monte a pie, rastreando, resguardando las embarcaciones de posibles sorpresas. A estos veinticinco exploradores teníamos que vadearlos en las encañadas, o sea en las grandes extensiones del río en línea recta, al final de las cuales siempre había salvajes apostados, pero los nuestros los rodeaban por tierra dando buena cuenta de ellos, que confiados esperaban en la orilla nuestros botes. En esta forma los combates se decidían fácilmente a nuestro favor y sin bajas humanas.

»No queriendo darse ningún descanso, Fitzcarrald planeó una segunda expedición hasta el pueblo del Carmen. Su propósito era limpiar de salvajes mashkos y huarayos todo el Madre de Dios, por lo que se vio precisado a sostener nuevos combates a lo largo del viaje, pero como sus hombres ya estaban habituados a la lucha y eran aguerridos, el triunfo coronaba sus esfuerzos y así pudo desalojar a aquellos completamente de las márgenes del Madre de Dios, a tal punto que los huarayos se retiraron al Inambari y los mashkos al río Colorado.

—¿Alguna vez combatieron ustedes contra los amawaka?

—Por supuesto —se enorgullece Zacarías Valdez—, peleamos varias veces contra esos antropófagos. Recuerdo especialmente una ocasión, a eso de las ocho de la mañana, en una encañada,

comenzaron a atacarnos los amawaka con flechas desde ambas orillas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina. Nuestras embarcaciones seguían río abajo y dejamos la zona de la lucha.

»A las cuatro de la tarde tuvimos el combate más encarnizado en cuyo curso resultó herido un hombre...

—¿Un solo hombre?

—Uno solito, nadie más.

—¿No murió ningún amawaka?

—¡Ah...! De ellos mataríamos no menos de doscientos. Cuando los vimos ya vencidos atracamos y entramos al monte a perseguirlos. Cosa rara, no encontramos a nadie, quiero decir a nadie vivo, como si se los hubiera tragado la tierra, como si se hubieran vuelto invisibles. Logramos otra vez dominar la situación gracias a nuestras armas de fuego. Pero los salvajes reaparecieron como por encanto cuando embarcamos de nuevo en las canoas y sólo dejaron de atacarnos una vez que se les acabaron las flechas. Entonces se pusieron a gritar pidiendo que esperásemos hasta el día siguiente para reanudar el combate, pues tenían que ir a sus casas para traer más flechas. Bravos como los campa, quizá peores, eran los amawaka. Se reflejaba en ellos el espíritu guerrero que heredaron de sus antepasados los inkas...

—El maestro Ximu me icaró en ayawaskha para que yo viniera. Él sabía más de lo que sabía, adivinaba también lo que no iba a suceder, lo que podía evitarse —me noticia Ino Moxo, contemplando el río Mishawa que salta ante nosotros, que se pierde en una curva grande, que se abandona en busca del Río Sagrado de los inkas, el Willkamayu que nació de nuevo, igual que Ino Moxo, y hoy vive y transita bajo el nombre más viejo, su nombre uru: Urubamba. Tierra de agua roja bajo el cielo rojo. Pampa roja, pampa de agua, pampa de los urus: Urupampa—. El maestro Ximu me hizo venir porque sa-

bía que los amawaka íbamos a desaparecer exterminados. Era el tiempo del caucho, un reguero de muertes, de saqueo, de niñas violadas, pura bala se oía, y nosotros apenas con flechas, con dardos de pukuna, bala y miedo, me acuerdo, desconcierto. El jefe Ximu, sabio grande, supo que solamente con armas de blancos podríamos responder a la ferocidad de los blancos, sólo con armas de fuego podríamos detener a los virakocha, defender nuestras tierras, solamente con winchesters, limpiarnos de la rapiña de los caucheros. Porque inútilmente resistían las flechas, en vano nuestros guerreros soplaban cerbatanas, no llegaban sus dardos al blanco, estiraban los arcos para nada, peleaban únicamente para morir, frente abierta y pecho abierto contra las balas de los emboscados. Todo eso supo Ximu...

Y alumbrando otro shirikaipi, fumándolo:

—¿Quién pues iba a vender armas a los nativos? Igual que ahora es, prohibido, por más que los indios prometiesen todo el caucho y todo el oro del mundo. Solamente a los indios traidores les vendían carabinas, balas, les enseñaban a disparar contra sus propias naciones. Recuerdo a uno de ellos, en campa se llamaba Hohuaté, pero en virakocha se llamaba Andrés Avelino Cáceres y Ruiz, puro indio traidor. Y recuerdo a otro, vive todavía, un piro que en cristiano se apellida Morales Bermúdez, pero en idioma piro no sé cómo será, peor que traidor. Y recuerdo también a sus patrones, al insaciable Fermín Fitzcarrald y a su hermano Delfín. El Delfín Fitzcarrald, ya sabrás cómo murió, de qué manera fue ajusticiado, unos decían que era un gran babieca, otros decían lo mismo, yo creo que era bueno pero no por vocación sino por cansancio, por fatiga, igualito que las víboras que ya están desdentadas...

»Ximu, pues, decidió que los amawaka tuviéramos un jefe mestizo, alguien que les consiguiera carabinas, retrocargas, fusiles, municiones, para sobrevivir a su nación. El jefe Ximu consultó a los espíritus, llamó al ánima del agua, del viento, a todas las ánimas de la selva, y de más lejos. Consultó. Bebió el jugo sagrado de la soga del muerto, oni xuma es su nombre, ustedes le dicen ayawaskha, y

al final, meditando, dietando, haciendo ayuno, y fabricando icaros, eligió sucesor: un jovencito medio blanco, de trece años apenas, hijo de madre uru y padre virakocha, más mestizo que virakocha, caucheró arequipeño. Así me escogió el gran maestro Ximu, por encargo de las ánimas que son las varias sombras del dios Pachakamáite, aunque Pachakamáite carece ahora de cuerpo. Atendiendo al mandato de sus poderes y desde el oni xuma, así me eligió.

»Me raptaron, clarito me acuerdo. Después supe que el propio Ximu dirigió al grupo de siete varones que me robó. Pero yo no lo vi. Ximu encabezó todo esto desde lejos, monte adentro, ayunando, disponiendo que todo resultara bien. Ese día mi padre me había mandado con una servidora suya, niña campa, a la choza de al lado, junto a la casa grande, me había mandado a esa cabañita que sirve para alojar visitas, costumbre que no era de nuestra zona sino de las cercanas al Unine. Justamente ese día mi señora madre me iba a dar una hermana y mi padre estaba atendiéndola en el parto. Yo me hallaba jugando, arrojando piedritas y semillas a un tiwakuru que silbaba arriba de una wimbra, entre las flores altas, cuando salió del bosque mi señor padre riendo. Me quise sorprender. ¡Acababa de verlo dentro de la casa, vestido en otra forma, haciendo de partero! Pero allí estaba, frente a mí, riendo. No supe qué pensar, porque ese mi padre, además, iba completamente desnudo, llevaba una soguita de *tamshi* amarrada a la cintura, toda su cara y su pecho coloreados de rojo. Me tomó de la mano sin pronunciar palabras. Casi me le resisto. ¡Pero su cara era la cara de mi señor padre, acaso más oscura, nada más, y su cuerpo y su voz, vámonos me dijo, todo él era mi padre! La campita que me cuidaba, que me debía cuidar, tampoco hizo ni un intento, nada habló, se quedó en la choza mirando hacia otra parte como si no hubiese nadie, como si no hubiera visto pasar nada. Así fue como fue. Me llevó un chullachaki vestido con el cuerpo de mi señor padre mientras en ese rato mi señor padre estaba atendiendo el nacimiento de mi hermana, en consuelo. Horas andé con ese mi otro padre, el amawaka, hasta que nos juntamos con seis más en el monte. Hartas horas serían, antes y luego, porque

entrando el día de otro día llegamos a este mismo caserío. Una viejita me recibió, me acuerdo, Rosa Urquía se llamaba, me quitó las ropas, me bañó, me cantó canciones extrañas, me puso encima una cushma amarilla. Con la viejita estuve, nadie más, encerrado en su choza durante siete días. Me alimentó con plátanos asados a leña, me cariñó espantando los restos de mi miedo, me hizo dormir feliz con un juguito que sale del tallo del tohé. Día y noche dormí, mirando lindo, soñando bien bonito con los ojos abiertos en el día, con los ojos cerrados, abiertos hacia adentro, en la noche. Como a la semana conocí a Ximu.

Insapillo e Iván seguían sin moverse, César se levantó, se acercó a Ino Moxo, estoy viendo sus ojos desmesurados bajo la última luz, el ajetreo de su voz entornada, más oscura que el aire como si hablara desde los brazos del renacal que pugnaba en medio del Mishawa.

—Siempre siete —dice mi primo César—. Siete hombres lo raptaron, a la semana se le presentó el jefe Ximu —y dando vida a una cerilla, mirando su reloj—: Ahora son las siete de la noche, en punto, y hoy es siete de julio...

El maestro Ino Moxo, sin escucharlo:

—Ese día dejé de ser quien era, el hijo de mi padre y de mi señora madre, y empecé a ser amawaka, yora, hijo de Ximu, discípulo de Ximu, heredero de Ximu...



Vida, traición y muerte del curaca Hohuaté

Hubo un curaca campa —informa el cauchero Zacarías Valdez—, un curaca amigo nuestro, su nombre era Hohuaté. Hohuaté fue quien acompañó al coronel Portillo en sus exploraciones por disposición de La Fuente, junto con otros de su tribu asháninka. El coronel Portillo, distinguido jefe de nuestro Ejército y después prefecto de Loreto, una vez llegado al río Ucayali, agradecido de los servicios del citado curaca, le obsequió algunas armas de fuego, entre ellas un revólver.

»Durante la surcada, a la altura de la confluencia del río Ene con el río Perené, en una fiesta de los campas del río Tambo a la que asistió nuestro curaca Hohuaté, se originó una reyerta como resultado del masato que en gran cantidad se había ingerido, y Hohuaté hirió con un tiro de revólver al curaca de los campas del río Tambo dejándolo tuerto, embarcándose luego y siguiendo viaje con todos sus compañeros. Este incidente originó una irreconciliable enemistad entre ambos jefes campa.

»Algo más te diré de la vida del curaca Hohuaté. Cuando el general Andrés Avelino Cáceres visitó Ayacucho, su tierra natal, pasó al Apurímac hospedándose en casa de don Manuel la Fuente, de quien era muy conocido pues éste fue sargento mayor en la época en que aquel desempeñó la presidencia de la República, y antes habían actuado juntos en las campañas de La Breña durante la guerra con Chile. El general Cáceres pidió a La Fuente que le regalara al curaca Hohuaté a fin de bautizarlo, demanda que fue aceptada. Hohuaté fue llevado a Ayacucho recibiendo el bau-

tizo en la catedral, de manos del obispo. El general Cáceres y el senador Ruiz apadrinaron la ceremonia. Y Hohuaté tomó el nombre cristiano de Andrés Avelino Cáceres y Ruiz. Colmado de regalos por sus padrinos, el campa amigo nuestro regresó al Apurímac.

»Como decía, La Fuente dispuso que este curaca me acompañara en el viaje, como conocedor que era del río. Uno de los primeros cuidados fue advertirme que no debíamos bajar el río sin armas porque los huncuninas, salvajes que poblaban el río Tambo, nos esperaban para atacarnos. Atendiendo el consejo de este magnífico guía, volví a Huanta y compré regular cantidad de armas que los comerciantes tenían reservadas para nosotros en sus almacenes, carabinas winchester, remington, etcétera, y buena dotación de municiones.

»De regreso al Apurímac ordené preparar seis grandes canoas que fueron talabordadas, operación que consiste en acoplar a los costados de las embarcaciones unos troncos de madera flotante, bien sujetos, que permiten una gran estabilidad e impiden el hundimiento. Terminados los preparativos seguimos viaje con más de cien hombres. Tres vueltas antes de llegar a la confluencia del Ene con el Perené, el curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz me insinuó acoderar en la playa, donde debíamos pernoctar, y continuar viaje por la madrugada, momento que él creía oportuno para pasar la boca del Perené y burlar la vigilancia del curaca que él, Hohuaté, había herido cuando era Hohuaté, y que seguramente lo estaría esperando para vengarse.

»En efecto, atracamos en la playa y acampamos. Fue curioso ver al curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz quitándose las botas y el vestido de civilizado que tenía puestos y cubrirse de nuevo con la cushma y pintarse el rostro con achiote, lo cual significaba que se volvía otra vez Hohuaté y se ponía alerta para un posible combate. Yo mandé traer cañabravas apropiadas que fueron partidas en lonjas y tejidas en forma de esteras con las que se construyó *pamacaris*, esos techos bajitos, sobre las seis canoas,

de la misma manera que hicimos durante la exploración del Madre de Dios. Me pareció muy natural cuando Hohuaté, después de sigilosas excursiones por el terreno, manifestó que no había peligro alguno. A las tres de la madrugada emprendimos viaje tomando el centro del río y, sin hacer ruido alguno, pasamos a las cuatro y treinta por la boca del Perené sin que se dieran cuenta los salvajes. A las seis, y como a dos vueltas del río, más abajo, divisamos a dos campas que estaban pescando y que nos pre-guntaron quiénes éramos. Yo no respondí, nadie de nosotros dijo nada. Pero el curaca Andrés Avelino Cáceres gritó: "¡Hohuaté!".

»Y al escuchar ese nombre los dos campas corrieron a traer sus armas y volviendo al puerto se embarcaron bajando a todo remo en su canoa seguramente a dar parte de nuestra presencia a sus compañeros que no estaban lejos. Nuestras embarcaciones, por efecto del talabordo, marchaban más despacio que las de los salvajes, por lo cual les fue fácil tomarnos la delantera. A eso de las ocho de la mañana, en una encañada, comenzaron a atacarnos con flechas desde ambas orillas. Aunque tuvimos dos hombres heridos, los pamacaris nos defendían bien, puesto que las flechas no lograban atravesar la espesa malla de cañabarra que además estaba reforzada por dentro con ponchos y frazadas. Los nuestros contestaban con disparos de carabina al azar, toda vez que no se divisaba bulto alguno pues los salvajes estaban metidos en el bosque, ya habían probado lo que es arma de fuego. El curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz se burlaba de sus contrarios bailando en la popa de la canoa, esquivando las flechas con el cuerpo y gritándoles que saliesen a la playa para verlos. A esto contestaban los atacantes diciéndonos que dejáramos de disparar con carabinas, cuyas balas no podían ver, por lo que no podían esquivarlas como hacía Hohuaté con sus flechas, y diciéndonos que ellos saldrían al claro a pelear con quien sea pero de igual a igual, frente a frente y flecha contra flecha...

»Logramos, pues, dominar la situación otra vez gracias a nuestras armas de fuego, pero los salvajes sólo dejaron de atacar-

nos cuando se les acabó la dotación de flechas. Gritaron que esperáramos, que iban a traer más. Nosotros continuamos bajando por el río y acampamos en una playa a eso de las seis de la tarde. Se hizo guardia durante toda la noche. Y la noche pasó sin novedad, eso creímos, habíamos dejado bien atrás la región que ofrecía peligros. La noche pasó sin novedad únicamente para nosotros los peruanos. Los indios que nos acompañaban, salvajes de la tribu de Hohuaté, nos despertaron temprano con sus gritos: el curaca Andrés Avelino Cáceres y Ruiz había muerto con un dardo envenenado en el centro del pecho, cosa que no entendimos pues él había dormido dentro de nuestro bote, como una concesión especial, bien protegido por los carabineros que no se habían movido de sus puestos de centinela. "¡Inganíteri, el curaca Inganíteri lo ha viroteado!", gritaba el más viejo de la tribu de Hohuaté.

»Yo pregunté quién era Inganíteri, pensando tomar venganza contra él pues creí que se trataba de uno de los campas que nos acompañaban. El lugarteniente de Hohuaté me informó que Inganíteri era un gran brujo, un shirimpiáre, precisamente el jefe campa que resultó herido por el revólver de Hohuaté y perdió un ojo en esa fiesta, tiempo atrás...



El jefe Ximu ordena, los ríos obedecen

—El gran maestro Ximu, yo lo vi siendo niño, reciencito cuando fui raptado, él me hizo presenciarlo como primer aprendizaje, se puso a pensar fuerte, fuerte, llamando a los espíritus, comenzando los ritos de venganza. Ayunaba en el monte, dietaba sin clemencia para con su cuerpo, ingería oni xuma cada día, ayawaskha mezclada con hojas de tohé, para nutrir más visiones, y con hojas de coca para adivinación, visiones plateaditas, doraditas, pero bien reales, naturales. “¡Quitáitre, quitáitre!”, llamaba el brujo. “¡Tranquilo, tranquilo!”, así llamaba. Y bebía *wankawisacha* para limpiar el ánima, para poder separar el ánima del cuerpo y enviarla lejos, lejos, en el tiempo, la bebía juntándola con el oni xuma, y también ingería *chrisanango*, y *uchusanango* en otras ocasiones. Yo, muchachito, trece años tenía, aprendí a ver las visiones que él veía. Él me dictaba todas las visiones para que yo fuera aprendiendo. La última vez que estuve así, mirando sus visiones de llamado, sus visiones de venganza contra los virakocha, me quedé como tieso, me metí perdiéndome entre unos espirales bien oscuros y bajó mi presión sin yo sudar nada. El jefe Ximu tuvo que echarme de cabeza al río Mishawa para que yo reaccionara. Yo continuaba sin parar en las visiones, ya mejorcito de mi cuerpo pero ídem de mi ánima. Fue esa la primera vez que Ximu me *separó*. Y mi ánima veía. Mi ánima se separó de mi cuerpo y me traía desde el aire, me acuerdo, me traía la visión de un barco que se hundía. Mi ánima me remontaba, me sobrevolaba por sobre un río ancho, de aguas de un marrón casi dorado, que parecía que estuviera inmóvil. No está quieto, me dijo mi án-

ma, está nomás fingiendo, me dijo volando conmigo de una a otra margen, está volviendo tiempo arriba, me dijo, está regresando. Y pude distinguir que esa correntada aparentemente quieta era el Uru-bamba, el Río Sagrado de los inkas. Un trecho más allá, mi ánima me llevaba de los hombros como si yo fuera una presa, mi cuerpo colgado de las garras de mi ánima, más allá me hizo ver ese barco que se hundía. Se hundía el barco y se salvaban todos los pasajeros menos dos, todos saltaban del barco que iba de frente hacia un gigantesco remolino, una muyuna, y el motorista del barco era un niño de mi edad, como yo era, y decía me llamo Aroldo Cárdenas, me acuerdo limpiamente de eso, y de su voz, el motorista dirigía el barco hacia el remolino, levantaba los ojos hacia mí, hacia mi ánima, y gritaba.

—El campa Severo Quinchókeri —me dice Ruth Cárdenas, la esposa de don Javier en Iquitos—, el campa Severo Quinchókeri nos dijo que gracias al ayawaskha él había podido ver cómo el brujo Julio Valles se robó a mi hermanito Aroldo engañándolo, disfrazándose con el cuerpo y con la voz de mi mamá.

—¡Yo soy Aroldo Cárdenas! —gritaba el motorista dirigiendo el barco hacia ese remolino.

—Un chullachaki ya no es una persona —prosigue Ruth Cárdenas—, un chullachaki, por ejemplo Aroldo, es apariencia de persona, es como nadie, un recipiente vacío que los brujos llenan a su conveniencia poniéndole las apariencias de los cuerpos que quieren, de los cuerpos con que quieren engañar. Dentro de ese nadie que

es el chullachaki, y que sin embargo tiene grandes poderes, ellos ponen las personas con que nos quieren hacer creer, no sé si me entiendes...

—¡Yo soy Aroldo Cárdenas! —gritaba. Y saltaba también a las aguas. Justo antes que ese barco fuera tragado por el remolino, ese niño saltaba y se juntaba con los demás nadando a la ribera, yo lo vi, después regresaba al agua y se iba caminando despacito por el fondo del río. Y conforme se alejaba de los sobrevivientes, su cuerpo iba cambiando, se iba volviendo anciano, viejecito, encorvado y anciano. Y todos se salvaron, menos dos que se hallaban en el fondo del barco, dentro de un camarote, conversando y riendo, sin darse cuenta, sin que nadie les avisara, bien borrachos los dos.

Es eso lo que vi en esa visión.

«Al siguiente día, era 9 de julio», dice con amargura el expedicionario Zacarías Valdez desde un folleto editado en 1944, desde un opúsculo titulado *El verdadero Fitzcarrald ante la historia*. «Al siguiente día Fitzcarrald emprendió la surcada a bordo de su barco *Adolfito*. Después de varias horas de navegación llegaron a la correntada del Mapálja, en el río Urubamba. La embarcación, como era de poco calado, iba pegada a la orilla, a toda marcha. En esta forma, al llegar a un codo del río cuya vuelta debía dar, en lugar de abrirse de proa para entrar a la corriente, siguió navegando pegada a la orilla y recibió de costado toda la fuerza del río que la desvió de su ruta. El motorista, un viejito que apellidaba Perla, maniobró para enderezar el barco y en ese esfuerzo se rompió la cadena del timón, perdiendo todo control. Los tripulantes, al darse cuenta que la lancha marchaba sin gobierno, se lanzaron al agua salvándose todos a nado a excepción

de Fitzcarrald y del magnate cauchero boliviano Vaca-Diez, que se encontraban en el camarote ignorantes de lo que ocurría afuera, celebrando el pacto de unión de sus empresas para explotar toda la Amazonía.

»Sin gobierno la lancha, y abandonada también por el motorista que en vez de avisar a los dos magnates sólo atinó a lanzarse al agua sin siquiera detener antes la máquina, el *Adolfito* enfiló a toda velocidad hacia el remolino, entrando en él, volcándose y hundiéndose.

»Acaecida la tragedia y después de verificado el recuento de los sobrevivientes, notamos que el viejito *Perla* no estaba, seguro que el también había muerto. Quedaron entonces nuestros remeros piros con orden de efectuar la búsqueda de los cadáveres, habiendo encontrado a los dos días el cuerpo de Fermín Fitzcarrald atascado en la palizada de un remanso. Nunca se halló el cadáver del cauchero boliviano Vaca-Diez ni el cadáver del motorista *Perta*. La tragedia fue más de lo que supones —me dice *Zacarías Valdez*—, porque en el camarote del *Adolfito* los dos caucheros más grandes del Perú y Bolivia estaban festejando la fusión de sus fuerzas para explotar mejor el caucho y traer más progreso para la Amazonía y para la patria...

»El cuerpo de Fermín Fitzcarrald fue enterrado allí, en la misma boca del *Inuya*, ese maldito afluente del *Urubamba*. Los salvajes se aprovecharon de esta coyuntura para asaltar a los caucheros. Los indios amawaka comenzaron por asesinar nada menos que a Delfín Fitzcarrald, hermano del cauchero inolvidable, en el río *Purús*. Y los piros, nuestros antiguos aliados, hicieron lo propio en el *Curiyane*, afluente del río de *Las Piedras*, matando a Carlos Shonfe, a Leopoldo Collazos y a todos los empleados de éstos, dejando con vida sólo a las mujeres y a los niños...

»Es que por ese entonces los salvajes usaban armas de fuego. Ya alguien les había enseñado a disparar...

Ino Moxo dice que las palabras nacen, crecen y se reproducen, pero no en castellano

—La verdad no es *la* verdad sino *nuestra* verdad —exclama con voz dura y oscura el maestro Ino Moxo—. ¡Es la verdad del oni xuma, la verdad del chullachaki, la maldición de Ximu! —lo estoy viendo alterarse por primera vez, respirando con fuerza hacia el Mishawa que se desliza frente a la noche y atenua lentamente su hablar—: Ximu se dedicó a enseñarme todas nuestras verdades...

Y ya rendido a la negrura:

—Diría mal si te dijera que me adapté con facilidad al existir de los amawaka, diría mal si te dijera simplemente que me adapté. En realidad fue como si siempre hubiese vivido aquí, madrugando con ellos, yendo de caza, pescando en medianoche, festejando, guerreando, enamorando, derribando árboles para canoa, ramajes para leña, acompañando a las hembras a capturar tortugas y huevos de *cupiso* bajo las arenas, aprendiendo a remar sin que gotee ni un ruidito, y a preparar flechas y veneno de flechas, a enlucir cerbatanas, arcos grandes y soplar dardos sin que el aire se entere. Y más que nada estando siempre cerca del maestro Ximu, en su juntito yendo a todas partes, siendo testigo de sus ayunos, de sus *mareaciones* de invocación, de llamado, de intercambio de conocimientos, deletreando uno a uno sus icaros como si yo fuese su tercer labio, y escuchándolo siempre. Él me enseñó lo que puede saberse, lo que debe, para la utilidad de los humanos, de los humanos hombres y cosas y animales, de todos los humanos. Hasta los quince años duró mi aprendizaje inicial con el maestro Ximu, después con otros jefes que venían a enseñarme desde lejos y a practicar. Pero a esa mi edad se murió el

gran maestro, poco después de haberme nombrado primogénito suyo. Se puso su cushion ritual cuando sintió lo cerquita de la muerte, para entrar a la muerte se puso esa cushion amarilla, se despidió de mí sin decir nada a los demás y se perdió en el monte, desapareció el cuerpo de Ximu echando humo...

Hace cuatro días que llegamos al pueblo de Ino Moxo, es casi mediodía, varios lagartos negros descansan bajo el sol, frente y a los costados de nosotros en las playas brillantes de guijarros, a ambos lados del Mishawa que en este momento va a vencer, en este instante arranca, se lleva ya los restos del renaco río abajo hacia el vasto y sagrado Urubamba.

—Algunas de esas cosas, únicamente algunas he de confiarle —dice despacio Ino Moxo ultimando sus ojos hasta el renaco que se hunde y reaparece dando tumbos, aferrándose al agua que lo pierde tras de aquella muyuna—. El maestro Ximu me recuperó a mi nación verdadera y a su sabiduría, él me informó que el milagro está en los ojos, en las manos que tocan y averiguan, y no en lo que se ve, no en lo tocado...

Las infancias del raptado partieron en una fiesta larga, ceremonia bullosa de bries y nostalgias feroces, en cuya cima lo rebautizaron. Extendió los brazos y de lo alto de los matorrales llovió su nueva vida, Ino Moxo repitió las ramas golpeadas por el aguacero, Ino Moxo, como talismán hecho de raíces y de oscuridad. Ino Moxo: ‘Pantera Negra’.

Enrolado en el saber de las plantas, los animales tibios, los animales ausentes, las cosas y las piedras y las ánimas, perito en guerrear y aconsejar, digno de hacerse oír por las sombras y los cuerpos de las sombras, así pensó Ximu, el joven secuestrado alcanzaría las más altas honduras. Disfrazado en su antigua identidad, con ropajes y modales de mestizo, engañaría a los engañadores, obtendría carabinas y balas de los comerciantes blancos. Después, regresando a su

vida de verdad, mostraría cómo se manejan aquellas cerbatanas de fierro que dardean tronares y estallidos. Así dispuso Ximu y así lo hizo adiestrando al raptado desde una noche que no olvida. Desnudo y claro entre desnudos sobreños, rodeado por los cuerpos de la tribu, recibió su destino al cabo de una sesión ritual de ayawaskha.

«Visiones, empiecen!», exclamó Ximu calibrando los pareceres del alucinógeno en la mente del joven y apoderándose, con esas dos palabras, de su emoción, sus ánimas, su vida.

Este aprendió que toda barrera desaparecía, desaparecía todo *empalamiento*, entre sus existires y los del viejo Ximu. El más ínfimo gesto del anciano adquiría, en su atención, caricias de mandato. Lo que Ximu pensaba era mirado y escuchado por el joven. Comprendiéndose a través de relámpagos y sombras, entre visiones lentes y colores, Ximu empezó a confiarle su paciencia y su fuerza. Le dijo cuáles órdenes debía él aceptar de las ánimas que viven en el aire, cuáles rumbos preguntar y escuchar del ayawaskha y cuáles intenciones y operancias, y lo preñó con la capacidad de ejercer esas órdenes y de transmitirlas, de sanar cuerpos y ánimas, de moldear su propia vida con manos de servicio. Primeramente el joven debió reconocer, en sus minucias, a los boscajes turbios. Entender a la selva. Las plantas, de una en una, distinguirlas en sus oficios y en sus madres y en sus nombres. Porque cada vegetal tiene su madre, su vocación, dice. Ídem los animales, hasta los más inútiles, de uno en uno, hasta los que no existen. Empezó por los pájaros, dominado por el ayawaskha, en esa su primera *mareación amawaka*.

«¡Recuerdas cómo es la panguana?», lo acosó Ximu. «Quiero que visualices una, ahora, para mí». Y el joven apretó y abrió los ojos.

—¡Y ahí estaba la panguana! —me dice, alta sonrisa, Ino Moxo—. ¡Ahí estaba junto al jefe Ximu y junto a mí, la panguana! Yo podía verla perfectamente bien, sin cola, con su plumaje verde manchado de marrón. Los colores del ave eran un solo color con las remi-

niscencias de la luz, con la penumbra que se movía atrás de las antorchas, sobre la hojarasca del suelo. Todo podía verlo allí, sin límites. Nunca en mi vida he vuelto a ver así, con tanta claridad y con tantos detalles.

—La panguana va a empezar a moverse —lo alertó Ximu.

Y la panguana se inquietó, comenzó a dar vueltas en el campo de la visión del joven. Ximu trajo desde el aire una panguana macho, ordenando, y la pareja de perdices entró en una danza de enamoramiento revoloteando y suavepicariñándose. Apareció una sombra entre las dos perdices, algo que se hizo nido sobre el piso, y cinco huevos. La panguana macho se acomodó sobre los cinco huevos azules.

—El macho es el que empolla —dice Ximu.

—¡Y vi cómo se iban abriendo los huevos! —exclama Ino Moxo—, ¡y de cada huevo nacían dos panguanas, ya hechas y derechas, grandecitas...!

—No fue hombre, fue mujer —le dice don Javier a mi memoria—. Porque el dios Pachakamáite había dispuesto que Kaametza y Narowé tuvieran cinco...

Ino Moxo lo interrumpe:

—Después, solamente mirando las visiones de Ximu, aprendí varias clases de panguanas. Aprendí trompeteros y wapapas, muchos pájaros, todos, todos los pájaros. El jefe Ximu iba imitando sus cantos y ellos aparecían, entraban al campo de mis visiones, animales de día, animales nocturnos, y después cantaban por su cuenta, solos, y sus voces pasaban a mi vida, formaban la otra parte de mi repertorio ya para siempre... Lindos idiomas, hasta ahora me acuerdo. El jefe Ximu puso mi corazón, puso mi boca, en esos años, en la voz de esos años, mi cuerpo espiritual y mi cuerpo material. Me

enseñó todos los idiomas, los hablares de los pájaros y también los idiomas de los vegetales, y los más intrincados de las piedras. Me enseñó a domesticar los poderes de los vegetales y las piedras, las vocaciones dañosas y honradas de las hierbas. Más que nada me enseñó a escuchar, me enseñó a saber escucharlas, puso mi oído sobre sus potencias, en sus conocimientos e ignorares, mediante el ayawaskha. Ahora, si me encuentro con una raíz, con una flor o liana que el maestro Ximu no alcanzó a mostrarme en las visiones, yo puedo escuchar a esa raíz, a ese arbusto, a esa flor, a esa liana, y así determino cuál es su ánima, qué soledad la rige, o compañía, cómo fue que nació, para qué sirve, qué clase de dolencias desmemoria, con qué males engorda. Y ya sé con qué dietas, con qué icaros se aumentan o desvanecen las fuerzas de ese vegetal, con qué canciones puedo alimentarlo, con qué pensamientos fuertes injertarlo. Y lo mismo me pasa con las gentes, lo mismo me informó de las personas el maestro Ximu. Y algo peormejor: Ximu me enseñó a distinguir los días de las plantas. Porque unos días la planta es hembra y sirve para una cosa. Y otros días la misma planta es macho y sirve para lo contrario...

—Si llego a un río grande estoy salvado —dijo el renaco ausente en mi visión. Después. Ahora escucho el sitio en que porfiaron las ramas del renaco contra el torrente, me oigo en su lugar sin poder evitarlo:

—Ayawaskha, en dialecto amawaka, ¿cómo me dijo usted que...?

—No es justa tu pregunta —me interrumpe desriéndome con lástima Ino Moxo—. En idioma de yoras, completito, no en dialecto: en idioma, las frases pueden a la vez alejarse para siempre y juntarse, entrelazarse y separarse para siempre, hasta más lejos de la infinitud...

Y volviendo la cara, nostalgiado, perdiéndose en la ausencia del renaco en medio del Mishawa:

—Será por el carácter de estas selvas, todo este mundo nuestro todavía formándose, ríos que de improviso transtornan su sentido o descienden sus aguas o las alzan en unas pocas horas. Tú debes

haber visto: si amarras tu canoa sin sacarla del agua, al amanecer siguiente la encontrarás colgada del aire, si es que la encuentras, y el río te mirará desde abajo, ya pura piedra, ya en piedra convertida el agua de su víspera. Otra vez puede pasar al revés: tu piragua se habrá ido amarrada a las corrientes que crecen sin aviso ni tiempo para nada. Todavía está haciendo este mundo, porfiando su lugar, acomodando aquí su más allá, cayendo con los barrancos, los árboles gigantescos asomando en las islas que hoy duermen aquí, como el renaco, y mañana despiertan lejos lejos, y en unos instantes nuevamente se pueblan de plantas, de personas, de animales. Para ver y entender y nombrar un mundo así, requerimos hablar también así. Un idioma que decrezca o ascienda sin anunciar, boscajes de palabras que hoy día están aquí y mañana despiertan lejos, y en ese instante, dentro de la misma boca, se pueblan de otros signos, de nuevas resonancias. En castellano te será difícil entenderlo. El castellano es como un río quieto: cuando dice algo, únicamente dice lo que ese algo dice. El amawaka no. En idioma amawaka las palabras contienen siempre. Contienen siempre otras palabras...

Y con voz que solamente ahora reconozco, Ino Moxo, con una voz de esas veces en el Hotel Tariri de Pucallpa, manando de la boca cerrada de don Javier:

—Nuestras palabras son igual que pozos, en esos pozos caben las aguas más diversas: cataratas, lloviznas de otros tiempos, océanos que fueron y serán de ceniza, remolinos de ríos y de humanos y lágrimas también. Son lo mismo que gentes nuestras palabras y a veces mucho más, no simples portadores de un significado, de un significado que siempre es un significado solamente, no son esas vasijas que se aburren con la misma agua guardada hasta que sus personas, sus lenguas, las olvidan, se rompen o se cansan, tumbadas, menos que muertas. No. En nuestras vasijas caben ríos enteros, y si acaso se quiebran, si acaso se raja la envoltura de las palabras, el agua sigue allí, vívida, intacta, corriendo y renovándose sin parar. Son seres vivos que andan por su cuenta, las palabras, animales que nunca se repiten, que nunca se resignan a una misma piel, a una misma

temperatura, a unos mismos pasos. Y se juntan lo mismo que panguanas y tienen descendencia...

»De la palabra *tigre* y la palabra *baile* puede nacer *orquídeas*, o acaso nazca veneno-de-tohé. De la *noche* preñada por un *tibe*, esa casi gaviota de los ríos nuestros, nace la palabra *relámpago*, que es melliza de la palabra que en amawaka dice silencio-después-de-la-lluvia. Porque en amawaka no hay un solo silencio, así, como en tu idioma, en general, callado, que nada dice, sino muchos silencios distintos, lo mismo que en la selva, lo mismo que en nuestro mundo visible, y también tantos silencios como existen en los mundos que no se ven con los ojos del cuerpo material...

»Tienen, pues, descendencia, las palabras...

»E injusta es tu pregunta, más por prejuicio virakocha, creo, que por atrevimiento o ignorancia. Aun así no voy a dejarla sin conocer, sin respuesta. En idioma amawaka el ayawaskha es oni xuma, escríbelo. Pero oni xuma no significa únicamente ayawaskha. Verás. Segundo cómo y para qué se diga, según la hora y el sitio en que se diga, oni xuma puede decir lo mismo, o decir otra cosa, o decir su contrario. Si yo pronuncio así, oni xuma, con la voz delgada, brillando, como deletreando hogueras y no letras, en lo oscuro, oni xuma significa filo-de-piedra-plana. Y dicha de otro modo significa tristeza-que-no-sale. Y significa punta-de-la-primera-flecha. Y significa 'herida', que a la vez significa labio-del-alma. Y siempre, al mismo tiempo, es ayawaskha.

»Ayawaskha, que para nosotros no es placer fugitivo, ventura o aventura sin semilla, como para los virakocha. El ayawaskha es puerta, sí, pero no para huir sino para eternar, para entrar a esos mundos, para vivir al mismo tiempo en esta y en las otras naturalezas, para recorrer las provincias de la noche que no tienen distancia, inabarcables.

»Es por eso que la luz del oni xuma es negra. No explica. No revela. En lugar de develar misterios, los respeta, los vuelve más y más misteriosos, más fértiles y pródigos. El oni xuma riega la tierra desconocida: esa es su manera de alumbrar.

»Y cuando lo invocamos con urgencia, con hambre y con respe-
to, con esa entonación de agua finita, de agua que pasa por entre el
abrazo de dos piedras redondas, oni xuma, oni xuma es costado-
de-un-cuchillo-de-piedra. Con él cortamos los dedos del Maligno.
Con él separamos al cuerpo de sus ánimas... Si un ánima está en-
ferma, o si corre peligro, la divorciamos de su materia dura, nega-
mos el contagio, lo *empalamos*, el ayawaskha nos enseña el origen
y la ubicación del mal, nos dice con qué hierbas, con qué icaros de-
bemos espantarla. Y si un cuerpo está enfermo, igual: lo desprende-
mos de su ánima para que no la pudra, aislamos igualmente los lugares
del daño, sabemos qué raíces mantienen al cuerpo espiritual y al
ánima material distantes, separados, hasta que la carne resucite en
el preciso corazón de su salud. Hasta que su pareja de aire, su pare-
ja de sombra, vuelva a crecer en el cuerpo lo mismo que un renaco,
inocente, que no sabe solamente lo que sabe la carne, y no le impor-
ta ser feliz o eterno, puesto que ambos estados no son nada sino son
para todos. Le da lo mismo ser para su siempre, o para quien, efíme-
ro, lo goza... Y esto, que no es nada, es todo. Hay dones, hay pode-
res, hay mandatos. No hay milagro, en el sentido que tu pensamiento
le está dando ahora a la palabra milagro. No hay milagro en la cura,
no en la invocación, ni antes ni después del oni xuma. Hay raíces y
jugo de raíces, hay cortezas precisas para esto y lo otro, varios tipos
de lluvia que se bebe, y también ciertas piedras. De qué manera, en
qué caso utilizarlos, cuándo y cómo segarlos y prepararlos, eso es lo
que sabe el ayawaskha, eso nos lo transfiere si así lo considera, si el
ánima o el cuerpo lo merecen. Para darte un ejemplo: si tú vives
tan sólo para tu propia vida, ya elegiste morir. Y como nada logrará
sanarte, aunque por fuera parezca que has nacido y sigues viviendo,
morirás, ya te has muerto. Pero si permaneces en tu sitio, si tu alma
está en su sitio y tu cuerpo en su sitio, sin arrebatarle a nada ni a
nadie su espacio de vivir, entonces no habrá mal que se defienda.
El oni xuma me aconseja, me dicta el vegetal y el pensamiento fuer-
te, la medicina exacta que limpiará la tierra y el aire de los cuerpos.
Para eso es preciso el oni xuma: para que el enfermo no avance, no

retroceda y al mismo tiempo no se detenga. Para que la sangre secreta del enfermo prosiga. Te hablo de la sangre que alimenta al sueño, sin márgenes, como antes circulaban las existencias de los asháninka, de los campa, el tiempo de los hombres dentro del sueño, el tiempo de los hombres en el tiempo perfecto.

»Eso es todo, y es nada, ya te dije. Cuando se sabe llamar al ayawaskha, todo imposible es fácil. No hay error, no hay milagro. Hay lo que merecemos conocer y lo que merecemos ignorar. Eso es lo que los urus ignoraron en su sabiduría. Todo es merecimiento. Cada dolencia, cada enfermedad, viene al mundo detrás de su remedio. Lo que pasa es que hay cuerpos que merecen ser uno con sus ánimas, limpios hasta que ni se noten sus junturas, y hay otros que merecen el desequilibrio constante, siempre huérfanos de algo, viudos, solteros de algo, metidos en sí mismos como una cueva dentro de otra cueva. Como ciegos que fueran tuertos, además de ser ciegos. Incapaces de darle nada al mundo, sin jamás aprender que las ánimas se alimentan de ofrendas, las ánimas se alimentan de ofrendarse, y que *son* más conforme más se entregan, y conforme más dan, poseen más. Y no da el que da de lo que tiene. Da únicamente el que da de sí mismo, el que da de su vida en la tierra de esta vida. Sí, amigo Soriano, de dar alimento es que se alimentan las ánimas. Y la ceniza se vuelve agua cuando un sediento la besa. Pero hay quienes lo ignoran ignorándose, ni lo afirman ni lo niegan, no merecen ser cuerpos tales cuerpos, ocupan un vacío en este mundo, en las infinitas existencias del mundo, y por eso les falta siempre todo, algo de aire, un menosmás de tierra, su ánima en desacuerdo, inservible, su carne en desacuerdo. El oni xuma sabe desmezclarlos. Para eso es filo de piedra plana, es herida y cuchillo y es punta de la primera flecha de la última costilla, y es aguja que cose o que desgarra. Sabe apartar los cuerpos de sus ánimas y sabe retornarlos. Sabe quién sí, quién no, es digno de esta vida, o es digno de las otras, o es digno de ninguna. Yo obedezco apenas. Sin la luz negra del oni xuma ni siquiera ignorante es lo que soy. Ni siquiera me equivoco, acierto al revés, que es distintísimo, el ayawaskha me convierte en

su instrumento más desdichado por lo poderoso. Si es mucho lo que desconozco, lo que no alcanzo a ver, no importa: el ayawaskha sabe. Todo es merecimiento. El ayawaskha ordena, o desordena, yo obedezco. Si no me ordena nada obedezco igualmente. Y si me ordena posponer la muerte, ¡entonces sí, entonces transformo cualquier daño en recuerdo...!

—Así es, creo haber dicho ya más de lo que su pregunta quería conocer. ¿Lo ve usted? Las palabras ponen en movimiento otras palabras, desamarran potencias, liberan otras fuerzas. Si la persona que oye mis palabras tan sólo sabe oír mis palabras, es una lástima pero no interesa: ya se hallan las potencias por ahí, desde el aire, recorriendo y transformando el mundo. ¿No ve? Ya se lo dije. Todo es merecimiento.

—¿O sea que el ayawaskha abre la puerta para que penetre la salud?

—Todo es merecimiento, joven Soriano —semigirando el rostro una vez, otra vez, distraiendo mirares en el suelo, bajo una pomarrosa que hasta ayer yo no había visto—. Mira estas hormiguitas, se llaman *citarácu*. ¿Sabías que predicen el futuro?

Yo, silencio, «se está mofando», pienso.

—Mírales cómo corren a protegerse de la lluvia —dice Ino Moxo—, apurándose corren, mírales cómo se atolondran buscando el caserío, ingratamente, dejando atrás al tiempo que las guió. La *citarácu* sabe que dentro de unas horas, cinco o siete horas, ella sabe, va a ponerse a llover. Pero lo que para estas hormiguitas es unas horas, considerando el tiempo de su vida, para nosotros serían diez o quince años cuando menos. ¿Qué hombre podría predecir, preciso, que dentro de quince años y a tal hora exacta va a ponerse a llover? Muchos animales de por aquí lo saben. Hasta ciertas flores, anticipándose, se cierran, se esconden mucho antes de que llueva. Y más cosas presagian por aquí. Yo he sabido, el aire me ha brindado, que hace bastantes antes todos los humanos sabían de antemano, en el tiempo sin tiempo los he visto. Miraban el porvenir como quien ve lo que se ha ido ya. Con el tiempo quizás, o con su noche, fueron

extraviando esos poderes. Hoy sólo algunos pueden, generalmente niños, o shirimpiáres, brujos. De recién nacidos todos tenemos tales dones, muchos poderes más, pero cuando avanzamos, crecemos hacia atrás, por cuál razón será, y los vamos perdiendo. El hablar, por ejemplo. Ahora estoy hablando para ti. Si no, más que seguro, hablaría de otros modos, no desenvolvería los conceptos según a tu manera. Pero tengo que usar de tus palabras, por fuerza, tengo que someter a mis palabras dentro de las tuyas, adaptar mis pensares y callar otros que no caben, que se rebelan a ese encierro que ustedes llaman coherencia. Si tuviéramos tiempo, tiempo de merecer, acaso podría enseñarte a utilizar mis ojos, a decir con mi boca, entenderías acaso. Ahora tengo que rebajarlo todo. El problema es el tiempo.

Y el maestro Ino Moxo, como alejando su boca, no su voz, de mi creciente interés, de su propio cuerpo sentado sobre el tronco frente al río Mapuya, y haciéndose más débil y lento en sus palabras:

—Dentro de poco tengo que marcharme. El problema es el tiempo, este tiempo. Y por más que me esperes, no podrás esperarme. Mi tiempo no es tu tiempo sino el tiempo del jefe Ximu. Anoche he soñado con el jefe Ximu, he vuelto a verlo, ha desaparecido echando humo, el tiempo de su cuerpo, un gran humo amarillo...



6

La cachetada que incendió al petróleo

Sé quién abofeteó esa mañana a Severo Quinchókeri. Fue un capataz llamado Eulalio Vargas, furioso porque un tazón de azúcar había desaparecido de su mochila. Cerca al Sepawa sucedió, arriba, en el campamento petrolero de los franceses. Y peor sucedió: el capataz afrentó al asháninka Severo Quinchókeri delante de dos piros, ¡dos piros, dos gentes de la tribu más enemiga de los asháninka!, y nada menos que a Severo Quinchókeri que además de asháninka era marido de la nieta preferida del viejo jefe Ximu. Ni gesto ni palabra denunció el ofendido, pero en ese momento, aun antes de su rostro castigado, el severo silencio de Quinchókeri sentenció por su mano al capataz. Los piros testigos lo supieron, convocaron a sus guerreros y se alistaron para lo inminente. Los petroleros fueron alertados por ellos para nada: ninguneando los riesgos, muy confiados siguieron trabajando en su normal.

Tras la siguiente madrugada descendieron los hombres de Ino Moxo y asaltaron bailando el campamento virakocha. Soplaban cerbatanas y unas flautas oscuras que se llaman *songárin-chis*. Un rostro de un solo ojo, inconfundible, sumó su destreza a la rabia encantada de la Pantera Negra: las gentes del asháninka Inganíteri, apartando discordias que les venían desde antiguo, junto a los amawaka de Ximu y de Ino Moxo prendieron fuego a todo. Horas ardieron los tanques de petróleo, más rojos y más negros y más altos que la explosión del cielo. Fue muerto el capataz Eulalio Vargas, el ingeniero Mauricio Berriós y otro

ingeniero, un griego apellidado Sotiris. Tarde, en la tarde, llegaron uniformes con fusiles desde la Comisaría de Atalaya. No encontraron nada en el campamento petrolero, nada en el caserío próximo que fue vivencia de los amawaka. Únicamente, a flor de tierra fresca, apariencias de tumbas, restos de cuerpos semidevorados.

Para no tener que guerrear contra soldados, ese asunto no era asunto de uniformados, solamente por eso los amawaka decidieron instalarse más lejos, en la isla que algunos llaman Chumichinía, dentro del Ucayali, entre las poblaciones de Bolognesi y Chicoza, por donde desemboca la quebrada de Puntijáu. Los petroleros sobrevivientes no han querido regresar, ignoramos por qué. Los amawaka están hasta hoy allí en su nuevo sitio, jefaturados por un campa, por el asháninka Severo Quinchókeri, viviendo como siempre y como antes, en paz.

—Y esto pasó hace poco, a mediados de 1976 —me dice Ino Moxo ingresando al poblado de la isla Muyuy, cruzando ya la plaza Rumanía borrada por la noche, o por la noche.



El maestro Ino Moxo se despide

—¿Hay una memoria del corazón? —me respondió Ino Moxo al día siguiente.

Será. Y será que desde ella, doblegado por luces de ayawaska, me ha venido la cara del jefe Ximu, facciones que confundo con las del inka Manko Kalli sosteniendo aquel vaso de madera. Todo el cuerpo de Ximu, aletas de lupuna sus pies, fino y duro bajo la cushma que arriba, como luna, va causando las nubes en su cabeza de hojas anchas. Me mira su copa modelada por jíbaros equivocados, su testa grandecida clavada en una estaca, y me mira su cuerpo de lupuna amarilla.

—Tengo que marcharme —dice Ximu apenándose a penándome, saliendo lentamente del campo de mis visiones.

Y no es el jefe Ximu. Es el jefe Ino Moxo. Me fuerzo a escucharlo, consigo apenas oír su cuerpo, el icaro vacío de su piel. Entre un túnel de paka de espinas bondadosas observo sus palabras que revolotean hasta mí, lunareadas de negro, mariposas.

—Tengo que marcharme —repite Ino Ximu, repite Ximu Moxo, acercándose a mí, su cara cae desde la lupuna con hilachas nubosas en el cabello oscuro que clarea, castaño.

Trato de reanimarme, soy consciente, me digo. Nada. Horas de años pasaron. Vi el barco devorado por ese remolino de zumbidos y penumbras, gracias. Ayawaska y tohé, gracias, mil gracias. Vi a Kaametza en la ribera vigilando el sueño de Narowé, gracias. Vi a Narowé que despertaba en la playa de ese lago que otra vez era un río. Vi la panguana macho que empollaba cinco lunas azules, ¿o naranjas?, en la súplica negra de aquella madrugada, mano del Amazonas,

gracias, kotomachácu de cinco cabezas alargándose hasta la cabaña de don Juan Tuesta en la isla Muyuy, gracias.

Y de las cinco lunas, quebrando el cascarón hecho de plumas de alas escamosas, vi salir a los hijos de mis hijos rumbo a las cuatro esquinas del universo, a fundar las naciones. Vi cuando todo el mundo era ceniza, el mar, el amor, el aire, las promesas, la luna, la juventud anciana de las cosas. Y vi cómo caía un rayo sobre la pomarrosa. Es Kaametza, vi que decía el dios Pachakamáite. Es el primer humano, el primer hombre, veo que dice don Javier en la antesala del Hotel Tariri, entrando al río, enmarañándose en risadas hondas. Veo los dibujos en los muros del hotel y no veo dibujos. ¡Estoy mirando rostros de almas, mapas de ciudades, ciudades que son almas en movimiento, distingo caras nítidas, conocidas, rostros de almas boscosas! ¡Veo casas que cambian de lugar, ciudades vivas, selvas inesperadas que se abren en el aire, invisibles entre la espesura y el peligro constantes! Una mujer negra me dice algo con la boca inmóvil, me le acerco y descubro un cajón musical a sus pies. Veo que el cajón suena sin que ninguna mano lo toque, y sus notas son palabras, voces que huyen de la piel del traidor: un idioma perdido está fluyendo del tambor de los indios bora. Y veo que conozco esas palabras, son viento de los quechuas, se dibujan contra la telaraña que resplande de golpe borrando a la mujer blanca, talladas en corteza de renaco sangrante, las palabras, y el renaco es piel de ese tambor, y de su piel emergen las palabras, gota a gota, de la tierra hacia el cielo, lluvia dorada restallando en el aire y entrando a mi nostalgia:

Apu míski yáwar
Qespichíway yawar
Auqay kunamanta

Una por una ingresan: *apu*, todopoderosa, *miski*, dulce, *yáwar*, sangre. ‘Todopoderosa sangre dulce’. Una por una: *qespichíway*, apáréame con el cristal, ‘vuélveme cristalino, libre, prístino’. *Auqay*, ‘enemigo’. *Kunamanta*, ‘todos los hombres’.

Todopoderosa sangre dulce:
aparéame con el cristal, vuélveme prístino,
líbrame de todos los hombres que son mis enemigos.

Es oro lo que vierten las palabras lloviendo en mis oídos. Y mi cabeza se hace transparente, gracias, se torna una vasija de arcilla centelleante, llena de agua de lluvia. Y en la vasija de mi cabeza, veo, flota otra cabeza, terca barba de acero como armadura de conquistador, y tras de la barba asoman labios duros y dorados como picos de wapapa. Me apresuro, la extraigo antes de que el agua hierva, la descanso en la arena, formo ese semicírculo de guerreros, de silencios, de sombras que ya están reduciendo sus trofeos. Yo modelo el mío con ceniza caliente, con harina de huesos de mis antepasados, le voy dando facciones que no he visto jamás y que conozco: es el inka Hohuaté, es el traidor Morales Bermúdez, la testa renacida del traidor, es el piro Atawallpa que bebió el triunfo en el cráneo de su hermano Wáskar. Y el agua de mi vasija se hace roja, luna de Pisaq, sol de Pawkartampu, gracias, colmada mi cabeza por la esperma del sol, y sangra con cristalina sangre, y detrás de ella asoma don Javier, planea como un cóndor ese Cristo feliz, las garras de su ánima llenas de cicatrices, y el cóndor me rescata de la tierra y me lleva por los aires. Me veo volar lejos más lejos y al mismo tiempo me estoy viendo aquí en casa de Ino Moxo junto a Iván y a Félix Insapillo con los ojos cerrados sudando en los rincones sobre el piso de pona rasguñada. De súbito se borran Insapillo e Iván y sus lugares paren un paisaje que nunca he visto antes, me veo caminar entre peñascos, grandes rocas talladas con perfiles de monos, dinosaurios, signos que no comprendo, ¡y yo soy una huella de pie humano en la piedra, tengo sesenta millones de años de edad! En la choza del brujo, Iván se incorpora, se acerca a Ino Moxo, su voz cruza el cuarto como serpiente de humo:

—Acaso le ha hecho daño a César la mezcla con tohé...

Y la serpiente tiene alas y escapa humovolando hacia el bosque, me siento sosegado, todo está bien, mirando con los ojos, y sé que lo

que veo no es lo que veo, sé que observo *otras* cosas. Un niño amawaka sube los peldaños de la choza y sonríe. ¡Es el guía Ino Moxo, es el pequeño que nos trajo! Me levanto hacia él, quiero abrazarlo, la visión se retrae otra vez hasta el bosque. ¡Es Ino Moxo niño, es la niñez anciana del maestro, la infancia de la Pantera Negra que nuevamente se aleja y se disuelve bajo la pomarrosa entre las lianas de garabato-kasha! Giro el rostro hacia el humo, traspaso el shirikaipi que fuma el brujo, veo: el río Mishawa está atravesando la cabaña, sus aguas verdinegras suenan en el emponado, huyen retumbando por la puerta de la choza del brujo, descienden los peldaños de madera que ahora son de piedra y se despeñan en mansa catarata. Las maderas del piso se repliegan en busca de otra forma, son medusas de piedra, son extraños, son fósiles de peces y caracoles gigantes, me inclino, alzo uno de ellos, lo pongo a mi derecha sobre el piso, junto a la wapapa que está comiendo pueblos, culturas, civilizaciones verdaderas, hombres de carne y hueso, pequeños como frutos del aguaje. La wapapa desgarra sus espaldas, bebe sus cabecitas reducidas, sin ojos, entre su pico el río Colorado fluye, la vida de los mashkos está fluyendo todavía. Veo a mi primo César Calvo que se pone de pie, levanta a la wapapa carnícera, le arranca la cabeza, gracias, con mis dos manos. Veo que del cuello roto de la wapapa mana ahora el río Mapuya bajo el sol de hace tiempo, avanza en dirección del Urubamba, sube por las montañas, gracias, se adelgaza en el Valle Sagrado de los inkas entre cumbres de nieve. Y me quedo dormido con los ojos lejanos y contentos, gracias. Sigo viendo, dormido, *otras visiones*. Y sé que estoy despierto, soñando un sueño mucho más real.

**José María Arguedas
besa la boca de una cerbatana**

Y no pude ver mas. Desperté. Sentado sobre un tronco de es-pintana, a mi derecha, como carta de difunto brillaba don Javier. Frente a él cantaba Narowé en mi visión pero su voz era la de don Hildebrando en Pucallpa, la boca de una guitarra blanca que repetía versos de Raúl Vásquez en lo alto del aire, tras un em-parrillado de arcoírises:

Y tú me dejas solo
como el cielo dormido,
como cuando la lluvia
va escribiendo el olvido,
igual que las canoas
que no verán el río.

—¡De ahora en adelante no vas a cantar más! —ordenó don Hildebrando a Narowé—. ¡De ahora en adelante tú serás la can-ción...!

Y el Juglar de la Selva se convirtió en la selva. Yo lo vi con mis ojos. Lo miré dirigirse al Amazonas, hundirse y retornar con la luna entre los brazos. Y la luna sonaba como todas las músicas del mundo, como todas las músicas del hombre sobre el mundo. «¡Manguaré, manguaré!», decía Narowé con los labios pegados, cantando dentro de un río de regreso, remontando el Urubam-ba, el Willkamayu, andando aguas arriba, por el tiempo, lleván-dose los bosques como si fueran piedras en su alforja, pecados

de colores, grandes rocas de grandes fortalezas que Narowé movía con cánticos callados, que empujaba sólo con icaros, cantando y pensando, alzando un imposible frente a las naves de los vi-rakocha, un empalado de almas, un invencible muro de bambúes contra la voz del mar...

—Es que no son bambúes —me dice don Juan Tuesta, sentado en la espintana, a mi derecha.

—Canillas de *tanrilla*, penes de *achúni*, eso son —dice desde mi izquierda don Hildebrando.

No hay ave más buscada que la pobre tanrilla ni ser más envidiado que el inocente achúni. El achúni es el único personaje del mundo que siempre, aunque no quiera, vive alzado: un mástil poderoso, de hueso, avanza entre su falo. Y la tanrilla vive condenada a los aires: si desciende a la Tierra, o pierde las dos piernas o pierde la existencia. No hay mejor filtro de amor que las canillas de una tanrilla —sonríe don Juan Tuesta.

Y don Hildebrando asiente:

—Los brujos engañan a las tanrillas, las imantan cantando como garzas, y las tanrillas bajan, y regresan al cielo andando en dos ausencias, igual que los amores que ellas desatan, en dos hilos de sangre. Los shirimpiáre curan sus canillas cortadas, las icaran, ayunan, las guardan bajo tierra. Después del tiempo justo, después de ese polen plateado de la nube a cuya sombra olvidan, ya hueso limpio, puro, las extraen, las desentierran como dos cerbatanas delgaditas. Si un varón desdeñado consigue ver a la hembra desdeñosa, desnuda, usando la canilla de tanrilla como un largavista, al cabo de tres días no tendrá él que perseguirla más, ella lo perseguirá.

—Pukuna del amor, eso es la canilla de tanrilla, por donde se dardean miradas infalibles —me dice don Hildebrando.

—Pero básicamente —acota don Juan Tuesta—, los brujos las utilizan a modo de boquillas en su clásica pipa de icarar. Todo brujo, al fumar para hechizos, mordisquea canilla de tanrilla, cerbatana de hueso que funciona al revés: en vez de ser soplada, es aspirada.

Y don Hildebrando:

—Porque los verdaderos shirimpiáre no fuman cuando fuman: a través del tabaco inhalan ánimas, fuerzas que la tanrilla supo extraer del cielo cuando caminaba, en otro tiempo, cuando sólo pisaba senderos transparentes y no sepultos rumbos, no pupilas ni bocas impiadosas, humosas...

No pude oírlos más. Me desperté. Con los ojos tapiados quién sabe por cuáles sueños, miré: José María Arguedas volvía caminando sobre el río, desde el embarcadero de Dos de Mayo que se nublaba al frente de la isla, envuelto en una cushma amarilla y flamante. La muerte lo miraba por el ojo de una pukuna de tanrilla.

—Dime qué puedo hacer! —plañó la voz rugosa y grisácea del río Amazonas—. ¡Dime qué debo hacer, José María Arguedas, para que no nos abandones, para que no resignes tu frente hacia el dardo que sopla el enemigo...!

Y José María Arguedas, un trecho más allá, delante mío, respondió sin dejar de caminar sobre el río:

—¡Regresa al Urubamba! —así le dijo—, ¡regrésame contigo aguas arriba! ¡Avanza cuatro siglos! ¡Retrocede, Amazonas, cuatro siglos por el Río Sagrado! ¡Impide el desembarco de los bárbaros, los virakocha, los conquistadores!

—¡De ahora en adelante ya no vas a ver más! —lo interrumpió la voz de don Juan Tuesta—. ¡De ahora en adelante, José María Arguedas, tú serás la visión!

Narowé, el primer varón, obedeciendo, se puso el poncho rojo de su cushma amarilla, «¡yáwar fiesta!», gritando, «¡raymi-yáwar!», cantando, y enfiló hacia las alas de aquel toro que ardía, enfiló hacia las astas de aquel cóndor. José María Arguedas avanzó a la ribera, caminó nuevamente sobre el agua, fue de frente a la boca de esa pukuna negra.

Y desapareció su cuerpo echando humo.

Yo lo vi en mi visión.

El maestro Ino Moxo desaparece echando humo

—Nunca aprenderás que no se trata solamente de querer aprender —me increpa Ino Moxo—. Si yo fuera árbol —dice—, si yo fuera árbol y quisiera caminar como humano...

—No podría, lógico...

—¿Lo ves? —se impacienta él—. ¡Claro que caminaría, sí: caminaría! Y borrándome con un fulgor de sus ojos castaños: ¡Pero caminaría como un árbol, no como un ser humano...! Lo mismo pasa con ustedes los virakocha: algunos tienen voluntad de idioma y carecen de boca. Yo podría decirte muchas cosas, no escucharás ninguna. Y si escuchas alguna será siempre a tu modo. Las oirás como árbol, no como yora, no como amawaka. El asunto más difícil no es querer. Es el tiempo. Con el tiempo, acaso, tú podrás escuchar y caminar. Y con el tiempo yo te escucharé, caminaré tu camino sin desandar el mío. Todo, con el tiempo, volverá a ser de todos. Podremos existir en nuestra vida y a la vez en la vida de todas las personas que antaño fueron cosas, y en la vida de las cosas que habrán de ser personas. Todas las existencias, incluso las novidas que vive un chullachaki, las vidas inventadas por don Javier, por mí. La apariencia de vida, por ejemplo, de mi ahijado Iván Calvo, tan igual a su vida verdadera que si tú te lo encuentras en el bosque, por ejemplo viniendo del Mapuya, no dudes un instante que se trata de Iván Calvo. Con el tiempo, inclusive, la vida simulada de ese Iván Calvo conducirá tu vida... ¿Me estarás entendiendo...?

»Porque los virakocha incluyen, dentro de su saber, sólo las realidades que hacen a la persona, las íntimas, no las universales e infi-

nitas, no sé cómo decírtelo en palabras. Nuestro río no es el único, aceptan ahora así los virakocha. Hay otros ríos, dicen. Como si únicamente hubiera ríos, y como si todos los ríos fueran de agua y tuvieran dos márgenes que terminan en el mar. No conciben que un río tenga una, o tres, o cinco orillas. No comprenden un río de aguas quietas, de aguas que retrocedan. Es imposible que un río pueda transitar sin agua, dicen, que avance sin moverse por entre dos paisajes, que sean los paisajes quienes vuelvan del mar. No ven los mundos que hacen este mundo, aquellos que nos abre por ejemplo el oni xuma. Algunos virakocha, los menos virakocha, toleran determinados conocimientos nuestros, sólo los relativos a los vegetales, los que ellos consideran conocimientos. Pero no ven que los vegetales son apenas el extremo visible de la cura. Los virakocha aplican nuestros vegetales y fallan, no hay buen resultado. Los vegetales no son nada si no se hallan insertos dentro de su total, en la totalidad de conoceres que nos han sido legados, en esa infinita arquitectura de realidades sagradas, cada una con sus puertas precisas. Ignoran que esas puertas son una sola, única, y que su llave es múltiple. Y que esa llave nunca se repite y es siempre el oni xuma. Para ellos es tóxico, ayawaska es droga, dicen alucinógeno, y experimentan, juegan. Así han jugado con todo siempre, sin darse cuenta, desperdi-ciándolo. Con el tiempo han de aceptarnos en toda la verdad. Aceptarán no sólo la última hoja de la copa del árbol sino también el árbol, sus raíces, la tierra que ha fundado esas raíces, así hasta el infinito, ese tiempo que se repite y se repite siempre por primera vez en el pensamiento, en el pensamiento de los hombres cuando piensan la existencia... Ya sea que algún día la vida de los hombres vuelva a ocupar un vacío amarillo, un reflejo en el aire de ceniza, o ya sea que habite otro trascurso, otro existir, un ruido, un caracol de piedra sin memoria... Porque las cosas no son únicamente reales o únicamente ilusorias, ciertas o verdaderas. Hay multitud de categorías intermedias desde las cuales existen las cosas, muchas categorías de real, al mismo tiempo y en distintos tiempos. Y tú habrás de verlo. Aunque hoy te sea difícil aceptar, por ejemplo, que los amawaka

no solamente sobrevivimos gracias a los winchesters y a las balas. Nos fue dado volvemos invisibles. Ximu sabía icarar a sus guerreros para que los dañinos, los caucheros, no los vieran. Se hacían nada. A mí, de jovencito, trece años tenía, también así me icaró. Y así sobreviví. Los caucheros pasaban a mi lado sin notarme, buscándome con sus carabinas por el bosque. Y nada. No había nadie en mi lugar. Yo me reía de ellos, callado me reía de sus balas que me ras treaban por el aire. Hasta ahora recuerdo la crueldad de Fitzcarrald y de sus mercenarios. Y de sólo pensar que aquellos genocidas eran hombres, hasta hoy, por momentos, me dan ganas de nacionalizarme culebra, o palosangre, o piedra de quebrada, cualquier cosa...

Dos amawaka pasan en este instante frente a nosotros, cargando cajas ralas en las cuales trajimos más ralas provisiones. Ino Moxo, mirándolos:

—Ellos dos, por ejemplo, mis primeros ahijados, fueron escogidos para dar castigo al hermano menor de Fitzcarrald. Ximu los icaró, los magnetizó dotándolos de poderes precisos, suficientes. El día justo, a la hora justa, ellos dos se desnudaron y entraron al Mishawa. Como quien entra bajo un mosquitero, así entraron al río y se fueron tranquilos, caminando por el fondo de piedras. Aparecieron en el río Purús. Allí ajusticaron a Delfín Fitzcarrald, volvieron a meterse bajo el río, regresaron andando, sin mojarse, bien tranquilos...

Sigo viendo, dormido, más visiones. Alguien, supongo que Insapillo, vierte jugo de caña en mis pupilas, vuelvo a ver. Estoy de nuevo aquí, sin haberme ido jamás, en la choza del Brujo de los Brujos, a un costado del Mishawa. Es de día.

Esta luna que ahora nos alumbría desde el fondo del Amazonas, es la cuarta luna que acompaña a la Tierra, dijo mi primo César que don Javier le dijo que le dijo Inganíteri. Y dice que la luna anterior no fue un tronco hueco sino un otorongo, un tigre de ceniza. Aquella luna negra, ese tigre luminoso y redondo fue condena-

do por el dios Pachakamáite a ser derribado, sin culpa de castigo o recompensa, sentenciado a perder sus alturas y caer en la vida de los hombres. Los boscajes del Gran Pangoa fueron el sitio elegido por Pachakamáite para que la luna cayera como zarpa de pecado en el costado de la tierra del hombre.

—Sabrás que el río Pangoa desemboca en el Perené —le dice Inganíteri a don Javier—. Sabrás que el Perené y el Ene forman el río Tambo, y éste y el Urubamba paren al Ucayali quien, con el Marañón, más allá de los bosques de palosangre, son los dos ojos de Narowé que dieron nacimiento al Amazonas. A siete kilómetros de donde el Pangoa aumenta al Perené existía un poblado llamado Puerto Ocopa, convento franciscano, escuela creada para enseñar a los niños asháninka las inconveniencias de la civilización occidental.

—Como los sacerdotes no podían reunir suficiente población esco.ar —me dijo don Javier—, se vieron obligados a obligar a los piro y a otros enemigos del país asháninka, a incursionar los límites del Gran Pajonal, a emboscar a los campa, y no para matarlos, por más que los mataban, sino para raptarles su progenie. Con niños secuestrados y huérfanos colmaron las aulas de los Hijos de Dios de Puerto Ocopa. Todos ellos murieron, profesores y víctimas, occidentales y asháninkas, todos ellos murieron el día señalado por el páwa Pachakamáite para que el otorongo cayera sobre el universo...

—El maestro Ino Moxo se ha marchado —oigo que dice Iván cuando despierto—. Se acaba de ir al monte, solo, ataviado con su cushma amarilla...

Y negándome el rostro, remitiendo sus ojos a un recuerdo, fingiendo mirar la puerta de la choza que ya se abre en el sol:

—Me pidió que lo despidiera de ti, el maestro Ino Moxo me pidió que no te despertara hasta que él se hubiera ido.

—Una semana antes del día señalado, todos los animales del Pangoa y del Tambo quisieron avisarnos. Yo lo vi con los ojos de mi padre más lejano —me dice el curaca Inganíteri—. Porque justamente siete días antes todos los peces se desesperaron. Igual que tempestades de pánico huyeron de las aguas del Tambo y del Pangoa con premura de agónicos, como si abandonaran dos incendios torrenciales, y se lanzaron a contracorriente disputándose el aire de los ralos oleajes, hacia los riachuelos, las quebradas escuálidas, hacia el frágil refugio transparente y tapi-zado de piedras de aquellos arroyuelos lastimosos, áridos, que se angostaban. Por millares murieron pretendiendo avisarnos, y murieron en vano.

—Sabrás que a ambos lados del Pangoa, antes de Puerto Oco-pa, se alzaban dos colinas gigantescas —me dice don Javier—. Sobre aquellas colinas cayó el gran otorongo, las juntó con sus zarpas, negó el paso a las aguas correntosas. Los franciscanos que se hallaban lejos, y que por omisión sobrevivieron, afirmaron entonces que no fue un otorongo sino un sismo, un cataclismo, que fue sanción de dios y no la luna.

—Ellos, pues, qué saben —dice Inganíteri.

—Fue ese tigre negro quien dispersó a los campa. Con ga-rras colosales fusionó a los dos cerros y en el sitio de su abrazo las aguas del Pangoa suplantaron a todos los océanos y el furor de esos mares represados cayó como una ola sin distancia ni tiempo, como una sola ola de piedras, miedo y lodo, hacia el cauce vacío del Pangoa, hacia el deshabitado Perené, hacia el inútil Tambo, y atravesó la piel del Ucayali, lo hizo un puñal de muer-tes y de fango que ofendió lo imposible: el Amazonas.

—Y eso pasó hace poco, en la tercera luna de 1947 —me dice una cara que recuerdo pero que tampoco he visto jamás.

Poderoso y mareado todavía, en quebranto, me dejo conducir por Félix Insapillo. Atravesamos la dispersión marrón del caserío amawaka, recuerdo niños barrigudos mudos, aquellos dos nativos que guardaban nuestras cajas de víveres, vacías, como cariño, y un perro rotoso que apellidamos indistintamente Wáskar, Almirante y Sangreazul, y que nos fue acompañando dando saltos, frotándose a mi piernas, en quebranto, hasta que atravesamos esa insomne muralla de bambúes. Recuerdo el aroma de pomarrosa al pasar sosteniéndome del brazo de Insapillo, y aquel enredo de garabato-kasha tras del cual se esfumó la niñez chullachaki del brujo Ino Moxo.

Cuando recuperé mi corazón ya estábamos de vuelta en el río Mapuya recogiendo los fósiles de hace millones de años, los recuerdos del mar que fue esta selva, los grandes caracoles vueltos piedra, las medusas remotas. Pensé en la wapapa, creí escuchar lejos, muy lejos, el eco del balazo con que no la maté. Y tornamos a caminar por esa trocha sinuosa y caliente hasta la misma orilla fangosa del Inuya. Desamarramos nuestra piragua de lo hondo del bosque, la empujamos, cansados, muy cansados, y se la devolvimos a las aguas del Inuya bramante.

—Dicen que fue hace poco pero ellos pues qué saben —dice el curaca Inganíteri—. Por los antiguos de mis antiguos sé que ocurrió hace siglos, en el tiempo que algunos virakocha se empicinan en denominar Diluvio Universal.

—No fue ningún diluvio —afirma don Juan Tuesta—, fue el tigre de madera que Narowé hace sonar todavía desde el fondo del río.

—Porque el tiempo del tiempo no cabe en nuestro tiempo —me dice don Javier—. La raíz del desastre fue la muerte. La muerte de Ino Moxo. Yo era entonces un niño y por eso lo pude

ver. Días de días, vi, frente a Iquitos, en donde antes brillaba la piel del río Amazonas, vi una costra de fango que arrastraba cadáveres monstruosos, grandes peces con fauces de *wangana*, gigantescas serpientes de tres alas, de piedra, boas de dos cabezas, seres que nunca he visto ni veré, algo como tortugas, como pájaros, wapapas con escamas, y caballos y niños canosos y rocas que flotaban, restos de casas llenas de mujeres extrañas, de muchachas sin pechos ni cabellos ni término, y troncos, muchos troncos, todos los troncos de la selva pasaban flotando sobre el Amazonas, y lagartos con cuernos de toro, y una especie de peces inocentes y dorados que cantaban mejor que las mejores músicas del mundo, lertas bocas abiertas que nos decían todo en la memoria, que no decían nada encima de la Tierra...

Tres días navegamos pernoctando en las playas de piedra o de arena, o en salientes de tierra perfumada, bajo los mosquiteros desgarados. Casi era noche cuando divisamos, al dar vuelta esa isla embozada por pastizales de *chicoza*, el pobre embarcadero, las linternas de las primeras casas, el perfil engañoso de la ciudad de Atalaya.

Porque tú has de saber que en otro tiempo, sobre estas mismas aguas del Ucayali se alborotó una raza de peces amarillos que cantaban. Cuando Ino Moxo enmudeció, todos enmudecieron. Como si tras la vida del brujo amawaka, gracias, en canción de respeto, muchas gracias, también se hubieran ido los labios de las cosas y sus idiomas de oro...

Vía crucis del otorongo negro

Dos hileras de lámparas a petróleo nos permitieron intuir la ubicación del muelle, la manera de acoderar en ese pasadizo de tablas incrustadas en el río Ucayali. Desembarcamos al tanteo, trepamos una cuesta resbalando, calculamos los trances transitables de la calle principal de Atalaya, no sé cómo llegamos hasta la plaza de Armas.

A un costado de la oscuridad, bajo la lluvia mendigaban las luces del Gran Hotel De Souza. Negándonos al cobijo precario de las habitaciones, rendidos totalmente nos dejamos caer ante una mesa del bar del hospedaje, suplicamos cigarros y cerveza. Un sacerdote joven, creo que jesuita, bebía nada y fumaba nada en la mesa más próxima a la puerta, como dispuesto a irse para siempre. Yo lo detuve a tiempo invitándolo a nada pero con nosotros. El desmidió sus ojos, una sonrisa noble, casi rubia, con barba, levantó su estatura que más que estatura era una ofensa, una envidia de atletas, y aceptó no sé si con agrado o con curiosidad o perdonándonos. Comprobaremos luego que en realidad no se trataba de un sacerdote sino, además de un niño, del recuerdo de un sabio de cierta biblia ingenua y maliciosa sin crímenes ni santos masoquistas ni incestos ni castigos. Era uno de nosotros, todos nosotros y a la vez lo contrario, ni en exceso dichoso ni amargo en menoscabo, tanto que nos obligó sin proponérselo, no solamente a callar sino a escucharlo.

—Entonces yo vivía en la ceja de selva —dijo—, en una zona que hace frontera con los cerros que van a Cajamarca. Cuando no me podían hacer viajar mis pies, culpa de las distancias, la gente me prestaba algún mulo. Ese día estaba yendo a un rinconcito que se llama

Polish cuyos alrededores, me han dicho, están sembrados de rocas talladas con siluetas de animales raros y viejísimos. Dije que me lo han dicho, yo no he visto. No pude entrar esa vez a Polish. Llegando al pueblito me detuvo una sombra, una voz, una mano embrzándose a las riendas del mulo.

»“Padrecito, ¿usted es el padrecito Pedro?”, me preguntó la sombra. “Yo soy”, dije sin poder verla.

»“¡Perdóneme padrecito Pedro!”, exclamó la voz arrodillándose en la oscuridad. Yo no dije nada, pareció que sollozaba, pero ella, la mano, respondió: “Anoche me han jurado, padrecito, me han comprometido para matarlo a usted, les hice juramento...”.

»“¿Qué estás diciendo, hijo?”, me desconcerté —dice el padre Pedro—. “Perdóneme, curita, déme su bendición...”.

»“¿Te han comprometido para matarme?”. “Padrecito, perdóname...”. “¿Quién quiere que me mates y por qué...?”.

»“¡Déme su bendición!”.

»Tuve que bendecirlo —dice—, para que dejara de gemir tuve que bendecirlo y perdonarlo. Sólo entonces se calmó la sombra, esa mano me besó la mano, me agradeció y me perdonó aquella voz:

»“Menos mal, padrecito, porque si usted no me perdoná, si usted no me bendice yo hubiera tenido que matarlo aquí mismo...”.

»Y me obligó, con ruegos —dice el padre Pedro—, me obligó suplicándome que no entrara al poblado. Todavía no sé si en la penumbra era un machete, no sé cuál otra cosa, lo que brilló en la mano de ese hombre. Me agaché, quise mirar mejor. Y sólo en ese ratito lo reconocí. “¡Insapillo”, le dije, “dime qué es lo que te pasa...!”.

Y Félix Insapillo, sentado a mi derecha, aquí en el bar del Gran Hotel De Souza, en Atalaya, rehuyendo los ojos increpantes del sacerdote:

—Yo no podía decírselo entonces, no es mi culpa, hoy se lo digo.

Y alzando la cara, pero no la mirada, hacia la figura del padre Pedro en la semipenumbra del bar, Félix Insapillo hizo un silencio breve, continuó:

—La noche anterior a que usted llegara, todos los pobladores de Polish, yo solamente era uno de ellos, obedecía al común, se reunieron en el cementerio, entre las tumbas y las piedras viejas, y *empalaron* al pueblo contra usted...

—¿Empalaron...?

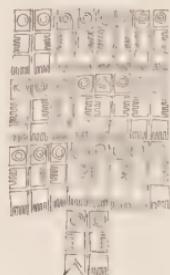
—Así fue —confiesa Insapillo—. Se reunieron ante esas tumbas de cientos de años, pidieron a nuestros muertos que soltaran sus ánimas. Y las ánimas de todos los tiempos, las ánimas de todos los que han muerto, salieron y rodearon el poblado. Ídem que una muralla de palos, de bambúes, así se han colocado las ánimas alrededor del pueblo, contra usted. Un empalado de ánimas hicimos para que usted no pueda entrar a Polish jamás...

—No fue ningún diluvio —insiste don Javier—, fue un otorongo negro... Sabrás que el otorongo negro nunca es negro. En contadas ocasiones y solamente a la distancia es negro y agresivo. Cerca de un hombre que no tenga dobleces ni miedo, el otorongo se hace tímido, se asusta y escapa. Pero en ese entonces ya Ino Moxo había muerto. Sabrás que el otorongo negro, de cerca, es distinto: lo gris mancha su piel en varias partes con lunares suaves, claros, especialmente en las proximidades de la boca y bajo los espines de su bigote. Yo sé por qué es así y por qué a la vez no es así. El otorongo negro, casi desde que nace, es rechazado por su propia madre. Es la única persona de los bosques forzada a procurarse, desde muy tiernito, su alimento, a esa edad en que se desconoce qué cosa es alimento y qué cosa es veneno. Esto te daría más tristeza si te pones a pensar que siempre, bajo de una muyuna, bajo de un remolino, se aloja alguna serpiente de agua, una yakumama. Donde hay un remolino, una muyuna, hay siempre una yakumama, una serpiente que lo alimenta, una gran boa de la cual mama el remolino aunque tenga mil años, aunque nunca se muera. ¡Piensa! ¡Piensa en el otorongo negro! ¡Qué

pensará él, sabiendo, como sabe, que hasta los sumideros más lejanos, las muyunas de los ríos por donde nadie pasa ni pasará jamás, esos remolinos que no tienen ni una frágil piragua a quien volcar, ni un tronco flotador siquiera para entretenimiento, qué pensará el tigre sabiendo que hasta esos remolinos, esas muyunas que no tienen nada, hasta ellos tienen madre...!

Y el clérigo, su mirada rebalsando una nostalgia que era menos que un llanto y más que un llanto, con voz de sentenciado, de culpa sin culpable, convicto por un crimen que no él sino alguien, otra vida, otro tiempo, pero usando sus manos, cometió... hablando sin sonido el sacerdote, volviendo a incorporarse, fatigado, retirando sus manos de la mesa como si se le chamuscaran:

—Algo pasaba siempre que quería visitar ese poblado. O me enfermaba sin explicación la víspera del viaje, calofríos y fiebres que se esfumaban con tan sólo regresar a mi parroquia... Ahora lo entiendo. Cien veces intenté ir a Polish y mil veces no pude...



Juan González camina siete días por el fondo del río Ucayali

Ya en Pucallpa, repuesto de los vientos que nos apeligraron dentro del bimotor, salí del mismo cuarto del Hotel Tariri, una y otra vez y siempre en vano, en busca de don Hildebrando. Su negativa me hizo aceptar una invitación de Iván a casa de Juan González, en las afueras. Es mago de alegrías, de risas, me dijo Iván Calvo. Juan González afirma que los resentimientos y la cólera ayudan exclusivamente a acabar con la vida. La alegría es lo único que extiende la existencia. Sin alegría las hierbas no son nada, nada son los icaros, eso dice, dice Iván Calvo. Y que él, Juan González, cura los daños porque sabe regalarlos con sonrisas, sigue informándome Iván Calvo cuando se impacienta una sombra en la entrada de esa choza.

—Pase —dice Juan González entreabriendo un abrazo de adolescente, semisonrisa imberbe, cabello tieso inútilmente canoso, cara de casi nadie. Nada que ponga en evidencia su nombradía de médico brujo, ni solemnidad ni simpatía, más que con una voz habla con dos navajas restregándose—: Llegan justito a tiempo, ya íbamos a comenzar.

Dentro de la casucha, a todo el rededor del entarimado, adivinamos cuerpos, quejidos en cuclillas, ropas avinagradas amontonadas en la oscuridad. El brujo nos hizo adoptar nuestros lugares y de inmediato, sin contención de ninguna ceremonia sirvió ayawaska en una taza que apenas alcanzamos a entrever. Antes que el oni xuma se habituara en mi mente, o me habituara a su mente, una voz de inflexiones inconfundiblemente campas se atolondró hasta el sitio de Juan González.

—Me he vuelto *ajuási* —dijo—. Algún daño me ha vuelto inútil, incapaz, dejado. Entro al monte a cazar y siempre regreso sin nada, con la bolsa vacía, sin ningún animal...

Y más oscura y chirriante todavía, la voz, color de súplica:

—Ayúdeme, shirimpiáre, hace meses que prácticamente no vivo, vivo sin voluntad, sin suerte...

Juan González avanzó hacia la voz, nunca nos enteramos si le dio de mascar tabaco, al instante la voz empezó a vomitar quejándose y temblando. Ignoro si a las dos horas, o a ninguna, ya el ayawaskha me giraba el ánima, igual que bajo la luz del mediodía pude mirar todo: Juan González se descoyuntaba en convulsiones, gestos y reclamos inaudibles, acrecentaba el rostro, se torcía, era otro, los brazos tasajeados por el aire brillante y afilado, yo sabía que estábamos en plena noche pero él era otro, fulguraba igual que luna roja, que sol de Pisaq, sol de Pawkartampu, Juan González ingresando súbitamente a un reposo de persona del Sol, de sumo sacerdote de los inkas dando órdenes azules, anaranjadas:

—¡Severo Quinchókeri! —domesticó a la voz—. ¡Todos los animales son tuyos, Severo Quinchókeri!

Iván nos aseguró que Juan González, antes del oni xuma, cuando era Juan González, no sabía ni el nombre ni los problemas de la voz. Sin embargo éste Juan González, dentro del ayawaskha, parecía saberlo todo de antemano y se desataba en gritos madres:

—¡Tuyo es el bosque, tuyos son los montes!

Y atenuándose un tanto, oscilando entre el icaro y el grito sin remilgos:

—¡Yo te entrego todos los animales! ¡Todos los animales son tuyos, Severo Quinchókeri! ¡Tú eres el dueño, yo te los devuelvo, tú eres el mejor hijo de Narowé y de Kaametza! ¡Yo soy el Ánima Sola, yo soy Elegguá, yo soy el yerno del dios Pachakamáite, yo soy dios y yo te entrego lo que siempre ha sido tuyo, todos los bosques, todas las pertenencias y las personas de los bosques!

Después, no sé, me burlan la memoria mis visiones, Juan González se encerró entre sus brazos, tenso poste blanco en el centro de

la cabaña, cerró los ojos y se alzó, flotó a medio metro del emponado, salió volando a la carretera Federico Basadre, no sé bien, regresó con las astas de un venado entre las manos, pero no era un venado, no eran astas, era él solo que volvía gritando todavía, su voz tibia de júbilo y de sangre.

—Quinchókeri no ha perdido la suerte —me dijo—. Ha sido ocupado por el *mancharí*. Sabrás que el mancharí es un miedo distinto, más difícil que el miedo que todos conocemos, ese que hasta los animales pueden llegar a olfatear. El mancharí se mete como ánima en el cuerpo y la persona de ese cuerpo ya no sirve. Desde esa persona el mancharí espanta a todo lo que vive, no solamente animales, como le pasa a Severo Quinchókeri, sino que también espanta la voluntad, el cariño de las cosas, de las demás personas, la razón desconocida por la que existen algunas existencias. Todo eso y mucho más, todo ahuyenta el mancharí. Sabe meterse como cuerpo dentro del ánima...

Cuando me perdonó la *mareación*, era otro día, quedábamos en la casa únicamente Iván, Insapillo, Juan González y yo. Iván le recordaba al brujo, escuchó todavía bajo brumas coloreadas, Iván le está diciendo de la vez que la policía encarceló a Juan González debido a la denuncia de un médico vecino, es que Juan no cobra un centavo por sus medicaciones, por eso.

—Me quisieron encolerizar —dice Juan González—, pero no los dejé. A ver, hechicero, se burló el comisario, a ver escápate de la cárcel, ¿o acaso no eres mago...?

—Solamente esa noche lo encerraron —dice Iván—. A la mañana no encontraron a nadie en la celda.

—Y yo estaba en la celda —sonríe Juan González—, sólo que los guardias no podían verme. Yo les prohibí sus ojos. Toda esa noche me icaré, masqué tabaco fuerte para que mi cuerpo material se hiciera invisible frente a los guardias. Fácil fue. Los policías abrieron los candados y yo salí tranquilo caminando junto a ellos, *quitáitre*, bien tranquilo, igual que si no tuviera carne, como si verdaderamente no me encontrara en ese lugar.

—Y esa mañana el comisario recibió un telegrama enviado desde Iquitos —dice Iván Calvo—, un telegrama que había sido depositado dos días antes, en el cual Juan González anunciaba que llegaría a Pucallpa esa misma tarde, justo al anochecer, ¡y desde Iquitos, a varios días de navegación, en el barco *Mariana*...!

—Yo les mandé, en persona, ese telegrama —se ríe Juan González—. Y llegué esa tarde, justo al anochecer, en el barco *Mariana*, sin mentir. En el embarcadero estaba el comisario...

—Pregúntale si quieres —dice Iván.

—Estaba el comisario esperándome —prosigue Juan González—, esperándome amargo con varios policías. Me volvieron a detener pero sólo por un momentito, hablaron con el motorista del *Mariana* y me dejaron en libertad, se asustaron, el motorista confirmó que yo había subido a su barco en Iquitos, en el puerto de Belén, la semana anterior...

Desligándome de las últimas visiones de ayawaskha, atreví:

—No entiendo bien, creo que no he comprendido bien, no escuché con claridad. ¿Usted estaba preso, y estando preso tomó un barco a cientos de kilómetros de distancia, y una semana antes lo tomó, en Iquitos, lejos, y llegó usted a Pucallpa sólo horas después de haber estado encarcelado...?

—Es que toda esa noche, en la celda de la comisaría, no solamente me icaré —expone Juan González con naturalidad—. También me concentré para que vuelva el tiempo sin tiempo. Apenas pasada la medianoche pude hacerlo volver. Bajé al tiempo más viejo y me envolví con él, bebí su polen antes que amaneciera y aumenté mi potencia de mirar. Dentro de ese tiempo, que no sirve para llevar a la muerte sino para producir alegrías, me fue fácil viajar días atrás, hasta Iquitos.

—¡Regresa al Urubamba! —exclamó José María Arguedas volviendo a caminar sobre el río—. ¡Regrésame contigo aguas arriba, avanza cuatro siglos, retrocede cuatro siglos por el Río Sagrado de los inkas! ¡Amazonas, río-mar, impide el desembarco de los bárbaros...!

—Fácil fue —insiste Juan González—. Cuando uno está icarado, en ese tiempo además, el agua es como la tapa de un gran mosquitero. Yo salí de la cárcel y caminé hasta el río, levanté la tapa del Ucayali, entré, me fui caminando sin peligro alguno, bien resguardado por la tela del agua y aparecí en el puerto de Belén en Iquitos. No me fuera a ver alguien, disimulé, salí a la orilla agachadito y esperé al sol para que me secara lo poquito que se había mojado mi camisa, después me dirigí a la oficina de telégrafos y le envié ese mensaje al gritón del comisario...

Y retomando una voz que reconozco, Juan González:

—¡Es que ninguna cárcel puede encarcelarnos, ningún virakocha puede hacernos daño ni convertirnos en daño! ¡Sangre negra tenemos, nuestro tiempo es otro tiempo, de urus descendemos y a urus ascendemos...!

Iba yo a porfiar, a desconfiar, no recuerdo ahora con precisión, oigo un rumor de hojas quebrándose afuera de la casa, veo pasos que crecen, puedo mirar al fin: un indio flaco, encollarado de diminutas piedras rosadas y verdes, azules y anaranjadas, la cushma ceñida por una faja de donde penden decenas de huesos delgados, los brazos uncidos de pulseras hasta el nacimiento de los hombros, emerge jadeando en la puerta, su espalda doblegada por un bulto que me parece hielo. Miro mejor, distingo medio cuerpo del nativo y sobre él medio cuerpo de un venado sin astas, demasiado joven, la frente rota por los perdigones, y me sorprende la carabina winchester en manos del aborigen.

—¡Severo Quinchókeri! —se alegra Juan González.

—Prontito he venido, shirimpiáre —dice la voz de anoche.

—Y así va a ser siempre, hermano —lo conforta el brujo—. Así va a ser, yo te he dicho que todos los habitantes del monte son tuyos, siempre fueron tuyos, así es. ¡Tuyo es el bosque, yo te lo he devuelto, tuyas son las existencias del bosque, ya lo estás viendo! ¡Todos los días tienes que ir al monte, no dejes de hacerlo jamás! Piensa que tus hermanos, nuestros hermanos, ahora están tan mal que si alguien no hace nada ya les está haciendo el más tremendo daño...

—No sé cómo agradecerle, shirimpiáre —dijo la voz depositando el mediovenado a un costado del cuarto. Juan González la detuvo:

—Si hay que agradecer, Severo Quinchókeri, a mí no me agradecas. ¡Agradécete a ti porque eres digno de las ánimas grandes que nunca se equivocan! ¡Ellas expulsaron de tu cuerpo a esa ánima de miedo! ¡Ellas expulsaron de tu ánima al cuerpo del manchari!

Y abajando sus palabras hacia mí:

—Sabrás que los asháninka no matan nunca un venado, mucho menos se atreven a comerlo. Para los asháninka, para los campa como Severo Quinchókeri, el venado está habitado por el alma de un pariente muy remoto y muy enemigo. Los mitayeros, los cazadores campa, desde antiguo, le temen al venado más que al tigre, más que al otorongo. ¡Le temen más que al virakocha, más que al hombre blanco...! ¿Te das cuenta...?

De regreso en el Hotel Tariri, duchándome con prisa pues esa misma tarde viajábamos a Iquitos, me descubrí en el pecho tres cicatrices que no hube visto antes, dispuestas como adrede, señalando un triángulo. Abrí y abrí los ojos, retiré mi cuerpo de la regadera fría, más y más fría, miré las cicatrices, toqué, volví a mirar, aún no sé qué pensar.

Las palabras de Iván Calvo ingresan desde mi habitación, bajo la puerta del cuarto de baño:

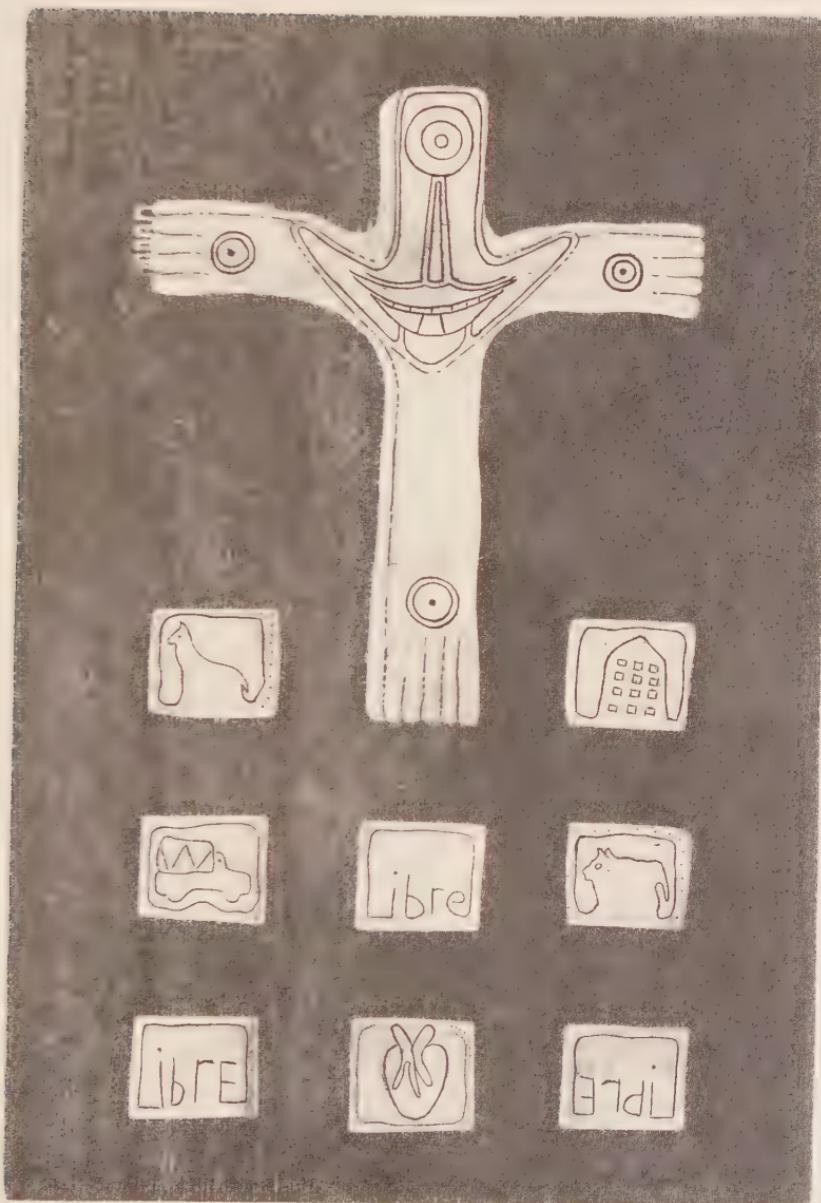
—Juan González te marcó anoche para que su altar te acompañe siempre, en tu pecho, para que te proteja —así me dijo don Hildebrando para que yo te lo dijera...

Y en sus palabras me hago recuerdo, regreso al río Mishawa, nos devuelvo al comienzo del viaje hacia Ino Moxo, escudriño los altos matorrales, veo a Iván que aparece arrastrando un venado, trayéndonos el recipiente de un ánima remota, tasajeándolo, alimentándonos con ese chullachaki de quién sabe qué tiempos. Algo que es hijo y padre de otro tiempo empuja con mis manos la puerta desquiciada del cuarto de baño, me entra al dormitorio, se encara con Iván Calvo. Pero Iván Calvo, aquella su lejanía recelosa, propia de quienes viven protegiendo algún sueño, nos desdeña y sigue hablándole a su voz:

—El maestro Ino Moxo te cortó anoche, creo que con un puñal de palosangre, o quizá fue de hueso, una costilla transformada en piedra. Tres tajitos te hizo sobre el pecho, a modo de un escudo, para que nadie, ni siquiera tú, nada ni nadie pueda hacerte daño. Para que te proteja hasta de ti mismo, así me dijo que te lo dijera...



IV
EL DESPERTAR



Donde se verá que las máscaras están siempre debajo de la cara

El pasadizo escuálido que comienza en la calle, en la vereda izquierda del jirón Huallaga de Iquitos, penetra hacia el remanso de una sala sin paredes, esquinada por un diván de esterilla, una hamaca sogada y cuatro silletas acaneladas, piso que expande losas borrosamente azules alrededor de un trozo de tierra florecida. Tras del breve jardín oloroso de menta y de garúa, a un lado: escaleras que anuncian dormitorios en la segunda planta, y al otro, entrecerrado por mamparas marrones: el inexscrutable laboratorio donde el médico brujo Manuel Córdova se desvela triturando pétalos, combinando raíces cortadas en ayuno, exprimiendo secretos agridulces. En ese aposento, al cual nadie puede ingresar sino el amanecer y los atardeceres, este «simple vegetalista», así se autodenomina Manuel Córdova, requerido por innumerables pacientes asciende noche a noche hasta otra madrugada, afila las zarpas de su nombre lejano, amaestrado por la paciencia de los magos selváticos y se abalanza contra las enfermedades desde lo alto de su frente de sabio.

—A esta hora es bueno conversar —dice masticando el tobillo de su pipa rugosa, aromando, arohumando al tibio tiempo que se va, ya las seis de la tarde—. Luego viene gente y tengo que ayudar. Me duele aquí, no puedo dormir, se quejan. Tengo diabetis, los huesos me crujen, me ha dado el cáncer. ¿Cáncer? Ellos mismos nomás se diagnostican, se enferman solitos. A veces son los médicos quienes yerran. Muchos les dicen: ya no hay nada que hacer, usted tiene cáncer. Pero acuden a mí y con ayuda de cosas que aprendí en los montes yo les sano su cáncer. Créame. Hartas veces el cáncer no es más que

inflamación, una gran inflamación de los tejidos. Entonces es curable.

Hace menos de un mes, paseando a pocas cuadras de su casa, en la plaza 28 de Julio conocí a don Manuel Córdova. Solamente al observarme cambió de rostro:

—¿A usted le molestan los oídos, no? —me dijo. Usted padece lo que algunos llaman sinusitis. Desde hace años seguro padece y no lo cura nadie, ¿es así...?

Y volviendo a resonar andares sobre las baldosas de la plaza 28 de Julio, ágil, inconcebible, pies de casi cien años, me encaró:

—Si usted quiere yo le voy a sanar. Primero tengo que limpiarlo por dentro, como nuevo, para que todo el sucio que se va guardando en el cuerpo, sin saber, en las fábricas internas, no interfiera con la medicación. Después le daré unas tomas, no me vaya a fallar, beba una cucharada en ayunas y otra antes de dormir. Y las gotas, no las deje entrar en su nariz, póngalas en la puerta del olfato nomás: el ánima del líquido será suficiente.

Las últimas radiografías paranasales pasmaron a mi médico en Lima: no hay rastro de sinusitis crónica. Algo más: las molestias articulares que me afligieron tantos años, luego de una pomada que me obsequió don Manuel Córdova, se han ido por ahí, acaso detrás de alguna visión de ayawaskha. Supe que mi tío Carlos Arana debe igualmente a don Manuel Córdova la infusión de raíces que hizo desaparecer su diabetes. Y que de él aprendió a cantar sin labios, con la memoria del corazón, capturando músicas que viven en el aire, el Juglar de la Selva, Raúl Vásquez.

—No, tú no tienes úlcera al estómago —corta don Manuel Córdova, sonriendo, las preocupaciones de César.

—Pero en París los médicos...

—Ellos, pues, qué saben. Sólo gastritis tienes.

Y César, negándose a enviudar de su dolencia:

—Hace dos días tuve otra hemorragia.

Y don Manuel Córdova, insobornable:

—Gastritis es, nada más que acidez, yo te voy a sanar.

Cuando César, en Lima, comprobó que su antigua úlcera andaba ya en cicatriz, pude confiarle:

—Don Manuel me secreteó que verdaderamente padecías de úlcera. Y me pidió que no te lo dijera. El origen del daño radicaba en tu cuerpo espiritual, en las tensiones de tu ánima y para sanarte era imprescindible que no lo supieras.

Limpios, pues, nuevecitos por dentro.

Pero hoy no hemos venido, Iván Calvo, Félix Insapillo y yo, a platicar de enfermos ni de magia sino a que don Manuel Córdova, por favor, tenga la bondad de invitarnos ayawaskha, si es posible con tohé, y nos cuide durante las visiones ya que ambas drogas juntas precisan de un maestro que sepa manejarlas y conducir por buen rumbo la *mareación* de los participantes. Don Manuel Córdova acepta previniéndonos que esta noche ingeriremos ayawaskha negra, la más fuerte, y si acaso hemos comido algo mejor fuera postergar la sesión porque el tohé rechaza cualquier alimento, nadie más que sus jugos saben extremar al máximo la vista y los poderes del oni xuma. Hemos ayunado desde anoche, aseguramos a don Manuel Córdova, estamos preparados.

«Conocí a don Manuel Córdova en 1960, cuando él trabajaba como recolector de especies botánicas para la Astoria Co.», me había informado el doctor Óscar Ríos. Manuel Córdova ocupó tal puesto hasta 1968. Su sueldo, en esa época, duplicaba al que percibía un médico por labores hospitalarias. Sé que don Manuel Córdova llegó a Iquitos en 1917 y desde entonces empezó a aplicar sus conocimientos sobre las propiedades medicinales de las plantas. Un problema judicial con cierto médico de la localidad lo llevó al Brasil. Allí, en el Laboratorio de San Sebastián trabajó ya como recolector de especies vegetales para análisis. Volvió al Perú en 1947, poco después del sismo del Gran Pangoa, y ese mismo año fue contratado por la Astoria Co. Hoy se ha jubilado y la pensión con que esa compañía norteamericana devuelve sus antiguos servicios le permite vivir cómodamente, sin necesidad de cobrar honorarios a los pacientes.

—¿En qué consistía exactamente su labor en la Astoria Co.? —inquirí aquella tarde, en la plaza 28 de Julio.

—Muchas cosas. Una parte importante: recoger especies vegetales para que fueran identificadas y trabajadas en los Estados Unidos.

—¿Cuántas especies llegó usted a recoger?

—Solamente del Alto Tapiche traje como trescientas, cada una con su ejemplar en vivo, su fotografía y su informe detallado. De cada una traía hojas, flores, frutos y una botellita de extracto, listo para medicinar. En total les habré dado, acaso, dos mil...

—¿Ayawaskha también?

—Únicamente la soga, la liana, no la preparación, tampoco las otras hierbas con que se debe combinar. Eso no puedo, a nadie... Sé que ellos consiguieron extraer el principio activo de la soga, que le llaman *harmina*, pero usado en inyectable su efecto no es el mismo.

—¿Cuándo tomó usted ayawaskha la primera vez?

Don Manuel Córdova fuma hondamente, se acomoda en el sofá de esterilla, su mirada lo lleva hacia el huerto diminuto que se sofoca a un lado de la sala, en la puerta de su laboratorio. Regresa lentamente:

—Era muy niño, trece años tenía...

—¿Se acuerda bien de esa experiencia?

—Como si hubiera sido ayer.

—¿Fue agradable?

—Lindísima.

—¿Podría contarme algo de ello?

—Primero sentí un rumor zumbante que pareció flotar, elevarse hacia la copa de unas espintanas. Mis ojos trataron de seguir su ascenso y cuando mi mirada vagaba por el follaje descubrí una belleza que no hubiera imaginado ni en sueños. Cada hoja brillaba con un resplandor verde y dorado. El canto cercano de un *urkutútú* y el trino irregular de un *sietecantos* descendieron de pronto, yo podía mirar sus cantos, me acuerdo. El tiempo parecía suspendido, como nube de polen plateado, solamente había ese ahora que yo estaba viviendo, y ese ahora no tenía límites, era infinito. Yo podía separar

cada nota oscura del urkutútu, todas las notas del sietecantos también, y saborear las notas una por una.

Volviendo a irse con sus ojos hacia la huerta, hacia dentro de sí, don Manuel Córdova:

—Cuando cerré los párpados aparecieron como arabescos, decoraciones complicadas de luz iridiscente y de sombras que iban adoptando un tono verdeazulado a medida que cambiaban de diseño y estructura. Parecían cosas animadas moviéndose sobre un fondo de figuras geométricas, planetas puntiagudos, grandes rocas talladas con perfiles de animales muy viejos, una variedad inacabable de formas. Algunas veces, fugazmente, me parecían algo conocido, telarañas, alas de mariposas amarillas y negras. Una corriente de aire me golpeó, venida de lo profundo del bosque, en la noche, y trasladó el campo de mis visiones. El aire, fresco, era una cosa que yo podía ver, y a veces un rumor, una textura de plumas que podía tocarse. Todos mis sentidos eran uno solo, se comunicaban, podía escuchar con los dedos, tocar con los ojos, palpar con la voz esas visiones. El maestro que esa oportunidad me dirigió en la toma de ayawaskha, cantaba en voz bajita, en idioma amawaka, inventaba un icaro de iniciación, porque los icaros cumplen también su trabajo de ayudar a que se lleve a cabo el efecto, lo irreparable, las intenciones del oni xuma...

Regresando don Manuel Córdova a esta sala, al nerviosear de sus dientes en la pipa grisácea:

—Ese maestro me enseñó todas las cosas que yo sé acerca de los vegetales, algunas de las cuales puse en conocimiento de los laboratorios que trabajaban con la Astoria Co. De varios conocimientos que les trasmití ellos hicieron después remedios de frasquito, con su etiqueta, que ahora nos venden en las farmacias. Sé, por ejemplo, que han embotellado un anticonceptivo que les revelé, y también un producto para la diabetes, aunque parece que el efecto de esos remedios es temporal, no es completo como cuando yo los preparo sanamente, sin alterar la pureza y la confianza del vegetal. Ese es pues el secreto. Eso es lo que sabe el ayawaskha... A nuestras medicinas,

tal vez más que poderes, lo que les otorgamos es cariño. Porque hasta los muertos necesitan cariño, y los enfermos más: los enfermos esperan en el umbral, delgaditos como piel muy frágil, como esa es-cama transparente que separa el día de la noche... Nosotros despe-tamos a las madres de los vegetales. Todo vegetal tiene su madre, igual que las muyunas, igual que los remolinos son amamantados por serpientes gigantes, así, todo vegetal tiene su madre también. Las despertamos para que aumenten con su cariño las fuerzas de la cura. Y cuando es dañina la madre de un vegetal, despacito la cortamos, de noche, para que su madre no despierte... Voy a decirte más: la *ayuma*, por ejemplo, que es árbol similar a la castaña, tiene el ánima mala, su madre es un hombre perverso y sin cabeza, por eso la ayuma se utiliza en desquites, únicamente para dañar. La madre de la lupuna blanca también es hombre pero bondadoso, un señor de cierta edad que, cuando se le sabe llamar, responde siempre con suavidad, con enseñanzas que ayudan a medicinar. La madre de la lupuna colorada, en cambio, es hombre muy dañino: si te agarra en su ámbito te hincha la barriga, mueres con los intestinos destroza-dos. La madre de la katawa es la peor de todas: pudre el cuerpo, nos quema por adentro, y si envenenas un lago con su resina los animales de ese lago flotan con los ojos quemados, en blanco, no solamente peces, también lagartos grandes, boas, anguilas, quedan varados en la orilla, ciegos, sin siquiera poder mirar que están muertos. La madre del *chuchuwasha* blanco es una dama. La del chuchuwasha rojo es hombre, joven muy bravo, macho. Cuando tomas chuchuwasha blanco se te presenta la madre y te conversa, para qué me has to-mado, dice, en tu sueño te habla, te acompaña toda la noche. Pero eso sí cuidadito con no hacer lo que yo diga, así dice la madre. Y si tomas chuchuwasha rojo se te presenta el macho y pregunta lo mis-simo, ¿para qué me has tomado?, y tú no puedes mentir por más que quieras, y entonces él te dice ten confianza, confía en mí, y te or-dená una dieta muy estricta, nada de ají, nada de cigarro, ni mujer ni manteca, por un tiempo preciso. Y si cumples todo sale lindito, así lo hayas tomado para curarte de algo o para conseguir algo, no

tan sólo salud, suerte también, amor también... Todas las cosas tienen su para qué, su madre, el origen de su finalidad, de su uso en la cura o en el daño.

Y olvidando su pipa en la mesita, a la derecha del diván de esteilla, y encarándose a Iván, don Manuel Córdova:

—Lo único que ahora es pena para mí, bastante pena, es no haber podido hallar a alguien para dejarle todo lo que aprendí en los bosques. Mis hijos, cada cual por su propia inclinación, son profesionales de otras ramas. Mis nietos, peor: ninguno es curioso para los vegetales, como yo. Seguramente no podré dejar discípulo. Aunque todavía pienso vivir mucho más...

Y echándose a reír con voces grandes:

—Apenas tengo noventa y cinco añitos...

Y bajando la voz y los ojos, extrayendo una cerilla, escarbando con ella el fondo atascado de su pipa:

—Esa primera vez, antes de las visiones que te he dicho, ya mirándome ahora, tuve otras visiones igualmente nítidas —dice don Manuel Córdova—. Especialmente una, clarísima —dice—. El maestro que me protegió durante la *mareación*, en un momento dado, sin anunciar gritó: «¡Visiones, empiecen!».

«Y en el campo de mis visiones, yo tenía trece años, irrumpió una panguana hembra. El maestro me ordenó que hiciera aparecer junto a ella una panguana macho. Yo me puse a pensar, a desear, fuertemente. Abrí los ojos. ¡Y la panguana macho estaba frente a nosotros, allí mismo, en ese claro del monte circundado por antorchas...! Y la pareja de panguanas se puso a bailar una danza de apareamiento. “¡Qespichíway!”, gritó como humano, como humano amawaka, es decir en idioma de quechuas pero con voz de amawakas, así gritó la panguana. “¡Qespichíway!”, que contiene en realidad dos palabras: *qepsi*, que es ‘cristal’, y *chíway*, que es ‘el juntamiento de los pájaros que quieren procrear’. *Qespichíway*, pues, queriendo decir: ‘aparéame con el cristal’, ‘vuélveme prístino’, ‘haz que tengamos hijos transparentes, libres, como nacidos del cristal’. Eso le dijo la panguana a su hembra en mi visión. Su voz era grande y amarilla.

En medio de las dos perdices apareció un nido blanco, de algodón hirsuto, ese que se usa para coronar los dardos de las cerbatanas, y en el nido brillaban cinco huevos azules. Hacía rato que no podía controlar mis visiones, mis visiones que en ese instante vieron cómo la panguana macho se sentaba sobre los huevos como si fuera a empollarlos. Siempre es el macho el que empolla, me dijo el maestro, y la panguana se incorporó del nido. Y los huevos azules se rompieron igualito que el cielo, y brotaron cinco parejas de panguanas, dos de cada huevo azul, grandes brotaron, con el mismo tamaño de sus padres. Y sin que yo pudiera dominar su apariencia, de pareja en pareja las panguanas recién nacidas partieron, se dispersaron por las cuatro esquinas del campo de mis visiones. Abrí y abrí los ojos —dice don Manuel Córdova—, y tampoco estaba la panguana madre. Los cerré: tampoco. Únicamente el macho quedaba, solito, ahí en el centro, y se agachaba hacia el suelo, más y más pequeño, parecía que estaba regresando a huevo porque se iba poniendo azul, azulito, y sus alas se desprendieron, yo lo vi, vi cómo sus alas se despidieron de su cuerpo y se fueron solas, volando, humovolando, y el macho hundió su pico en la tierra, abandonado, como humano llorando...



Y me ordenó contar desde mi otra persona...

—Es ayawaska negra, la más fuerte —avisa don Manuel Córdova vertiendo el oni xuma matrimoniado con tohé en un mate pequeño, más bien amarillento, de fondo oscurecido por parientes del óxido. Abandona su diván, apaga la luz, vuelve a sentarse—. No va a demorar mucho su efecto —nos conforta surcando la penumbra con miradas tranquilas, brindándonos confianza.

Todos, de uno en uno, la bebemos en el mate oxidado. No sé qué me oigo decir momentos después, ya bajo las primeras ocasiones del alucinógeno: un vaho sorpresivo confunde mis palabras, ha ocupado la sala más como un color que como un olor, un incoloro aliento de tierra difunta, de bosques maniatados con la soga-delánima, un viento frío y quieto, espejo levantado contra la floresta que ha sitiado a la noche de repente. Puedo mirar mi voz que sale del espejo rebalsado de árboles y desciende despacio, en humo de colores, enroscándose a un tronco de machimango, hasta la hierba fulgurante que invade el piso del salón abierto. Cierro los ojos, veo: nos encontramos en casa de don Manuel Córdova, todo está bien en el jirón Huallaga de Iquitos, todo está muy bien, el brujo fuma contemplándome desde el diván de esterilla y Félix Insapillo sobre el suelo a mi derecha muy bien y más allá Iván, plegados los párpados, su estatua de madera cincelada por la penumbra fresca. Algo, no sé, me escucho repetir. Abro los ojos, es mía esa voz, la estoy mirando, esa voz que reptó lentamente hacia mi primo César. Pero César no está. Solamente en este instante descubro que nunca hubo nadie en el lugar de mi primo César Calvo. Desbordado por un

alelamiento que no es alelamiento, miro y miro mis manos, mi cara, me miro con las manos. Don Manuel Córdova oscila entre compadecido y satisfecho.

—¿Ya estás sintiendo el oni xuma, no? —sonríe—. Es que ésta es la más fuerte. Tú sabrás que hay dos clases de ayawaskha.

Sus palabras se alejan de mi vida, las puedo ver siseando por el aire:

—Son dos tipos de liana, igualitas por fuera, con el mismo color y grosor, pero si las cortas de través, en su tallo, verás que una está hecha de tres fibras redondas y la otra de cinco. No es más gruesa la negra pero tiene más, por eso brinda más...

Y se levanta del tronco de espintana, todo está bien, en este bosque que ya no es espejo y que ocupa la sala con mayor convicción que un bosque real, absolutamente todo está muy bien, oliendo a bosque, resonando a bosque. Don Manuel Córdova atraviesa el claro. Lo veo, sin asombro, introducir su mano derecha por el cuello de la cushma y extraer un pomo de agua florida: desenrolla la tapa y la tapa abre las alas y se va brillando, luego se acerca y salpica mi pecho con la música que fluye del frasco, la otra mano de don Manuel Córdova me sostiene la frente que se ha puesto a sudar, «me siento bien», oigo decir a mi primo César desde mí, «que todo está bien, que yo me siento bien», repite. El brujo moja mi cabeza con un chorro de alcohol alcanforado, después se concentra en la nuca y el pecho de mi hermano Iván, todo está bien, se dirige hacia Félix Insapillo apartando bambúes de colores, canillas de tanrilla, penes de achúni, un empalado de ánimas, él mismo se restriega la cabeza, por el cuello de la cushma vierte gotas de música olorosa. Un resplandor de antorchas dibujadesdibujaparaliza su rostro, sus rostros, aquellos tres perfiles que frondean de golpe en lo alto del cabello como lunas, coronas de lupunas amarillas y rojas, yo los miro lejanos, lejanísimos, borrándose, borrándome.

Hasta la sala llega, por entre los adioses del tohé y de la noche, tras la terquedad del oni xuma, una bruma de pasos, voces, ajetreos de madrugadores, bocinas de automóviles.

—¿Cómo te ha ido en esta *mareación*? —inquiere don Manuel Córdova a Félix Insapillo, y él:

—Bien me ha ido.

Y don Manuel:

—¿Qué visiones tuviste?

Y Félix:

—Hubo un momento en que me vi desde afuera de mi carne, pensé: si a ese que está ahí sentado, y que yo mismo soy, le dieran de azotes, ni él ni yo sentiríamos dolor. Quise fumar, no pude, tomé la cajita de fósforos y me puse a reír por dentro, sin que mi boca se riera, porque la cajita de fósforos era el casco de un venado. “Cómo voy a encender un cigarro con el casco de un venado”, dije, y lo dije sabiendo que se trataba de una cajita de fósforos. Y la copa de ese arbolito que está ahí junto a la mampara, igual: era una canoa que se había trepado a las ramas. ¡Pero al mismo tiempo, de una misma manera, era la copa del arbolito! Después, más rato, me perdí dentro de una enorme maquinaria de colores despacios, entre engranajes tremendos, de fierro, que no hacían ruido al traquetear, no denunciaban movimiento, y sus tornillos eran rosaditos, grandes tuercas de colores suaves, y poleas, una máquina que me daría miedo, y yo dentro de ella, en medio de esos monstruos que giraban erizados de púas amarillas, violetas, y mi cuerpo atravesado de verdad sin que sintiera el menor sufrimiento, sin que me saliera nadita de sangre...

—¿Y mi ahijado Iván Calvo? —dice don Manuel Córdova—. ¿Qué visiones ha visto mi ahijado?

Su voz, la reconozco, me regresa del todo desde lo hondo de la *mareación*, un cansancio que no pertenece a mi cuerpo desploma mi cuerpo sobre la silla.

—Lo que yo he visto no es para contarse —se incomoda Iván.

Don Manuel Córdova se aternura mirándolo y sin dejar de semisonreír gira el rostro hacia mí:

—¿Y el joven, no tan joven, César Calvo? ¿Lo que tú has visto sí es para contarse, o has visto también lo mismo que tu hermano Iván?

Y yo, atascado en mis visiones otra vez, todavía dentro de la noche que se acaba de ir:

—Tuve un sueño bien raro, como si hubiera visto una película estando borracho. Al comienzo miré, aquí en su sala, un bosque frente a un espejo que se empañaba con bondad, levantado ante la cara, ante el vaho de un niño que dormía. Cerré los ojos, los abrí, y nada se alteró en esa visión, todo siguió normal, bien natural dentro del sueño. Soñé que yo era y a la vez no era, y que los dos que yo era viajábamos de Lima a Pucallpa, y de Pucallpa íbamos a Atalaya, y soñé que alquilamos en Atalaya un bote con motor fuera de borda, y soñé que surcamos el río Ucayali hasta el Urubamba, y del Urubamba hasta la boca del Inuya navegamos, y navegamos en mi sueño a contracorriente varios días hasta el río Mapuya, y allí recogimos fósiles marinos, caracoles de piedra, medusas de millones de años, y soñé que había una wapapa comiendo gente, pueblos enteros flotaban como peces en el agua envenenada, dentro de mi visión...

Don Manuel Córdova simula preocuparse por su pipa, va a encenderla, prefiere concentrarse en la cerilla que remueve los restos de tabaco.

—¿Y después? —dice con una voz que he contemplado antes.

Decido callar, me mortifico en la silla, no me obedezco:

—Miré colores, solamente colores durante mucho rato. Pero volvió súbitamente el sueño, el mismo sueño regresó al sitio donde nos dejó. Continuamos viajando. Un niño amawaka nos llevaba. Dejamos atrás al Mapuya, ingresamos al monte, yo volví, apunté a la wapapa con mi escopeta, no sé qué cosa me desanimó. Seguí soñando con gran claridad. Soñé que yo no era César Calvo sino César Soriano, un primo mío que vive en Cajamarca: él iba en mi persona sin que mi persona dejara de ser yo, iba en los dos tropezando por esos bosques, porfiando en caminar junto a Iván. Y primero que todos iba el niño que usted había enviado para que nos guiara. Por-

que soñé que estábamos caminando y padeciendo y esforzándonos únicamente para llegar a usted. Y soñé que usted era el jefe de los amawaka. Se llamaba algo así como Ino Moxo, sí, me acuerdo claramente, se llamaba Ino Moxo pero no era Ino Moxo, era don Manuel Córdova, era usted, la piel clara, los ojos igualitos, la voz, los gestos, todo... Por fin, luego de atravesar a pie por unas colinas enselvadas llegamos al río Mishawa y usted nos recibió. Ino Moxo nos recibió, eso soñé. Hablamos largamente sentados en la orilla del Mishawa durante cuatro días más. Después, sin aviso, regresando de una sesión de ayawaskha y tohé idéntica a la de esta noche en su casa, Iván me dijo que Ino Moxo se había puesto su cushma amarilla y había entrado al bosque y había desaparecido su cuerpo echando humo... Recuerdo que en esa *mareación*, durante el ayawaskha que usted me dio en su cabaña del Mishawa, soñé exactamente el mismo sueño que he soñado aquí en su casa de Iquitos, aquí en el jirón Huallaga, igual que un sueño dentro de otro sueño: visioné que estaba en Atalaya con Iván y con Félix Insapillo y conmigo, es decir con César Calvo, y que navegamos por el Ucayali, el Urubamba, el Inuya... Como una visión que naciera al morir, que no terminara jamás, como un viaje que terminara por su inicio, que se estuviera viendo mirarse en mi visión... Aquí está todavía, en mi cabeza, como recién vivido, ese viaje que su oni xuma me ha hecho soñar...

Y don Manuel Córdova, sonriendo y relegando su pipa en la mesita:

—Los asháninka dicen que soñar es hablar con el aire, que durante el sueño se despierta a la vida de otro tiempo, a una de las vidas del tiempo de esta vida. Lo que se mira desde el oni xuma es tan real o mucho más real. No lo dudes un instante. Tú has viajado de verdad anoche, aunque no sea la manera más habitual de la verdad.

Y hablando para sí, para su adentro:

—Uno de los varios antifaces de esta misma verdad.

Y cambiando de rostro, exilándolo en voz inconfundible:

—Todo el viaje de tu sueño, cierto es para mí, para mi vida, y para ti debiera ser lo mismo, un viaje verdadero en su total...

Y sopesando mi incredulidad:

—Allá, al borde del Mishawa, en tu soñar, ¿había o no había un enorme renaco en medio del agua...?

Y desviando maneras, refiriendo sus ojos hacia Félix Insapillo y hacia mi hermano Iván:

—Ellos no serán más lo que fueron hasta ayer, hasta antes del oni xuma y del tohé. De un modo imperceptible pero bien real, ellos también se han alimentado de tus visiones, han viajado contigo a sus maneras... Aunque todavía no lo sepan en el pensamiento de su corazón, atrás de sus memorias, ellos dos ya tampoco son los mismos...

Y afilando las zarpas de su nombre amawaka, cayendo sobre mí desde lo alto de su frente de sabio:

—Yo sé. Tú no has venido desde Lima solamente para que te sane tu cuerpo material. Y anoche no has venido solamente para tomar oni xuma casado con tohé. Yo lo sé. Por eso he dictado lo que ha visto tu sueño. Yo he dictado, una por una, todas sus visiones. También por eso no he podido dictártelas a ti sino a tu desdoblamiento, a uno de los cuerpos de tu sombra. Algún día, mereciendo, podré quizás confiarle, sabré por qué no fui capaz contigo, por qué te hice viajar dentro de tu pariente, a su lado, como un extraño, por qué te hice viajar desde tu otra persona en las visiones...

Y despidiéndose del diván de esteras, despidiéndonos, ya era sofocante la mañana y comenzaban a buscarlo pacientes, una fila de caras ojeras y ansiosas, don Manuel Córdova ordenó que yo, no César Calvo sino mi otro César, contara en beneficio de la gente los meandros del viaje que creí haber soñado. Ese viaje que hace sesenta años, o dentro de sesenta millones de años, en el tiempo sin tiempo, me llevó a conocer a Ino Moxo, Pantera Negra de los amawaka.

—Ve a descansar ahora —dispuso fatigado don Manuel Córdova, como un convaleciente, acompañándonos hasta la puerta, muy despacio—. Pero no vayas a alterar la realidad del sueño, no divor-

cies la magia de la historia ni la vigilia del mito. No te olvides que los ríos pueden existir sin agua pero no sin orillas. Créeme: la realidad no es nada si no se llega a verificar en los sueños.

El estremecimiento de una red me envolvió no era un sueño era un lago vi a Kaametza en la tercera orilla sobre la sangre negra del otorongo acuchillado quise acercarme a ella y la red me devolvió a las aguas cada vez más oscuras más calientes más claras «¡quespichíway!», grité, y no era un lago era un río «¡quespichíway!», invoqué a Kaametza, «¡aparéame con el cristal tengamos hijos transparentes y libres!», así en quechua me oyó gritar el sueño pero no me escuchó, Kaametza continuaba en la ribera absorta y Narowé despertaba los tentáculos de la red se aflojaron mintieron insistieron me aferraron de nuevo. Y no era una red. Era una mano sacudiéndome, dos manos aferrándose a mis hombros: Roosevelt Guzmán me despertaba disculpándose, diciendo que todos se habían ido a la calle apesados por mi pesadilla y que ya estaba por anochecer.

Todo el día he dormido, aquí, en esta casa del jirón Aguirre de Iquitos, frente a la plaza 28 de Julio, justamente en el cuarto que hace más de veinte años hospedó mis vacaciones escolares. El viento no ha pasado. Ahora estoy ante las mismas persianas que el pintor Calvo de Araújo, mi padre, supo apartar con dedos de tabaco y aguarrás y pinceles recogiendo júbilos y colores y júbilos y cóleras para cederlo todo al caballete donde otra ventana lo esperaba. ¿El viento no ha pasado? Sé bien que don Daniel Guzmán Cepeda no se encuentra en la casa, que ésta ya no es su casa ni es la mía, que se fue con mi padre pisando ramas tiernas, que desaparecieron sus cuerpos echando humo. «Si tan sólo consiguiera reanudar el sueño», digo callandoviendo, pero un súbito aguacero me despierta del todo, fisiguea gotas gruesas por la ventana, me levanto y la cierro inútilmente, mis ojos no se apartan de la lluvia. Porque el viento ha pasado, sauces, sí, ha pasado, manguales, pomarrosas, devastando generosos

nísperos, inolvidables árboles eternos, cómplices de mi vida. Y no hay nadie en la plaza ni en la casa, pido a Roosevelt que diga que no hay nadie, si alguien me busca dile que no estoy, dile que yo también, que yo tampoco, hace ya cuatrocientos años que me he ido. Instalo entonces una hoja blanca, otra negra, otra blanca, en la desbaratada máquina de escribir.

Y escribo:

LAS TRES MITADES
de Ino Moxo
y otros brujos de la Amazonía
por: CÉSAR SORIANO

—Así es cuando alguien dice la verdad —resuena don Manuel Córdova dentro de mi memoria—. Si una sola existencia la escucha y considera, no precisas ni decir la verdad: diciendo otras cosas ya la dices aunque ni tú ni la verdad lo quieran...

—El primer hombre no fue hombre —me dice don Javier enmarañándose en risadas hondas—. El primer hombre fue mujer...

Algunos personajes y parajes del sueño



EL PRIMER HOMBRE NO FUE HOMBRE...



...me refiero a la huella de un ser humano encontrada en la región de Ascope. El profesor Jack Evernden, de la Universidad de California, ha asignado a la roca en que fue hallada esa huella la edad de sesenta millones de años...

ME DICE DON JAVIER...



© AUGUSTO FALCONI

... en la antesala del Hotel Tariri de Pucallpa como desencolado
de esos muros tatuados con remedos de los retratos de almas que
pintan los nativos.

CON LAS MANOS DE IVÁN...



...extrajimos del río Mapuya las medusas remotas, los caracoles marinos convertidos en piedra.

NO EL INKA MANKO KALLI...



...sino don Hildebrando, como un gran resplandor aparece sosteniendo aquel vaso sin tiempo.

NO ME GUSTA HABLAR DE ESO...



© AUGUSTO FALCONI

...pero voy a contarte solamente porque lo quiere don Juan Tuesta, dice Ruth Cárdenas, la esposa de don Javier en la ciudad de Iquitos. Voy a contarte cómo raptaron a mi hermanito Aroldo, cómo fue que lo hicieron chullachaki.

ES QUE LAS COSAS NO SON COMO SON...



...sino como lo que son, explica don Juan Tuesta en la isla Muyuy.

ME VI A LOS PIES DE UN CERRO...



© ERICK BRONDER

...una cumbre emponchada con hielos eternos. *¡Qoylluriti!*, gritaban. *¡Estrella de Nieve!*, gritaban.

Y SOLAMENTE LOS JÓVENES...



...con esos grandes bloques de hielo en la espalda comenzamos el ascenso del inaccesible Qoylluriti.

NO POR SER LA MÁS AMPLIA...



© RENZO RABANAL

...sino la más distinta, la choza de Ino Moxo se nos figura el centro del caserío amawaka...

CUANDO PIENSO EN FITZCARRALD...



...y en sus mercenarios, dijo Ino Moxo, cuando pienso que esos genocidas eran hombres, me dan ganas de nacionalizarme culebra.

¡DÉME SU BENDICIÓN, PADRECITO PEDRO...!



© AUGUSTO FALCONI

...suplicó Félix Insapillo escondiendo un machete rogando al sacerdote que no regresara a Polish.

NO POR SER LA MÁS AMPLIA...



© AUGUSTO FALCONI

...sino la más requerida, la casa de Ino Moxo, hoy Manuel Córdovala, en el jirón Huallaga de Iquitos.

PORQUE YO FUI INO MOXO...



...revela don Manuel Córdova, durante muchos años fui Pantera Negra de los amawaka, desde que me raptaron obedeciendo al gran maestro Ximu.

Y ME ORDENÓ ESCRIBIR...



© AUGUSTO FALCONI

...desde mi otra persona, este viaje dictado por la droga sagrada...

EL VIAJE QUE ME LLEVÓ HASTA EL PRIMER HOMBRE...



...que fue hombre y está volviendo a serlo, volviendo a ser un hombre para el hombre, levantándose...

ANDANDO HACIA LA ORILLA...



...y entrando al Amazonas, enmarañándose en rizadas ondas...

Vocabulario

— A —

abigeo: Mezcla de justiciero y de cuatrero, de levantisco por naturaleza y labriego sin tierra, es y no es ladrón de ganado. En realidad no hurta: recupera. Las cordilleras lo llaman *Qorilazo*, palabra que fusiona un término keshwa y otro castellano y significa Lazo-de-Oro, aludiendo sin duda a la infalibilidad con que los abigeos, aun en la más arisca oscuridad, enlazan y convencen a vacas y caballos.

abuta: Aunque pasa desapercibido en todas partes, este árbol temeroso de grosor y de altura crece de preferencia en selvas llanas. Sus raíces, de un rojo renegrido, astilladas y hervidas dan fuerzas a un bebedizo que despiden al azúcar de la sangre.

achiote: *Bixa orellana*. Semilla cuya roja moledura es empleada, en harina o en pasta, con fines culinarios, rituales o simplemente decorativos. En las cocinas más exigentes y civilizadas, el achiote ya es indispensable como sazonador pero los nativos insisten en no reconocerle más virtudes que las de una eficaz pintura mágica: su colorido ahuyenta fieras, hombres dañosos, ánimas adversas. El achiote nos hace invulnerables a cualesquier acoso de los enemigos visibles e invisibles.

achúni: Cuadrúpedo nervioso, mediano. Únicamente de cerca, y muchas veces sólo constatando lo hirsuto de su cola y sus orejas lánguidas, puede determinarse que el achúni es achúni y no zorro. Pese a la difundida indiferencia de este animal respecto a las gallinas, la voracidad de los cazadores persiste en confundirlo.

afaninka: Sierpe que acostumbra vivir en el cobijo, casi en el anonimato, de los pastizales. A diferencia de otras, la afaninka se mimetiza por huraña, no por vocación de acecho. Inclusive cuando es atacada prescinde de morder, sólo sabe protegerse revoleando su cola, replegándose tras ese remolino de azotes inocentes.

aguajal: Dícese de las tierras pantanosas o inundables donde abunda cierta palmera conocida, al igual que sus frutos, con el nombre de aguaje. A este respecto existen dos versiones tan contrarias como acreditadas: una sostiene que los aguajales deben su apelativo a la palmera que los habita, otra asegura que los agujales son denominados así porque crecen únicamente en terrenos cubiertos por las aguas.

aguaje: 1. Palmera gigante que prefiere las tierras inundables o las avecindadas a lagunas y ríos. // 2. También llámase aguaje al fruto de esta palma, suerte de piña ínfima y rojiza: tras dificultosa cáscara de escamas que las gentes apartan con los dientes, el aguaje esconde una pulpa aceitosa, escasa pero sumamente nutritiva y deleitable.

aguaje-machácuy: Sierpe acuática, pacífica, cuyo nombre obedece al color y a la textura de su piel, imitada hasta la confusión por los frutos del aguaje. *Machácu*y es la castellanización de la palabra *mach'aquay* que en idioma keshwa designa a los ofidios y culebras comunes. ¿Será necesario consignar que otra palabra keshwa, *Amaru*, que también significa 'serpiente', o más bien 'gran serpiente', o 'anaconda', 'boa', era y es reservada para nombrar a la Serpiente-Dios, una de las divinidades menores de los inkas?

ajuásí: Más que del hombre ocioso dícese del inútil, aquel cuya ánima, habitada por irrevocables torpezas, lo conduce hacia un terco destino de fracaso. Ajuásí no es necesariamente quien se niega actuar sino quien se equivoca cada vez que lo intenta.

akarawasú: Pez refractario a los ríos mayores, puebla exclusivamente quebradas y lagos. Pesa hasta tres kilos y rara vez rebasa los cincuenta centímetros de largo. En las ciudades codician los ornamentos de su piel, en las aldeas la sabrosura de su carne. Lo cierto es que por una u otra causa, acorralado entre el hambre y los acuarios, el akarawasú vive, no vive, escamotea el riesgo de la extinción.

allpaka: Auquénido apacible, más frágil y menos elevado que un asno, no tan considerado por su carne como por su pelaje incansable en dar lanas copiosas y sedosas. La allpaka es uno de los cuatro camélidos exclusivos de las cordilleras sudamericanas. El wanaku, la vikuña y la llama son sus otros parientes inmediatos.

allqoruna: Del keshwa *allqo*, ‘perro’; *runa*, ‘hombre’. Muchos nativos de nuestras sierras y selvas denominan allqoruna al hombre blanco, al virakocha, por lo que esta palabra lleva de insulto en su verdad: no-hombre, es decir inhumano, explotador, bastardo, ladrón, falsario, eso y más significa, según cómo y cuándo se pronuncie la palabra allqoruna.

ama sua, ama llulla, ama qella: En idioma keshwa, ‘No seas ladrón, no seas mentiroso, no seas ocioso’. Los inkas empleaban esta frase en lugar de nuestro paupérísmo «buenos días». La persona a quien iba dirigido tal saludo respondía *Ch'eynallataq q'ampas*, es decir: ‘Yo deseo lo mismo para ti’.

amawaka: También llamada amiwaka. Así designamos, desde la conquista española, a la nación yora y a los nativos que la conforman. El principal asentamiento yora, o amawaka, aquel donde hizo fama la sapiencia de Ino Moxo, sigue ubicado en las inmediaciones del río Mishawa, fronterizo por las correntadas del Inuya y del Mapuya que alimentan al río sagrado de los inkas, el grandioso Urubamba. Véase **yora**.

andiroba: Árbol de madera especialmente pertinaz, sólo superada por la dureza del wakapú en la tarea de envigar viviendas.

ánima: Espíritu, alma, aparición, fantasma y fuerza, esa esencia que habita y que da vida, que da aliento, que *anima* a humanos y animales, vegetales y cosas. En boca de los brujos amazónicos «grandes ánimas» puede ser referencia tanto a los espíritus superiores que alguna vez ocuparon un cuerpo material, como a las poderosas divinidades que al mismo tiempo impulsan y amenazan lo creado, al recrearlo en su existencia diaria. Ánima es también lo que se desprende del moribundo, lo que sigue viviendo por él cuando él ha muerto, lo que después recorre los sitios y cariños del difunto buscando eternamente

su final. En la selva, por ello, y no tan sólo en la superstición de las aldeas, siempre que sucede algo inexplicable, un ruido, una ventisca, un movimiento o un silencio imprevistos, alguien razonará invariabilmente: «Su ánima del fulano es, su ánima es que está recogiéndole los pasos».

Ánima Sola: Véase **Elegguá**.

anona: También llamado anón. Uno de los frutos tropicales más alimenticios y sabrosos. Su cáscara, de un verdor descolorido, escabroso, atesora una pulpa acaso demasiado blanca y dulce.

añashúa: Pez que compensa largamente su largura, apenas cuarenta centímetros, y su precario peso, nunca más de dos kilos, con una carne transparente, de sabores tan indescriptibles como los coloridos de la piel que la envuelve.

añaz: A su estatura de perrito faldero este animal agrega la vivacidad de un zorrillo venido a menos. Escasos aborígenes lo juzgan comestible, los más lo hallan jocoso y solamente lo persiguen a falta de otros juegos.

añuje: Pese a ser uno de los roedores más pequeños de la selva peruana, su robustez excede a la de dos ejemplares de conejo común. Engañosa es la rusticidad de su pelambre, también en sabrosura y en suavidad de carnes el añuje abusa con más de dos conejos.

apasharama: Árbol de corteza recia y corrugada, indispensable si se trata de curtir cueros finos.

apashira: 1. Camaleón pequeño, más escurridizo que pequeño. Su carne translúcida y flemosa es ansiada como lujo por algunos nativos. La apashira suma al vértigo de sus desplazamientos una capacidad verdaderamente milagrosa de mimetizarse con cualquier ámbito. De allí que su captura sea un triunfo y privilegio no de los cazadores más expertos cuanto de los más afortunados. // 2. El habla popular también llama apashira al sexo de la mujer.

Aqllawasi: Los inkas llamaban así, Casa-de-las-Escogidas, a la residencia de las doncellas que rendían culto al Inti, el Padre Sol.

arambasa: Abeja negra, feroz. La gente le teme a la par que la persigue: la miel de la arambasa, levemente ácida, más dorada que espesa, es avariciada como ninguna otra por sus propiedades tonificantes.

aripasa: Árbol indeciso de grosor y de espesura de hojas. Da frutos gruesos, redondos y achatados; no son comestibles.

asháninka: Así se denominan y nominan a su nación los nativos que habitan principalmente el Gran Pajonal y sus alrededores, más de cien mil kilómetros cuadrados, a quienes conocemos como campas. Asháninka, en su idioma significa ‘hombre’. Los demás, para ellos, somos *chori* (‘gente de las cordilleras’, ‘keshwas’ o ‘mestizos’) o somos *virakocha* (‘usurpadores’, ‘blancos’, ‘invasores’). En esa inabarcable meseta selvática conocida como el Gran Pajonal y que aún es su patria, los asháninka no permiten ni puestos policiales ni escuelas al estilo occidental ni iglesias ni cuarteles de soldados. Son sin embargo hospitalarios en extremo, pero exclusivamente con quienes los visitan en paz. Con los otros ignoran la piedad. Su indoblegable condición guerrera no solamente detuvo a los conquistadores inkas y a los conquistadores españoles, sino que sigue alerta contra los nuevos bárbaros.

ashipa: Tubérculo harinoso, dudosamente dulce, acaso el único capaz de ser digerido sin cocción, en su fresca crudez, como si fuera fruto.

ayañawi: *Nawi*, en keshwa, es ‘ojo’; *aya* es ‘ánima’, ‘difunto’, espíritu-de-los-que-han-muerto. *Ayañawi*, pues, significa Ojo-del-muerto, Ojo-de-las-áimas, y es el nombre keshwa de la luciérnaga o cocuyo.

ayaymaman: Ave de nombre onomatopéyico. Su canto quejumbroso, inconsolable, sólo se oye durante la noche. No se sabe de nadie que haya conseguido mirar un ayaymaman. De allí que los selváticos prosigan dando crédito a una leyenda que informa de dos niños, un varón y una hembra cuyos padres, comprendiendo que el hambre los conducía hacia una segura muerte, prefirieron llevar con engaños a sus hijos al más profundo bosque y en él abandonarlos. Los pequeños tuvieron que convertirse en aves para sobrevivir. Desde entonces sollozan, «¡ayaymaman!», invocando a su madre, a su padre, a cualquier humano que se avenga a mirarlos. Los hombres apenas logran entrever su canto tras las hojas de la oscuridad. Hace siglos que los niños-pájaro insisten e insisten cantasollozando hasta el amanecer. Y es que, según decires de nuestros pueblerinos en su irrefutable e inocente verdad,

sólo al ser vistos por vista de humano podrán los ayaymaman recuperar su forma y ánima primigenias.

ayawaskha: Liana-del-muerto, soga-de-las-áimas. Nombre keshwa de un bejuco de propiedades alucinógenas. Humboldt lo rebautizó como *Banisteria caapi*. Científicos recientes lograron aislar su principio activo, alcaloide al que dieron en llamar *harmina*, aplicándolo en experimentos casi siempre insatisfactorios debido a que se ignora con cuales otros vegetales mezclan el ayawaskha los brujos amazónicos, hasta otorgarle los poderes medicinales y de adivinación en que basa esta liana su fama de infalible.

ayúmpari: Asháninka que acepta o establece un intercambio de regalos con otro miembro de su nación. Los asháninka confieren a esta ancestral costumbre categoría de institución sagrada. No se trata de dar para recibir. Se trata de respirar. La vida está en el aire, no es de nadie, es de todos. Si merezco y consigo ser tu ayúmpari, al regalarte algo, flechas, manojo de sal, pasta de achiote, no te estoy dando vida, me la estoy devolviendo. Los objetos, los dones, los obsequios, todos ellos creados como el aire por nuestro Padre-Dios Pachakamáite, son finalmente míos cuando dejan de serlo. Todo es de todos, sí. Pero sólo tratándose de asháninkas. Ningún blanco, ningún mestizo, ni siquiera un miembro de otra nación amazónica es aceptado por los asháninka en calidad de ayúmpari. Porque el trueque de obsequios, ese intercambio sagrado, no solamente liga de por vida a los dos ayúmparis que lo efectúan sino que cohesiona y fortalece a toda su nación.

awiwa: Gusano comestible y multicolor, alcanza normalmente diez centímetros de largura.

— B —

balata: Látex del árbol llamado balata. Los trabajadores y/o extractores de este pariente del caucho deben a ello el apelativo de balateros. El pintor Calvo de Araújo supo retratarlos, más con candores que con colores, en una canción suya que posee el marco justo del sentir popular:

Tú me has querido, engañadora, engañadora,
cuando hey tenido mucho dinero, mucho dinero.
De shiringuero, de balatero, hey trabajado
y esas platas te hey regalado, te hey regalado...

banda: Orilla, ribera. Margen de río o de arroyuelo.

barbasco: Planta henchida de una sustancia nociva denominada *rotenona*.

Los pescadores, aunque también utilizan el látex del barbasco, prefieren el veneno que extraen de sus raíces: majan el vegetal (a golpes lo astillan para hacer aflorar la rotenona) y luego lo esparcen sobre el agua y al instante recogen los peces que agonizan en la superficie.

bayuca: Nombre que abarca varias especies de orugas venenosas, todas ellas cubiertas por un vello tan urticante como colorido.

bocholocco: Más espigada e inquieta que una paloma, pero no más grande, esta ave suele llamarse a sí misma, «¡bocholooooochooo, bocholooooochooo!», con un cantar monótono, melodioso, monótono, monótono.

bora: Nativo amazónico, miembro de la nación del mismo nombre.

bubinzana: Canción mágica también denominada *icaro*. Invocación. Rezo musicado que los brujos tararean mientras fuman en ciertas ceremonias.

bujéo: Bufeo, delfín de río. Pez mamífero del tamaño de un hombre. Algunas nativas en estado de menstruación o de preñez evitan navegar embarcaciones frágiles, saben que los bufeos se exacerban oliéndolas y embisten sus naves intentando volcarlas. No son infrecuentes los casos de mujeres que han perecido ahogadas no a causa del naufragio sino de los bufeos que las arrastraron al fondo de las aguas y allí las fornicaron. Tampoco son escasas las historias de pescadores que han capturado hembras de bufeo, aseguran que ninguna humana se les compara en destreza ni ardor. La hembra del bufeo colorado es la más codiciada, los brujos recortan el aro de su vagina, lo dotan de poderes ayunando, *icarándolo*, y con esa pulsera fabrican la única *pusanga* infalible en cuestiones de amor. Es cosa resabida que los bufeos machos pueden, si así lo quieren, convertirse en personas: disfrazados

de gente salen de los ríos, especialmente en época de fiestas, y protegidos por la algarabía, la confusión, los bailes, galantean muchachas y al final se las roban. Los bufeos, mejor que los humanos preparados, ocupan sin esfuerzo cualesquier apariencia. Pero con los poderes propios del chullachaki, al mismo tiempo poseen sus flaquezas, hagan lo que hagan, sean quienes sean, los bufeos están condenados a llevar sombrero siempre. Así como el chullachaki de humano es delatado por la huella de tigre o de venado que no puede esconder su pie derecho, el chullachaki de bufeo se ve forzado a respirar por ese inocultable orificio que tiene en la cabeza. Para reconocerlos y espiarlos basta, pues, con quitarles el sombrero.

— C —

cahuára: Véase **kawára**.

caimito: Si a su forma redonda, apezonada, piel de colores tensos, añadimos la excelencia blanquecina y gomosa de su pulpa, el caimito nos parecería no un fruto sino un pecho de muchacha. La historia más propalada que el caimito ha motivado habla de un leñador que castigó los devaneos de su mujer amputándole los senos y enterrándolos casi al filo del río, en lo más distante de su chacra, justamente en el sitio desde el cual brotaría cierto árbol fortuito, de ramas pesadas entregadas a un frutecer innumerables y fulgurante. A tan macabro origen debería el caimito su anhelante textura, el alma de sus carnes, esa dulcedumbre que lo exalta a la inmoderación.

campa: Véase **asháninka**.

camucámu: Arbusto semiacuático. Sus frutos ácidos, más ácidos que dulces, heredan con el nombre una igual discreción en el tamaño.

camúnguy: Gallinácea de nombre onomatopéyico. La enormidad de sus modales y el color de sus plumas la emparentan con los pavos salvajes. Lástima que su carne sea totalmente impermeable al sabor.

canela-muwena: También llamado canela-mohena. Árbol de madera color canela, singularmente perfumada y dura.

canero: Pez desconcertante por lo voraz, fuerte y resbaladizo. Permanentes flemas recubren los veinte centímetros que su cuerpo nunca sobrepasa. Carece de dientes, es decir que se alimenta por succión. El canero más temido es el más ínfimo, y con razón, su avidez, incontenible siempre, alcanza a ser mortal cuando el canero ingresa por el ano y/o vagina de los pobres humanos.

capirona: Su condición impenetrable y fibrosa ha dado a este árbol fama de producir la mejor leña y el más persistente carbón.

carachama: Pez antediluviano, habita el fondo de los lagos y se nutre de fango. La vastedad articulada de sus escamas gruesas lo custodia mejor que una armadura. Sobrevive demasiados días fuera del agua. Su carne no acostumbra ser visita de señoriales mesas. Los varones de la nación *chama*, cuyo único oficio conocido es pescar, no saben de orgullo más justificado que capturar alguna carachama. Su contento es mayúsculo si consiguen hacerlo prescindiendo de anzuelos, de flechas y de redes. Bucean sin desmayo y cuando ya los dan por ahogados asoman de improviso con la presa preciada. Los jóvenes la traen entre las manos, los expertos la sacan con los dientes.

cargar: Este verbo complementa y define, en lenguaje de hechizadores, al *curar*. Un brujo puede *cargar* con daños cualquier cosa que antes, por destino, estuvo concedida a la bondad. Y viceversa. Y también ni lo uno ni lo otro; un pañuelo inocente, por ejemplo, bien puede ser *cargado* para que surta fortuna o maleficios, felicidad o muerte. *Cargar*, en cabeza de extraños, se deja confundir con *curar*, y *curar* con *hechizar*, con *embrujar*, aunque en tales palabras no quepan plenamente todas sus resonancias y significancias.

catáhua: Véase **katawa**.

cetico: Debido a su esbeltez y a la opulencia de sus ramas abanicadas, algunos herbolarios distraídos lo han tildado de arbusto. El cetico es árbol, sin embargo, y semiacuático. Su interior, más corcho que madera, pródigo en celulosa, es lujo que avarician los fabricantes de papel. Nuestros nativos, empujados al arte de la pesca, no por vivir deleites sino por matar hambres, degradan al cetico para con él construirse balsas de emergencia.

chacchar: Masticar hojas de coca.

chacra: Espacio de tierra cultivada.

chamáiro: Ceniza vegetal que puede reemplazar a la cal cuando se chaccha.

chambira: 1. Palmera cuyo fruto, discutiblemente dulce, se come a discreción. Su tronco no es macizo pero allá en lo alto, más allá, en lo afilado, desenvuelve un frescor inacabable de sombras de ramajes de hojas vastas, porfiadas y fibrosas. Son singularmente aptas para techar casas, las hojas de chambira, sin embargo, son exclusivamente utilizadas como maromas: adelgazadas, trenzadas con destreza, enrolladas y vueltas a trenzar, jamás han defraudado, su fama es irrompible. // 2. También se denomina chambira, inexplicablemente, a un pez de malgeniadas espinas y dientes repelentes que, a pesar de sí mismo, es comestible.

charichuelo: Árbol de copa impertinente, elevada, compacta de altas ramas y de hojas. Da frutos acidulces, raramente abundantes pero muy tolerables.

chicoza: Especie de cañabrava o pasto colosal. Como nutriente de ganado esta planta ha logrado, con justicia, la jerarquía de lo milagroso.

chicozal: Lugar habitualmente arenoso y poblado de chicoza.

chimicúa: Árbol que se desquita de sus ramas inútiles y fáciles, desgajables a un soplo, dando frutos tenaces y rojos, tan aferrados a su nacimiento, tan intrincados de arrancar, tan imposibles de existir aislados, que pocos cazadores pueden jactarse, sin falsía, de haberlos saboreado.

chinchilejo: 1. Libélula. // 2. También conocido irresponsablemente como *chupajeringa*. Apodo inevitable de los niños y jóvenes esmirriados y escuálidos.

chirisanango: 'Sanango sabroso'. Tónico que los brujos elaboran fusionando las fuerzas y los jugos de varios vegetales.

chonta: 1. Palmito. Cogollo comestible de diversas palmeras: wasái, shebón, cinámi, pijoayo, hunguráwi. Pulpa de una palmera denominada poná. // 2. Madera dura que hace punta, obligatoriamente, en casi todas las flechas y dardos.

chori: Se dice en asháninka del hombre de los Andes, del keshwa o mestizo de nuestras serranías.

choshna: Mono nocturno. Pese a su robustez no se conoce testimonio humano que lo juzgue violento o agresivo. Sus gritos en lo alto de las noches y sus saltos que a veces talan y precipitan pesadas ramas, acaso nos confundan y nos infundan infundado miedo. Pero no es esa la intención de la choshna, se sabe.

chuchuwasha: Árbol cuyas raíces desmenuzadas y maceradas en aguardiente de caña dan poder y prestigio a una bebida medicinal, afrodisíaca, tónica, asimismo llamada chuchuwasha o chuchuwasi: la primera expresión keshwa podría significar ‘pecho atrás’ o ‘pecho que se da vuelta’, y la segunda, chuchuwasi, sería ‘casa del pecho’.

chullachaqui: Del keshwa *Ch'ullan Chaki*, que significa un-solo-pie, ‘pie único’. Ser mitológico. Demonio. Duende. Según se ha comprobado, todo chullachaqui, aunque sea capaz de adoptar la más inverosímil apariencia, nunca consigue enmascarar alguno de sus pies; casi siempre el derecho se niega a ser de humano, insiste en el aspecto de una zarpa de tigre o un casco de venado. El chullachaqui, así, peor que traicionado es delatado y es delatado por sí mismo, por una parte suya, sin quererlo. A ello se debe con certeza la guisa dudosa e insolente con que denominan a nuestro chullachaqui en el Brasil: *Curupira*.

chullakaqla o chullacajla: ‘Mandíbula desigual’. Pez íntegramente huérfano de escamas, dotado de ponzoñosos y descomunales espolones.

chushpi: Mosquito insignificante cuya picadura, sin embargo, amén de martirizante, es infecciosa.

chushupe: También llamada chushupi. Víbora gruesa, de piel tosca, casi ósea, extremadamente venenosa. Una particular costumbre suya la triplica en peligro: entre todos los miembros de su vasta familia, la chushupe es la única que persigue a su víctima aun después de morderla y si puede la muerde otra vez y la vuelve a morder infatigablemente. Acaso sea el único animal, después del hombre, cuya fiereza no conoce término. Sorprende saber, por ello, que el majaz, para muchos el más sabroso morador de los bosques, vive al cobijo de la temible chushupe, dentro de su nido. Los mitayeros y ribereños aseguran haber encontrado en alguna parte del cuerpo del majaz un cartílago que remeda exactamente la forma de un colmillo de chushupe.

citarácuy: 1. Hormiga enorme, su mordedura carece de dolor y de ponzona. // 2. Con igual nombre es conocida una danza que las costumbres poblanas acompañan con tambores y pífanos y palmas: a lo largo del baile las parejas imitan, con pellizcos y gestos insinuantes, el cortejo contraproducente de las hormigas y su agresividad sin contenido, fatal por lo evasiva, mortal por lo amorosa.

coca: 1. Arbusto de cuyas hojas se extrae el clorhidrato de cocaína. // 2. Las gentes de los Andes chacchan la coca, tarea que consiste en hacer una bola de hojas dentro de la boca y masticarla y masticarla agregándole cal, sustancia desencadenante de las propiedades vitalizadoras que caracterizan a este vegetal. Los keshwas lo utilizan desde siempre con fines de adivinación. Si la coca es dulce entre los labios, anuncia buena suerte, debe emprenderse lo que se ha pensado. Si la coca es amarga, mala señal, debe postergarse lo que se ha programado. Los brujos amazónicos le dan hojas de coca al ayawaskha sólo en contadas ocasiones, también ellos confían en la coca como esclarecedora del futuro.

cocha: Véase **kocha**.

cocona: La medianía que, en cuanto a su imponencia, esta planta proclama, no se condice con sus hojas amplias ni con aquel dulzor resquebrajado, agrio, verdeamarillo de sus frutos.

comején: Hormiga sumamente destructora. Come cualquier madera y de inmediato segregá una sustancia parda y porosa que en brevísimo tiempo se endurece. Con esa secreción nacida de las ruinas el comején construye su morada.

cotomachácuy: Véase **kotomachácuy**.

cumaceba: Árbol de madera dura, sin mayor importancia.

cumala: Árbol de madera débil, sin mayor importancia.

cupiso: También llamada cupisu. Tortuga pequeña, espigada, anfibia. Sus huevos, que se llaman como ella, son más apetecidos que su carne.

curar: En boca de brujos este verbo muda de contenido y oficio. *Curar* cualquier objeto es aprovisionarlo de poderes, dotarlo de fuerzas, de sentidos que dicho objeto ignora, que no le han sido dados ni por costumbre ni por nacimiento.

curuince: Hormiga de las grandes, a falta de veneno está provista de imbatibles tenazas; con ellas corta las tremendas hojas de las cuales (tras las oscuridades y humedades cuyo fermento es tiempo del subsuelo) ha de brotar la putrición de hongos con los que la curuince se alimenta.

cushma: Túnica tejida y decorada con tintes diversos, especie de poncho acrecido con mangas, cosido desde las axilas hasta los pies. Suele ser usada indistintamente por hembras y varones.

— D —

demento-chállua: Pez no comestible, pequeño, decorativo, semivolador. Su nombre *pez enloquecido*, proviene de la desmesura sin concierto de sus aspavientos dentro y fuera del agua.

doncella: Pez de gran tamaño. Su piel carece de escamas y está como enceldada por incessantes franjas negras. Además de generosas, hay doncellas que pesan treinta kilos, sus carnes agradables ignoran las espinas.

dorado: También llamado zúngaro. La cabeza de este pez acapara sin denuedo la mitad de un cuerpo desguarnecido de escamas y espinas que usualmente pesa más de cincuenta kilos. Véase **zúngaro**.

— E —

ejercer: Emplear con solvencia todos los conoceres adquiridos y todos los poderes a través de la magia. *Ejercer* es prerrogativa de brujos autorizados, únicamente de aquellos que ofician tras laboriosos años de retraído aprendizaje y experimentación.

Elegguá: El Ánima Sola. Divinidad africana que en el fervor sin años de algunos de sus fieles americanos suele ser identificada equívocamente con Ekué, que es la Muerte. Trataríase entonces de un Ánima Sola en extremo acompañada, más anhelada que reverenciada a causa de su indiscutible benignidad, ya que no exclusivamente los adeptos de

Ekué consideran al morir un alivio, bendición que los libra de las humillaciones y penalidades de esta vida. Nuestros antepasados negros, cuando los esclavistas les prohibieron también sus religiones, forzándolos hacia el catolicismo, enmascararon a sus dioses con las identidades de los santos cristianos a fin de proseguir adorando a los suyos, aunque fuera sin nombrarlos, bajo extranjeras túnicas, en el secreto de la memoria lejana. ¿Por qué escogieron justamente a Cristo como disfraz de Ekué y justamente a Ekué como disfraz de Elegguá? Sus razones tendrían. Lo cierto es que invistieron con la personería de la Muerte nada menos que al resucitado e inmortal Jesús de Nazareth.

empalar: Levantar una tapia de ánimas alrededor de alguien o algo, cercarlo con espíritus en lugar de palos, con voluntades en vez de alambradas, para que no puedan ingresarle daños.

emponado: Piso fabricado con lonjas de una palma leve y dura denominada pona, insustituible, por efectividad y tradición, en las casas lacustres o alzadas sobre tierras inundables.

espintana: Árbol recto, compacto de corteza, muy solicitado para engranar viviendas. Se sabe que la *madre*, el espíritu que rige a la espintana, son dos personas, una anciana, la otra joven, que conversan y converstan al atardecer.

— F —

fasácul: Pez muy voraz. Pese a poblar obstinadamente lagos y lagunas, y cuando no sólo quebradas mansas, el fasácul no es fácil de pescar. Disfruta de una dentadura acorde con su rapacidad y las escamas que lo acorazan están siempre cubiertas por vertiginosas flemas grises. Sus cuatro kilos distribuidos en sesenta centímetros carecen de grasa y de espinas menudas.

firirín: Especie de perdiz aunque más breve y tierna de volumen y carne.

Fitzcarrald: Apellido paterno de dos inolvidables genocidas de la selva peruana. El tiempo y las lenguas de Huaraz, entonces todavía no acostumbrados al idioma inglés, desfiguraron aparentemente el ancestral

Fitzgerald y lo condujeron al franco-amazónico Fitzcarrald. La ambición sin escrúpulos de los huaracinos Fermín y Delfín Fitzcarrald, refrendada por leyes y autoridades de comienzos del siglo xx, despobló a sangre y fuego vastas regiones de la Amazonía. Fermín y Delfín organizaron y jefataron los ejércitos mercenarios que bajo el disfraz de caucheros y colonos exterminaron naciones enteras, millares y miles de aborígenes, solamente para ocupar sus territorios y saquear el caucho en que eran pródigos. A pesar de ello, ciertos historiadores insisten en considerar a los Fitzcarrald y a sus secuaces como «pioneros de la civilización y el progreso». En las principales poblaciones del oriente peruano más de una calle, plaza o avenida se humilla todavía con el nombre de Fermín Fitzcarrald. Este, que aventajó a Delfín en años, fama, impiedad y fortuna, fue también el primero en alcanzar la muerte. Obedeciendo hechizos del gran brujo amawaka Ximu, un remolino enlazó el barco de Fermín Fitzcarrald y lo deshizo en los fondos del Urubamba, el Río Sagrado de los inkas. Días después, flotando entre ramajes y musgos de remanso, lo encontraron cadáver, ostensiblemente mermado por la avidez de los peces. Ahí mismo le dieron sepultura, con más prisa y temor que ceremonia, en aquella ribera del Inuya. Cuando otros amawaka, cumpliendo órdenes de Ino Moxo ajusticaron a Delfín Fitzcarrald en el río Purús, ya la maraña y los aguaceros se habían ensañado con la tumba del hermano mayor.

flautero: Se reafirma en tal nombre esta avecilla, a su estatura ínfima opone victoriósamente la extremada y nostálgica dulzura de sus cantos.

— G —

gamitana: Capturar este pez de treinta kilos, un metro de largo y una anchura de ver y no creer, es fiesta que convoca y da disfrute a un caserío íntegro. Los mitayeros se prohíben pescar dos gamitanas en la misma jornada ya que la sabrosura de una sola basta para desenojar las exigencias de los enflaquecidos ribereños.

garabato-kasha: Planta trepadora de tallo consistente y enjuto interrumpido a trechos por nudos ruginosos que despiden una espina enrosada. Los oficios del garabato-kasha son tantos como los modos con que los hechiceros preparan su raíz o mezclan su corteza o *dirigen* la savia, el zigzagueo, la sabiduría de sus espinas.

— H —

haraweq: En keshwa designa tanto al poeta como al músico y al cantor. Su equivalente menos alejado en idioma español podría, con reservas, ser juglar.

harmina: Alcaloide que se extrae del ayawaskha.

hiporuru: También llamado para-para. Arbusto de hojas tersas, tercas; luego de arrugadas regresan siempre a su forma primigenia como si estuvieran hechas de jebe. Maceradas en aguardiente producen un tónico cuya potencia, además de expulsar las flaquezas de sangre y corazón, además de vencer a la diabetes, goza de una eficacia inapreciable: devuelve a los ancianos y a los desanimados la juventud sexual.

huacapú: Véase **wakapú**.

huacapurana: Véase **wakapurana**.

huacrapona: Palmera de tronco hinchado, enfurruiado, como preñada por todos sus lados.

huairanga: Véase **wayranqa**.

hualo: Véase **walo**.

huancáhui: Véase **wankawi**.

huangana: Una de las dos genealogías de jabalí que habitan nuestra selva. A diferencia del pacífico y vegetariano sajino, marrano salvaje que apenas resiste la existencia en parejas, la carnícera huangana vive en piaras ruidosas, morbosas, tumultuosas, cientos y cientos de colmillos depredando infatigablemente la manigua.

huapapa: Véase **wapapa**.

huicungu: Véase **wikunqu**.

huimbra: Véase **wimbra**.

huito: Véase **wito**.

huitoto: Véase **witoto**.

hunguráwi: 1. Palmera que da frutos amarillos, pastosos, atrabilados por infinitas pepas minúsculas y negras. // 2. El fruto de esta palmera, también llamado hunguráwi, destila precioso aceite. Los calvos lo utilizan a manera de ungüento de masajes y sus cabezas ralas inevitablemente vuelven a espesurarse de cabellos.

— I —

icarado: Todo ser u objeto que algún brujo ha magnetizado, protegido o al que ha concedido poderes específicos, utilizando ayunos, conjuros y canciones mágicas llamadas icaros y también bubinzanas.

icaro: canción mágica. Véase **bubinzana**.

Inkarri: ser mitológico. Sus enemigos lo apresaron con argucias y lo descuartizaron en la plaza de Armas del Cusco. Sepultaron los restos en lugares distantes con la finalidad de impedir su juntamiento ulterior y su inevitable resurrección. Los keshwas de hoy aseguran que el cadáver disperso de Inkarrí avanza más y más cada año bajo la tierra en dirección del Cusco, donde fue enterrada su cabeza, y que un día los divinos despojos se soldarán a ella y entonces Inkarrí surgirá intacto y «los yndios del Reino del Perú» volverán a sublevarse bajo su mano y expulsarán a los invasores y recobrarán las libertades y dominios de su perdido imperio.

isango: Animal microscópico, mora en los herbazales; bajo la piel humana penetra y anida ocasionando insopportables escozores. Los lugareños lo combaten con emplastos de vegetales varios, los demás aguardan a que el inextinguible verano se termine. El frío es enemigo natural del isango.

ishinshími: Hormiga imponente. Hace nido en lo alto de plantas grandes y árboles. Su mordisco no apareja hinchazón o intoxicamiento pero los hombres le huyen, y no por temor propiamente a la ishinsími, pese a que esta hormiga prefiere morder a los humanos en sus

partes genitales, lo que los apavora es la hediondez con que ella impregna todo lo que roza.

isula: Hormiga letalmente ponzoñosa. Llega a medir cinco centímetros. Además de malherir con potentes tenazas, su aguijón posterior inocula un tósigo generador de fiebres y dolores que duran varios días. Cuatro isulas bastan para dar muerte a un hombre.

itahúba: Árbol de madera fina y compacta.

itinингa: Palmera flaca, no muy elevada, quebrantable de aspecto. Una liana embotada y enteca, bejuco sin oficio ni beneficio conocidos, recibe asimismo el nombre de *tilinga*, término emparentado tal vez con el keshwismo (o quechuismo), *tilingo* (o itilingo), que remite a lo escuálido, inútil, enfermizo.

ivénki: Nombre asháninka de una hierba colmada de incontrovertibles capacidades mágico-medicinales. Los nativos de otras naciones llaman piri-piri al ivénki.

— J —

jagua: Fruto del árbol denominado wito. Dos diferentes nombres y aplicaciones posee, según sea su edad: cuando aún verdea lo apellan jagua y su pulpa produce un tinte negro y amargo e indeleble; cuando ya madura lo llaman como al árbol que lo sustenta, wito, y solamente entonces los aldeanos lo ascienden a comestible y los hechiceros a medicinal.

jergón: Víbora proverbialmente venenosa y feroz.

jíbaro: Integrante de la nación del mismo nombre. Los guerreros jíbaros acostumbran a cercenar y reducir cabezas de enemigos, únicamente de los más diestros e indómitos, aquellos que los jíbaros supieron vencer de igual a igual en contienda sincera, frente a frente, previo anuncio de guerra y con armas idénticas. No todos los varones regresan a su poblado con el sangrante trofeo entre las manos. Ni bien llegan el brujo los congrega y orienta en la tarea de apropiarse del alma y de las virtudes de los decapitados, rito que concluye con las cabezas

adversarias rebajadas al tamaño de una mano cerrada. Cada privilegiado corta entonces la cabellera de su botín añadiéndola a las otras que luce amarradas en la cintura. Por permanecer leales a este ceremonial de sus antiguos, los jíbaros han cobrado injusta nombradía: nuestros civilizados les temen sin motivo (no se sabe de blanco cuya testa haya merecido jamás la consideración de un jíbaro) y los apodian irresponsablemente «Cazadores de Cabezas».

— K —

kaápa: Todo jefe asháninka, es decir todo padre de familia, edifica dos casas, primero la kaápa de sus huéspedes y después el tantoótzi de sus hijos y esposas.

kamalonga: Arbusto indispensable en algunos bebedizos cuyo ingrediente primordial es el ayawaskha. Los brujos atribuyen a las hojas de kamalonga, y en menor proporción a sus raíces, secuelas de adivinación equiparables a las de la coca.

karachama: Véase **carachama**.

karawiro o carahuiro: Tinte compuesto de extractos de diversas raíces y semillas. Muchos nativos se adornan con él coloreando brazos, pecho y mejillas. Los tzipíbo, además, dibujan y/o tiñen sus ropajes con karawiro.

katawa: Árbol gigante recubierto de espinas. Crece en terrenos bajos. Su savia es veneno poderoso al que apelan humanos y animales. Con sangre de katawa untan la punta de sus flechas y dardos algunos aborígenes. Con sangre de katawa untan sus alas las aves carníceras (la famosa wapapa, por ejemplo), se sumergen en aguas de remanso, depositan la ponzoña, esperan. No esperan mucho tiempo, luego-luego devoran a los peces que la savia de katawa vara en las orillas.

katziboréri: Genérico de brujo, vegetalista, mago, hechicero, curandero, rezador, etcétera; el término katziboréri comprende al más preciso de shirimpiáre. Simplificando, katziboréri aludiría al médico generalista y shirimpiáre al especialista en «chupar el tabaco», al «brujo

fumador» que conoce los enigmas del humo y sabe *dirigirlos* contra enfermedades y daños precisos. Véase **shirikaipi**.

kawára: Pez cuya desaforada estatura contradice lo apetecible de su carne.

killka: Luna. Madre Luna. Su condición de esposa del Dios Sol hizo que los inkas la reverenciaran casi como a otra de sus divinidades.

killka: Signo tallado en piedra. Probable escritura jeroglífica que los inkas imprimieron en las rocas de sus templos o en las próximas a ellos. Las killkas no revelan todavía significancia alguna entre los acuciosos occidentales.

kocha: Palabra keshwa. Según su aplicación *kocha* puede significar ‘lago’, ‘laguna’, ‘remanso’, ‘aguas quietas’, ‘charca’, ‘océano’.

kosho: Recipiente que se fabrica cavando un tronco hasta otorgarle aspecto de piragua pequeña. Dentro del kosho, los asháninka dejan fermentar y tomar punto a la chicha de yuca llamada masato.

kotomachácuy: Animal mitológico. Serpiente gigante, posee dos cabezas y habita el fondo de los grandes lagos.

— L —

locrero: Ave mediana, de plumaje azulado, más negro que azulado, color mar en la noche, como si estuviera enlutado de azul.

lupuna: La Amazonía no conoce árbol tan alto. Para resistir tamaña inmensidad la lupuna despliega la base de su tronco en varias aletas gigantescas. La lupuna crece en dos familias, una blanquecina, la otra sonrojada, ambas confundibles de aspecto y estatura aunque habitadas y conducidas por distintas *madres*, poseídas por ánimas opuestas. Dice Ino Moxo: «La *madre* de la lupuna blanca es hombre bondadoso que cuando se lo sabe invocar siempre responde con suavidad, con enseñanzas que ayudan a medicinar. La *madre* de la lupuna colorada es en cambio un hombre muy dañino, si te agarra en su ámbito te hincha la barriga, mueres con los intestinos destrozados».

— M —

machácuy: Del keshwa *mach'quay*, ‘víbora’, ‘serpiente’, ‘ofidio en general’.

machigüenga: Integrante de la nación selvática del mismo nombre.

machimango: Árbol elevado y sólido, reconocible tanto por su imponencia como por el perfume incisivo, excesivo de sus ramas al frutecer.

Maestro: Gran Brujo o Mago Mayor al cual, sea por sus poderes, por la eficacia comprobada de su sapiencia o por motivos que *acá* son misterios, le es reconocido el privilegio de prolongar en discípulos las intuiciones y conoceres que a él fueron cedidos en uso y en custodia.

majaz: Roedor semianfibio, enorme, de pelambre parda salpicada de blanco. Los afortunados cazadores que han saboreado carne de majaz juran sin titubeos que es la más deleitosa de todas, inclusive mejor que la del hombre.

makambo: También llamado mokambo. 1. Árbol de hojas anchas y frutos ovalados y grandes como cabezas de humano. // 2. Fruto del mismo árbol, su interior está lleno de semillas que acercadas al fuego, tostadas sin ningún aditamento, se tornan olorosas y muy apetecidas.

makána: 1. Pez fluvial cubierto por gruesas escamas oxidadas, alargado y sólido como sable de antaño. // 2. Los guerreros inkas llamaban makána a una de sus armas preferidas, la porra, palo contundente en cuya punta ensartaban una pesada estrella de piedra o de metal. Hoy, en la Amazonía, algunos aborígenes denominan makána a una especie de espada de madera durísima. Nada que ver con el significado despectivo y baboso que a esta palabra dan determinados iberoamericanos, una macana, ché.

makisapa: Mono negro, más enorme aun de extremidades; en cada una posee cuatro dedos. Con su cola infinita y peluda el makisapa se impulsa livianamente por entre los árboles altos. *Maki*, en keshwa, es ‘mano’, *sapa* es ‘descomunal’, ‘grande’, ‘desproporcionada’.

Malígno: Espíritu del Mal. La mayor y más temida de las ánimas dañinas. No diablo ni demonio sino El Diablo, El Demonio.

Mamántziki: Esposa de Pachakamáite, el Padre-Dios de los asháninka, Hijo del Sol, hacedor y sustento de lo que existe y lo que no existe.

manakarácuy: Gallinácea pequeña y feroz, habitualmente negra. A su espesa apariencia el manakarácuy contrapone un malgenio sin límites, esa impiadosa, descontrolada y permanente disposición combativa en la cual fundamenta su fama de invencible.

manchari: Miedo distinto, más difícil que el miedo que todos conocemos, ese que hasta los animales pueden llegar a olfatear. El manchari se mete como ánima en el cuerpo y la persona de ese cuerpo ya no sirve. Desde esa persona el manchari espanta a todo lo que vive, no solamente animales, sino que también espanta la voluntad, el cariño de las cosas, de las demás personas, la razón desconocida por la que existen algunas existencias. Todo eso y mucho más, todo ahuyenta el manchari. Sabe meterse como cuerpo dentro del ánima.

manguaré: Instrumento de percusión hecho de un tronco resecado y hueco. Los nativos le dan vida y sonido golpeando su corteza con un palo envuelto en trapos embreados. El manguaré es tocado de diversas maneras, según códigos rítmicos cuyo conocimiento es exclusivo del jefe brujo y de sus allegados, generalmente para enviar mensajes y advertir peligros, otras veces para convocarse con intención guerrera, otras para invocar a las divinidades o a las grandes ánimas, o para sacudir a los espíritus de los antepasados a punto de dormirse, de claudicar, de no seguir alertas protegiéndonos, y, las más de las veces, para invitar al júbilo a compartir los juegos y las fiestas. Se sabe que la luna, atrás, allá en el tiempo, era un pedazo de lupuna blanca, un tronco hueco, de ceniza era. Pachakamáite todavía no le había enseñado a iluminar. Los asháninka dicen que Narowé, el primer hombre, indignado porque el kotomachácuy le robó la mujer, lanzó una flecha contra el cielo y atravesó la luna. Y la luna rodó, cayó sonando, se detuvo a los pies de Narowé. Justo en ese momento restallaba un relámpago: Narowé lo atrapó. Y con aquel relámpago en la mano golpeó y golpeó a la luna. Y el tronco de la luna, «¡manguaré!», retumbó. «¡Manguaré, manguaré!», sonó hasta lo más lejos de lo lejos la luna, ese pedazo de lupuna blanca, el primer manguaré que se escuchó en nuestra tierra.

manitoa: Pez de un metro y veinte kilos. Se mimetiza y desplaza vertiginosamente. Sólo su boca descomunal, brillante, anaranjada lo delata entre la turbiedad de los riachos. Y los anzuelos no le dan reposo. Pienso que ciertamente no lo harán por su carne, aunque carente de espinas y escamas, demasiado distante de ser apetitosa.

manshaku: También llamada manshako. Garza grande como un hombre grande. Viste plumas anchas, tersas, de un gris más bien plateado.

mantablanca: Este insecto, breve como la huella de una pata de insecto, se alimenta de sangre, más concretamente de sangre humana y más concretamente de aquella que transcurre bajo los cabellos. Si a tan descabellada preferencia nutricia sumamos el minúsculo, invisible volumen de su cuerpo, que traspasa todos los mosquiteros, confirmaremos a la mantablanca en su categoría de tormento imposible.

mantoná: Sierpe decorativa. Sus diez metros asustan solamente al foráneo pues nunca agrede al hombre ni está provista de veneno alguno.

maparate: Pez de río. No tiene espinas, no tiene escamas, no tiene ni un kilo de peso, no tiene ni medio metro de tamaño, no tiene carne especialmente rica ni especialmente desagradable, no tiene ni atractivo ni importancia. En realidad tampoco tiene por qué figurar en este vocabulario.

marakána: Loro mediano, de plumaje verdeazulado, nada más.

mariquiña: Pato silvestre, inocuo, no muy grande. Plumajes rojinegros cubren su carne desabrida y suave.

mariquita: Flor multicolor aureolada de aromas picantes y dulces. Entreabre su corola únicamente cuando ya no hay luz, cuando comprueba que nadie puede verla, en las noches cerradas.

masato: Bebida espirituosa hecha a base de yuca, tubérculo grande y tubular, oscuro de corteza, blanco de pulpa, respetable. Las nativas deshilachan la yuca con los dientes, la mastican y escupen dentro de un recipiente de madera que llaman kosho. Esta chicha de yuca, fermentada por la saliva y el tiempo, no tiene parangón entre las preferencias aborígenes. Algunos la sazonan con polvo de osamentas, con ralladuras extraídas de los huesos de sus antepasados.

mashko: Miembro de la nación amazónica del mismo nombre.

mitayero: Cazador y/o pescador.

mitayo: Producto de la caza o la pesca.

mohena: Véase **muwena**.

montear: Ingresar al monte con fines de cacería.

montete: Ave corredora de nombre onomatopéyico. Canta sin mover el pico, dentro de sí, acaso tan sólo para sí, su pecho se infla de músicas roncas, más que cantos emite vibraciones, resonancias que vencen carnes y atraviesan plumas y saben trascender todavía más y pueden escucharse lejos, lejos, ocupan todo el aire. El montete, llamado en otros lares trompetero, ya emplumado de negro o de marrón, muestra siempre un remanso amarillo en medio de la frente. Sus patas largas, firmes, enfundadas de verdes repentinos al igual que su pico, imponen a este pájaro el aspecto de una garza discreta. Cierta vez en los alrededores del río Utuquiniá robé dos huevos de montete y los disimulé dentro del nido de una gallina abstraída. Así comprobé poco después que el trompetero y no el perro es el mejor amigo del hombre. Esos mis dos raptados vigilaban la casa noche y día, cuidaban a los niños y jugaban como ellos, fungían de centinela en los corrales, nos prevenían con igual premura acerca de cualquier peligro, peligros habituales: zorros, tigres, chubascos, y peligros inéditos; hacían visitas y efectuaban mandados, todo lo comprendían y cumplían con apabullante inteligencia y destreza. Respecto a un solo asunto no atendieron razones, su desmedido amor por los pollitos los condujo a apoderarse de ellos con un celo sectario y a propinar golpizas inmisericordes a las madres que osaban acercárseles. Nuestros montetes, malaprendiendo destinos y refranes de humano cedieron al contagio: los raptados del pasado devinieron en los raptadores del presente. Nacidos bajo el ala de otra especie, los trompeteros llegaron a creerse gallinas. Tan clásica e irrevocable confusión de identidad los persiguió, sin embargo, sólo hasta la vejez. «Y esto, que no es nada, es todo», dice Ino Moxo. Así los trompeteros para nada, recuperaron todo. Recuperaron sus personas únicamente para despedirlas. Recuperaron la voz para quedar-se finalmente callados. Presintiéndose cerca ya de la lejanía, y puesto que no habían podido vivir como debieron, decidieron morir como

debían, convirtieron en huérfanos forzados a sus forzados hijos adoptivos, avanzaron jadeando, salieron a la noche, se inmovilizaron, descubrieron que habían vivido siempre rodeados de alambradas. Y por primera, única, última vez, volaron, se adentraron brillando con los picos cerrados sonando oscuramente en la espesura. Estoy seguro de ello. Porque entre sueños escuché a lo lejos, en la sombra, clareando, aún más lejos, un canto amordazado rebotando en el aire, reflejando otros cantos en mi ánima, borrándose. Y eso sucedió anoche. Y hoy el mundo amaneció sin nadie.

motelo: Tortuga de tierra que los mitayeros subdividen en dos categorías. El motelo común nunca excede los ochenta centímetros y es el más codiciado, sus carnes difieren en terneza y sabor, acordes con la región del cuerpo al cual pertenecieron. El otro motelo, apodado *gigante*, cabe en un metro de alto y dos de diámetro; la irreductible dureza de sus carnes áridas hace que hasta los hambrientos lo desdeñen.

muwena: También llamado muena y mohena. Árbol de madera extremadamente recia.

muyuna: remolino. Correntada circular que los ríos alientan de preferencia en sus recodos.

— N —

naka-naka: Reptil adelgazado, negro, mortífero, pequeño. Vive en las quebradas bucolicas, en los insospechables arroyuelos.

— Ñ —

ñejilla: Especie de palmera destituida, achatada, espinosa, agridulce de frutos. Ocupa únicamente tierras bajas, inermes, expuestas a los devaneos de la llovizna más imperceptible. Siempre al filo de ríos o lagunas, la ñejilla, pobre árbol aplastado por el cielo, se imagina crecer

a ras del agua. Pero las decrecientes la devuelven del sueño y el sueño la devuelve de lo real, la ñejilla extendida era reflejo de algo que la ñejilla ya no es más.

— O —

ojé: Árbol gigante, abunda en los bajales. La leche de su savia, eficaz como tónico y reconstituyente, vence las más obstinadas parasitosis.

oni xuma: En idioma yora (o amawaka) identifica al ayawaskha.

otorongo: Del keshwa *uturunqu*, ‘puma’, ‘tigre’, ‘pantera’, ‘jaguar’. Por lo común, la piel de este felino tiende al verdeamarillo roseteado de gris. Expande más respeto mientras es más intensa su negrura, sólo algunos humanos lo igualan en fieraza. Este animal, en consecuencia, es el único que vive y muere a solas.

— P —

Pachakamáite: El Padre-Dios, el Páwa de la nación asháninka. Hijo del Sol más alto, el sol del mediodía. Esposo de Mamántziki. Creador y sustentador de todo lo que pasa o permanece sobre la piel terrestre.

paiche: Pez mamífero. Su cuerpo renegrido, tubular, imponente, alcanza los tres metros de tamaño y un peso aproximado de doscientos kilos. Tiene labios de hueso. Su lengua, también ósea, y aserrada a lo largo de sus treinta centímetros, suele utilizarse a modo de escofina para pulir objetos de madera. El paiche, de carne semejante a la del bacalao por su textura, aunque superior en cuanto a exquisitez y proteínas, es el más cotizado poblador de los ríos amazónicos.

palometa: 1. Pez de escamas plateadas y menudas y carne incomparable. Por ello y por su forma, esa redondez achatada y blanquíssima que lamentablemente sólo pesa un kilo, la palometa debe remontarse a un ancestro fluvial de los lenguados. // 2. También distinguen como palometa al órgano genital de la mujer.

palosangre: Árbol de madera impenetrable y roja.

pamacari: Techumbre curva, pequeña, como la mitad superior de un túnel fabricado con hojas de palmera entrelazadas hasta la solidez de una coraza, la compacta espesura que colocada sobre la cubierta de las embarcaciones resguarda a los viajantes de las furias del sol y de las lluvias y de otras acechanzas. Sabio es el pamacari: sólo techá viendes que siempre están de paso.

panguana: En deleite de carnes, en calidad de cantos y en mañas para no ser atrapada, la panguana supera a todas las demás perdices de la selva sudamericana.

paña: Véase **piraña**.

papásí: Coleóptero. Nace de los restos mortales de un gusano comestible denominado suri. El suri, a su vez, nace de los huevos que el papásí deposita en la corteza del aguaje.

para-para: Véase **hiporuru**.

parinari: Árbol frascoso. Sus frutos alargados y rojos, más dulces que piñantes, son conocidos como *supay-oqote*, en keshwa: culo-del-diablo. Véase **supay-oqote**.

pashako: Árbol casi elevado, casi grueso, casi inútil. Su copa de hojas rasas no da sombra. Su madera feble y húmeda no sabe ni ser leña. Sólo por su corteza, a duras penas, el pashako se salva; de ellas exprimen jugos aplicables en curtiembre de cueros.

pate: Mate. Recipiente fabricado con el fruto de una planta llamada indistintamente tutumo, calabazo o wingu.

paujil: Pavo salvaje de plumas enlutadas que contrastan con el rojo de incendio de su pico.

pawkar o páucar: Pájaro de plumas ostentosas y negras y amarillas. El pawkar imita a la perfección los cantares y silbos de absolutamente todas las aves del monte.

peje-torre: Pez de piel amarilla lunareada de negro. Cuando se llena de aire flota como boyo en la superficie de los ríos grandes. El cuerpo de quien come peje-torre se cubre instantáneamente de tercas manchas pardas. Algunas aves también acceden a alimentarse de peje-torre; son reconocibles porque su plumaje se decolora para siempre.

piraña: También llamada paña. Pez de la subfamilia Caribe. De acuerdo a su voracidad y tamaño, este pez carnívoro ha sido clasificado en siete especies, la más temible lleva en cada mandíbula tres hileras de dientes triangulares, afilados en su punta y sus lados, mide hasta cincuenta centímetros. Todas las pirañas enloquecen cuando adivinan la cercanía de la sangre.

piri-piri: Hierba hueca, tubular y alargada, crece en los bordes de los pantanos y lagos. Son infinitos los empleos del piri-piri en hechicería. Los asháninka lo llaman ivénki, la hierba mágica por excelencia, y lo incluyen entre los contados vegetales que no precisan combinarse con otros ni ser magnetizados o *cargados* para alcanzar su máxima eficacia. En realidad, piri-piri es el nombre genérico de una inconmensurable familia de tubérculos disímiles; según la forma de ellos lo aplican los hechiceros. El piri-piri con apariencia de pene es empleado contra la infertilidad o la impotencia, etcétera. Aunque, lógicamente, los contornos de cada tubérculo dependan más de la mirada del brujo que del tubérculo mismo.

piro: Aborigen que integra la nación del mismo nombre. Fieles aliados de los caucheros contra sus hermanos de otras regiones amazónicas. De allí que los selváticos hasta hoy llamen piro al cobarde, al traidor, al homosexual.

pisonay: Árbol de tronco inabarcable. La fronda de su copa gigante estalla en flores ínfimas y rojas. Raro es encontrar un pisonay en la Amazonía, en la ceja de selva es menos improbable, sólo los valles andinos se alegran con su multipresencia.

piurí: Gallinácea grande como un pavo. Salvo la blancura del pecho y el grana de su pico, todo el piurí es negro, incluso la aureola de diminutas plumas abrillantadas que se encrespa en su frente. El piurí es el ave de monte más preciada: sus carnes regaladas y jugosas, a la par que su orgullo son su desgracia.

pona: Palmera negra y dura. Una justificada costumbre hace que la pona sea inevitable como piso de las casas de altura, tan es así que «empollar» una vivienda significa de hecho «ponerle piso».

pukakiru o pucaquiro: En keshwa, ‘diente rojo’. 1. Árbol de corazón rojizo e inflexible. // 2. Hormiga enorme y temida, sus mandíbulas rojas y potentes son menos ponzoñosas que dolorosas.

pukuna o pucuna: Cerbatana.

punquyu o punguyo: Árbol mediano, coposo. Crece aislado, solo, al centro de un espacio sin vida. Nada logra existir bajo la sombra del pun-guyo, sus hojas apretadas expelen un veneno inapelable.

pusanga: Hechizo. Brujería. Brebaje o amuleto que ha sido *cargado* para dominar y atraer sexualmente.

— Q —

Q'enqo: ‘Zigzag’. ‘Laberinto’. Con tal nombre se designa al templo del dios Puma; peña ubicada en las alturas que circundan a la ciudad del Cusco, debido a que en su cumbre los inkas cavaron una canaleta titubeante, vertiendo en ella chicha de maíz, y con menos frecuencia, sangre de vikuña, durante ceremonias ya perdidas en las que nuestros antiguos averiguaban el futuro.

q'ero: 1. Vaso ceremonial tallado en una pieza de madera de preferencia oscura. // 2. Comunidad campesina cusqueña situada en las cúspides de la ciudad de Pawkartampu, ya dentro de las selvas que bordean aquellas serranías. Los integrantes de esta comunidad han rechazado indesmayablemente el más mínimo «aporte de la civilización» impuesto por los conquistadores españoles. Tras la frontera de sus costumbres y sus territorios, los q'eros visten hasta hoy como inkas y hablan como inkas y viven como inkas, inaccesibles al tiempo de los virakocha. Más de cuatrocientos años han sido derrotados por la tenacidad todavía vigente de los Q'eros.

qespichíway: *Qespi*, en keshwa, es ‘cristal’, ‘transparente’, ‘prístino’, y por lo tanto ‘libre’. *Chíway* es el apareamiento que las aves realizan con exclusivos fines, de procreación. ¡*Qespichíway!*!, remarcado así, con matices de requerimiento, de invocación, significaría textualmente: ‘Aparéame con el cristal así como las aves que quieren procrear’. O

bien: 'Aparéate conmigo, casémonos con el cristal, matrimoníemonos con lo prístino, tengamos hijos transparentes, libres'. El poeta cusqueño Ángel Avendaño, para quien el keshwa se expresa más mediante paisajes que mediante conceptos, coincidiendo también en ello con José María Arguedas, no desacierta ni exagera cuando traduce (o reduce) *¡qespichíway!* por 'libérame'.

Qoylluriti: *Qoyllur*, 'estrella'; *Riti*, 'nieve'. Nombre keshwa de una montaña coronada de sempiternos hielos.

quicha-garza: Del keshwa *kiccha*, 'excremento flojo', 'diarrea'. La quicha-garza es una garza espigada, pequeña y gris que debe su nombre a la insistencia y viviandad de sus deposiciones fecales.

quillu-avispa: Avispa amarilla.

quinilla: Bajo su aspecto de árbol indeciso, medroso de grosor y estatura, la modesta quinilla disimula, además de maderas consistentes y dulcísimos frutos, un poder curativo que se diversifica de acuerdo a las dolencias contra las que es enviado y se reparte entre hojas, pétalos, raíz, corteza o savia. Sin embargo el común de los mortales teme a la quinilla. Solamente los brujos mayores, la gente autorizada se atreve a requerirla; el ánima, la *madre* que rige los asuntos de este árbol es una joven de cabellos largos que canta entre las piedras de las cataratas, su canto es bienhechor, sus labios son mortales. Los nativos aseguran que la quinilla es «vegetal de oír, no de tocar».

— R —

Raymiyáwar: *Raymi*, 'fiesta', 'celebración'; *yáwar*, 'sangre'. Fiesta de la Sangre.

renaco: Árbol descomunal, de ramas henchidas y enrevesadas al infinito, crece sin cesar a ras de tierra hasta ocupar la dimensión de un bosque grande. Se sabe que la savia del renaco es el más poderoso coagulante.

renaquilla: Planta parásita, mediocre de tamaño, sus ramajes extienden maraña semejante a la más perniciosa del renaco; con ella la renaquilla se adhiere y estrangula al árbol eventual que la sustenta.

ronsoco: El roedor más grande de la naturaleza; suele, en su madurez, bordear los ciento veinte centímetros de largo y exceder los cien kilos de peso. Crines pardas y gruesas cubren su cuerpo. Los cazadores persiguen al ronsoco únicamente en tierra. Las membranas que se anchan entre sus dedos hacen que este animal, si consigue refugiarse en el agua, sea verdaderamente inalcanzable.

runasimi: *Simi*, ‘lengua’; *runa*, ‘hombre’. La ‘lengua del hombre’. Los inkas llamaban runasimi al idioma que los conquistadores españoles, no sabemos todavía por qué, denominaron quechua.

— S —

sachamama: Especie de boa. Anaconda gigantesca que algunos confunden sin razón con la yakumama. Ambas coinciden en fortaleza y largura, son gruesas como un árbol grueso. Pero la yakumama vive en el agua tan exclusivamente como la sachamama existe en tierra. Esta última, además, posee dos aletas, una a cada lado de la cabeza, a manera de orejas.

sachavaca: Vaca salvaje. Tapir. Danta. Rumiente de gran fortaleza y mayor timidez, absolutamente inofensivo.

sajino: Jabalí encollarado por una franja blanca de cerdas que son grises en el resto del cuerpo. Este puerco salvaje, a diferencia de la huangana, su pariente más próximo, no transita en muchedumbre sino en pareja, huye en vez de atacar y es irremisiblemente asustadizo y vegetariano.

saltón: Pez gigante desprovisto de escamas, dientes y espinas. Pese a los dos metros que hospeden los cien kilos de su cuerpo, el saltón acostumbra impulsarse, casi volar, hasta los cinco metros sobre la superficie de los ríos.

sapote: 1. Árbol de altura desmesurada. // 2. Fruto del mismo árbol: su pulpa suave y dulce blanquea insospechadamente dentro de una envoltura corrugada de color verde-sombra.

Saqqsawma: En keshwa, ‘Cabeza Gris’, ‘Cabeza jaspeada, de piedra’. Nombre de la fortaleza cusqueña que los conquistadores hispanos malen-

tendieron como Sacsayhuamán (en buen decir, Saqsaywaman: ‘Cabeza de Halcón’). El Cusco, entonces, sagrado en su esencia por ser la capital de los inkas, de los hijos del dios Padre Sol, era también sagrado en sus contornos; la ciudad cabía exactamente en la forma de un puma, de un otorongo, una de las divinidades del imperio inkaiko. Cusco era *Qosqo*, ‘Ombligo del Mundo’, sí, pero además ‘Dios-Puma’, ‘Dios-Uturunqu’, Otorongo-de-Piedra. El pecho de la Ciudad Sagrada se instalaba en el Wakaypata, la actual plaza de Armas, y la calle Pumakurku (Columna-Vertebral-del-Puma) conducía y conduce hasta la fortaleza de Saqsawma, ‘Cabeza Gris’, ‘Cabeza Jasppeada de la Ciudad-Dios-Puma’. Y la cola de aquel tigre de piedra divina estaba hecha de agua, la cola del puma era de espumas: el río Watanay.

shansho: Gallinácea pequeña de nombre onomatopéyico. Es tan desafinada en sus cantos como fina en sus carnes.

shapaja: Palmera desmedida de grosor, estatura, hojas y ramas. Frutece almendras numerosas y desordenadas, no tan aprovechables por su pulpa, muy discreta de gusto y proteínas, como por el airado combustible que su aceite produce. La shapaja techá todas las casas mejor que nadie. Sus hojas anchuras, entrelazadas de fibras apretadas y recias, son invulnerables al filo persistente del sol e insidioso de los aguaceros.

shapra: Nativo de la nación del mismo nombre. Una difundida calumnia occidental sostiene que los shapra ni siquiera son polígamos sino que sus esposas pertenecen indistintamente a todos los varones de la comunidad.

shapshico: Diablo, duende, aparición, demonio.

shebón: Palmera elevada. Sus frutos agradables de carne y pesados de cáscara doblegan ramas enormes aunque frágiles. Será debido a ello que las hojas del shebón suelen usarse para construir pamacaris, para techar embarcaciones y no viviendas.

shibé: Bebida preparada con harina de yuca disuelta en agua no siempre azucarada.

shipibo: Véase **tzipíbo**.

shirikaipi: Cigarrillo casero, manufacturado con hojas enteras o deshilachadas de tabaco silvestre. Así como los hechiceros «generalistas» de la Amazonía son denominados katziboréi, los «especialistas» en chupar shirikaipis, aquellos que apelan al tabaco fumado para sus curaciones o rituales, son conocidos como shirimpiáre. Véase **katziboréi** y **shirimpiáre**.

shirimpiáre²: Hechicero poderoso, especialista de alto rango que apela al tabaco fumado para sus curaciones y rituales. Los grandes shirimpiáre, para ejercer a plenitud los poderes del aire, para desarrollar al máximo su potencia de mirar, usan espíritus de niño. Algunos shirimpiáre poseen el don de convencer al tiempo y devolverlo a su estado original, a que cumpla con su primer oficio. También son capaces de hacer volver al tiempo pasado. Los verdaderos shirimpiáre no fuman cuando fuman: a través del tabaco inhalan ánimas, fuerzas que la tanrilla supo extraer del cielo cuando caminaba, en otro tiempo, cuando sólo pisaba senderos transparentes y no sepultos rumbos, no pupilas ni bocas impiadosas, humosas... Véase **shirikaipi**.

shiringa: Jebe, balata.

shiripira: Aparentemente fácil de capturar a causa de su peso y su tamaño (dos kilos que no sobrepasan los sesenta centímetros), este habitante de los ríos grandes, aunque agrega a sus carnes gratas una ausencia total de escamas y espinas, posee sobre el dorso tres cuchillas de hueso, agudos espolones que ocasionan desánimo entre los pescadores más necesitados y empecinados.

shirúi: Protegido por un caparazón rugoso e infranqueable, este pez habita exclusivamente lagos y cenagales. Tres veces más pequeño que la shiripira, suele ser confundido con ella por culpa de sus carnes amarillas.

shuyu o shuyo: Famoso por su voracidad, sus dientes afilados y su coraza de escamas, este pez, que prefiere vivir en el fondo de los lagos

2. En la edición de 1981 la entrada **shirimpiáre** remitía, simplemente, a **shirikaipi**. Por considerar que shirimpiáre es un vocablo de gran importancia en la presente obra, formulamos su significado por medio de extractos textuales tomados de la misma novela.

apartados y de las ciénagas circundadas de bosques huraños, es capaz de ambular sobre la tierra durante varios días deslizándose como serpiente y dejando tras de sí un reguero de flemas amarillentas, lentes.

sitúlli: Planta platanácea que frutece en manojo orlados de grandes flores rojas.

songárinchi: Flauta de madera renegrida, larguísima, con cuyas disonantes abruptas y ensordecedoras los guerreros de la nación amawaka se dan ánimo en las guerras y en la alegría de las fiestas.

supay-oqote: Culo-del-diablo. Fruto alargado y rojo que es ofrecido, entre hojas oscuras y anchas, por las ramas de un árbol llamado parinari.

suri: Gusano comestible que nace y se alimenta del cogollo de diversas palmeras. En verdad el suri nace de los huevos que un coleóptero, el papási, inserta en la corteza de las palmas, preferentemente en el aguaje. Y cuando el suri muere, de sus restos nace el papási. Nace el papási de los restos del suri y pone los huevos de los que el suri nace...

— T —

tabaquerillo: Diminuto pájaro carpintero denunciado por un fulgor de plumas humosamente rubias, color tabaco soleado.

tagua: Fruto del cual presume cierta palmera llamada yarina. Su interior blanquecino, translúcido, remoto, ha dado a la tagua nombradía de marfil vegetal.

Tampu Mach'ay: Templo del Agua ubicado en los alrededores de la ciudad del Cusco, más allá de la fortaleza de Saqsawma y de Q'enqo, el templo del dios Puma. Los conquistadores virakocha bautizaron a Tampu Mach'ay como los Baños de la Princesa. Peor hicieron en Lima con la Waka Qollana. *Waka*: 'lugar sagrado'. *Qollana*: 'principal', que hasta hoy es conocida como la «Huaca Juliana».

tangarana: Hormiga roja, grande, despiadada, venenosa en extremo. Vive dentro de un árbol blancuzco y arrugado igualmente llamado tangarana. Los cancerberos de las prisiones selváticas lo utilizan como

instrumento de castigo. En la colonia penal de El Sepa³, a orillas del Urubamba, los reclusos conocen a la tangarana como el Árbol de los Suplicios. Innumerables reos, casi siempre políticos, saben que la muerte es preferible a la tangarana. Los verdugos desnudan al recluso, lo untan con miel, lo atan al árbol y golpean el tronco con un palo. Millares de mandíbulas voraces y rojas brotan entre los resquicios de la corteza y sofocan el cuerpo y los alaridos de la víctima. Esta es desamarra-dada de inmediato y librada de las mordeduras. Los carceleros saben bien que es entonces cuando empieza realmente el castigo, infinidad de llagas purulentas y negras atormentarán durante meses al condenado.

tantoótzi: Una de las dos casas que edifica toda familia asháninka. En el tantoótzi vive el jefe con sus mujeres e hijos. Su otra vivienda, la kaápa, es construida primero y está destinada exclusivamente a los huéspedes.

taperibá: Ciruelo gigante de carnes agridulces y corazón espinoso, cata-logado por muchos como el fruto más sabroso de la naturaleza.

taráwi o taráhui: Pese a su pico curvo, de oro descolorido, y al plumaje negro con que intenta ocultar aquel frescor de frutas de su carne, esta gallinácea se alimenta sólo de caracoles.

taricaya: Tortuga rápida, espigada, mediana, comestible en sus huevos y en su carne.

tatató: Pájaro mediano, de rapiña. Abre el pico y las alas, durante el día, sólo para comer. Cuando oscurece, aunque no siempre, canta «¡ta-ta-taaaaoo!, ¡ta-ta-taaaaoo!». Por eso los nativos, desmemoriados, no pu-diendo nombrar al tatató con su nombre primigenio y verdadero, provisionalmente lo nombran con su propio canto.

tibe: Ave zancuda, blanca. Miniatura de garza o gaviota de río, a discreción.

tiriri: Nombre genérico de siete variedades de un pez pequeño, gordo, cubierto por un caparazón grisáceo. Habita ciénagas y lagunas.

3. Se refiere a un centro penitenciario —Colonia Penal Agrícola El Sepa— que fue puesta en funcionamiento en 1951, por el gobierno de Odría. Ubicada en una ribera del Urubamba, hoy en la Región Ucayali, y con una extensión de 37,000Ha, ese centro penitenciario albergó, en diversos períodos, a connotados presos polí-ticos. Desde 1987 no ha recibido nuevos presidiarios. (N. del E.).

tiwakuru: Pajarillo canoro de nombre onomatopéyico y plumas negras que sólo clarean en su pecho. Su pico congrega los varios matices del rojo. Prefiere como nido la copa de las wimbras en verano, y como alimento, en cualquier estación, todo tipo de hormigas.

tohé: Genérico de varias solanáceas de savia alucinógena y flores marfileñas, grandes, acampanadas. La más difundida es la *Datura speciosa*, mejor dicho el tohé mullaca. Otras de sus variantes han sido designadas, a capricho, como *Solanum bicolor*; *Cornutia odorata* y/o *Datura insignis*. Los brujos amazónicos agregan los poderes del tohé a bebedizos basados en jugo de ayawaskha.

tokón: Mono grande, tanto como su cola poderosa y peluda, de ella se sirve más que de sus extremidades para defenderse o desplazarse, aferrándose a una rama e impulsándose a otra, casi volando por entre los árboles.

tortuga-kaspi: Árbol-tortuga, así llamado a causa de su corteza agrisada y rugosa.

trompetero: Véase **montete**.

tunchi: Pajarito canoro y nocturno. Pocos lo han visto, muchos lo han escuchado, todos le temen. Si un tunchi silba es porque alguien ha muerto o va a morir indefectiblemente en los alrededores de esa noche.

Tupaq Amaru: En keshwa, en runasimi, Serpiente-Dios-Resplandeciente. Nombre de uno de los reyes inkas. Un descendiente suyo, José Gabriel Condorcanqui, adoptó el nombre de Tupaq Amaru II y jefaturó, en 1781, una de las mayores sublevaciones contra los conquistadores españoles. Sofocada la rebelión, Tupaq Amaru fue supliciado y descuartizado en el Wakaypata, actual plaza de Armas del Cusco. Enterraron su cabeza en las cercanías de la Ciudad Sagrada y dispersaron sus miembros en secreto, bajo distintas tierras, en los confines del antiguo Imperio de sus antecesores.

tuta-cuchillo: Cuchillo-de-la-noche. Mono nocturno. Ante la cercanía del peligro, es decir del hombre, corta palos y ramas y los arroja desde lo alto de la oscuridad.

tzangapilla: 1. Arbusto que florece una sola vez y no sabe dar más de una flor. // 2. Flor del arbusto del mismo nombre, sus gigantescos pétales

anaranjados, insolentes de color y perfume, emanan un calor insoprible al tacto. La flor de tzangapilla puede vivir varios días arrancada de su rama, generalmente al séptimo día sus pétalos se decoloran del todo, se vacían de aroma y caen de golpe, fríos, como pequeños animales muertos.

tzího: En idioma asháninka, ‘gallinazo’.

tzipíbo o shipibo: Aborigen de la nación amazónica del mismo nombre.

— U —

ucuashéro: Ave canora y diminuta, de nombre onomatopéyico.

uchusanango: ‘Sanango picante’. Brebaje ligeramente alcohólico que los brujos elaboran macerando, de acuerdo a cada caso, los vegetales más diversos, según los requerimientos específicos de su aplicación, ya como tónico, ya como medicina o como hechizo.

unchala: Ave del tamaño de una paloma grande. Su canto es armonioso y persistente y sus plumas de un rojo oscurecido.

unqurawi: Véase hunguráwi.

urkutútú: Lechuza.

urus: Uros. Miembros de la nación del mismo nombre, hoy totalmente desaparecida, que habitaron la altiplanicie donde persiste el lago Titikaka. Se dice que ellos fundaron la ciudad del Cusco, que los primeros reyes inkas, Manko Kapaq y Mama Oqllo, pertenecían a la nación uru.

— V —

Valdez, Zacarías: Cauchero que trabajó a las órdenes de Fermín Fitzcarrald. Autor del opúsculo titulado *El verdadero Fitzcarrald ante la historia*, editado en 1944, Zacarías Valdez describe a lo largo de sus páginas, tan colmadas de orgullo como carentes de ortografía, algunos de los crímenes y fechorías que sus cómplices, los «pioneros» de entonces, cometieron so pretexto de llevar progreso y civilización a los nativos.

varayoq: Alcalde, principal autoridad de las comunidades inkas o ayllus que pueblan la cordillera de los Andes peruanos.

virote: Dardo envenenado, diminuto, capaz de abandonar y retomar su condición material a fin de atravesar cualquier distancia, cualquier tiempo, cualquier muro, escudo, protección, hasta clavarse en carnes enemigas, hasta llegar al blanco dispuesto por el brujo que dio forma al virote y a esa forma dio ánima y a esa astilla animada le concedió destino y trascendencia.

virotear: Lanzar un virote. Hechizo de efectos casi siempre mortíferos.

— W —

wakamayu: Papagayo.

wakapú: Árbol de corazón inconmovible, porfiado, sumamente penoso de aserrar. Como sostén de casas o edificios mayores el maderamen del wakapú se empina hasta el prestigio del acero. Pero no sirve para brindar abrigo ni alimento, su leña dura estorba fogatas y enemista cocinas; incluso sus astillas, insensibles como stalactitas, se apagan sin haber dado luz.

wakapurana: Árbol de madera fibrosa, pronta de resecar, con perentoria vocación de leña.

walo: Sapo de carne complaciente y gritos espasmódicos, impúdicos y roncos. Pesa, por costumbre, alrededor de un kilo.

Wanakawre: Cerro a cuyas faldas se extiende la ciudad del Cusco. Los hermanos Manko Kapaq y Mama Oqllo, nacidos y criados en la nación de los urus, obedeciendo al dios Sol, salieron del lago Titikaka provistos de una vara de oro, allí donde ésta se clavara sin esfuerzo debían ellos fundar una ciudad, el Qosqo, destinada a ser corazón de un imperio ilimitado. Manko Kapaq y su esposa-hermana deambularon desde el altiplano hasta la cordillera andina buscando en vano el sitio señalado por el Sol. Casi sin esperanza probaron en la cumbre del cerro Wanakawre, la vara de oro al primer intento se hundió en la tierra y desapareció.

wankawi: Ave de rapiña, grande, fornida, de nombre onomatopéyico.

Canta solamente cuando advierte la vecindad del hombre, como anunciándolo, como denunciándolo, avisando acerca del más grave peligro a las demás gentes del monte.

wapapa: Ave carnícera, palmípeda, de color pardo oscuro. Con tres púas, que insurgen del codo de sus alas, desgarra la corteza de un árbol nocivo denominado katawa; moja sus plumas en aquella savia, vuela, busca una hoyo de riachuelo, se zambulle y enjuaga con pericia, esparce la ponzoña en el agua y aguarda. Impasible, apostada en la orilla, espera que los peces envenenados caigan hacia lo alto, hasta la superficie, entonces los recoge de uno en uno y los devora sin ansiedad, un trozo de este, otro de aquel, matando siempre más, mucho más de lo que a su gula es dable contener, y lo hace lenta, neutra, resignadamente, como si efectuara tan premeditada, innecesaria y sangrienta ceremonia por obligación, no por hambre de vida sino por muerte de saciedad. La wapapa sumida en tales trances, abstraída de todos y de todo, fuera presa más fácil que cualquier pez difunto si así lo deseara un cazador tan ciego como ella. La wapapa, así, da la repulsiva impresión de un cadáver inmerecidamente resurrecto, sonámbulo, reducido a cumplir los dictados de alguna perversión inmemorial.

Waqaypata: Lugar-donde-se-llora. Nombre inka de la plaza de Armas del Cusco, donde los conquistadores injusticieron a Tupaq Amaru.

waqraponá: Véase **huacrapona**.

wanqana: Véase **huangana**.

wayranga: Wayra, en keshwa ‘viento’. Esta avispa nunca se posa en el suelo, sólo transcurre en los aires. Su aguijón descarga una ponzoña que al instante se expande bajo la piel. El dolor que ocasiona, aunque efímero, es verdaderamente inenarrable. Y además engañoso, pasa pronto el tormento, sí, pero tan sólo para ser suplido por altas fiebres y mareos recurrentes y atroces.

wikungu: Palmera resguardada por espinas colosales, fortísimas y negras. Ellas determinan que los frutos del wikunqu sean estimados, más que por su delicadeza, por las dificultades que conlleva cogerlos.

Willaq Umu: Supremo sacerdote de los inkas. Máxima autoridad religiosa encargada de presidir las principales ceremonias.

Willkamayu: Río Sagrado. Nombre inka del Urubamba cuyas aguas al juntarse con las del río Tambo forman el Ucayali. Este y el Marañón dan origen al Amazonas, río-mar de las selvas sudamericanas.

wimbra: Árbol espigado, de tronco esmeralda que se abre en una copa no muy amplia, pedante y rumorosa. Es improbable no encontrar en lo alto de las wimbras algún nido de un pájaro silbador y nervioso llamado tiwakuru.

wito: Fruto medicinal particularmente obsequioso de yodo y sacarina, milagroso contra toda afección de las vías respiratorias. Cuando aún no madura las gentes conocen al wito como *jagua* y pueden extraer de él aquella tintura renegrida e indeleble usada por las hembras para limpiarse el cutis y por los varones, además, para impedir picaduras de insectos y alimañas.

witoto: Miembro de la nación del mismo nombre.

— Y —

yaku-jergón: Serpiente. Jergón-de-río.

yakumama: Serpiente gigante que vive en los ríos. Madre-de-las-Aguas.

yanaboa: Anaconda, 'boa negra'.

yarina: Palmera de frutos denominados tagua o marfil vegetal. Sus anchas hojas techan casi todas las viviendas selváticas.

yora: Miembro de la nación amazónica del mismo nombre. Los occidentales designan a los yora, sin razón conocida, como amawakas.

yungurúru: Perdiz gigante. Sus huevos celestes son idénticos en volumen y sabor a los de las gallinas.

— Z —

zangapilla: Véase **tzangapilla**.

zui-zúi: Pajarito canoro, onomatopéyico de nombre y celeste de plumaje.

zúngaro: Nombre que se concede sin reparos a todo pez fluvial siempre

que sea grande, que su cabeza ocupe un espacio idéntico al del cuerpo restante, y esté desposeído de espinas y escamas.

zuri: Véase **suri**.



DEDICATORIA

A Eduardo Portugal, Fernando Llosa
y Juan Carlos Domenack.

A Moisés Lemlij.

A Gustavo Valcárcel, Juan Gonzalo Rose,
Arturo Corcuera y Reynaldo Naranjo.

A Turati y Alfredo González Teja.

Porque sin sus consejos y amistad yo no hubiera
podido emprender este libro.

Por más, por mucho más.

CÉSAR CALVO S.
Barcelona, junio de 1979

«Y esto, que no es nada, es todo».

INO MOXO

Índice

Nota del editor	5
Prólogo a la edición italiana: Las cuatro mitades de César Calvo (y del Perú)	9
Envío	19
A manera de proemio: Ino Moxo enumera las pertenencias del aire	23
I. LAS VISIONES	
1. Cómo algunos brujos crean personas.....	33
2. Todos los campa son asesinados pero ninguno muere	40
3. Al niño Aroldo Cárdenas lo convierten en duende.....	45
4. Don Juan Tuesta dice que las cosas no son como son sino como lo que son	51
5. Se cumplen las profecías de la flor del tohé	54
6. Vi un Cristo feliz que abrió las alas y se fue volando	59
7. Vi también otro pueblo que no he visto jamás	67
8. Las hembras que no pueden tener hijos paren un arcoíris	81
II. EL VIAJE.....	
1. No en vano esos árboles se llaman palosangre	87
2. Mil años demoró en llegar a Pucallpa el Vaso Sagrado de los inkas del Cusco	99
3. Nuestro guía se extravía.....	110
4. Iván regresa trayéndonos un venado y un niño	119
5. Un árbol muerto nos prohíbe seguir adelante	123

6.	Don Hildebrando lee en el aire un libro de Stefano Varese	126
7.	Nos enteramos que el primer hombre fundó la nación de los campa y que, además, no fue hombre	137
8.	Cómo fue que se hizo la luz sobre la tierra.....	146
9.	Don Javier asegura tener solamente sesenta millones de años	148
10.	Cierto pájaro devora pueblos enteros	152
11.	Don Javier nos informa del negro Babalú y de otros enterrados en el mar	159
12.	La mejor fórmula de reducir cabezas.....	178
13.	Final de la historia de Kaametza y Narowé que no tiene final.....	186

III. INO MOXO

1.	Y nos fue concedido conocer a la Pantera Negra	205
2.	Ino Moxo nació a los trece años de edad.....	215
3.	Vida, traición y muerte del curaca Hohuaté.....	222
4.	El jefe Ximu ordena, los ríos obedecen	226
5.	Ino Moxo dice que las palabras nacen, crecen y se reproducen, pero no en castellano	230
6.	La cachetada que incendió al petróleo	241
7.	El maestro Ino Moxo se despide	243
8.	José María Arguedas besa la boca de una cerbatana	247
9.	El maestro Ino Moxo desaparece echando humo	250
10.	Vía crucis del otorongo negro	257
11.	Juan González camina siete días por el fondo del río Ucayali	261

IV. EL DESPERTAR

4.	Donde se verá que las máscaras están siempre debajo de la cara	271
3.	Y me ordenó contar desde mi otra persona	279
2.	Algunos personajes y parajes del sueño	287
1.	Vocabulario	304

SERIE DEL RÍO HABLADOR / PEISA
OTRAS PUBLICACIONES DE ESTA SERIE:

LEYLA BARTET

- *A puerta cerrada*
- *Me envolverán las sombras*

ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

- *Guía triste de París*
- *El hombre que hablaba de Octavia de Cádiz*
- *La amigdalitis de Tarzán*
- *La última mudanza de Felipe Carrillo*
- *La vida exagerada de Martín Romaña*
- *No me esperen en abril*
- *Reo de nocturnidad*
- *Un mundo para Julius*

LUIS HERNÁN CASTAÑEDA

- *Hotel Europa*
- *La noche americana*

CARLOS HERRERA

- *Blanco y negro*
- *Claridad tan obscura*
- *Crónicas del argonauta ciego*
- *Gris*

PILAR DUGHI

- *La horda primitiva*

PETER ELMORE

- *El fondo de las aguas*
- *Enigma de los cuerpos*
- *Las pruebas del fuego*

GUSTAVO FAVERÓN

- *El anticuario*

LUIS FREIRE SARRIA

- *El Führer de niebla*

FERNANDO IWASAKI

- *Mírame cuando te ame*

RODRIGO NÚÑEZ CARVALLO

- *La comedia del desierto*
- *Sueños bárbaros*

CARMEN OLLÉ

- *Retrato de mujer sin familia ante una copa*

LAURA RIESCO

- *Ximena de dos caminos*



3 1172 08492 0453

... es
andomab
sagrada de los hechiceros amazónicos.
la travesía que lo llevó a entrevistas
ciones, al *shirimpiare* Ino Moxo —don Manuel Córdova—, Brujo de Brujos
que libró del exterminio a los nativos amazónicos del Gran Pajonal.

MTP

3160 16th St., NW
202-671-3121

dclibrary.org

«Hace no tantos años —relata Calvo—, cuando los nativos de la selva amazónica estaban siendo exterminados por los caucheros, el jefe de la nación amawaka, brujo que alcanzó fama de todopoderoso bajo el nombre de Ximu, supo que su pueblo sobreviviría únicamente si enfrentaba con armas de fuego, no sólo con lanzas y flechas, a los mercenarios blancos. Como también en aquel tiempo era prohibido vender fusiles a los aborígenes, el jefe amawaka Ximu hizo raptar al hijo de un cauchero y lo designó sucesor suyo rebautizándolo Ino Moxo, en idioma amawaka: ‘Pantera Negra’. Fue así que tan temidos antropófagos llegaron a ser jefaturados por un hombre blanco y consiguieron subsistir. Ino Moxo [...] se infiltró en las ciudades, obtuvo armas de fuego y enseñó su manejo a los varones amawaka».

Esta historia de aliento épico constituye el relato central del libro, que incorpora, además, otros muchos sonidos y saberes con la finalidad de indagar en la memoria de un universo vasto y polifónico como la Amazonía, y de integrar esa visión a sus orígenes míticos. El vehículo para llevar a cabo esta búsqueda es el ayawaskha, la liana-del-muerto, que es una puerta no para huir sino para *eternar*, para entrar en diversos mundos, para vivir en miles de rostros. Una puerta que nos conduce a un río con tres, cuatro o cinco orillas. Así, las visiones inducidas por la liana-del-muerto harán que el tiempo regrese, avance, retroceda y se detenga.

César Calvo realiza, en esta novela, un viaje hacia sí mismo y hacia esos miles de rostros que son las diversas caras del Perú: el mundo amazónico, el andino, el costeño, el afroperuano. Pero *Las tres mitades de Ino Moxo...* es más que una novela. Es también un poema, un testimonio, el libro de un visionario. El relato de una travesía que nos permite vislumbrar un país que se reconoce en la sabiduría ancestral.



ISBN: 978-612-305-015-3

9 786123 050153